



UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

f

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

Pertenece
a
Manuscrito N.
3

ENSAYOS

DE

LITERATURA

Y DE MORAL

Medellin

JORGE RESTREPO URIBE
BIBLIOTECA

LIBRARY

UNIVERSIDAD

PALESTINA



Sala de Patrimonio Documental

Handwritten signature

ENSAYOS
DE
LITERATURA
Y DE MORAL

UNIVERSIDAD
POR
EAFIT
JUAN JOSÉ MOLINA

PRIMERA SERIE

Juan. Escobar

MEDELLIN
IMPRESA REPUBLICANA
1886.

MARIO ESCOBAR



UNIVERSIDAD

FUNDACIÓN ANTIOQUEÑA PARA LOS ESTUDIOS SOCIALES

FAES

UNIDAD DE INFORMACION "LUIS OSPINA VASQUEZ"



Sala de Patrimonio Documental

1310 2003

[Handwritten signature]

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FUNDACIÓN ANTIOQUEÑA PARA LOS ESTUDIOS SOCIALES
1988

C864

M722

1886

Ej: 2

PROLOGO

NO se me oculta que es cosa embarazosa para un escritor que no quiere llamar la atención sobre su persona, el escribir el prefacio de su libro.

Por fuerza tiene que poner en conocimiento de sus lectores los motivos íntimos que lo han obligado á emprender ese trabajo; cuál es el espíritu que lo ha guiado; cuáles son sus esperanzas; cuáles han sido sus dudas y sus vacilaciones y cuál es el fin que se propone.

Sube de punto la dificultad si el libro es como el presente, sin unidad de acción, sin orden cronológico, compuesto adrede de elementos heterogéneos, de estilo variado y con estudios de diversos géneros como muestrario de cierta actividad de espíritu que concuerda poco con las costumbres de la sociedad seria y bien constituida en que se vive.

8478

Yo hubiera podido salvar la dificultad solicitando como padrino, como introductor, á uno de mis amigos benévolos,—renombrados escritores en Antioquia,—pero de una parte habría buscado ruido para tan poca cosa, y de otra habría comprometido de una manera indirecta al amigo, á que me dirigiera algunas palabras de aliento que no necesito, de elogio que no merezco ó de crítica que tal vez me habrían mortificado.

Bien está, pues, que sea yo quien presente el libro y quien diga dos palabras sobre su origen y tendencias.

Este volumen está formado de artículos escritos en diversas épocas y con motivo de muy variadas circunstancias; han aparecido aquí y allí, anónimos ó firmados, en periódicos de que he sido redactor, colaborador ó editor.

Me asiste tal desconfianza de que en su día hubieran llamado la atención dichos artículos, que abrigo hoy la esperanza de que parezcan nuevos, y sean en cierta manera inéditos, lo cual les procurará algún mérito para con algunos de mis lectores.

Estos artículos y otros que comprenderán las series sucesivas—si los publico—son una mínima parte de mi labor en la prensa de Antioquia. Yo he sido un soldado anónimo de la causa política y religiosa en que estoy afiliado; pero he

combatido siempre con constancia y lealtad según mis aptitudes. Lo que podía hacer lo he hecho, oscuramente, sin procurar llamar la atención sobre mi persona, pues en las luchas políticas de la prensa las ideas son todo, y las personas que las sostienen no son nada; son ó deben ser el eco de la colectividad impersonal que marcha de frente, lentamente, pero en columna cerrada, á determinados objetos.

Formaría muchos volúmenes con mis escritos anónimos de política personal ó doctrinaria, de crónicas de teatro, de sucesos diarios, correspondencias políticas dirigidas á periódicos de Bogotá, y los de la lucha diaria con los enemigos políticos en todos los terrenos; pero esos artículos serían cenizas frías de volcanes apagados, serían datos apenas para llenar algunos huecos de la historia y no se comprendería su tono porque necesitarían sus antecedentes y sus contrarios, habría que recoger detalles de la vida política y resucitar rumores y pasiones apagadas para siempre.

Y sin embargo, esos artículos fueron una parte de mi vida íntima, llena de gratas emociones, de esperanzas, de temores, de sobresaltos, de amarguras, de odios impersonales, de palabras hirientes, de gritos de victoria que mantenían agitado al círculo en que yo combatía con mis amigos, al círculo que se nos oponía y por contra-

golpe á la sociedad que asistía, como en el circo romano á nuestras querellas de gladiadores.

Recojo en este volumen, como una muestra de diversos estudios, artículos de estética musical, de crítica literaria, estudios biográficos, leyendas ó novelas de corto aliento, algunas páginas íntimas, palabras de adiós sin importancia literaria, pero que quiero conservar en honor de amigos que amé y que me han precedido en el viaje á la eternidad, disertaciones de moral, algunas páginas de crónica, para fijar la historia de algunos sucesos de la vida de Medellín y aún un artículo de costumbres.

Se comprenderá fácilmente que el estudio sobre la Novela es apenas el prólogo de otros artículos que después publicaré, y que la biografía de Rossini es el primer capítulo de un libro en que se hablará de Donizetti, Verdi, Bellini, Chopín, Mozart y otros tantos. La música ha sido una de mis manías y uno de mis estudios favoritos. Muchos artículos con mi seudónimo de ORION publicados en *El Oasis* y en *El Condor* no alcanzaron á ser publicados y por fuerza he tenido que hacer á un lado muchas páginas inéditas.

Sin método, sin orden cronológico, buscando sólo la variedad, he dado á la estampa los ar-

tículos, tomándolos de los periódicos en que fueron publicados, cuando el cajista pedía la copia: hubiera podido rehacer muchos de ellos con mejores datos y más nutridas ideas, y sin duda con mejor redacción, pues es natural que el largo hábito de escribir me haya procurado más facilidad en la expresión; sin embargo, no he querido retocar mi trabajo para ser fiel á mis primeras impresiones y para conservar en cierta manera el perfume de un corazón más joven y más lleno de ilusiones y esperanzas.

Además debo confesar que emprendí la obra tan sólo por dar algún alimento á la imprenta que estaba á mi cargo, la cual cesó instantáneamente en su actividad después del triunfo de la causa política á la cual estaba dedicada. Por no cerrar el establecimiento y mientras llegaban mejores días para él, dí á la estampa estos artículos. Muchos pliegos han sido tirados sin haberlos examinado cuidadosamente, pues ocupaciones absorbentes en el desempeño de un destino público, de responsabilidad y de abrumadora labor, no me han dado horas de ocio para consagrarlo á mis amados estudios literarios. Será aquí el caso de suplicar al lector, disimule algunas incorrecciones tipográficas, y la incongruencia que se nota en algunos artículos al usar unas veces la forma plural, del anónimo, y otras la singular, del artículo firmado.

Comprendo bien que mejor que recoger estos artículos hubiera sido escribir una obra seria, de completa unidad, y que fuera útil por los propósitos que contuviera; confieso que ese fué mi primer pensamiento y que esa ha sido una larga ilusión de mi vida. Apuntes tengo sobre manera copiosos, he recogido datos de altísima importancia, tengo redactados muchos fragmentos históricos, y he hecho estudios para una obra de largo aliento, que tal vez si tuviera momentos de ocio—que no los tengo—pudiera escribir fácilmente, pues comprendo que mi libro pudiera salir de mi cerebro, como la Minerva de Jupiter, armado y de una sola pieza.

Sin embargo ¿tuviera aceptación ese libro, podría distraer por un momento la atención de esta sociedad *yankee* consagrada con pasión al trabajo? pudiera ser del agrado del público lector que sólo busca rápidas distracciones y rehúsa contraer la mente á pensamientos que no sean los generadores de sus empresas?

Mucho lo dudo. En todo caso es mejor hacer el ensayo con estas páginas volanderas. Si algún favor dispensare el público á mi libro de hoy, sevirá de estímulo para emprender los demás.

Una última palabra: á pesar de la variedad de asuntos contenidos en este volumen me prometo esperar que el público halle en él unidad de sentimientos y de doctrinas. Yo siempre he teni-

do culto por la religión y por la libertad, y á pesar de que muchos creen que no andan acordes en el mundo, las he hallado como hermanas gemelas en mi corazón. Espero que el lector lo comprenda así por algunas páginas de este libro.

Yo no soy de los que hacen gala de improvisar artículos y libros—en el estudio sobre mi amigo el Sr. Viana emito á ese respecto algunas ideas de observación personal.—Día por día, cuando ha sido necesario, he contribuído con mi pobre contingente á la labor que en la prensa me ha señalado mi partido.

Nulla dies sine linea en ocasiones, pero siempre la línea que he escrito, y el artículo que he dado á la estampa han expresado todo mi pensamiento. Yo no he dicho nada más, ni nada menos de lo que creía deber decir en un momento dado, y siempre en la forma en que me era dable decirlo con más claridad, rectitud y propiedad.

Siempre he respetado al público y me he respetado á mí mismo.

Junio de 1886.

Juan José Molina.

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

LA MUSICA

Á MI AMIGO DEMETRIO VIANA.

I

EN la escala de las manifestaciones del sentimiento humano es primero la prosa, luégo la poesía y por último la música.

La prosa es la observación, la poesía es el sentimiento, y la música es el éxtasis del alma.

La primera, en lo general, es la moneda corriente de la vida; la segunda es la copia de la naturaleza por medio de la palabra, y la tercera el reflejo de lo eterno, de lo inmortal y de lo divino.

Hay á veces elegante prosa que toca á los límites de la poesía; tales son algunas deslum-

bradoras páginas de Chateaubriand, de Donoso Cortés y de Eugenio Pelletan; hay poesía que entra á la penumbra de la música, como las *Armonías* de Lamartine, las *Doloras* de Campoamor y algunos *ayes* lastimeros de lord Byron; y así también hay algunos himnos musicales que no recuerdan ninguna voz humana y tienen un sello y un acento de un mundo superior al nuestro; tal vez la voz de un ángel ó el eco perdido de la ciencia adámica! Decidnos si no, ¿qué voz del mundo material ha hablado con la suave y arrobadora melopea y el acento ternísimo del *Requiem* de Mozart, del *Stabat Mater* de Rossini, de la última *Aria* de Lucía de Lammermoor, del *Miserere* de Allegri ó de la *Plegaria* de María de Rohan?

La palabra es más precisa; pero la nota musical es más poderosa. Hace recorrer al alma en un minuto, en un segundo, toda la escala de los sentimientos, desde la suave melancolía hasta el misterioso dolor que se desata en lágrimas, de éstas á la sonrisa, de la sonrisa al delirio: es la tecla misteriosa que hace vibrar en nosotros fibras ignoradas que yacen adormecidas de continuo.

Cerrad si no los ojos del cuerpo, sumergíos en el mundo de los recuerdos y evocad las impresiones de la dicha que pasó; aquella cosa vaga y ondeante que hizo latir el corazón en vibracio-

nes infinitas: aquello que fué nada y que fué todo: la luz de una mirada, el ondular de una sedosa cabellera, la esperanza que acariciaba la vida, el perfume de una flor, el ritmo sonoro de la mujer amada, un crepúsculo vespertino ó el adiós desgarrador que arrojamos á orillas de una tumba y sobre el borde del infinito..... ¡Buscad todo eso en la memoria y aparecerá con caracteres borrados, gastados tal vez por la mano inexorable del tiempo.

Pero incrustad esos recuerdos en la música y con el auxilio de una romanza, de la nota plañidera de una flauta que gima en las soledades de la noche, con las suaves armonías del piano, con las voces majestuosas del órgano que retiemblen en las catedrales, y yá vereis cómo aparece de nuevo el recuerdo con toda la pureza inmaculada de la primera suavísima impresión: vuelve á golpear el corazón apresuradamente las paredes que detienen sus oscilaciones infinitas.

¿En dónde estaba dormido ese recuerdo? ¿Qué tecla fué á buscar el sonido aparentemente muerto en el corazón? ¿Qué reactivo mágico hizo aparecer bajo su influencia los tintes gastados y perdidos?

Ese es un misterio de la vida del sentimiento; pero es una realidad ante los resultados maravillosos de la más encantadora de las artes que el hombre haya llegado á conocer.

II

La música sirve para expresar una agradable sucesión de sentimientos por medio de sonidos: es la literatura de los sentidos y del corazón.

Hasta hace poco tiempo no ha ocupado en los estudios serios sino un lugar secundario, tal vez porque se la ha mirado como un juego de la fantasía, como un capricho encantador, como una cosa ondeante y vaga que escapa á todas las categorías del pensamiento y no hace parte de las cosas estables de la vida.

Y sin embargo, todos reconocen que su poder es omnímodo, que su influjo es extenso y que al mismo tiempo está al nivel de todas las inteligencias y al alcance de todas las fortunas.

El literato, el pintor, el arquitecto, el escultor necesitan para ser debidamente apreciados, un círculo simpático é inteligente, aficionados que tengan algunas nociones superiores á las del vulgo. El músico no exige sino oídos que oigan y corazón que sienta; subyuga al anciano que ha encanecido en el estudio, como al niño que apenas principia á balbucir los dulces nombres del hogar; al rico que lleva una vida regalada y asiste á los conciertos y á las representacio-

nes líricas, como al mendigo que retiene y repite las melodías que bajan de los salones suntuosos á las calles en que arrastra su miseria. ¡Qué más, si los mismos brutos se dejan avasallar y olvidan por un momento que tienen garras y veneno!

La música se dirige á todo el mundo y no tiene necesidad de buscar la inteligencia como intérprete de su lenguaje universal. Aquí y allá, unidos y dispersos, bajo el ardiente sol de un cielo tropical ó en la ciudad de nieve sobre las regiones del Polo, los hombres se agitan y se mueven y se someten á su poderosísima influencia.

Tiene un lenguaje universal que no alteran ni oscurecen todas las trabas que los hombres han puesto entre sí para no ser ciudadanos de una República universal; ni la diversidad de idiomas, de religiones ó de formas de gobierno han podido ejercer influencia sobre su carácter de lengua universal. Tal vez al mismo tiempo que en estos desiertos del mundo interpretamos una encantadora melodía de Mozart, de Rossini, de Auber, de Donizetti ó de Pergoleze en mil y mil lugares y en circunstancias distintas, evocan otros los mismos grandes pensamientos de esos genios sublimes y brillantes; pero en todas partes la misma melodía exhala al aire su perfume, como la flor fragante, y agita el corazón bajo las más variadas y fecundas impresiones.

Cual más, cual menos puede apreciar en lo más recóndito de su hogar la nota divina que agitó el estro poderoso del poeta del sonido.

A ese respecto la música goza de una gran superioridad sobre las demás artes. ¿Cómo formar una idea del "Juicio Final" de Miguel Angel, del "Descendimiento" de Rubens, del Apolo de Belvedere y de la Venus de Milo. . . . sin verlas y estudiarlas, trasportándose á los lugares en que se hallan? La descripción, la pintura, la fotografía y el grabado son palabras frías ante la grandiosidad de aquellos cuadros y ante la majestuosa esbeltez de aquellos bustos. El alma apenas adquiere cierto entusiasmo de convención, que no satisface las grandes aspiraciones de la inteligencia y los principios generales de la Estética.

No sucede así con la música. En cualquiera parte del mundo, algunos signos cabalísticos, algunas gotas de tinta derramadas en formas caprichosas, estampan *La Invitación al valse* de Weber, *La Plegaria* de Moisés ó la *Cavatina* del Attila, y cualquier instrumento, debidamente pulsado, murmura las mismas ideas de aquellas melodías, hiere el aire con idénticas vibraciones y el oído las recoge sin perder ni un suspiro, ni una queja, ni una voz amante; sin que deje de percibirse el acento, el ritmo, la cadencia, el rico colorido, los más delicados adornos y las más suaves inflexiones.

Y aun para gozar de esa dulce embriaguez de la música, no necesitáis recorrer toda una obra de largo aliento del maestro; os basta y sobra muchas veces una romanza, una balada, una serenata de Schubert, una cadencia de Bellini, algún grito estridente de Verdi ó algún pasaje concertante de Meyerbeer; y es porque los hombres de esa inspiración dejan casi siempre en cualquier fragmento, el sello poderoso de su rica originalidad. Sucede en la música lo que en las ciencias, en las bellas letras y en las otras artes liberales: unos necesitan grandes cuadros y otros reducidas miniaturas, éste un libro, aquél una oda, y otro tal vez una sola palabra para hacerse inmortales. Los genios predestinados sueltan al aura sus cantos como gorjea el pájaro, como exhala la flor su perfume y como murmura el arroyo, con la más encantadora naturalidad, con la sencillez que da la inspiración. Las ideas de algunos se condensan en perlas y las de otros se cristalizan en diamantes. Lafontaine hacía una obra maestra en una fábula, Cervantes en un libro, Benvenuto Cellini con dos onzas de plata y Bernardo de Pallissy con una pelota de barro!

III

Examinemos al hombre de ayer y al de hoy; abramos la historia mitológica y los anales escri-

tos á nuestra vista y hallaremos la misma sorprendente y maravillosísima influencia. Orfeo después de haber perdido á su Eurídice vivió retirado en el bosque del Hemus donde no cesó de exhalar su dolor en cántigas sublimes, que sometieron la naturaleza á su influencia; Anfion, el autor del Ditirambo, se salvó del naufragio á que lo condenaron sus compatriotas, por haber hallado un delfin amante de sus notas armoniosas; Acción construyó al sún de su lira de oro las murallas de la gran ciudad de Tebas; y en fin, en todas las cosmogonías la música ha gozado de una legítima influencia, traduciéndose en emblemas reveladores de la poderosa imaginación de los antiguos.

Mas ¿para qué apelar á la mitología, si la Historia nos hace conocer la existencia del poder individual y colectivo de la música? Saul en sus horas de angustia no hallaba alivio sino cuando David lo sometía á su influencia, merced á su arpa melodiosa; el orgulloso Alejandro, que se titulaba hijo de Júpiter, se sometía á la snave presión de Timoteo; Errick, rey de Dinamarca, perdía completamente sus sentidos y se trasformaba en otro hombre bajo la influencia de la música.

Si esceptuamos al Egipto primitivo, no ha habido nación alguna que no haya amado ese arte encantador; los pueblos civilizados y los bár-

baros y los griegos, los romanos, los judíos, los galos, los germanos..... los napolitanos que corren al teatro de San Carlos, y los negros de Guinea que aduermen sus penas en los ingenios de la Habana, cantando las baladas de su país.... todos, todos buscan la música, como un instinto de la naturaleza, como un recurso para sus grandes aflicciones, como la voz de sus alegres fiestas y el eco de sus adoraciones al soberano Rey de lo creado. Se la oye en los campos y en las ciudades, en los palacios y en las cabañas; es el consuelo de la soledad, y al mismo tiempo el más poderoso elemento de solaz en las grandes reuniones.

La música está en la naturaleza y eso le da su carácter de universalidad; hay música en los grandes sacudimientos de la atmósfera y en las calladas y serenas noches de verano; música en el ruido de la cascada que se desata en hirvientes copos de espuma, y en el dulce murmullo de la brisa que apenas besa tímidamente la flor y la columpia; música en el concierto de los pájaros que pueblan los bosques y las ciudades; música en los ruidos del cielo y los gemidos de la mar; música en nuestros corazones en donde una bandada de ruiseñores, cantan de continuo, las alegrías del pasado, los vivísimos esplendores del mañana, los dulces afectos del hogar, las resplandecientes mirajes de la gloria... y el resumen de todas las armonías, la armonía universal, el amor, la religión... y Dios!

La música es, en cierto modo, una conquista del hombre sobre la naturaleza. Ya hemos dicho lo que constituye su carácter; pero el hombre la ha arreglado á la medida de sus necesidades y del ideal que tiene en el fondo de su conciencia. Día por día perfecciona los sistemas de solmización, inventa nuevos instrumentos, halla recursos armónicos desconocidos de los antiguos, y deja impreso en sus trabajos el sello distintivo de su culto fervoroso por el progreso indefinido; encuentra en el fondo de su corazón riquezas melódicas que no se han traducido al lenguaje común y persigue el eterno ideal de la belleza, que sólo poseerá después de pasar las etapas de la vida.

Ahora, entrando á otra serie de consideraciones, ¿de dónde viene el sonido, ese agente imponderable, ese conductor misterioso del sentimiento poético y musical de que está dotado el hombre? ¿Cuál es la fuente abundante, inagotable de las sensaciones? Si como se sostiene, la luz está en todas partes, el sonido al estado de sonido parece no existir en ninguna.

El silencio parece el estado normal de la atmósfera en que vivimos y el sonido un accidente en el silencio. ¿Es éste el fondo permanente, continuo, perpetuo sobre el cual brillan y se pierden los sonidos como los meteoros luminosos en la atmósfera? ¿Qué de misterios en todas esas grandes cuestiones que escapan á la generalidad de los

artistas! Las ciencias irradian una luz intensa que ofusca á la primera mirada; pero pasado el círculo de iluminación hallamos siempre la valla impenetrable de la oscuridad y del silencio. Antros pavorosos, secretos de la naturaleza, sombras y misterios de este lado de la vida. ¡Qué pequeño es el hombre que se cree dueño de sus destinos y soberano de la materia, porque puede dominarla hasta cierto punto! ¡Qué ha hecho para justificar ese orgullo? Engolfaos en la ciencia que ha penetrado más íntimamente en el secreto de la materia, en la descomposición de los cuerpos. ¡Qué ha hecho el químico para coronarse de gloria por la infinidad de sus recursos? Ha aglomerado todas las fuerzas eléctricas cuya naturaleza le es desconocida, y obrando sobre el oxígeno y el hidrógeno ha formado una gota de agua. . . . como sudor de la ciencia. . . . ha querido hacer una piedra preciosa y apenas ha podido carbonizar el diamante!

Ese es el resumen de la grandeza humana, cuando el hombre pierde de vista la naturaleza de sus grandes y magníficos destinos.

IV

Destinado el hombre á pasar sobre la tierra algunos cortos años de vida, en medio de peligros y de penas, y rodeado de inquietudes y de sinsabores, debería experimentar por las cosas del mundo un interes reducidísimo, y dirigir, en cambio, su mirada constante á esos abismos del Espacio

tras de los cuales está Dios; debería pasar, sin poner atención por en medio de las pompas efímeras del mundo y reservar, para la fuente que correrá sin cesar, toda la sed insaciable de su alma.

Mas sucede todo lo contrario!

La atmósfera del mundo nos rodea, nos penetra y absorbe por completo todos nuestros cuidados, nuestras aspiraciones, nuestros estudios, nuestros afectos, y apenas, si, de tiempo en tiempo, hacemos un esfuerzo para pensar en las cosas grandes é imperecederas, y como con pesar, dejamos entonces vagar el pensamiento por las regiones serenas de la luz, y recurrimos á la oración para que se exhale de nuestro corazón los grandes sentimientos, como se elevan al cielo los perfumes que exhala el incienso al ser consumido por el fuego.

Y esto porque la oración, sublime coloquio del alma con Dios, es una de las grandes necesidades del sér moral, y vibra en los corazones á pesar del vicio; la necesidad de orar, la necesidad de recurrir á un sér superior, fuente inagotable de toda misericordia y de toda bondad, es una de las grandes manifestaciones del sentimiento del hombre, y la historia del género humano nos enseña, nos dice claramente, que no hay pueblo alguno, sobre faz de la tierra, que haya desconocido y desatendido tal necesidad.

La música ha venido á realzar la oración y y á darle las formas más encantadoras y más irresistiblemente seductoras para los séres dotados de

sensibilidad. Y á ese respecto la música sagrada tiene una importancia que es imposible desconocer.

Basta interrogar al corazón.

Un amigo nuestro, para cuyo elogio nos bastaría citar tan sólo su nombre, nos refería en otra época, á propósito del poder sobrenatural de la música sagrada, que recorriendo la España como un verdadero turista habia llegado á Toledo y visitado su majestuosa catedral. Después de haberla recorrido con la ardiente curiosidad del viajero que recoge recuerdos para los largos días de la edad madura, y con la fría admiración del que ha sido deslumbrado ya con el panorama de Nápoles, de la iglesia de San Pedro y de las calles flotantes de Venecia, pensaba dar por terminada su visita cuando oyó preludiar un órgano, y luego otro que le servia de eco, y luego los dos hicieron retemblar las espaciosas bóvedas con una de esas armonías encantadoras cuyo secreto melódico llevaron á la tumba Beethoven, Allegri y Palestrina.

¿Qué fenómeno psicológico ocurrió entonces en su sér? ¿Cómo y porqué dobló las rodillas y se prosternó al pie de los altares, y se llenaron de lágrimas sus ojos? Qué mágico poder subdividió hasta lo infinito sus impresiones, sus recuerdos y sus esperanzas? y como brillaron como las mil facetas del diamante de Golconda herido por la luz del sol!

Oró largo rato, con esa oración que no tiene palabras, por la patria ausente, por sus padres, por sus amigos, por la mujer amada y que debía ser la compañera de su vida. . . .

Oró y lloró porque la música, apoderándose de sus sentidos, había sacudido su corazón.

V

El canto es una parte del culto religioso en todos los pueblos del mundo. El hombre canta lo que adora y lo que lo subyuga, y por eso ha consagrado sus más ricas inspiraciones á manifestar sus sentimientos religiosos, dando un carácter elevado y elocuente á sus gritos de admiración, de gratitud, de dolor, de amor y de esperanza á su Creador.

No se puede concebir la oración sin un acento musical que la acompañe y que exprese en cierto modo su universalidad, su esencia, como una vibración del corazón: así, puede decirse que la palabra es el órgano del sentimiento particular, mientras que la oración es el perfume del sentimiento público.

Todas las religiones conocidas en la tierra, desde catolicismo hasta el fetiquismo, han hecho uso de la música como de un poderoso auxiliar, y han marcado indeleblemente sus tendencias, sus aspiraciones, su fuego íntimo y su vitalidad

en las obras del arte que han legado al porvenir.

La arquitectura, la poesía, la escultura y la música son las manifestaciones más íntimas y profundas de las necesidades religiosas del alma, y por eso, especialmente, es por lo que la música hace parte de todos los cultos y de todas las grandes ceremonias públicas.

La religión católica, la religión del amor por excelencia, es la única que ha sabido hacer uso de la música en sus ceremonias, dejando en ella, indeleblemente, el sello de su grandeza y de su poderosa vitalidad. La vida verdadera no principia para el creyente sino más allá de la tumba, y por eso la religión verdadera, enseñada por el Hijo de Dios, trata de sustituir el sentimiento de la eternidad al del tiempo, de anonadar la carne para que el espíritu se eleve en arrobamientos sin fin, hacia la eternidad. Por eso también los oficios de la Iglesia no son, en realidad, sino un largo gemido, una aspiración apasionada hacia la muerte, la humillación de los sentidos y la rehabilitación del espíritu que trata de dejar su crisálida terrestre.

Nada hay comparable á la pompa, á la magnificencia, á la variedad y profundidad de los ritos católicos que traducen á los ojos los misterios de su dogma, y así, preseindiendo de su verdadero carácter, y considerándolo solamente bajo el artístico, presenta el rito católico un drama lleno

de peripecias, un magnífico espectáculo, el simbolismo más variado y más sorprendente y el lenguaje y la entonación más sublimes y delicadas.

Ninguna religión posee, como la católica, mejor sentimiento de la verdad en el arte. El canto llano ó gregoriano ha resistido á los embates del tiempo y conserva su majestuosa sencillez, sin que sea dable suponer sufra transformación alguna, porque responde á las legítimas aspiraciones del bello ideal en el arte. ¡Cómo se conoce que la verdadera religión del amor y de la humildad, ha querido encerrar la vida en las profundidades de su doctrina y satisfacer á la vez y siempre las necesidades eternas del alma!

Habéis oído las ricas inspiraciones de Scarlatti, de Pergoleze, de Jomelly, de Marcello, de Hændel, de Mozart, de Cherubini?

Aun con las imperfecciones que se traducen y se interpretan en nuestros coros los himnos de la Iglesia, los grandes salmos, es imposible que no hayais sufrido la maravillosa influencia de un *Miserere*, de un *De profundis*, de un *Stabat Mater*, de un *Dies iræ*.

Os acordáis! Un día habéis tocado á las puertas de la penitencia y habéis descargado sobre los hombros y sobre el corazón de un anciano venerable la enormidad de vuestras faltas; un sincero dolor acongoja vuestro espíritu, y si entonces oís

cantar el *Miserere mei Deus* comprendereis la grandiosa inspiración que encarna esa música solemne. Oid! Es el sollozo de dolor, es el pesar de la falta, es el grito del arrepentimiento, y la voz quejumbrosa del que se halla ser un miserable gusanillo de la tierra. Sonidos estridentes, ecos lejanos de una voz amenazante van y vienen por esa melopea temblorosa; de repente una melodía dulce trae un rayo de esperanza, es el rayo del sol que rompe la nube que entenebrece el horizonte, es la fe en la misericordia que hace exclamar, todavía con lágrimas en los ojos, "*Recordare Jesu pie... ne me perdas illa die!*"

¿Habeis oido el *De profundis* el día en que habeis acompañado á un amigo, un pedazo del corazón, que ha muerto, que va á recibir las últimas oraciones del cristiano?

Es una alma que ha volado al seno del Creador y que yá ha rendido cuenta de su jornada. Oid esa lúgubre queja de la melodía... es monótona como la eternidad; después, por transiciones sencillas, sin *fiorituras*, la voz estalla y se eleva, ha acabado el gran drama de ése que yace allí en los brazos de la muerte: algunas voces roncadas como el tañido de las trompetas os recuerdan el juicio final.

Si todo eso sentís y comprendéis, proster-naos. Algún día se representará para vosotros ese drama pavoroso.

Por lo que respecta á la música dramática, en otra ocasión se hará el estudio que el asunto demanda. Hoy por hoy dejamos consignada nuestra entusiasta admiración por el más bello de los espectáculos escénicos de la época presente, por la ópera en general, y en especial por la ópera italiana, la ópera de Rossini, la de Verdi, la de Donizetti, la de Bellini, la de Mercadante y demás genios inmortales.

Medellín, 2 de Mayo de 1873.



Sala de Patrimonio Documental



II

LA DUDA Y LA FE

Á UN AMIGO DESGRACIADO.

—

CONOZCO el mal que atormenta tu corazón; comprendo los gritos de tu alma y sé que algunas gotas de amargura han disuelto las ilusiones de tu juventud, como disuelve el ácido fénico todos los elementos de fermentación.

—

Tu mal es el de René, es el de Obermann, es el de Werther, es el de Stenio, es el de Childe Harold. La duda, el desencanto, el hastío se han apoderado de tí y minan tu existencia.

El tedio de la juventud que proviene de una fuerza sin regla, de una actividad sin objeto, de esfuerzos confusos, de una pasión vaga é indefi-

nida, del vacío de las aspiraciones infinitas, de la resignación desdeñosa..... el tedio de la juventud ha secado la fuente de tus creencias y de tus virtudes.

Tu corazón, como el frasco de cristal abandonado en el retrete de una dama, contuvo las más ricas esencias, de las cuales no ha quedado ni una gota, y apenas sí, el recuerdo de un perfume. Has deshojado una á una las flores de tu juventud como Ofelia su corona de desposada.

La Historia nos habla de ciudades florecientes que yacen sepultadas en el fondo de los mares; tal vez al través de la superficie trasparente de las aguas se vea aun la morada de los hombres, allí donde la voz humana no resuena.

Al pie del Vesubio, cubiertas de tierra y de lava, se han hallado los esqueletos de dos grandes ciudades. De una generación que allí gozó los placeres del mundo apenas quedan unos pocos huesos prontos á convertirse en polvo, como las grandezas de la tierra.

En el fondo del Asia, en las llanuras del Senaar, donde florecieron Babilonia y Nínive, por

donde cruzaron los grandes ejércitos de Ciro, de Alejandro y de Tamerlan se encuentran hoy unos pocos beduinos apacentando reducidos rebaños. Allí donde se derramó á torrentes la sangre de los héroes se oye apenas el eco de la voz del hombre.

De los templos famosos, de los soberbios edificios quedan aun algunas columnas rotas que las hiedras han estrechado con sus raíces. Allí donde se exhibió la belleza creada por el hombre, las serpientes han cambiado muchas veces de piel, y han reinado en absoluto sobre la ruina y la desolación.

Los dramas del mundo, los grandes dolores de la humanidad, las páginas de desolación y de duelo que llenan la Historia, las grandes ruinas, los cataclismos que han conmovido el mundo dejan frío y sereno tu corazón. Hay en tu alma una historia más amarga, hay abismos más insondables en el fondo de tu sér y ruinas más elocuentes en tu propio sentimiento.

Conozco tú mal, hermano de René. Quisiste servir á la vez dos doctrinas contradictorias, y han librado batalla en tu propio sér, el espiritualismo y el materialismo, la autoridad y el desorden, la disciplina y la licencia. La lucha entre

los dos principios, que ha nacido con el hombre, el debate que se ha empeñado en el antagonismo de su doble naturaleza, ha tenido mayor resonancia en tu espíritu y al fin ha triunfado el elemento del desorden. De ahí proviene tu dolencia.

Hermano de René y de Obermann, compañero de mi juventud en la hora bendecida para ambos en que las alegrías misteriosas, las ternuras contenidas que se infiltraban gota á gota en nuestro sér como las fuentes ocultas, nos hacían felices; amigo desgraciado, vuelve á tus antiguos días; vuelve á la fe por el estudio que ensancha los horizontes de la vida y por la oración que alivia el alma de todo peso y lo eleva hacia las regiones infinitas.

Vuelve á las dulces creencias de la infancia y á las serias convicciones de tu primera juventud; abrázate al signo de la redención universal, á esa cruz expuesta á todos los vientos, batida por todas las tempestades, entregada á todos los escarnios y que es sin embargo el refugio de todos los afligidos y el más seguro sostén de los que flaquean en la jornada de la vida.

Vuelve á tus antiguos días y lograrás descubrir detrás de la sombra sangrienta del Calvario los radiosos esplendores del Tabor; sentirás de

nuevo tu sér vibrante de armonías, y tu alma despierta á las dulces emociones de la vida, será como una arpa eolia suspendida en el espacio y agitada por el viento.

Cantarás de nuevo el amor, el patriotismo, la amistad, la fe y todas las nobles creencias que nacían palpar tu corazón en vibraciones infinitas.

Tu canto subirá entonces al cielo, como el perfume del incienso se eleva en el espacio.

Medellín, 20 de Enero de 1876.



III

LOS ENTREACTOS DE LUCÍA

I

UN SE representaba por primera vez la Lucía de Lammermoor, en esta ciudad, en la noche del 23 de Abril de 1865.

Acabado el primer acto, y descendiendo yo del cielo de la armonía, de donde me venían aun como un eco misterioso las dulcísimas cadencias y la suave melodía de *regnaba nel silenzio* y los patéticos murmurios de los esponsales de Edgardo y de Lucía, se me acercó un amigo que me trataba con afable familiaridad y después de hablarme con entusiasmo de Assunta, de Enrico (el malogrado Enrico!) y del inmortal Donizetti,

quiso sacarme de mi honda preocupación desplegando todo el lujo de su inimitable agudeza y de su galano decir.

Ese amigo, á quien llamaré Emilio, y que es bien conocido entre nosotros, está dotado de la poderosa facultad de vibración y posee un espíritu infatigable, pronto siempre á la réplica, respondiendo á cada incidente de la vida pública ó á cada episodio de la vida literaria con una página, una línea ó una palabra; pero se entiende que es la palabra justa, la línea picante ó la página verdadera, siendo su talento tanto más seductor cuanto que se anima en su movilidad con todos los colores de la fantasía. Decir otro rasgo más sería señalarlo con su nombre y apellido.

Emilio, decía, quiso arrancarme del éxtasis en que me hallaba y volverme al diapason normal con suaves y delicadas transiciones.

Y he usado la palabra éxtasis, de significación elevada, porque expresa perfectamente bien mi pensamiento.

Era la primera vez que yo, músico aficionadísimo, veía y oía una ópera, esa ópera era *Lucía* y Lucía se encarnaba en Assunta Mazetti.

Desenvolveré mejor mi pensamiento.

Assunta no sería tal vez una artista consumada; pero á mí me parecía que lo era en esa

noche de inefables recuerdos; yo la creía igual á la Malibrán ó á la Grisi, que apenas conocía por la fama y que no me era dado calificar de una manera conveniente. A Assunta faltaría mucho seguramente por lo que hace al fuego escénico, pero poseía una admirable vocalización, una voz fresca y argentina que se desataba en cadenciosos trinos con una facilidad indescriptible.

Asistía á la representación de *Lucía*, es decir, de la obra maestra del más tierno é inspirado de los maestros italianos, y por último conocía yo lo que era ópera, la recopilación más hermosa del sentimiento musical que da vida y movimiento, luz y perfumes, gracia y donosura á las más bellas creaciones del poeta; la ópera, de la cual no me había formado antes una idea cabal, porque á esta ciudad, escondida entre abruptas montañas, no habían llegado otras melodías que las estruendosas de la naturaleza, cuya melopea, como la del canto gregoriano, se desarrolla en notas prolongadas y monótonas.

Emilio me sacudió el brazo amistosamente y me dijo:

—Vaya! deje usted de ser artista por un momento, y sea hombre; ó más bien, sea artista en otro sentido, y admire las bellezas que se agrupan en los palcos como constelaciones en el cielo de la belleza ideal.

—Es verdad, le contesté, se halla aquí lo

más selecto de la sociedad medellinense, y el espectáculo es hermoso.

—Ahora, continuó Emilio, si usted quiere que yo le refiera alguna historia palpitante, de esas que yo *invento*, es decir, descubro, en mi calidad de antiguo cronista de periódicos, no tiene más que escoger, dando una revista á los palcos que tenemos á nuestro frente.

Más por condescendencia que por curiosidad, recorrí ligeramente la galería del medio, de un vistazo, y me detuve en el palco del señor Don N. en donde se hallaba una joven que me era completamente desconocida.

Era estrella de otro cielo, pero era estrella de primera magnitud.

Era de una blancura sorprendente y que resaltaba del fondo oscuro de su traje, como resalta la nieve de los negros pedruscos de Soratá. Si yo hubiera sido poeta, hubiera comparado esa blancura á la piel del armiño, al plumón del cisne, al mármol de Paros ó al lirio que entreabre su cáliz de plata al beso matinal.

—¿Quién es aquella joven, de blancura mate, que conversa actualmente con un anciano, en el palco de Don N.? pregunté yo.

—Allá lo aguardaba, me respondió, esa joven está casada con ese anciano, y es un ave de paso; viene de Bogotá y seguirá para Popayán.

Hice un gesto de duda: no me parecía natu-

ral que ese anciano, que podría ser su padre fuera su esposo.

—Es así como se lo digo, con el *item* de que ella lo ama entrañablemente; mire usted que dulce sonrisa le dirige en este momento.

Es esa una historia palpitante que tengo inédita y cuyo carácter conservaremos por ahora. Pero sentémonos que el entreacto será largo y yá volverá sobre las tablas la novia escocesa que ha robado su atención.

Nos sentamos, y yo procuré en vano, rechazar dos ó tres motivos de la cavatina del primer acto, que mi memoria retenía aunque con vaga incertidumbre.

Pues señor (y la historia irá en compendio y sin apellidos, que es como si dijéramos el *non plus ultra* de la discreción de un cronista), había en Bogotá, en el puente de Lesmes, una casita de pobre apariencia y de un interior muy triste en donde residían dos jóvenes huérfanas, conocidas generalmente con el nombre de *las dos hermanas*. Habían perdido su madre en la infancia y su padre poco después, en una de esas guerras fratricidas que yá no volverán, Dios mediante. La mayor se llamaba Clara y la otra Elvira, y era aquella la que hacía las veces de madre y llevaba sobre sus hombros, como el peso de Atlante, la dirección y el cuidado del hogar.

Las niñas se sostenían merced á una pensión alimenticia que el Gobierno les suministraba, y al constante trabajo que algunas buenas vecinas les conseguían.

Elvira era de constitución débil y enfermi-za, por lo cual el rudo trabajo recaía sobre Clara, pero ambas llevaban una vida tranquila y serena hasta donde lo permitían sus escasos recursos.

Clara era por ese tiempo una joven como la que tenemos á la vista y al estudio; blanca y pura como la blanca luz de la reina de la noche, tenía largos cabellos rubios como el oro de las espigas, ojos azules tras de los cuales se veía el azul de su alma, mejillas de rosa..... y en fin, su espíritu se había pulido con la desgracia, como el diamante al fuerte roce de su propio polvo.

—Me supongo, le dije sonriendo, que usted no la conocería, y que ese boceto será de pura fantasía.

—Ese boceto es exacto, me replicó, aunque queda pálido ante el cuadro original; yo no conocí á Clara, pero sí conozco á su hija, que tenemos á la vista, y la semejanza de las dos ha sido sorprendente; dentro de poco me apoyaré en los hechos.

Continúo el relato. Merced á los recursos de que he hablado, Clara y Elvira podían llevar

una vida sencilla, pero sin cuidados, y descansado felices sobre el porvenir, fiadas en la inocencia de su corazón y en la ignorancia de los peligros de la vida.

En el año de 1848, cuando cumplía Clara los quince años, y cuando yá se desarrolló en todo su esplendor su belleza virginal, causó ésta una honda impresión en dos jóvenes de distinta posición social y de encontrados caracteres.

Se llamaba el uno Ricardo y el otro Alejandro; éste era de la alta aristocracia, de vida relajada y no buscaba sino el placer persiguiéndolo con renombrada tenacidad; aquél era un modesto teniente del ejército de línea que estaba acuartelado en la ciudad, y era al contrario, sencillo, moderado y de sanas costumbres; sin afición á la carrera militar, había entrado de conscripto por la provincia de Tunja y había adquirido sus grados á fuerza de sus merecimientos y de una conducta ejemplarísima; sus superiores le tenían un cariño entrañable y se hacía acreedor á él á despecho de sus gratuitos malquerientes.

Alejandro vió á Clara y se encendió en él una de esas pasiones ardientes que queman un corazón y tiznan las reputaciones más inmaculadas; Ricardo la vió con frecuencia y la amó en lo más callado de su alma y sin esperanza de retorno; conocerla y amarla fué para él lo que un rayo de sol para un paisaje dormido en las tinieblas,

á quien da vida y animación, luz y colores y despierta los callados ecos de las eternas armonías.

Sería en vano pintar las mudas adoraciones y misterios inefables que llenaron su corazón á las primeras revelaciones del amor; basta decir que amaba por la primera vez y con esa intensidad y absoluta consagración de que sólo disponen los que no han entregado su juventud á las disipaciones miserables, escollos demasiado frecuentes en donde la libertad de las maneras cambia de nombre y es la fuente de la más desvergonzada corrupción.

El amaba ardientemente, porque las naturalezas castas son también las naturalezas apasionadas, puesto que la pasión crece cuando se la contiene, y en fin, porque está en la naturaleza humana que todo corazón se abra al sol de la vida, siquiera sea una sola vez, como toda planta reverdece ó florece en el mes encantador consagrado á la Reina de los cielos.

Clara, lo diré de una vez, no fué insensible al amor de Ricardo, y en vano luchó interiormente con ese sentimiento que se alzaba en su corazón para rivalizar con el amor á Elvira; en vano se ocultaba aquella alma á la sombra, como la violeta oculta su corola y derrama su perfume; llegó un día en que ese amor irradió sobre su semblante y brotó de su corazón como se abre la azucena á los rayos del sol de la mañana.

Y era imposible que no se amaran, puesto que mil circunstancias sociales los ponían en contacto y hacían notar la similitud de existencias, de caracteres y de virtudes que había entre ellos.

Una circunstancia precipitó los sucesos y permitió que los dos jóvenes se entendieran sin hablarse.

Alejandro, prevalido de su posición, y cansado de aguardar el resultado de otra maquinación que sus compañeros de placeres le ayudaron á formar, se presentó en la casa de Clara cuando ésta se encontraba sola, encorvada bajo el rudo trabajo á que estaba sometida su existencia, y después de dirigirle algunos cumplimientos que formaban la moneda menuda de su gasto, dejó caer sobre ella una de esas miradas que tienen por objeto empañar la aureola de la inocencia y del pudor.

La sangre acudió á las mejillas de Clara, en reflejos de púrpura y sin poder articular palabra alguna se deshizo en llanto, Ricardo entraba en ese momento y comprendiendo lo que pasaba tuvo el valor bastante para contenerse intimando al Lovelace saliese de esa casa, pues esa joven estaba, sino bajo la protección de la ley, al menos bajo la egida del más puro y noble de los amores.

Alejandro se sonrió con desprecio, y salió á

buscar á sus compañeros en solicitud de una pronta y enérgica venganza.

Ricardo se atrevió entonces á hablar á Clara de los peligros de su situación y le ofreció, con su mano, toda la sangre de su cuerpo y todos los pensamientos de su alma.

Clara aceptó ese amor y esa mano y se pensó que el matrimonio debía celebrarse á la mayor brevedad posible.

Alejandro entretanto, prevalido de sus relaciones personales, obtuvo de la camarilla que regía secretamente los destinos de la República, que Ricardo fuera enviado á una provincia lejana para asuntos del servicio militar; y á tiempo que él solicitaba su licencia indefinida ó retiro de servicio, se le dijo que estaba en su honor no eludir el encargo que se le había confiado; en vano hizo conocer la causa de su petición, se le habló del honor y del deber y tuvo que resignarse á partir, despedazado el corazón.

No le quedó siquiera el recurso de acudir al Jefe que se había declarado su protector; éste había sido removido de su encargo por sus opiniones políticas, de manera que de rechazo vino á sufrir Ricardo por ese suceso que hiciera tanto ruido en la República: todo se liga en este mundo, la caída de los palacios arrastra consigo los nidos de las golondrinas.

El piano de Pietro se hizo oír en ese momento y los músicos corrieron á sus puestos; volvimos cara al escenario y el telón se levantó. Volvimos á Lucía!

II

¡Cómo describir las dulces emociones y los encantadores arrobamientos que me produjeran las melífluas melodías y las piezas concertantes de que está lleno el segundo acto de *Lucía*! ¡Con qué lenguaje pudiera expresar dignamente los movimientos de alegría, de pesar, de temor y de honda tristeza en que oscilaba mi alma, en escalas cromáticas, y al unison de la magnífica partitura de Donizetti!

No seré yo ciertamente quien pueda expresar un juicio acertado sobre esa obra tan acabada; mas juzgándola con el corazón, no puedo menos de ratificar las opiniones del ilustre Scudo:

“*Lucía*, dice, es sin disputa la obra maestra de Donizetti; es la partitura mejor concebida y mejor escrita que nos ha dejado; aquella en que hay más unidad y que encierra las más felices inspiraciones de su corazón. Cada uno de sus

trozos es encantador y perfectamente adecuado á la situación.....”

Todavía, á pesar del tiempo traseurrido, resuenan en mi alma todos los gritos de duelo, de reconvención, de estupor y de locura recogidos en su quinteto admirable; aún distingo, por encima de todas las voces armoniosas, la de Assunta, que se elevaba en cadencias adorables y se destacaba como la luna entre los astros de la noche, como la palmera entre los abrojos del desierto; todavía tiemblo de terror cuando recuerdo el *maledetto sia l'istante* que Edgardo.....que Rossi dejaba caer como la más estridente de las amenazas que haya lanzado un amante engañado, desde Atalide hasta Ethelwood.

Assunta, bello pájaro del paraíso, cuyo gorjeo igualaba á su plumaje, sin llegar aún á la escena de la locura que era su fuerte, desataba notas de una flexibilidad adorable y esparcía un perfume de gracia y juventud que encantaba todos los corazones. La orquesta, por su parte, repetía en sordina, los acentos apasionados de Edgardo y de Lucía y aun la ronca voz del implacable Asthon.

Vueltos al mundo de la realidad Emilio y yo, después de cambiar nuestras notas de admiración, que vibraban aún, en recuerdo de las inefables armonías, como vibra largo tiempo la hoja de cobre sacudida por el martillo, continua-

mos nuestra conversación del primer entre-acto.

—Habíamos llegado al *brutum fulmen* elaborado por Alejandro, le dije.

Es verdad, me contestó. Esa tempestad que se había descargado sobre Ricardo no le prometía días felices, y por lo que hace á Clara, innecesario será decir que su corazón vino á sufrir de rechazo la más acerba de las penas.

Su situación vino á ser más angustiada y difícil que antes; Elvira perdía gradualmente su salud, desarrollándose en ella una terrible enfermedad del corazón; la módica renta que el gobierno les pagara fué reducida, por la penuria del Tesoro público, á proporciones tan insignificantes que yá no podía servirles de recurso alguno.

Lo que sucedió después no sé cómo explicarlo, tal vez se considerará absurdo, por no poder desarrollar largamente una tesis psicológica y social que á ese desenlace se refiere.

Pasaron los meses y los años sin que se obtuviera la menor noticia de Ricardo, á pesar de la solemne promesa que hiciera de escribir semanalmente por los correos nacionales; y de regresar apenas cumpliera debidamente su comisión. Alejandro que maniobraba secretamente,

del modo que yá hemos indicado, consiguió hacer desaparecer la correspondencia de su rival, é hizo correr la noticia fingida de su matrimonio con una payanesa, y del consiguiente olvido de sus sagrados compromisos.

Gastó con Clara, por otra parte, la conducta más digna y más cumplida: la visitaba de tiempo en tiempo y con las consideraciones más delicadas, suministrándole de una manera velada algunos recursos, mediante las labores que hiciera ejecutar por ella.

Mas, llegó un día, en que el médico ordenara para Elvira el cambio de clima y la sujeción á un régimen costoso en demasía. Hasta allí no había ahorrado Clara ni trabajo, ni vigilia, ni privaciones, ni sacrificio de sus propias joyas, recuerdos de su santa madre; mujer por la debilidad, era á la vez hermana y madre por el amor entrañable que tuviera á Elvira; pero no pudiendo hacer más se retorció en mudas desesperaciones y le parecía que una voz secreta le gritaba al oído, que en sus facultades estaba salvar á su hermana aunque ella pereciera en el deshonor.

¡Pobreza, cuántos corazones has destrozado, cuántas almas has segado en flor con tu despiadada guadaña! Diosa sombría, eres á veces el soplo y la mensajera de la muerte!

En fin, amante despechada y hermana abnegada hasta el sacrificio, llegó para ella una ho-

ra de duelo, una hora atea, como dijera Shakespeare, en que doblegada bajo la inmensa pesadumbre de su azarosa situación, cedió al seductor Alejandro que espiaba ¡hombre sin corazón! ese momento cruel, y sin duda su ángel tutelar debió cubrirse de dolor y pena ante el sacrificio de esa pobre y desamparada mujer.

Ya ve usted que no la disculpo, apenas señalo las circunstancias atenuantes, separándome, y con mucho, de las extrañas teorías de Sue y Dumas hijo, acerca de la mujer que cae conservando la virginidad de corazón. Apenas podré decir con Gregorio, interpretando á Víctor Hugo:

“Oh! no insulteis á la mujer que cae,
No sabemos que peso la agobió....”

Para mayor desgracia el sacrificio fué infructuoso. Elvira se postró más y más, y antes de que fuera posible hacerla cambiar de clima rindió su vida dejando á Clara sumida en la más atroz desgracia.

La alegría, ese dulce sol de la vida, desapareció de esa pobre casa para siempre. Clara renunció al amor tirano de Alejandro y ya no quiso sino morir; pero pasaron los dias y tuvo que resignarse á los duros combates de la vida porque conoció que iba á ser madre sin haber sido esposa!

Lágrimas, penas, sufrimiento, mudas agonías. ese es el cortejo que dejan en pos de sí esos jóvenes sin corazón y sin honor que se entregan maniatados al terrible tirano de los sentidos y que buscan el placer como la suprema ley de la existencia.

Nunca será la sociedad demasiado severa para con ellos, ni las leyes suficientemente previsoras para contenerlos.

Esto que he referido pasaba en el año de 1851, en lo más crudo de la emergencia política de esa época azarosa.

Para no salvar los límites del entreacto llegaré, sin transición, al año de 1854.

Es conocida generalmente la guerra que entonces incendiara la República. Un soldado oscuro, aunque muy atrevido, quiso hacerse superior á las leyes y enarboló la bandera de la dictadura; mas luego, y como por encanto, acudieron de todas partes los defensores de la patria y en recios combates pelearon las batallas de la justicia. La más sangrienta y la más reñida de ellas fué la del 4 de diciembre, en Bogotá.

No entra en los límites de mi narración decir algo sobre ella, bástame seguir á un capitán del ejército del Sur que, aunque herido en lo más crudo del combate, volaba, que no corría, hácia la calle de Lesmes, cuando hubo libre tránsito,

merced á la victoria de las fuerzas constitucionales.

Era Ricardo. La más cruel de las maquinaciones lo había retenido en el último confín de la República; pero la revolución había desbaratado el secreto poder que labrara su desgracia! Qué momentos aquellos!: el tiempo se arrastraba perezosamente para él y le parecieron siglos los minutos que tardaron en abrirle la puerta de la casita de *las dos hermanas*.

—Clara! gritó Ricardo.

Aquella, pálida como la muerte, no pudo hablar y fué á apoyarse sollozando sobre la cama de su hija; la niña temblando echó los brazos al cuello de su madre, prodigándole ese santo nombre á tiempo que Ricardo, comprendiendo la inmensidad de su desgracia, caía por tierra, desmayado.....

Ricardo perdió el juicio; no pudo resistir á esa herida moral más honda y más cruel que la que le habían causado las balas enemigas. Fué recogido para un hospital de locos.

Clara no murió, tenía su hija y debía vivir para ella. ¡Amor de madre, dulce y abnegado amor, límpido y puro carbunco que brilla en la alegría como en el dolor, de noche como de día!

Renuncio á pintar lo que ocurrió después en la vida de Clara. Cuando el egoismo de las malas pasiones no ha petrificado el corazón, no

puede haber una tortura más cruel que la de saber que hay una criatura noble y abnegada que sufre las consecuencias de una situación que no fué propia.

Clara debió sufrir hondamente al saber que Ricardo había muerto para el mundo de la razón, á consecuencia de la herida moral que con sus propias manos le causara. Por eso su sol se fué apagando en la tristeza y en el abandono; fué yá una tierra sin rocío, un cielo sin estrellas, una agonía lenta que acabó al fin con su vida en el seno de la más santa resignación.

La huérfana fué recogida por una estimable señora viuda, que había quedado sin hijos, y que gozaba de algunas comodidades. La hizo educar en uno de los mejores colegios de la capital y acabó por adoptarla.

La niña creció en belleza y virtudes y alcanzó á ser una de las más puras beldades de Bogotá.

En el año próximo pasado, siendo yá joven y sin conocer á fondo la historia de su madre visitaba la casa de locos, en compañía de su madre adoptiva.

Al examinar la celda de un loco melancólico, éste fué presa de la más extraña agitación. De improviso se tiende á los pies de la joven diciéndole:

—¿Tú no eres muerta Clara, llegas en fin?

Y su voz era tan dulce que parecía un suspiro de la noche.

Era Ricardo, anciano yá más por el dolor que por los años.

¿Qué pasó en él en ese momento? Nadie podrá decirlo; tal vez el enjambre confuso de recuerdos se levantaría de repente en su alma cantando y batiendo alas, despertando los ecos dormidos de las alegrías desvanecidas del pasado.

La joven que también se llamaba Clara, volvió á su casa hondamente preocupada y fué entonces cuando se le refirió con detalles la historia de su madre.

Al día siguiente volvió al hospital y se repitió la misma escena; entonces yá no pudo dominarse y se dirigió á la casa de un eminente médico á quien refirió la historia de lo sucedido y le suplicó se consagrara á la curación del loco.

El médico, yá por deber como por piedad y para resolver un problema de la ciencia médica, ofreció consagrarse á esa curación y se consagró á ella de una manera decidida.

Durante seis meses la joven concurrió diariamente al hospital, siguiendo con puntualidad las prescripciones del Doctor y al fin el buen resultado coronó la empresa.

Ricardo recobró la razón, pero no la dicha.

Clara que se había acostumbrado á ese amor del anciano, que no había amado aún y que quiso rehabilitar la memoria venerada de su madre coronó su obra de abnegación uniéndose á Ricardo. Su amor era puro y sereno como el lago rodeado de sauces que refleja hasta la última hoja seca del árbol que se inclina á sus orillas.

La madre adoptada murió hace poco tiempo y ese es el luto que ve usted en Clara, y tanto para distraerse como para fijar la completa salud del anciano han resuelto viajar por toda la República.

Esa es la historia de la joven que tenemos á la vista. Yá ve usted que tiene toda la serenidad de un hermoso cielo, toda la transparencia de un lago tranquilo y toda la virginidad de una rosa blanca.

Poco después Darío Achiardi empuñaba su battuta y toda la atención se dirigía al escenario. Volvíamos á *Lucía!*



IV

ROSSINI

ROSSINI, semejante al astro rey, ha esparcido su luz á torrentes, y el suave calor de su inspiración sostenida ha hecho brotar del suelo italiano y del suelo francés, muchos genios de primer orden, que sin él hubieran seguido rumbos extraviados, en pos de un ideal gastado en las orgías del filosofismo del siglo XVIII, ó en el abatimiento de los espíritus á principios del siglo presente.

Rossini, como Shakespeare, como Corneille, como Cervantes, como el Dante, como Byron, como Chateaubriand, como los genios tipos, conoció después de algunos ensayos la fuerza creadora de su talento, abandonó las rutas que sus antecesores habían establecido como reglas, y

dando rienda suelta á su inspiración, creó con sus fantasías, doctrinas que la posteridad y el éxito han consagrado por completo.

Mucho es ocupar una época con un nombre, á pesar de los medios que para ello se empleen; pero reinar sobre su tiempo por la sola fuerza del genio; abatir un inmenso edificio y crear otro completamente distinto sin contar con los recursos suficientes; partir desde el fondo de la oscuridad, arrojando un inmenso caudal de ideas á su siglo, y llegar á la cima de la gloria sin pensar en ello, es un hecho que sólo vemos realizado en el dominio de las artes, por lo que hace á la época contemporánea, en el inmortal autor del *Barbero de Sevilla*.

Joaquín Antonio Rossini nació el 29 de febrero de 1792, en Pésaro, pequeño puerto situado en el fondo del golfo de Venecia. Sus padres eran de humilde origen y de escasos recursos; eran músicos ambulantes que se hacían conocer en los teatros de segundo orden de los pueblos circunvecinos.

La madre, Ana Guidarini, bella mujer, hija de un panadero, cantaba los papeles de segunda dama, y el padre tocaba la corneta ó la trompa en las orquestas de la ópera.

El niño se hizo desde temprano notable por

su gracioso semblante y por su hermosa voz que hacía oír en el coro de las iglesias ó en las *soirées* de los grandes señores. También él á su vez, ennoblecido por el genio y enriquecido por el trabajo debía tener algún día sus grandes salones de recibo, á donde habría de correr el mundo elegante y en donde habría de oírse á los mejores artistas de la época, que allí habrían de buscar el sello de su gloria.

Sus padres lo dedicaron al estudio de la música y su primer maestro fué un licorista, *il signore* Prinetti, de Novara, que al mismo tiempo que daba lecciones de música, expendía vinos á los cuales era aficionado.

El clero de Bolonia, apreciando justamente las brillantes cualidades del niño, cantor de coro, le dió colocación en el Liceo, en la clase del abate Mattei, el discípulo favorito del afamado sacerdote Martini, que fué uno de los más sabios profesores de música del siglo XVIII.

Rossini aprendió prontamente con el abate las nociones elementales de la composición y de la armonía, y por no tener recursos ni tiempo para estudiar á fondo el canto llano y el canon, penetrado sí del estilo de Mozart y de Haydn, se decidió á escribir para el teatro, abandonando una á una todas sus ilusiones de artista ejecutante.

La fuerza del destino lo separó de las tablas

en donde su hermosa voz, su gran talento y distinguido porte le presagiaban grandes triunfos y una fortuna que la familia necesitaba con urgencia, y lo arrojó á la composición, sin protectores, sin un nombre conocido del público y atravesando una vía toda erizada de tropiezos y de dificultades, al parecer insuperables.

Él vaciló un momento, mas al fin tuvo fe en su genio, y quiso ser más bien Rossini que Rubini; se sentía lleno de melodías como el ruiseñor, y necesitaba soltar al aire de la publicidad sus gorjeos y sus trinos inmortales.

Tal vez en su ambición de gloria le pareció más sólida y duradera la del maestro que la del cantor, pues la de éste pasa con el tiempo y no queda de ella ni un vestigio para la posteridad. Muere como la hoja que no se reproduce; se evapora como la gota de rocío; alumbra un momento en la eternidad como un meteoro luminoso; es la estela que deja la nave sobre las ondas; es la trayectoria del ave que hiende el espacio.

De Rubini, de Duprez, de Nourrit, de Mario, de Tamberlick no queda si no un recuerdo en la Historia de las Artes; mas las obras de Mozart, de Beethoven, de Bellini, de Weber, de Rossini pasarán á la posteridad y hacen entre tanto la delicia de los contemporáneos.

Su primera obra fué una cantata intitulada *Il pianto d' armonía* que le valió el nombra-

miento de Director de la *Accademia degli Unanimi*.

Por ese tiempo había en Bolonia un tenor de nombradía llamado Mombelli. Una condesa quiso conseguir una aria que él cantaba y, como la ópera no estaba impresa, encargó á Rossini la pidiera al tenor; éste se denegó á darla y Rossini burló el egoísmo de aquél, de una manera ingeniosa: asistió á la representación de la ópera, oyó con el mayor cuidado á Mombelli y de regreso á su casa escribió de memoria toda la parte del tenor, sin levantar la pluma. Por un milagro de memoria musical había retenido el papel de Mombelli, y por otro milagro de ciencia para su edad, fué capaz de escribirlo sin auxilio de instrumento alguno.

Esto nos recuerda una anécdota semejante de Mozart.

El *Miserere* de Allegri que se canta sin acompañamiento en la Capilla Sixtina, en las funciones de la Semana Santa es una obra maestra en la música religiosa.

Había prohibición del Pontificado para hacer popular dicho *Miserere* y por muchos años los artistas tuvieron que hacer la peregrinación á Roma para oír y conocer tal obra. Mozart fué uno de ellos; oyó con atención suma, en éxtasis, si puede decirse así, aquel prodigio musical en que las voces se enlazan, y forman el fondo som-

brío del cual se destaca, como en relieve, la melodía que expresa la confesión patética en grado supremo, de un corazón culpado, despedazado por el arrepentimiento y que implora el perdón y el olvido; aquellos sonidos graves al principio; el ritmo seco, implacable; ese vaivén de angustia, de temor, yendo y viniendo, sin reposo, sobre el fondo sombrío de la melopea siniestra; ese murmurio continuo de implacable espanto, y luego como del fondo de una nube negra y preñada de tempestades un hilo de luz por el cual se filtraba el rayo de la misericordia. . . . todo eso agitaba á Mozart en movimientos nerviosos, como si hubiera estado sujeto á la pila de Volta. De regreso á su casa, saturado de armonías y todavía convulso, escribió de memoria aquella grande obra.

Volvamos á Rossini.

Monbelli, lleno de asombro ante aquel niño sublime, le consagró desde entonces una estimación y un afecto que nunca fueron desmentidos. Lo ocupó como á un maestro, le hizo escribir duos, arias y luego piezas concertantes y de ese modo quedó arreglada, sin saberse cómo ni cuándo, la primera ópera de Rossini, que fué llamada *Demetrio y Polibio*, aunque no fué sin embargo la primera que se oyó en las tablas.

Con el apoyo de la familia Perticano se representó en Venecia *Los cambios del matrimonio*,

después *La equivocación extravagante*, y por último *El engaño feliz*. Ya se vislumbraba la aurora del genio original.

En el año de 1812 escribió un gran número de obras sin preparación, sin cuidado y al correr de la pluma; y al año siguiente dió á luz *El Tancredo* y *La Italiana en Alger*: el disco del genio apareció en todo su esplendor. El suceso de estas piezas fué inmenso; el nombre de Rossini recorrió toda la Italia en alas de las melodías más suaves, más originales y frescas de las conocidas hasta entonces, y el favor popular lo elevó al pedestal de los grandes maestros de la música dramática.

De allí para adelante no hubo yá sino triunfos sostenidos y prodigios admirables de improvisación. *Aureliano en Palmira*, *El Turco en Italia*, *Otelo*, *Ceneréntola*, *La Gazza ladra* (ó la Urraca ladrona) y *Moisés*, fueron apareciendo sucesivamente, y ocupando, en absoluto, todos los teatros líricos de la Italia. Rossini con el *Itanti palpiti* habia derrumbado el Olimpo de los compositores del siglo XVIII.

A los acompañamientos débiles y escasos de éstos él sustituyó la amplitud, la opulencia y el vigor de una orquestación llena de armonías; y sobre todo, hizo correr como de una fuente límpida y perenne los arroyos de una melodía deliciosa, fácil y espontánea; desprendida en cierto

modo de la naturaleza misma de Italia, con todas las gracias de un cielo siempre estrellado, mecido por las auras perfumadas y con horizontes bañados en una luz purísima y tranquila. ¡Qué soplo tan abundante y tan profundo sale de aquella boca sonora! Cuánta calma y cuánta pasión á la vez, y todo esto sin esfuerzos y sin contorsiones! Cada frase nace, se desenvuelve y no desaparece sino después de haber desarrollado por completo todos sus tesoros; la melodía que principia, sigue en ondulaciones que el corazón conoce, y á cada pensamiento responde en sordina nuestro sér en dulces vibraciones.

Por ese tiempo pasó Rossini á Nápoles y trabó relaciones con el famoso empresario Barbaja. Para él compuso *La Isabel* que obtuvo un éxito brillante, debido desde luego á la partitura y también al regio esplendor de la representación.

La Colbrand, cantatriz de mérito y que creó el papel de la reina de Inglaterra, aprisionó luego en sus redes amorosas al jóven compositor, y pronto se hallaron unidos con lazos indisolubles. Ella aportó al matrimonio una fortuna brillante que Rossini aumentó con los tesoros inagotables que arrojaban á sus piés los *diletantes* italianos.

De Nápoles pasó á Roma y allí dió *El Barbe-*

ro de Sevilla, asunto tratado yá por Paesiello. Se habló mucho de la audacia de Rossini al escoger un tema conocido y bien tratado, pero desde la segunda representación, después de una lucha tenaz, venció el movimiento revolucionario con que incendiaba los corazones el que denominaban yá cisne de Pésaro.

En 1822 se dirigió con su esposa á Viena y allí hizo representar *La Zelmira* y compuso *La Semíramis*, una de sus obras más serias y más profundas. En ella, por intuición del genio, derramó melodías desconocidas empapadas en la mitología de Belo, melodías que debieron correr con los vientos en las palmeras de los jardines suspendidos; melodías impregnadas de los perfumes babilónicos, que expresaban las alegrías, las fiestas, los triunfos, las orgías, los terrores, los remordimientos y los duelos de aquella gran ciudad.

Pasó después á Londres y en cinco meses de lecciones y de conciertos ganó 250,000 francos; después se dirigió á París, centro de sus aspiraciones, á buscar allí el sello de su gloria, como lo han buscado casi todas las celebridades musicales de este siglo, desde Mozart hasta Flotow, desde Donizetti hasta Verdi, desde Meyerbeer hasta Nourrit.

Y en verdad que allí llegó al cenit de su gloria con el *Conde de Ory* y con *Guillermo Tell*, su

última palabra, y, en opinión de algunos críticos, la última palabra de la música. Esta ópera fué representada 500 veces seguidas con un entusiasmo creciente. En una de las últimas representaciones se hizo una ovación espléndida al compositor y se colocó su busto de mármol en el escenario.

En el espacio de diez y nueve años había compuesto cuarenta óperas, diez y siete cantatas para la escena, tres misas y una multitud de piezas religiosas, de concierto ó de cámara. Todo lo había sacudido; había ensayado todos los géneros y siempre con suceso; había pasado de lo bufo á lo grandioso, de lo cómico á lo dramático; de la guitarra de Fígaro al furor vengativo de Otelo; del gorro de la libertad del suizo, á la púrpura de Semíramis; del cuento de hadas de Cen-drillón á las severidades bíblicas del Moisés. Ora tierno, ora majestuoso, ora alegre y burlón, fué siempre sublime, brillante y fácil: límpido como el lago, juguetón como el arroyuelo, impetuoso como el torrente é inmenso como el mar.

Para que nada faltase á su gloria, después de muchos años de silencio obstinado dió el *Stabat Mater*: memorias de ultratumba, y testamento musical al mismo tiempo; un gemido y una plegaria; una revelación de todos los dolores de una madre y de las agonías supremas de un Hijo Dios.

De allí para adelante, Rossini selló sus labios, ora porque quisiera sobrevivir á su inmortalidad, ora porque se hubiera secado en él la fuente de sus inspiraciones.

Su inmensa fortuna lo eximió del trabajo y algunas decepciones que sufrió su corazón le hicieron tomar otro rumbo en su vida, hasta que ésta terminó el 13 de Noviembre de 1868.

Hemos dicho que Rossini estaba dotado del dón de la improvisación. En efecto, en 13 días escribió la partitura del *Barbero de Sevilla* (Meyerbeer hubiera gastado en ella más de trece meses); en una hora compuso *La Oración del Moisés*, y mientras le servían un plato en un restaurante halló la melodía del *I tanti palpiti*.

Hé aquí como refiere Mirecourt el hecho:

La víspera de la representación del *Tancredo*, la Malanota, primera cantatriz que debía desempeñar un papel de importancia en la ópera rehusó cantar una aria, con el pretexto de que no estaba adaptada al registro de su voz y por el verdadero motivo de celos bien fundados, porque Rossini era amante de la Malanota y tenía á la vez otras queridas en toda las clases sociales.

Esa aria era una de las esperanzas de buen suceso.

Ruegos, amenazas, súplicas todo fué en vano

Rossini se arrojó desesperado en una góndola; iba á meditar la manera de salir del apuro.

Era un domingo, á la hora de vísperas. Al pasar cerca de una iglesia de las lagunas oyó una especie de himno griego cantado por monjes, sobre un ritmo muy melodioso.

—Pronto, al restaurante, dice al gondolero.

Diez minutos después entraba á su pieza y se sentaba al piano.

—*Bisogna metere y riso?* Ponemos el arroz al fuego, preguntó el cocinero del restaurante, entreabriendo la puerta.

—Aguardadme un momento.

—Ah! *signor* no se aguarda sino á vos.

—En ese caso, prepara el arroz, bajo en el momento.

Ninguna comida en Venecia, sea en la casa del rico como la del pobre, principia sin el plato de arroz, que se come casi crudo, después de haberle dejado solamente cuatro minutos en el agua hirviente, por manera que la pregunta: "Se hace cocer el arroz?" Equivale á esta: "Estais pronto para ponerlos á la mesa?"

Cuando se servía el plato tradicional Rossini bajò frotándose las manos.

—He hallado un aire para la Malanota, un aire acomodado al registro de su voz, exclamó él,

acabo de escribirle ! imposible que le rehuse bajo la multa de su contrato.

Y cantó inmediatamente á los comensales asombrados el famoso *di tanti palpiti*, mirado generalmente como la obra maestra de los cantilenas. La había compuesto en cuatro minutos.

Todo el mundo en Venecia, cuenta aun la anécdota, y los italianos llaman ese pedazo *aria del riso*.

Tenía el dón de la improvisación y al mismo tiempo era perezoso para emprender trabajo. Componía, en una mañana de invierno, un dúo de una de sus óperas, cuyo nombre se me escapa en este instante.

Estaba recostado en un sofá y cubierto de pieles y de abrigos; en una mesita colocada al frente tenía el papel de música y el libreto. Después de haber llenado una página y al concluir el dúo se deslizó el papel y cayó debajo del sofá; intentó cogerlo sin moverse y no pudo; no se presentó por allí ninguna persona que le hiciera ese servicio y al fin se determinó á escribir de nuevo dicho dúo. "Me será muy fácil, pensó, pues aún resuena en mi mente la melodía que lo forma." Escribió en seguida unos dos compases, y una modulación inesperada le hizo tomar otro rumbo.

Decid al pájaro que vuela al través del espacio, al viento que encorva las espigas y juega con ellas, á la bruma matinal que pasea por los pra-

dos sus gotas de diamante; decidles que determinen su vía ó marquen sus etapas: será imposible, ellos irán al impulso de su capricho y sin rumbo señalado. Así, Rossini siguió escribiendo en presencia de la idea que tomó otra vía, y cuando llegó un amigo, este recogió las dos piezas las tocó en el piano y las halló ambas admirables y completamente distintas.

Estaba para representarse yá la *Ceneréntola* y aun no había escrito la obertura. Barbaja lo apremia, lo insta, le suplica se ponga á la obra, pues yá estaba anunciada la primera representación y todo Nápoles aguardaba esa maravilla. Rossini se burla de Barbaja, y atolondrado como era, gasta las horas preciosas en fiestas, paseos y bacanales. La víspera de la representación despierta Rossini encarcelado en su propia residencia; durante el sueño Barbaja ha hecho construir paredones, dejando apenas la claraboya para pasarle los alimentos, y le notifica, asomado por allí, que no hará echar por tierra esos muros sino cuando obtenga la obertura de la ópera.

Rossini se encoleriza, insulta á Barbaja, pide socorro, pero nadie le oye. Al fin resignado á fuerza de desesperación, como el pájaro en la jaula, suelta como él sus gorjeos y escribe en pocas horas una obertura deliciosa.

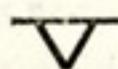
Donizetti tenía una cuerda más sonora en

su inspiración, era el amor; Bellini tenía la dulce melancolía; Weber poseía el sentimiento fantástico. Rossini abarcó todos los géneros, pero para él componer no era amar, no era orar, no era sufrir, no era soñar; componer era gozar, era irradiar. Su música es la vida exterior en su plenitud, la vida alegre, descuidada y feliz; es la fermentación de una sangre generosa que se volatiliza en notas sonoras.

Los griegos hubieran hecho de Rossini un semidiós. En efecto, su música refleja todas las variedades de la belleza del mundo antiguo: la belleza de la fuerza, de la gracia, de la sonrisa, de la actitud altiva y aun la belleza del dolor cuando no descompone el semblante como la de Niobe desgraciada.

En resumen, la música de Rossini responde al tipo de su raza, de su nacionalidad y de su siglo.





OYENDO LLOVER

I

EL 20 de Marzo de 1874 llovió á cántaros en Bogotá, lo cual no se extrañó mucho porque en aquella capital, según el dicho de uno de sus más amantes hijos, llueve trece meses en el año.

Las siete de la noche serían cuando principió á calmar el tiempo. Las luces de los reverberos se encendían una á una para alegrar aquella ciudad entumecida; el agua corría por las calles en rumoroso tropel, haciendo la policía, y los vecinos de la capital comenzaban á salir á la calle, á cruzarse en todas direcciones sin hacer gran caso del piso húmedo y de las últimas gotas de menuda lluvia que enviaban las nubes.

Llama, en efecto, la atención del viajero el ver que al bogotano no lo detiene nadie en su casa cuando llega la hora de su paseo ó de su visita.

En el momento en que principia esta historia, dos jóvenes envueltos en largos sobretodos, ocultando la faz en anchas bufandas, abroquelados contra la lluvia con paraguas y zapatones, seguían por la acera derecha de la tercera calle de Florián; al llegar á la esquina torcieron hacia el Oriente, caminaron cuatro cuadras y tocaron á la puerta de una modesta casa de un solo piso.

Al redoblado golpe del aldabón se oyó rechinar la pesada puerta, un sirviente dió entrada á los dos visitantes, y después de haberles ayudado á desembarazarse de su armadura de invierno los anunció solemnemente en el salón de recibo.

Y no hemos usado una palabra impropia; la casa tenía una modesta apariencia, pero el interior era un verdadero palacio.

El salón, ricamente entapizado, era todo luz y todo perfumes. Grandes cuadros de artistas notables, espejos con ricos marcos, muebles del estilo europeo, un gran piano de cola, de Erard, y mil pequeños nada, álbums, libros, objetos del lujo elegante demostraban la riqueza y el buen gusto de los dueños de la casa.

El jefe de la familia era don José Luis de Orcona y Valladares, hijo de un peninsular que en 1810 ahorcó sus títulos de nobleza para defender con singular pasión la patria de su esposa doña Felicia Sánchez, matrona de singulares virtudes.

Don Luis, hombre de buena educación y cultas maneras, había sido ministro diplomático en Francia durante la primera administración del general Mosquera.

Tenía dos hijos bien establecidos en el comercio, los cuales habían constituido su hogar al casarse, pero eran siempre los primeros tertulios en la casa paterna en las noches de recepción.

Olvidábamos apuntar la circunstancia de que la noche en referencia era noche de recepción.

La esposa de don Luis y dos hijas solteras, de muy distinguido mérito, hacían los honores de la casa.

La reunión no era muy numerosa, pero sí muy escogida. El mal tiempo habría, sin duda, impedido á algunas personas concurrir á aquella tertulia, mas había el personal suficiente para que fuera muy interesante.

Había allí lindas mujeres, como son de cosecha en Bogotá, elegantes jóvenes que pertene-

éían, según la expresión de la época, á la *creme* de la *creme* y los hombres serios del *savoir vivre*, cumplidos caballeros, finos y de trato muy ameno.

Llamaba la atención una joven de 26 á 27 años, de espléndida belleza: su estatura era regular, bien modelada, parecía un busto griego, con la flexibilidad y gracia de las mujeres orientales; sus grandes y rasgados ojos tenían tal expresión de indecible encanto, que era imposible no admirarlos una vez y mil. Su boca era de un dibujo correcto, en su expresión había algo que indicaba un largo y resignado sufrimiento. Todo en ella revelaba una mujer en quien dominaba el pensamiento más que el deseo, la ternura más que la pasión, el alma sobre todo.

Yá hemos dicho que podría tener 26 años, y de seguro podría pasar de allí sin que disminuyera su belleza; era ésta de tal constitución que el tiempo al deslizarse sobre su faz no la rayaría con facilidad, pues el encanto interior que de ella irradiaba le daba la serenidad y corrección de un mármol antiguo.

La llamaremos simplemente Elvira para no ser indiscretos. Era amiga íntima de Laura, la hija mayor de don Luis; tocaba el piano admirablemente, y cuando cantaba, lo que hacía sólo en los conciertos de beneficencia ó en algunas funciones religiosas, se hacía notar por su estilo

correcto y su admirable voz de contralto.

Por lo que hace á los jóvenes á quienes hemos seguido hasta entrar al salón, diremos simplemente que el uno, llamado Ricardo, era un médico distinguido, acababa de llegar de Europa, en donde había completado sus estudios con lucimiento: era oriundo de Bogotá. El otro era . . . provinciano, y ocasionalmente se hallaba en la hermosa ciudad de Jiménez de Quesada. Se llamaba Carlos.

Se habló al principio de los ruidos del momento, de lo que constituía en cierta manera la crónica de la ciudad. Congreso, candidaturas, periódicos, bailes, funciones de teatro, funciones de iglesia &c. &c.

Se habló después de música, y como el piano estaba abierto y una bella trascripción de Prudent aguardaba á un ejecutante, pronto hubo quien deleitara los oídos de los concurrentes con los admirables arabescos del elegante compositor.

Con ligeros intervalos y con comentarios, aplausos y discusiones originalísimas se siguieron muchas piezas de diverso género y por distintas ejecutantes.

Tocóle el turno á Elvira; recorrió el piano en un suave preludio; notas quejosas, gritos estridentes, todo lo produjo aquel instrumento que

se prestó sumiso á decir todo lo que aquella alma grande soñaba. Tocó sin interrupción algunas piezas de concierto con admirable maestría. Tan pronto saltaban de las teclas de marfil ondas sonoras y estruendosas, como se despedían suspiros, gritos inarticulados, quejas del alma.

Todos estaban pendientes, arrebatados por aquella verdadera pitonisa que hablaba á los corazones en su lenguaje misterioso y solemne.

Un silencio de muda sorpresa siguió al momento en que ella dejó de tocar y se levantó del piano.

—Ha concluido usted —por ahora— con un delicioso valse de Chopin, si no me equivoco, dijo don Luis.

Elvira hizo una señal de asentimiento.

—Yo admiro mucho, dijo Ricardo, la magistral interpretación de esa pieza, pero no puedo colocar á Chopin en la misma categoría de los pianistas de mérito. Ascher, Schuloff, Ravina, Rubinstein y hasta Beyer me gustan más que aquel autor; lo hallo muy disparatado, su melodía no dice nada al corazón. ¿No es esta tu opinión, Carlos?

—Nó, la mia es la contraria, y permítame que la exponga con franqueza aunque con timidez.

Chopin es el pianista poeta, el músico soña

der, el músico del dolor; en la cartuja de Mayorca, ebrio de amor y herido yá por la tisis, compuso piezas que serán eternamente el encanto y el martirio de los corazones soñadores. Sus melodías un poco extrañas encubren bajo la gracia más exquisita, mundos de sentimiento. Chopin es para mí el compositor por excelencia, es el intérprete inmortal de las almas soñadoras, tiernas y apasionadas, porque él da una forma á los sueños, una voz á la ternura y un acento á la pasión....

—Hombre! dijo don Luis familiarmente á Carlos, estoy por creer que usted es un pianista engastado en hombre de letras, según se produce en favor de Chopin, con expresiones de *virtuose*.

—Perdone usted, don Luis. Soy músico de simple sentimiento estético, á duras penas distinguiré una nota de otra, y raro fuera que en la Beocia colombiana, según llaman ustedes á mi patria, nos ocupáramos de esas cosas tan fuera de razón.

—Yo tampoco hago distinción entre un bemol y un sostenido, insistió Carlos; pero estoy habituado á oír buena música y tengo por intérprete el corazón. Si éste no me dice una sola palabra con sus pulsaciones, la música nada vale. Chopin, vuelvo á decirlo, no dice nada, al sentimiento.

—Si ustedes me permiten, dijo Elvira con

suave modestia, yo tomaré parte en el debate, yá que doy lugar á él, al interpretar, aunque mal, una de sus composiciones. Chopin es en realidad un músico distinguido, y ahora ilustraré mi opinión con nuevos estudios del maestro, que ejecutaré si Uds. lo tienen á bien. Sinembargo, confieso que es un músico que no gusta á la primera audición. Una y otra vez hay que oirlo para comprenderlo y para apreciarlo. Es caprichoso, fantástico, juega con la melodía y con el ritmo á su antojo; al fin y al cabo pueden traducirse sus sentimientos en sus composiciones. Mas, si no estoy equivocada, he oido decir á don Luis que él oyó á Chopin y á Lizzt en París. Él decidirá la polémica.

—Es verdad, dijo el interpelado. Son esos los beneficios de la edad. Mis años me hacen ministro de suprema corte. Yo oí varias veces á Chopin y á Lizzt. Éste era admirable, prodigioso como ejecutante, tocaba con furia, los pianos quedaban tendidos en el campo de batalla, tenía dos ó tres á la mano en un concierto y quedaban inservibles. Chopin era de otra escuela, seducía por su delicadeza, por su misteriosa melancolía. Chopin era la gracia, Lizzt la fuerza y la destreza; el uno removía fibras secretas del corazón, el otro imponía la admiración.

Chopin vivió un tiempo con Jorge Sand. Á la casa de estos genios inmortales é inmorales,

concurrían muchos escritores y artistas de nombradía.

Una noche de luna, reunidos al rededor del piano, madama Sand, Liza y otros, se entretenía Chopin en ejecutar diversos caprichos sobre temas originales. Liza y Chopin eran amigos, aunque rivales. El público prefería á aquél en los conciertos, pero en los círculos de intimidad tenían ambos ardorosos partidarios. Innecesario sería decir que en el círculo en que reinaba la autora de *Lelia*, había adoración por Chopin.

La oscuridad fué invadiendo el salón insensiblemente y Chopin solicitó no encendieran aún las luces para dar así rienda suelta á su melancólica imaginación.

Liza se acercó mañosamente al piano y dijo dos palabras al oído de su rival, éste se levantó prontamente, cedió el puesto á Liza y se retiró sin que se notara por los concurrentes tal evolución. El piano continuó produciendo caprichos, ayes lastimeros, voces sordas y gemebundas, y de cuando en cuando *avalanchas* de notas que hacían retemblar el salón.

Los mismos temas originales del principio volvieron en ritornelos y con arabescos delicadísimos.

Cuando el pianista terminó, se oyeron algunos suspiros, gruesas lágrimas corrían por los ojos de madama Sand.

Sin duda no habrá ni ha habido un poeta músico como Chopin, dijo uno con profunda convicción. —Así es, dijeron varios en coro.

Lizt, sosteniendo aún algunas notas *morendo* de la melodía, encendió una luz, y los circunstantes notaron con sorpresa que á mucha distancia se hallaba Chopin, y sin duda no era el menos conmovido de los oyentes.

—Chopin, dijo Lizt, es un pianista distinguido, pero hay que notar que Lizt ejecuta como Chopin, pero éste no es capaz de imitar á Lizt.

Y diciendo esto hizo un saludo ceremonioso y se retiró.

Los sirvientes avisaron en ese momento que el té estaba servido en el comedor, á él pasaron los tertuliantes y la polémica quedó concluida.

II

De regreso al salón, la conversación llevaba yá un giro de un carácter distinto. Se hablaba mucho de la crónica del día. Alguno dió noticia de un enlace que debía verificarse en esos días.

El novio conoció y trató por primera vez á la mujer que debía ser su novia el día que llegó de Europa; la vió por accidente imprevisto, se enamoró de ella y la pidió en matrimonio. Todo al vapor.

—Es imposible que en todas estas evoluciones haya amor de por medio, dijo Ricardo que era un poco escéptico por razón del oficio.

—Yo conozco á los protagonistas puestos en tela de juicio, dijo una señorita, y puedo asegurar que se casan por amor.

—El amor, insistió Ricardo, es una verdadera planta, se abona el terreno, se siembra la semilla, se la cultiva, crece la planta, produce flor, y da al fin el fruto. No es posible que en un día, en una hora, en un minuto, se produzca todo á la vez.

—Pues yo si creo en los amores rápidos, predestinados, dijo Beatriz. No haré reflexiones filosóficas, pero me apoyaré en la experiencia. Aquí en Bogotá no es nuevo el caso que ocurre; hace yá algún tiempo dos personas muy interesantes, me equivoco, tres, fueron víctimas de una situación idéntica; de un amor instantáneo que se encendió en un segundo y causó una gran desgracia.

Luégo, inconscientemente dirigió una mirada delatora hacia Elvira. Ésta no supo qué de-

cir, bajó la cabeza, y una ola de púrpura azotó su semblante.

El agua volvió á caer en ese momento con fuerza; no era posible que se retirara nadie, y don Luis y los suyos redoblaron sus esfuerzos para llenar de cariños y atenciones á los que el mal tiempo detenía en su casa.

—Lo mejor que ahora podemos hacer es contar buenos cuentos, dijo alguno: cuentos auténticos y de carácter íntimo.

—Es la verdad dijeron varios con interés.

—Mi hija tiene razón, dijo don Luis. Elvira conoce una historia inédita, muy interesante, con ella puede dar voto en la cuestión que se discute. Le suplico en nombre de los concurrentes la refiera, aunque tenga que velar los protagonistas.

—Por Dios, don Luis, no me haga usted hablar; yo no sé hacer una relación que pueda interesar. . . .no ve usted cómo estoy asustada. . . no debe una divulgar los secretos ajenos, ni debe exponer á una crítica amarga, acciones talvez inocentes. . . Las penas, por otra parte, tienen su pudor, como dijo el bardo de Beocia, al cual aludió el defensor de Chopin.

—Si yo soy el aludido, dijo Carlos, me empeño doblemente en que se haga la relación: será interesante desde que sea hecha por una artista

tan distinguida, y estoy seguro de que la crítica no tendrá dónde hincar su páfida uña. Si me fuera permitido yo uniría al concurso mi humilde solicitud. De antemano anuncio que aplaudiré y llevaré la discreción hasta donde se exigiere, dado caso que algún día recogiere en alguna publicación los recuerdos deliciosos de esta velada.

Elvira hizo una graciosa y resignada señal de asentimiento.

—Está bien, continuó, me sacrificaré en gracia de la benévola exigencia general, y de la comunidad de las mismas ideas musicales.

Tal vez lo que yo voy á decir parezca á ustedes una rematada tontería. Con todo, no sé explicarme lo que me pasa; la hora, las circunstancias, el agua que cae, la dulce intimidad que aquí reina son más poderosos que mi timidez y mi falta de costumbre en relaciones de este carácter. Soy impulsada á pesar mío á revelar páginas de amor completamente desconocidas.

Queda convenido que no sonará un apellido ni un nombre propio exactos.

Un sentimiento general de aprobación se expandió en todos los semblantes. Se estrechó el círculo al rededor de Elvira, y ésta continuó así:

Pues bien, no hace aún muchos años la so-

ciudad bogotana conoció á dos jóvenes interesantes, unidas por la más tierna amistad desde los felices años de colegio.

Las llamaremos María y Leonor. Ésta era sin disputa una de las más puras bellezas de Bogotá: de regular estatura, blanca como la más pura nieve del Tolima, rubia como una heroína de Goethe, tierna, delicada, sus ojos de un azul profundo, copiaba nuestro cielo en las noches de Diciembre.

Por lo que hace á María no creo que haya necesidad de describirla.

—Alto ahí! dijo don Luis. Algo debe saberse de María y seré yo el que dé los datos generales. Haré aquí las veces del coro griego en la comedia antigua, llenaré las lagunas de la relación.

María no era menos interesante ni menos bella que Leonor; al contrario, la opinión general la señalaba como dotada de mejores prendas físicas y morales que las de su amiga. No haré su descripción. Su belleza era de otro tipo, más español, más americano; Leonor pertenecía por el tipo, á la raza sajona, era rubia, delicada, una loquilla ensimismada por sus méritos: no sé cómo explicarme; era algo así como muy débil, ténue, vaporoso, sutil, lindísimo juguete de porcelana que al menor contratiempo podría caer en pedazos.

La belleza de María —y yá me quiero reir por el copretérito— era fuerte, de tela fina, consistente, de buena ley: sobre su busto de mármol antiguo podían caer los años y las inclemencias sin dejar la menor huella; era una belleza griega olvidada en los mármoles del Partenón.... Pero siga usted, amiga mía la narración.

Elvira hizo un esfuerzo para continuar. Algo la contrariaba, pero al fin se expresó así:

Los padres de Leonor que eran muy ricos y que gozaban de una magnífica posición social, deseaban naturalmente obtener para ella un buen partido, es decir, querían que se casara con algún joven de relevante mérito.

Muchos fueron los pretendientes que ellos patrocinaron, pero Leonor se manifestaba desdeñosa, y si mucho la apremiaban, decía con el tono de hija mimada: no me casaré sino con el joven á quien yo misma elija; pero éste ha de amarme con amor repentino, amor eléctrico que funda como la pila voltaica en uno solo los metales de dos corazones amantes. Yo he de amarlo en idénticas circunstancias. En vano paso revista á los jóvenes que me cortejan ó pueden cortejarme. Sus miradas, sus manifestaciones, sus pesares estudiados ó simulados no hacen latir mi corazón. El hombre á quien he de amar, y de amar hasta morir, no lo he visto aún.

María trató en varias ocasiones de disuadir á su amiga de tan extrañas y absurdas ideas, pero todo fué en vano. Hizo más, adelantó algunas ligeras insinuaciones en pro de un caballero, alta notabilidad política, que de veras sentía una intensa pasión por Leonor. Ésta fué insensible y hasta cruel. Las mujeres que no aman son como el dios indio: pasan sin sentirlo por encima de los creyentes, que acen postrados en tierra en adoración estúpida.

Corría así el año de 1867.

El general Mosquera desempeñaba por tercera ó cuarta vez la presidencia de la República, no sin grandes tropiezos y dificultades, debidas en gran parte á su voluntariosa política.

En Abril de ese año, su desacuerdo con el Congreso le hizo dar el paso desacertado de disolverlo, y surgió de allí la guerra civil.

En perspectiva de días trabajosos como los que habían tenido que sufrir en esta ciudad, algunas familias se retiraron á sus haciendas y se pusieron en expectativa.

Los padres de Leonor fueron de los que tomaron rumbo hacia la sabana, y aguardaron mejores días. María, por instancias de su amiga íntima, los acompañaba.

Pronto ocurrió la evolución del 23 de Mayo que dió en tierra con la dictadura, sin que se hubiera apolado á las armas, ni le hubiera tocado á

Bogotá conocer, como en 1854 y 1861, el capítulo último de la guerra civil.

Una explosión de alegría hubo entonces en el país, y Bogotá volvió á recuperar su aspecto risueño y festivo.

La familia de Leonor no creyó prudente, sin embargo, regresar del campo y pasó allí una temporada.

Casi diariamente recibían las amigas cartas y periódicos de la capital, y los domingos visitas de sus relacionados.

Estaban, pues, al corriente de la crónica de la ciudad, y lo interesante que aquí pasaba les era conocido. Supieron por lo mismo que había llegado á esta ciudad, de regreso de Europa, un joven de la mejor sociedad, que llamaba la atención por su figura elegante y simpática y sus grandes prendas. Había servido con mucho lucimiento un empleo diplomático, y había volado á servir á la Patria el día del peligro.

Mucho se hablaba de él en los círculos aristocráticos y era muy celebrado su *esprit*: por algún tiempo fué el león de la cachaquería bogotana.

Una amiga de Leonor, llamada Luisa X. de W., prima hermana del joven Ernesto Z. — así lo designaremos — mantenía el fuego sagrado de la curiosidad en las dos amigas.

Su correspondencia, que era casi diaria, se llenaba con tal asunto, porque — debemos decirlo — la señora de W. tenía gran cariño por su primo, estaba deslumbrada con sus grandes dotes, y como al mismo tiempo amaba á Leonor, y la juzgaba un gran partido, deseaba que ésta se encendiera en las llamas de un amor romántico por Ernesto. De buena fe hallaba á los dos jóvenes como hechos el uno para el otro — como ella decía — y le agradaba ser el lazo misterioso que los uniera; soñaba con ser el *Deus ex machina* de tan primorosa novela.

—Sabes! dijo un día Leonor á María, que voy á comunicarte dos gratas noticias en una sola.

—Cuáles?

—Que seguiremos dentro de tres días para Bogotá. Cesará así la pena de confinamiento que mi amistad te ha infligido.

—Y es esto sólo? repuso María con sorpresa. La noticia no me es muy grata, porque he pasado aquí días felices, que no los he tenido en la ciudad. La vida del campo por una corta temporada es en extremo deliciosa. La vida de la corte, llamaremos así la vida de placeres, ó de simple ociosidad, enerva el vigor físico y embota las potencias del alma. Yo paso aquí los días sin sol, como decía un poeta. Mi alma vive ebria de luz, de tranquilidad y de dicha serena.

—Esa no es la vida, amiga mía, la vida es el amor, y ese nos espera en Bogotá. Dentro de seis días tendrá lugar el famoso baile que da el ministro inglés; á él estamos convidadas, é iremos. Mis padres nos han preparado la sorpresa de encargarse un par de trajes, perfectamente iguales, de lo más exquisito: aquí están yá, vamos á ensayarlos; nos aguarda la modista.

El baile será el suceso ruidoso de la temporada. Grandes son los preparativos que se hacen, y muchos los sueños y las esperanzas que ha hecho nacer. Sé que Ernesto concurrirá á ese baile, sé que le han dicho mil cosas de mí — por supuesto benévolas — sé que desea con ansia conocerme, y yo, francamente, ni de día ni de noche puedo apartar su nombre de mi imaginación. Quieres que te diga toda la verdad? Presiento que he de amarle! Sí, sin duda es el esposo que he soñado toda mi vida.

—Leonor, amiga mía, dijo María con dulzura, te hallas en un estado de exaltación febril. No te forjes ilusiones que podrán causarte muchos desengaños. No labres con tu propia mano tu desdicha, al acariciar quimeras de una imaginación romántica.

—Quita allá, querida María, tu eres demasiado clásica, no mereces la espléndida belleza que ostentas. Has estudiado para ser tonta. La vida no es la monótona sucesión de los hechos

comunes que aquí pasan. Tu lees, paseas, meditas, escribes, coses como cualquiera obrera y rezas como la mas refinada devota.

Mira! tengo un plan respecto de ambas; es primoroso. Yá te lo comunicaré. Por lo pronto vamos á conferenciar con la modista que nos aguarda.

Y dicho esto tomó del brazo á su amiga.

María sonrió tristemente y se prestó á seguir en la corriente por donde bogaba la romántica Leonor.

Algo como un presentimiento atravesó por su espíritu. Una sombra cruzó por su imaginación.

—De buena gana no concurriría al baile, dijo al fin. Tengo miedo y no sé por qué.

—Tú eres hoy la tonta y la loca, dijo alegremente Leonor. Sacude tus nervios y mira de frente al porvenir. Tú eres mujer, es necesario que seas reina.

III

La señora Luisa X. de W. que, como he dicho yá, atizaba el fuego del amor, ó por lo menos de la curiosidad en Ernesto y Leonor, con

ese interés, con ese afán, con esa buena fe típicas en las mujeres que fabrican matrimonios, hizo advertir á Ernesto la manera como había de presentarse Leonor en el baile; le describió punto por punto su traje y las señales características por las cuales debía reconocer, sin auxilio de nadie, á la mujer que le deparaba el Destino. En cambio comunicó á Leonor ciertas particularidades del carácter de Ernesto, que debía conocer.

Llegó el día del baile. Qué no llega en este mundo? Bogotá se acuerda aún de aquella fiesta espléndida en que lucieron una á una las mil bellezas de esta tierra, y todavía se habla del buen tono, de la delicadeza, de la refinada cultura que desplegaron, en tal ocasión, los representantes de la más fina flor de la cachaquería colombiana.

María estuvo todo el día inquieta, asustada y nerviosa; no sabía lo que pasaba por su imaginación. Mil veces intentó renunciar el placer de asistir al baile, pero Leonor la instaba con un empeño, que ella misma no sabía explicarse; y por otra parte María no podía justificar sus caprichos ni analizar la causa determinante de sus vagos presentimientos.

La naturaleza humana tiene en ocasiones una visión moral, misteriosa y profunda, que es tal vez un resto disperso de la ciencia adámica.

Las dos amigas se vistieron del mismo modo, y salvo las diferencias características de su belleza respectiva, parecían dos hermanas gemelas.

Al colocar Leonor un adorno en la cabeza de María, idéntico al que ella ostentaba, ésta le dijo en tono de broma, y respondiendo al pensamiento constante de su amiga.

—Si Ernesto no te reconociera, si te equivocara conmigo....

—Su corazón le advertirá quién es Leonor. Por otra parte, perdóname la franqueza, tú no eres una rival temible; eres una bella mujer, tus formas son demasiado correctas; viéndote se piensa en las grandes sublimidades de la historia de la mujer; eres un mármol primoroso trabajado por Canovas ó Docateli, pero te falta la animación, el entusiasmo ardoroso de tu amiga. Tanto te han comparado á un mármol del Partenón, que á ratos me parece que tienes el pulimiento, pero á la vez la insensibilidad de la piedra de Carrara. Acuérdate de lo que siempre te he sostenido: los hombres son sensibles especialmente á la belleza animada. Madama de Recamier, la mujer más bella de la Francia, no inspiró grandes pasiones.

—Cuando las dos jóvenes entraron al baile, dijo en ese momento don Luis, un murmullo de admiración recorrió todos los salones. Yo me en-

contraba á la sazón en la sala principal, en un grupo de hombres serios, en el que estaban el general Acosta, su ministerio, y algunos miembros del Cuerpo diplomático. Recuerdo bien lo que allí pasó. Leonor y María eran las reinas del baile, jamás se habían exhibido con tan sorprendente belleza, María no era ya el mármol insensible; la animación abrigó sus ojos y su tez! . . . y enrojeció sus mejillas, aquélla era la rosa de Jericó deshojada sobre un tazón de leche. Ernesto que se encontraba con nosotros, palideció visiblemente; nervioso como un artista, accesible á las impresiones del mundo exterior, se sintió de pronto penetrado de una inefable ternura; él me lo ha dicho en repetidas ocasiones.

La vida laboriosa y seria que llevaba hacía algún tiempo, le había procurado esa frescura y poder de sensación que es el privilegio de las almas jóvenes, y la recompensa de una vida exenta de pasiones desordenadas.

Elvira se sonrió imperceptiblemente y continuó así:

María al sentarse se inclinó ruborizada, y dijo á su amiga:

—Observa el entusiasmo que has despertado. Sin duda te reconocen como la más preciosa joya de las que aquí lucen.

—Crees que Ernesto será de la misma opinión? dijo Leonor sonriendo.

—No pienses en esa tontería, amiga mía; tu imaginación, demasiado romántica, puede conducirte á un engaño tan inútil como deplorable.

Yo tengo fe en mi estrella y en mi corazón, dijo Leonor. Las mil pulsaciones que aquí siento, alguna explicación han de tener.

Las dos jóvenes fueron conducidas al gran salón y pronto se dieron cuenta de la situación general. Muchos de sus amigos acudieron á saludarlas, mientras se principiaba el baile, y naturalmente se formó á su alrededor un círculo apretado de admiradores titulados.

Ernesto fué conducido ante las dos amigas y presentado ceremoniosamente.

Tanto se habían ocupado de este joven, que este hecho esperado y natural produjo en ambas una notable turbación. Ernesto mismo, á pesar de su dominio sobre su persona y del hábito oficial de reprimir sus impresiones no pudo conservar toda su serenidad.

La música hizo oír en estos momentos el primer preludio. Ernesto aprovechó la circunstancia de estar al lado de las dos amigas, en ese cambio de palabras cortesanas de la presentación, para decir á Leonor, la más cercana:

—¿Podría yo aspirar al honor de bailar con Ud. la primer pieza?

Ernesto recibió una respuesta afirmativa con la más delicada galantería.

Luégo se inclinó reverente ante María.

—Sería yo tan feliz, le dijo, que pudiera ser aceptado por usted para la pieza siguiente?

María se inclinó en señal de asentimiento.

Leonor no cabía en sí de contenta; la alegría irradiaba en su semblante. Hallaba á Ernesto tál cual se lo había pintado su imaginación. Y en realidad, él era uno de los jóvenes más distinguidos en dicho baile. Á sus maneras finas y elegantes unía el porte más aristocrático que pudiera darse. Su conversación era muy agradable sin ser rebuscada; su hermosura varonil era realzada por su aire serio y modesto.

Terminada la primera pieza, Leonor dió rienda á su loca alegría; arrastró más que condujo á su amiga á un retrete, con pretexto de arreglar una parte de su tocado.

—Es él. . . . es él, exclamó abrazando á María. Le había soñado siempre. Es el hombre á quien habré de amar y á quien he dado mi corazón incondicionalmente. Ha debido comprender el estado de mi espíritu, ha respetado mi felicidad que podía estallar si me hubiera hablado largamente.

—Como que te ha dirigido dos ó tres frases con interés? según he visto en tu semblante.

—Es verdad. . . . Es tan fino que se ha ocupado de tí, porque sabe sin duda que eres mi hermana por el corazón. He dicho de tí primores; no sé lo que me pasaba, todo lo veía de color de rosa. y tú sabes que no soy egoista.

—Hablaban de mí, dijo María con no poca sorpresa.

—Sí, era una manera fina y galante hablar de nosotros mismos. Hasta cierto punto tú eras un pretexto, perdona mi egoísmo. ¡Pero qué tienes? tú estás demudada! Sufres?

—No es nada. Acuérdate que tú me has traído á remolque. Poco deseo tenía de concurrir á este baile.

—Niega ahora que hay amores instantáneos. Amo á Ernesto y sin duda él me ama. Nuestros corazones eran materia inflamable; en un minuto se han encendido. Me ha dicho que piensa radicarse en Bogotá.

—Ay! es verdad, murmuró María, el amor es ciego y pérfido; hiere sin escoger sus víctimas.

La segunda pieza se hizo oír y las dos jóvenes volvieron al salón. En el trayecto, Ernesto

vino solícito á reclamar á María la pieza que le tenía prometida.

La orquesta tocaba un valse de Lanner llamado, si no recuerdo mal, *les ramiers*. Era, ó es uno de esos valeses que sólo produce Alemania. Tierno y soñador como el arrullo blando de dos corazones que se aman; al ritmo varonil se suceden, como en eco, melodías delicadísimas que no son una respuesta y sí un sollozo.

Ernesto y María, impregnados de la admirable música que oían, bailaban como sólo se baila una sola vez en la vida. Ni una palabra murmuraban sus labios, pero sus corazones latían en pulsaciones infinitas. El valse es el verdadero, el legítimo baile: polcas, mazurkas, cuadrillas, todo eso requiere el artificio, sirve para lucir la esbeltez de un cuerpo, el donaire de la persona; todo es amanerado, artificial; no responde al ritmo sonoro que sumerge el espíritu en sueños sin fin.

Ernesto y María terminaron la pieza sin haber hablado una sola palabra. Únicamente aquél, al llevar la dama á su puesto, le dió las gracias con una frase que expresaba, talvez todo su pensamiento.

—Jamás olvidaré, señorita, le dijo inclinándose respetuosamente, el más bello momento de mi vida.

—Qué bien bailas y qué bien baila Ernesto, fueron las palabras de su amiga, apenas estuvieron juntas. No quise bailar para veros. Pero, cosa rara! ni aun en el momento del descanso cruzásteis una palabra.

—Él no me la ha dicho, y tú sabes que aun en asuntos de pura y seria cortesanía, nuestro papel está limitado á seguir la conversación, no á provocarla.

—Me figuro que estais muy conmovida; cómo os ha parecido Ernesto?

—No me siento bien; ojalá pudiera retirarme.

—Oh, no, por nada! el baile principia apenas y será delicioso. Tú no tienes el derecho de retirarte. El mármol se ha animado; la vida brilla en tu semblante. Te sientes mal, me dices, pero esa indisposición pasajera te embellece más aún.

Nuevas piezas se sucedieron, y una de ellas la bailó Leonor con Ernesto. María, á su turno, pretextó una ligera indisposición y no quiso tomar parte en la danza.

Pobre María! se le apretó su corazón cuando vió á los dos jóvenes bailando gallardamente, con otros, una contradanza francesa.

—Qué es, pues, lo que siento? decía para sí María. Le amaré yo también? ¿Sería tan desgra-

ciada que hubiera de interponerme contra los derechos de mi amiga y de mi hermana? Eso no es posible. Sin embargo no puedo explicarme lo que por mí pasa; me desconozco.

Ay! era bien cierto, un amor repentino, inesperado, había venido á apoderarse de su corazón y en circunstancias en que ese amor le parecía una falta, lo juzgaba un crimen odioso.

—Ahogüemos este ligero capricho, continuó pensando. Ernesto es el hombre que ha soñado Leonor, será su esposo. Yo me moriría de tristeza y de vergüenza, de pena y remordimiento, si alguno de ellos alcanzara á sospechar lo que está pasando en mí: Ah! tarde comprendo el mundo del sentimiento. Yo he seguido una ruta falsa. Si hubiera dado cabida en mi corazón á esos ligeros caprichos que mis amigas llaman *amor*, no me encontraría hoy maniatada, dominada terriblemente por un inspirado sentimiento.

Dos ó tres veces Ernesto y Leonor en el alegre torbellino del baile dirigieron la vista hacia el punto en donde estaba María, y sin duda aquél solicitaba con afán ese punto de conversación, que Leonor aceptaba con gusto.

—He dejado desbordar mi corazón, le decía ésta, momentos después á María. Te he divinizado: sin duda he exagerado, pero Ernesto te

quiere, no hay duda, como á una hermana, y tú eras un singular pretexto para un diálogo delicioso.

Soy muy feliz, amiga mía, amo y soy amada. El problema de mi vida está resuelto. Me moriría si Ernesto ámara á otra; disputaría su corazón con furor, con encono, como Medea, como Dido....!

María resolvió guardar la más absoluta reserva, y así para evitar la más ligera sombra de una situación dudosa, determinó no bailar el resto de la noche.

Sin embargo, no le fué fácil sustraerse á los animados diálogos que en varias ocasiones se suscitaron á su alrededor, ó en que vino á ser el centro principal; ni pudo tampoco eximirse de hacerse conocer como artista en uno de los entre actos principales. Ernesto, Leonor y María se dejaron llevar por momentos al encanto de una conversación de carácter íntimo, que en situaciones de esa naturaleza, bajo el poderoso influjo de la música, del baile, de la belleza irradiante, de los sutiles perfumes, crece en animación y en interés y hace desbordar los tesoros de ternura y arrobamiento que existen ocultos en el fondo del corazón.

Tales horas en la vida son cortas y apenas sí se suceden de tarde en tarde. De lo contrario

serían nocivas á nuestra débil organización, como lo son al pájaro encerrado en una campana las emanaciones del oxígeno puro cuando, embriagado de dicha, bate sus alas, canta sus más alegres canciones, sin caer en la cuenta de que aspira la muerte en el exceso de la vida.

Paso por alto los detalles de aquella fiesta inolvidable, aunque es verdad que tales detalles son el fondo y el interés del drama que refiero.

Al regresar del ambigú, María que jugaba con una violeta que había tomado al acaso de un florero, la dejó caer impensadamente. Ernesto, que se hallaba en esos momentos por allí cerca, se apresuró á recogerla y con el tono más respetuoso y rendido le dijo:

—Me permite U., señorita, que conserve esta flor? María balbuceó una palabra que bien podía traducirse por una aceptación tácita.

Ernesto, en el colmo de la dicha, se llevó á los labios furtivamente la delicada flor.

Un ligero grito ahogado se oyó. El áspid de los celos tocó repentinamente el corazón de Leonor.

IV

Al día siguiente María se dirigió á casa de Leonor, á quien encontró un poco agitada, ner-

viosa y en una situación de espíritu inexplicable. Yá abrazaba á su amiga con pasión y hacía el recuento de las bellas cosas que le dijera Ernesto, yá culpaba á María por haber dejado caer la flor, por haber permitido que la recogieran y conservaran.

—No seas niña, amiga mía, le decía María, él ha sido fino y galante conmigo como lo hubiera sido con cualquiera otra; sin duda yo he sido el pretexto, mas tú eres la causa de la galantería. Yo no he bailado con él sino una pieza, contigo bailó más y en mayor intimidad; por último, fíjate bien en lo que voy á decirte: nunca, jamás, por ningún motivo, suceda lo que sucediere, y aunque deba morir, jamás me interpondré entre ti y Ernesto. Las personas de mi carácter dicen estas cosas una sola vez en la vida.

—Gracias, amada María. Pero qué sería te has puesto! Yo á mi vez te digo que creo en ti, y que te amo con un cariño sin igual. Pero que quieres, extraños pensamientos me asedian hoy, mas pronto sabremos lo que esto significa. He tenido la locura de escribir á la prima de Ernesto, que como sabes no pudo concurrir anoche al baile; le he abierto mi corazón; he tenido más valor del preciso; le he referido todo lo que hubo en el baile, relativo á nosotras; le he dado á comprender que tengo esperanzas de haber hecho la conquista de Ernesto, y le exijo me diga á este respec-

to todo lo que le haya dicho su primo.

Las dos amigas continuaron conversando sobre ese tema por un largo rato.

Hay una época en la vida en la cual un baile es un acontecimiento de grandísima importancia: hablar de él ocho días antes y ocho días después es ensanchar el círculo de la felicidad, es recoger en una urna delicada las gotas perfumadas de la más pura esencia de la vida.

Serían las cinco de la tarde cuando una sirvienta se presentó con la carta deseada. Leonor palideció horriblemente, María hizo un esfuerzo por conservar toda su calma.

—Tal vez no convendría que leyeras esta carta, ahora, dijo á su amiga. El estado de exaltación de tu espíritu puede llevarte á interpretaciones inexactas, y ser causa de sufrimientos provenientes tan sólo de la imaginación. Sin duda Ernesto no habrá tenido tiempo de hablar á su prima; tal vez no haya definido bien sus sentimientos, ó no quiera exhibirlos; tal vez le convendrá ocultarlos. Deja la lectura de esa carta para mañana.

—Imposible, exclamó Leonor, rompiendo el sobre con febril anhelo, quiero conocer mi dicha; estoy segura de que Ernesto me ama.

Luégo leyó la carta en silencio y fué cambiando de semblante. Hubo un momento de ho-

rorrosa ansiedad, después cayó Leonor desmayada dando un grito terrible de angustia.

La carta decía en resumen, que Ernesto estaba perdidamente enamorado de María. Sin duda Leonor había causado en él una agradable sorpresa, pero desde el primer momento de conocer á ambas, había sentido una pasión violenta por María. Todo le había llamado la atención en ella, decía la carta, la belleza física cumplida, y luego la belleza moral que se traslucía en su semblante como se deja conocer la luz al través del alabastro.

Leonor misma había contribuido á ese resultado, según había sido de imprudente en sus alabanzas exageradas. Concluía la carta por asegurar que Ernesto estaba resuelto á pedir la mano de María apenas tuviera una señal de asentimiento.

La escena que se siguió no se describe.

Leonor, presa de los más encontrados sentimientos, se debatía en convulsiones horribles. María no sufría menos; veía la desesperación de su amiga, comprendía la inmensidad de su desgracia, sabía cuán sensible y delicada era y cuán desbordada se hallaba su febril imaginación: aún sonaban en su oído las palabras fatídicas de Leonor. "Si Ernesto no me ama, moriré: disputaré su corazón con todas las armas y contra cualquiera que se me oponga." También tenía presente

La solemne promesa, que como holocausto de su vida, había hecho en el altar de su amistad."

Elvira se detuvo un momento visiblemente apenada, algo como un recuerdo terrible atravesó su espíritu: fué rápido pero acerado como el paso de una flecha.

"Yá lo veis, señores, continuó, la tesis que sosteníamos de que el amor puede aparecer rápido y fundir dos almas en una sola, está demostrada con lo que dejo dicho. Ernesto era amado á la vez por Leonor y María, pero sin duda ésta no pretendía, ni siquiera remotamente, hacer valer en su provecho una situación que le era favorable contra toda previsión humana.

Cortemos aquí esta historia; lo demás que sigue, fuera de que es largo y complicado, no tiene yá relación con la tesis que discutíamos."

Sala de Patrimônio Documental

Hubo una explosión de protestas; nadie quería que se terminara allí la velada, y todos instaban á la narradora para que continuase.

El tiempo, en tanto, había cambiado: terminada la lluvia, y dispersas las nubes errantes que, como un ejército desbandado, recorrían el firmamento, apareció la luna en toda su esplendor.

Á la casa de don Luis llegó en ese momento

un caballero que en esa época hacía un papel muy activo y muy importante en la política del país.

Todos los recibieron con afabilidad y respeto. Elvira cruzó con él una mirada cariñosa; una sonrisa suave y tierna lució en el semblante de ellos. Él le dijo:

—Perdóname, amiga mía, he demorado más de lo preciso; la pérfida política me ha retenido lejos de aquí, me ha robado horas felices, pues comprendo que habéis pasado una velada muy agradable, en la cual yo tenía mi puesto señalado. Ah! Dn. Luis, concluyó en tono de amigable reproche, cómo tenéis valor de hacer música y conversar las buenas cosas que sabéis, sin estar yo de cuerpo presente.

—Faltábais, es verdad, contestó Dn. Luis, y de ello se hacía sentir el vacío; pero francamente, vuestra señora esposa os ha desempeñado admirablemente. Después de habernos enloquecido con su música, nos ha deleitado con sus narraciones.

—¿Cómo, Elvira, por ventura has dejado á un lado tu reserva habitual, y has relatado una de las bellas historias que conoces á fondo? Pues ahora sí que siento mi tardanza.

—Vaya, no creas nada de eso. Figúrate que mientras llovía tuve que apoyar á una amiga en una tesis, á propósito del amor. Me he sacrifica-

do contando una historia que ya llegaba á las páginas sombrías; vienes á buen tiempo para cortar este folletín.

—Qué crueldad, dijo Carlos, la historia queda en suspenso en la parte más interesante, como en el romance folletín en la época de todo su esplendor, cuando llenaba los diarios. Se suspende cuando el interés era creciente. Qué fué de Leonor? Qué de María? El Barba Azul, el tirano de corazones, el Ernesto qué fin tuvo?

El esposo de Elvira, pues se comprende que el recién llegado era el feliz mortal dueño de tal riqueza, se adelantó á decir:

—No sé de qué se trata, pero si hay un hombre en la danza, yo, por espíritu de partido, puedo descifrar el desenlace: Señores, dijo con tono serio y burlesco, Ernesto, como el capitán Pablo de Alejandro Dumas, tuvo un fin trágico..... se casó!

—Fiense ustedes ahora en la galantería de los hombres casados! dijo Elvira en tono de dulce reproche.

Una animada discusión surgió de aquí.

Dn. Luis llamó aparte á Ricardo y á Carlos á un departamento interior, con pretexto de enseñarles un cuadro de Vásquez que había conseguido recientemente.

—Amigos míos, les dijo, comprendo que desean Uds. conocer la clave de la historia; voy á darla. Elvira es la María de la narración, se casó con Ernesto, que es D. Z., el caballero que acaba de entrar. Esto no ocurrió sino después de cuatro años de muchas peripecias, entre las cuales no fué la menos terrible la muerte de Leonor de una manera trágica. Yo referiré á Uds. por completo esta parte de la historia, en la próxima velada, si Uds. así lo desean. Carlos y Ricardo aceptaron con entusiasmo tal oferta, y con los demás tertulios se despidieron de los dueños de la casa.

Al tercer día, Carlos tuvo que emprender viaje, de improviso, para su tierra, y para él quedó inédita la historia prometida.

Sala de Patrimonio Documental



VI

PAGINAS INTIMAS

I

TENGO un libro abierto, es una obra escrita por Teófilo Gautier. La Poesía ha pasado por allí, ha sacudido sus alas y el polvo de oro y de diamante ha caído sobre las páginas inmortales.

De tiempo en tiempo interrumpo la lectura para meditar, para soñar, para admirar un efecto de luz en las nubes y un cambio de figura en las brasas del poniente.

Un rayo de sol que pasa filtrado por entre el árbol espeso que me da sombra, abrillanta las páginas del pintor literario.

II

Cierro al fin el libro: pueden más sobre mi imaginación la melancólica cantata del labrador

que se oye á lo lejos, el himno de los espíritus invisibles que atraviesa el llano y da voces al silencio, y la espléndida vista del paisaje que tengo ante mis ojos.

Lo contemplo extasiado. ¡Si yo tuviera el pincel de Claudio Lorena, arrojaría el lápiz con que escribo, y trazaría un cuadro apenas soñado por los poetas!

III

Hacia el sudoeste, á dos leguas de distancia, en el fondo del valle está Medellín, serena, tranquila, muellemente reclinada como una ciudad oriental. Su río, como una enorme serpiente de plata, refleja los cambiantes rayos del sol poniente; á su orilla izquierda se desarrolla como un rico tapiz de gobelinos la *Otra-banda* con sus prados, con sus arados, con sus cañaduzales, con sus manglares, con sus casas, con sus huertos y jardines de colores variadísimos y de espléndido tejido.

Todo aquello que al pasar no había llamado la atención, adquiere cuerpo, dibuja caprichosa figura y resplandece visto en lontananza. Los ángulos del camino, las asperezas del suelo, las masas informes de las arboledas, se borran, se esfuman, se idealizan en el lejano azul ó en las brumas de oro del horizonte.

IV

Dos montecillos, surgidos caprichosamente en la extensión del valle, guardan como monstruos gigantes la ciudad amada.

Sí! es la ciudad amada. En ella nací, en ella he vivido, mi espíritu se ha desarrollado bajo su cielo azul; la vida de la inteligencia que otros me han dado la doy allí á mi turno. En el lineamiento confuso de las casas creo divisar el siempre amado hogar paterno, y allá en la primera elevación de sus alrededores blanquea la morada de la muerte ¡Allí están el sepulcro de mi madre, las tumbas de mis hermanos y de amigos que amé con amor inmenso!



Sala de Patrimonio Documental

La atmósfera, de una transparencia profunda y pura, hacia el Norte, sostiene á nivel riguroso nubecillas que, como cogines de algodón, sirven de muelle reclinatorio á las deidades del valle.

Hacia el Sur Oeste, en el fondo del éter azul, ligero, cuya profundidad se adivina tan sólo al ver su transparencia, se mueven lentamente grapos errantes de nubes luminosas cuyos bor-

des finamente cortados se tiñen de púrpura brillante ó se encienden en reflejos de oro en fusión, ó refractan las luces temblorosas de la esmeralda, del topacio, de la amatista.

VI

El sol va á desaparecer del horizonte; yá envía sus últimos rayos temblorosos y amortiguados. Las sombras de la tarde descienden lentamente de la colina y las siluetas de los árboles se dibujan en el prado como gigantes extendidos.

Un grito, una voz armoniosa baja del bosque al valle y vuelve repercutido en ondas sonoras. Los árboles que me dan sombra y perfume cantan al alma melodías misteriosas; las mirlas que buscan los arrayanes en flor, sueltan al aire sus cavatinas deliciosas; el arroyo que salta de la peña y corre desalado hacia el fondo del valle forma la quinta de la armonía general. La naturaleza entera parece palpitar y lanzarse hacia Dios en un sentimiento de inmenso bienestar

VII

Y sin embargo, esa naturaleza tan bella, tan llena de vida, tan alegre, no recibe esos caracteres sino porque el hombre mora en ella.

Dadme un desierto que aflija al corazón con su mudez, y plantad después en él una cruz y la soledad tendrá voces y se poblará de ideas; dadme un lago inmenso, tranquilo, diáfano y su belleza no adquirirá realce sino cuando se vea flotar en él la vela de algún pobre barquichuelo.

Así, esta naturaleza que me rodea no haría retemblar en mi corazón la cuerda más vibrante y más sonora sino oyera, como oigo, por intervalos los gritos de los niños que juegan y corren alborozados. En ellos se resumen las esperanzas, las ilusiones, las alegrías, la serenidad y la luz de un hogar.

VIII

Un extraño pensamiento atraviesa el espíritu. Rápido y acerado como una flecha viene á clavarse en el corazón. Recientes é inmerecidas desgracias de la Patria y del Hogar se epilogan para mi en una tumba entreabierta. ¡Aun no he tenido el valor de decir cuánto amaba al hermano asesinado y cuán noble era su gran corazón.

IX

Voy á disipar esa nube de tristeza en el hogar, voy á reunir la amada familia y á entonar con ella el cántico de adoración y de gracias con

que terminamos las labores diarias. También las flores y los pájaros antes de dormirse en su cáliz y en su nido, escuchan ó repiten el himno de los espíritus invisibles que pueblan el espacio.

Voy á oír la voz misteriosa que habla en el fondo de mi sér. Ella me dijo ayer, ella me dirá hoy, y espero me dirá siempre: *duerme tranquilo, has hecho tu deber.*

Pedregal, 23 de Diciembre de 1879.

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental



VII

WENCESLAO F. LINCE

I

EL 9 de los corrientes murió este antiguo y benemérito institutor de la juventud.

Sus exequias tuvieron lugar al siguiente día ante un concurso numeroso y conmovido. Muchos de los amigos políticos y personales del señor Lince, muchos de sus antiguos discípulos convertidos ya en hombres de importancia en la sociedad, y casi todas las Corporaciones de enseñanza pública y privada hicieron acto de presencia en esta manifestación del dolor público.

El señor Lince no hizo más que una cosa en su vida y la hizo siempre: fué institutor de nociones elementales. Criaba, educaba, instruía con esmero, con amor un grupo de niños escogi-

dos y después pasaban éstos á establecimientos de enseñanza secundaria.

Con el estudio, con una larga práctica era natural que el horizonte de sus conocimientos se ensanchara, pero él no ambicionaba otra tarea que la primera que había adoptado. Una vez que su grupo mimado alzaba el vuelo formaba otro con el mismo objeto, y así pasaron muchos por sus delicadas manos sin que jamás reclamara contra el destino que lo obligó á arrastrar como á Sísifo una roca indestructible.

No se fijó en ello la sociedad; el mundo se preocupa poco con esos obreros del pensamiento silenciosos, constantes y tímidos que gastan una larga existencia en la labor más interesante, más penosa y peor retribuida en la sociedad.

El señor Lince no fué hombre de política, ni de sociedad ni aun del hogar, pues no constituyó una familia. Y sin embargo era hombre tierno: una hermana que lo acompañaba y le sobrevivió, y un hermano que figuró en primera línea en la política de Antioquia, y que murió hace 21 años, constituyeron el culto de su vida.

Sus hijos eran los niños que él educaba con amor y que después echaba á volar, sin que muy pocas veces tornados en águilas caudales volvieran ¡ingratos! su vista á la roca solitaria donde habían hallado la primera luz, la primera sombra, la primera sed del espacio infinito.

El señor Lince era la paciencia, la dulzura, la resignación y el método modelados, fundidos y formados en un hombre. Fué bueno, pacífico y á nadie hacía mal. La política con sus feroces pasiones jamás tuvo entrada en su corazón: ese es el mejor epitafio para su tumba.

La muerte lo sorprendió en medio de su tarea y no le dió tiempo para echar á volar las últimas aves implumes que le fueron encomendadas. No era la menos intensa de las emociones que sus exequias despertaban al ver á aquellos niños, uniformados en su duelo, llevando al pie del ataúd los útiles que simbolizaban la tarea y la cruz de su maestro durante treinta años.

II

El día de la batalla de Waterloo, durante las últimas horas favorables que el destino concedió al genio militar de la Francia, se hallaba Wellington inmóvil y silencioso en la meseta de San Juan, donde moría la infantería inglesa sin echar un pie atrás ni exhalar una sola queja.

Wellington interrogaba con ansiedad el horizonte para conocer el secreto de la victoria. Un ayudante suyo le hizo notar que de la lluvia de balas que allí caían podía tocarle alguna y que convenía conocer á fondo su pensamiento para

transmitirlo á los jefes generales: "No tengo más que un plan, le contestó, aguardar aquí el socorro de los prusianos y morir sin dar un paso atrás."

Guardadas todas las distancias de los tiempos, de los hombres y de los sucesos podemos decir que el señor Lince en sus últimos años, cansado, enfermo y pobre dirigía su mirada hacia todos los puntos del horizonte aguardando á la Fortuna que debia traerle el relevo apetecido. La Fortuna no hizo acto de presencia en las horas de angustia y el viejo institutor aguardó á pie firme la muerte en medio de su tarea.

La muerte lo hirió alevé y el señor Lince murió como había vivido, sin exhalar una sola queja ni un suspiro; sin dar un paso atrás como lo ambicionó el vencedor de Napoleón.

Medellín, 11 de octubre de 1881.

Sala de Patrimonio Documental



VIII

SAN AGUSTIN

I

HAY un día en nuestra vida íntima que tiene una importancia especial y que debemos señalar: es aquel en que yá somos dueños de algunas nociones psicológicas y en que entramos á estudiar á fondo nuestra propia individualidad; es aquel en que desempeñando á la vez el papel de sujeto y de objeto, entablamos un diálogo con nosotros mismos y analizamos, comparamos, observamos, estudiamos en fin nuestras ideas y nuestros pensamientos, nuestro carácter y nuestras inclinaciones, nuestras pasiones y nuestros sentimientos.

De ese estudio más ó menos extenso, de esa posesión propia, de ese conocimiento de nuestras ideas y de nuestros sentimientos, lo mismo que de la manera como se elaboran en nuestro espíritu y en nuestro corazón, pasamos á examinar con un cuidado no menos escrupuloso á las personas que están en nuestra intimidad ó en relaciones con nosotros; y luégo, con ese afán insaciable que es el fondo de la naturaleza humana, hacemos extensivos á todas las personas que llaman nuestra atención, estudios semejantes, viniendo á ser éstos una tarea permanente en nuestra vida. Estos estudios no son, por otra parte, uniformes en su resultado; al contrario, son variadísimos por los medios y recursos personales del examen: nadie puede saltar más allá de su sombra; ninguno ve los objetos físicos sino con sus propios ojos, ni los aprecia sino con su pensamiento.

¡Con qué curiosidad, con qué anhelo observamos en los demás el desarrollo de sus pasiones, los combates de las ideas y sus acciones determinadas por los mismos principios que luchan en el fondo de nuestra conciencia! Y si esas personas han avasallado nuestro espíritu ó ejercido alguna dominación sobre nosotros, por su ciencia ó por su virtud, por su valor ó por su fortuna, el interés redobla, la curiosidad es más viva, el afán es más intenso, porque en nuestra

admiración creemos, casi siempre, que hay en su corazón algo diferente del nuestro, y ansiamos oírlo, verlo palpitar bajo la presión de las mismas ideas que hacen oscilar el nuestro en vibraciones infinitas.

La vida es un problema de cada día, de cada hora, de cada minuto, y en resolverlo bien, de acuerdo con los elementos que poseemos y con las esperanzas que fincamos, está el secreto del talento, auxiliado por la ciencia y por la virtud; y como en ocasiones se repiten idénticas circunstancias, determinativas de sucesos que pueden tener el mismo resultado, la experiencia viene á ayudar como un poderoso auxiliar á la solución de los problemas de la vida. Nace de aquí la importancia de la Historia.

La Biografía que es el estudio de la Historia, recogido en síntesis por las vidas de sus grandes hombres, tiene un atractivo especial atendidas las consideraciones que hemos apuntado.

Desde luego la curiosidad, que es uno de los grandes elementos de la literatura tiene en ella un campo ilimitado. Se sabe que la Historia no lo dice todo porque es impulsada, es precipitada por los sucesos que se atropellan, y tiene que llegar á la síntesis que vuelve provechoso su estudio. Muchos hechos particulares quedan olvidados en la rapidez de la narración ó tienen poca

importancia en ella atendido el plan general de la obra; y pocos son, en fin, los historiadores que poseen el dón de Tácito, de pintar una situación, un cuadro, un suceso con un solo rasgo de la pluma.

La Biografía, más modesta que la Historia, no pide grandes escritores: exige fidelidad y exactitud en la narración, que no se pierda de vista el faro luminoso que alumbra toda una existencia al través de la Historia, y cierta simpatía por el héroe que da calor y vida á lo que se escribe.

Ahora, si la vida de los grandes hombres es escrita por ellos mismos; si en *memorias*, *confidencias*, *autobiografías* ó *confesiones* exponen á la posteridad sus acciones, sus ideas y sus sentimientos con naturalidad y sencillez, con verdad y con justicia, y con la mira de ilustrar la Historia ó de servir de ejemplo ó de enseñanza á las generaciones futuras, no hay duda que la lectura de obras de esa especie reunirán el *utile dulci* de Horacio.

Por lo que hace á mi, puedo decir con franqueza que siempre he devorado (esa es la palabra justa), las obras de esa naturaleza que han venido á mis manos, buscando en las páginas íntimas de los grandes hombres el secreto de su vida, y tratando de conocer á fondo su corazón con toda la riqueza de sus senti-

niertos, y su espíritu en la inmensidad de sus evoluciones. Mas, por desgracia, pocas veces he hallado su vida á la altura de su genio, y su genio á la altura de mi admiración.

Sus flaquezas, sus errores, sus injusticias y su orgullo desmedido han acallado en el mayor número de casos los vivísimos impulsos de simpatía que sentía por ellos, y sus faltas aumentadas por la lente del desengaño no han hallado amnistía en mi corazón. He visto como Psiquis lo desconocido que me atraía poderosamente, pero á la luz de la antorcha ha desaparecido la ilusión que me engañaba.

Chateaubriand, el genio literario de la Francia, ídolo de dos generaciones y dos mundos, el primer prosador del siglo diez y nueve en el orden del tiempo y del ingenio, el pintor inmortal de los beneficios del cristianismo, se muestra orgulloso, escéptico, desconfiado y víctima de bajas pasiones en sus *Memorias de Ultratumba*.

Lamartine, el poeta más dulce, el historiador más lírico, el político más humano que ha soñado la fantasía, es en sus *Confidencias* el perpetuo adorador de su personalidad hasta el punto de ser insoportables sus últimos escritos, por el humo del incensario que tiene siempre en sus manos.

Rousseau, que embriagó á la Francia con sus obras mal inspiradas y de peores consecuencias,

pero escritas con el más bello estilo que se halla ja más usado después de los diálogos de Platón, Rousseau muestra en sus *Confesiones* su corazón en toda su desnudez, deja ver tanta envidia, tal corrupción y tal bajeza, desde las primeras páginas, que el pudor hace cerrar el libro y hay necesidad de buscar inmediatamente, como aconsejaba Balmes, las puras aguas de la *Imitación de Cristo* para limpiar el lodo que han dejado aquellas inmundicias.

Alejandro Dumas, el más alegre é inagotable narrador de los tiempos modernos, el admirable fisiologista del corazón humano, se exhibe tan charlatán y tan romántico en sus *Memorias*, que entre su enorme bagaje literario, compuesto casi exclusivamente de obras de imaginación, figura su propia historia como su más rico trabajo de fantasía.

Jorge Sand, la grande escritora que como las heroínas del Tasso ha perdido el sexo en las luchas del genio, ha escrito sus *Memorias* con la misma pluma envenenada con que trazó á *Lelia*, *Spiridión* y á *Madama de la Quintinie*.

Hay sin embargo un libro de confidencias que tiene el atractivo irresistible de las obras que acabamos de señalar, sin los inconvenientes y las tachas que hemos indicado á la ligera. Denomínase *Confesiones de San Agustín*, obra maestra de humildad, de gracia, de ternura y de pasión

con la cual el venerable Obispo de Hipona, el incomparable doctor de la Iglesia, conmueve aún el mundo, al través de la humanidad y de los siglos.

Basta un mediano criterio, y el sentido común en literatura, para hallar en las *Confesiones* mil bellezas de detalle y un conjunto armónico admirable. Su lenguaje es suave, elevado, humilde sin artificio y sumamente decoroso; lleva al ánimo la más dulce persuasión y despierta la más viva simpatía por el protagonista, sin que éste la solicite ni la acepte un solo momento. San Agustín, fijo su pensamiento en Dios, jamás pensó en las glorias mundanales; así, su libro es una continua oración, y se desprende de sus páginas, un perfume delicado, rica esencia de las más nobles y excelsas virtudes.

El orgullo irradia en todas y en cada una de las páginas de las otras obras de igual naturaleza que he mencionado; Chateaubriand, Lamartine, Napoleón todos arreglan su fisonomía, como les conviene, para ante la posteridad; ponen en relieve sus ventajas y dejan en la penumbra lo que no les favorece. San Agustín, perfectamente desprevenido á ese respecto, no tiene nada de artificial y su misma humildad lo eleva siempre hacia Dios, por el intermedio de la oración; sus gritos de dolor y de arrepentimiento tienen un acento de verdad que conmue-

ve hondamente, y su piedad lleva en sí ese sello de amor apasionado que en todas las épocas y en todas las sociedades ha ejercido una seducción irresistible.

Me ocupo en este artículo del libro y del hombre, advirtiendo de una vez que aquél ha sido destinado y dedicado exclusivamente á las almas de los que vuelven al buen camino y no á las de los que nunca se han alejado de él.

II

San Agustín nació el 13 de Noviembre del año de 354, en Tagasta, pequeña ciudad de la Numidia, en Africa. Su padre llamado *Patricio*, era pagano. Su madre fué la fervorosa cristiana, tipo del amor materno en Jesucristo, que la Historia y la Iglesia denominan *Santa Mónica*. Ella le consagró todos sus cuidados y todos sus desvelos y jamás cesó de pedir á Dios que lo llevara á su seno, lo que al fin se verificó porque *era imposible que un hijo tan llorado pudiera perecer en el error*.

Agustín (permítaseme esta familiaridad aparente) estudió al principio en Madaure y después en Cartago; los trabajos serios fatigaban su alma, y al contrario, era arrastrado por las obras de imaginación, como sucede en lo general con la juventud de este siglo. La muerte de Dido, na-

rrada por el poeta de Mantua, le hacía derramar copiosas lágrimas y las fábulas de los antiguos tenían un encanto irresistible para él. El teatro era una de sus pasiones favoritas.

Tuvo una juventud muy disipada. La relación de sus desórdenes, que habría podido ser el escollo del libro, ha sido hecha con mucha sobriedad y delicadeza; sin embargo ha dicho lo bastante para que se reconozca la naturaleza de sus errores y se comprenda el motivo de sus amargas y contiuas lágrimas. Pinta la primera insurrección de los sentidos con un pudor no afectado y con cierta reserva que podría traducirse por frialdad, si estudiando á fondo la narración, no se notaran en ella cierta pasión contenida y sobresaltos de sentimientos que recuerdan el *veteris vestigia flammæ* del poeta latino.

Cito algunas páginas, las más escabrosas, para que se noten la delicadeza y decencia de estilo:

Lo que yo quería, lo que yo deseaba era amar y ser amado. No me detenía en los límites de la amistad, mi corazón me arrastraba más lejos.

Del fondo impuro de concupiscencia que tenía en mí mismo y que hacía fermentar más el ardor de la edad á que había llegado, se levantaban espesos vapores que oscurecían mi corazón, y me impedían distinguir las pacíficas delicias de un afecto legítimo: confusión funesta que excitaba en mi corazón las tempestades más

furiosas, arrastrando al fondo del precipicio mi juventud falta de experiencia, desenfrenada en sus deseos, y me sepultaba en el abismo de los crímenes. Vuestra cólera, oh Dios mío, pesaba sobre mí, y no lo conocía; el ruido de esa cadena de muerte y de pecado que arrastraba, me había vuelto sordo y era el justo castigo de mi orgullo; me alejaba más de tí y tú lo tolerabas así; ardía mi corazón, se derretía, se desbordaba en los juegos impúdicos porque estaba devorado, y tú guardabas silencio; oh Dios mío, en quién he buscado tan tarde toda mi alegría! Tú callabas entonces cuando yo me internaba más y más en esos senderos áridos, fecundos en dolores, orgulloso de mi profunda bajeza; y sin embargo en el seno de mis culpables alegrías, fatigado é inquieto, ¿quién podría entonces aliviar mis inquietudes y mi miseria, es decir, hacerme conocer cómo me era permitido usar de las bellezas perecederas y fugitivas; fijarme los justos límites tras los cuales está prohibido gustar de sus dulzuras? ¿Quién podría entonces indicarme el matrimonio como el único puerto en que habría de hallar algún abrigo contra la tempestad de mis pasiones?

Pero mi padre se cuidaba más de mi elocuencia y de mis sucesos que de mis costumbres.... En vano mi madre me separaba del pecado; sus palabras me parecían palabras de mujer, y me ruborizaba la idea de obedecerlas. Todavía más, tenía vergüenza entre mis camaradas al ser menos disoluto que ellos, y como yo los oía elogiar sus desórdenes y los veía tanto más orgullosos y más aplaudidos cuanto más libertinos eran, tenía prisa en pecar, menos por placer que por vanidad....

Aquí observa con mucha justicia Saint-Marc Girardín que el pudor del estilo de San

Agustín no se debe al empleo de la perífrasis, porque ésta, á veces, es más indecorosa que la palabra cruda, ora porque fija más largo tiempo el espíritu al rededor de la idea y ora porque presenta un enigma por descifrar, despertando al efecto toda la atención. La decencia de estilo de San Agustín se debe á una cualidad más íntima, se debe á la templanza misma de su pensamiento. Aunque en sus narraciones la pasión parece palpar bajo el yugo del arrepentimiento, sin embargo, su alma es dueña de las emociones que procura. Hay más, no las refiere sino para condenarlas, y ese sentimiento depura su estilo.

Sus padres, agotando sus recursos, lo enviaron á Cartago á concluir sus estudios. Allí se entregó á ellos con ese ardor insaciable que era la cualidad predominante de su carácter, y al mismo tiempo se abandonó á los placeres mundanos, se entregó naniatado é indefenso al yugo de las pasiones, como él mismo lo ha referido.

Amó con delirio á una joven, durante muchos años, y esa pasión que no fué consagrada por la religión, fué la causa de sus mayores sufrimientos y de toda una vida de penitencia y de arrepentimiento. San Agustín habla de ese amor con reserva y vergüenza al mismo tiempo, y con la discreción que no han tenido sus imitadores en las letras, no deja pasar á la posteridad el nombre de la compañera de sus faltas. Se

be que él quiso unirse á ella en matrimonio, pero no son conocidos los inconvenientes que se lo impidieron.

Es de presumirse que esa joven era digna de él á juzgar por la fidelidad de tantos años, por la naturaleza del amor que inspiró, por la amargura del rompimiento de relaciones y por la resolución suprema de esta pecadora de retirarse á un convento á consagrar á Dios el amor que ya no podía dar á ninguna persona en este mundo. Evidentemente esa mujer que se envolvía en sus recuerdos y en sus lágrimas pertenecía ya á Dios por cierto lado. Si no tenía el alma de una virgen, poseía el arrepentimiento de la Magdalena que sufre.

El dice: "Entre tanto mis pecados se multiplicaban; habían arrancado de mí y á mi pesar, como obstáculo á mi proyectado matrimonio, la mujer que había tomado yo hacía muchos años; mas no fué posible arrebatlarla de mi corazón sin despedazarlo, y esta llaga sangraba todavía. En cuanto á esa mujer, volvió á África, dejándome un hijo nacido de nuestro comercio ilegítimo; y consagrándose á tí, Dios mío! hizo voto de pasar el resto de sus días en continencia....." Hay en esas líneas trascritas, y en otras que consagra al mismo asunto, algo como los elementos de un problema moral, y el eco de un largo y doloroso drama doméstico.

III

A la edad de 19 años, cuando estudiaba con fervor las letras y la elocuencia, cayó en sus manos un libro de Cicerón intitulado *Hortensio*, que no ha llegado hasta nosotros. Su lectura produjo en su ánimo una gran revolución: concibió un ardor intenso por la verdad y la sabiduría que lo habían de llevar al conocimiento de Dios, y aplicado á conocerlas, no las encontró en el filósofo y orador romano; atormentado entonces por la duda, pidiendo á todos los horizontes luz y expansión para su grande alma, tropezó con los maniqueos que ofrecieron iniciarlo en el secreto de su ciencia y descifrarle todos los misterios que lo atormentaban. Abrazó esa secta con el entusiasmo que ponía en todas sus cosas; y arrastró consigo un gran número de amigos y relacionados.

Pasado algún tiempo volvió á encontrar de nuevo el vacío en su alma; halló á los maniqueos más dialécticos que convencidos, más sutiles que creyentes, y á su jefe Fausto, más retórico que sabio, más ceremonioso que penetrado de la verdadera ciencia, acabando al fin por declararse incompetente para resolver sus dudas.

Sin abjurar el maniqueísmo se hizo astrólogo y volvió á la filosofía neoplatónica, que al

menos lo apartaba del materialismo y le hablaba de Dios como del soberano Bien. Principiaba ya á comprenderlo, no bajo las formas corporales que le habían enseñado los maniqueos, sino como una luz sagrada invisible é impalpable.

Corrieron algunos años y san Agustín crecía en saber, en elocuencia y en meditación. Las penas de la vida, las tempestades del corazón, las angustias de su alma ansiosa de la verdad, las súplicas y lágrimas de su madre, la muerte de un amigo íntimo que había hallado en el seno de la religión catòlica grandes consuelos, todo lo llevaba hácia la verdad suprema, hacia el Bien infinito.

La sociedad de Cartago se le hacía ya insupportable, á medida que iba desprendiéndose de los lazos que le tenían atado á la vida licenciosa, y como necesitaba además un teatro más vasto para su talento abandonó aquella ciudad y partió para Roma, dejando á Santa Mónica en el mayor desconsuelo, arrodillada en la playa mientras que la nave que conducía ese *hijo de tantas lágrimas* surcaba las ondas.

Estuvo poco tiempo en Roma. Pasó á Milán como profesor de Elocuencia y allí encontró á San Ambrosio que cautivaba la atención por sus virtudes y su talento. Pronto fué uno de sus admiradores y de sus más respetuosos oyentes: “Me gustaba oirlo, decia, cuando instruía á su pueblo”

y no con piadosa intención sino para persuadirme de si su elocuencia correspondía á la alta fama de que gozaba. Pero atento á las cosas que decía, estaba suspenso enteramente de las palabras y únicamente de las palabras que salían de su boca. . . . Cuando Ambrosio leía, sus ojos recorrían las páginas del libro, su lengua estaba muda, su boca cerrada; su corazón era el único que se abría para comprender y retener. Entraba yo frecuentemente á su estancia, cuyo acceso estaba franco á todo el mundo, y sin que fuera necesario hacerse anunciar, siempre lo hallé leyendo en el más profundo silencio. Me sentaba entonces sin proferir una sola palabra, porque ¿quién se habría atrevido á interrumpirlo viéndolo tan atento y ocupado? y después de haberle contemplado por largo rato, me retiraba igualmente en silencio, juzgando que en el poco tiempo que destinaba á dar algún reposo á su mente, toda nueva distracción debería parecerle importuna.”

Las doctrinas de Platón separaban poco á poco el espíritu de San Agustín del materialismo, y los recuerdos de la infancia, las dulces oraciones de la niñez aprendidas en el regazo materno, las predicaciones de San Ambrosio. . . . todo lo impulsaba hácia la religion verdadera.

IV

Santa Mónica vino de Cartago, por este tiem-

po, á continuar en Milán la labor de su vida, y al efecto redobló sus súplicas, sus lágrimas, sus oraciones; buscó de auxiliares á los más fervorosos ministros del Altísimo y le hizo continuas y suaves exhortaciones. ¡Amor maternal, dulce amor abnegado, eternamente fiel y eternamente sublime! Puro diamante entre las pasiones humanas que brilla en la alegría y en el dolor, y en todos los instantes de la vida!

Dos de los mejores amigos de San Agustín, llamados Alipio y Nebrido, devorados por la misma ansiedad de conocer la Verdad, lo acompañaron en su soledad y en los extensos estudios con que se preparaba para fijar en el cristianismo la larga inquietud de su espíritu y de su corazón.

Leyó entonces, por primera ocasión, la Sagrada Escritura y admiró su poderosa doctrina. Sus agitaciones de espíritu continuaban, sus luchas interiores se traducían en largas conferencias que tenía con su madre, con su hijo Adeodato, con sus amigos y con los discípulos que lo acompañaban constantemente; mas al fin la conversión tuvo lugar.

No podemos resistir al deseo de transcribir íntegra la página en que refiere el santo Doctor ese hecho capital de su vida, esa tragedia íntima del alma narrada con una emoción conmovedora, desconocida hasta entonces en las letras.

Ponticiano, compatriota suyo, le refiere un

día la conversión de San Antonio y la vida extraordinaria de los solitarios de la Tebaida:

Entonces en esa guerra intestina que agitaba las profundidades de mi alma, y que se pintaba en las facciones de mi rostro, me volví á Alipio, y exclamé: Qué hacemos? Qué es esto? Qué acabamos de oír? Cómo! Los ignorantes se levantan; arrebatan el cielo, y nosotros con nuestra ciencia, al igual de animales estúpidos, permanecemos cobardemente sepultados en la carne y la sangre! Es porque ellos nos han tomado la delantera por lo que tenemos vergüenza de seguirlos? Y no debiéramos más bien cubrirnos de vergüenza por no tener el mismo valor que ellos? Yo le dije estas palabras ú otras semejantes....el sonido de mi voz tenía algo de extraordinario; y mi frente, mis mejillas, mis ojos, el color de mi cara, decían más que las palabras lo que pasaba en mi alma.

Había en la casa en que habitábamos un reducido jardín, de que usábamos, pues su dueño que no la ocupaba nos lo había dejado enteramente. La turbación de mi alma me llevó allí como á lugar en donde ninguno habría de venir á interrumpirme en el violento combate que me daba á mí mismo....Era un furor saludable el que me había trasportado; me sentía morir con una muerte que iba á darme la vida, y conociendo el mal que había en mí, ignoraba qué especie de bien habría de ocupar su lugar.

Entré al jardín, y Alipio me siguió....Fuimos á sentarnos en el lugar más retirado de la casa....Estaba fuera de mí; gimiendo, indignándome contra mí mismo porque tardaba en unirme contigo, cuando todo mi cuerpo me gritaba que era hácia tí, Dios mío! hácia don-

de debía ir. . . . porque uno no llega á tí sobre bajeles, ni carros, ni aun andando el corto número de pasos que había dado para llegar de la casa al jardín donde me hallaba. Ir y llegar, no es más que desear ir; pero desearlo resueltamente, con fuerza, y no dejando flotar de un lado á otro una voluntad enferma y lánguida, de la cual una parte que se alza al cielo lucha con la otra que cae á la tierra.

Entonces habiendo atraído la profunda meditación de los más secretos senos de mi alma, y expuesto á la vista de mi espíritu todas mis miserias, se levantó en mí una violenta tempestad que traía una lluvia abundante de lágrimas, y á fin de derramarla entera con los gemidos y los sollozos que la acompañaban, me levanté y me alejé de Alipio. . . . Mis ojos derramaban torrentes de lágrimas, y este fué un sacrificio, Señor! que te plugo recibir. Yo me dirigí al mismo tiempo á tí, y te dije: *Y tú, Señor! hasta cuándo. . . . hasta cuándo durará tu cólera? No te acuerdes de nuestras iniquidades. . . . Hasta cuándo, hasta cuándo? mañana? todavía mañana? por qué no ahora? por qué este instante no pondrá fin á mis infamias?*

Así hablaba llorando amargamente en la aflicción profunda de mi corazón, cuando hé aquí que de una casa vecina oigo una voz como de una niña ó de un muchacho que decía cantando muchas veces: TOMA Y LEE, TOMA Y LEE. Yo mudé al momento de semblante, y me puse á cavilar en qué clase de juegos los niños podían cantar palabras semejantes, y no me acordé de haberlas notado alguna vez. Deteniendo el curso de mis lágrimas me levanté, no pudiendo explicarme tales voces sino como un mandato divino que me ordenaba abrir las San-

tas Escrituras, y leer el primer pasaje que se ofreciese á mi vida.

Así fué como Antonio, según me había contado Ponticiano, entrando á la iglesia cuando leían estas palabras del Evangelio: *Anda, vende lo que tienes y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y luego ven y sígueme*; las recibió como un aviso del cielo que le era particularmente dirigido, y al punto se convirtió á tí.

Volé, pues, precipitadamente á donde estaba Alipio sentado, y donde había dejado el libro de las Epístolas de San Pablo. Lo tomé, lo abrí y leí en silencio este pasaje, el primero que se ofreció á mis ojos: *Caminemos como de día, honestamente; no en glotonerías y embriagueces; no en sensualidades y disoluciones; no en pendencias y envidias; mas vestíos de Nuestro Señor Jesucristo y no hagáis caso de la carne ni de sus apetitos.*

No quise ver más, ni era tampoco necesario, porque apenas acabadas de leer estas pocas palabras se extendió por mi corazón como una luz que le volvió la paz, y al instante mismo se disiparon las tinieblas con que mis dudas le tenían cubierto.

Habiendo marcado con el dedo ú otra señal, el pasaje del libro, lo cerré; y con un semblante en que se pintaba la calma de mi corazón, conté á Alipio lo que me había sucedido..... El deseó ver lo que yo había leído; se lo mostré y fijando los ojos en las palabras que siguen, y que yo no había notado, y *sostened también al débil en la fe*, Alipio se las explicó y se halló fortificado de tal modo con esta advertencia, que, sin la menor turbación, sin ninguna vacilación, se unió conmigo por una firme y santa resolución, bajo todos aspectos convenientísima á sus costumbres, que hacía mucho tiempo y sin compara-

ción eran mejores que las mías. Después fuimos á buscar á mi madre y á contárselo todo.

El *fiat lux* se hace en el espíritu de San Agustín y desde entonces principia una nueva vida en él. Todas las dudas han desaparecido, y la oración, la penitencia y la meditación vienen á cambiar por completo el rumbo de su vida. No se ocupó ya sino de vivir santamente; dedicó su talento y su erudición á la defensa de la misma Iglesia que atacaba en su primera juventud; compuso varios libros en la soledad de su retiro; educó á Adeodato en el seno de la Religión, y se hizo al fin digno del bautismo, el que recibió de manos de San Ambrosio, juntamente con su hijo y algunos de sus amigos. Tenía entonces 33 años.

V

Por lo que hace á Santa Mónica, viendo cumplida la tarea de su vida, y consumido su corazón en el amor divino, preparó sus alas para volar al seno del Eterno.

Ella fué para su hijo un genio tutelar, un ángel de guarda; fué su guía en la fe y en la doctrina del Crucificado, porque tenia un espíritu vivo, ardiente, capaz de penetrar en los más profundos misterios de la grandeza divina. San Agustín lo hace notar en algunas de sus obras y en la que analizamos especialmente, se ve siem-

pre la huella del grande amor que los unia; también se ve allí la huella de los grandes sufrimientos de aquella resignada esposa y amante madre.

Durante 15 años no hubo para Santa Mónica un día que no se señalara en su corazón por un dolor, por una pena, por una esperanza, por una luz, por un martirio, jamás por un desaliento.

Oraciones, lágrimas, suaves insinuaciones, llamamientos al corazón de su hijo, manos tendidas al cielo, largas conferencias con los ministros del Altísimo, incertidumbres; ansiedad por las recaídas, sombras gradualmente disipadas por una aurora mística, aurora iluminada por un día luminoso, conversión que pasa los límites de sus votos, catecúmeno que se hace cristiano, sabio que se convierte en Doctor de la gracia. . . . Ese es el cuadro de la vida de Santa Mónica.

En el momento en que trazamos estas líneas viene á nuestra imaginación el recuerdo de un cuadro de Ary Scheffer, genio que hizo de la pintura una nueva forma de poesía, y que hemos visto reproducido por el grabado; aludimos á *San Agustín y á Santa Mónica*.

Ese cuadro ha sido inspirado, sin duda, por la tierna relación que á ese respecto contienen *Las Confesiones*. Habían salido de Milán acompañados de Adeodato, Alipio, un hermano de San Agustín que jamás perdió el sendero cristiano, y de muchos amigos fieles. Iban á embarcarse para

Africa é inter tanto esperaban en Ostia el arreglo definitivo de la caravana de los compatriotas. Santa Mónica deseaba coronar su obra devolviendo á su patria á San Agustín convertido al cristianismo; pero principiaba á sentir la nostalgia del cielo al exclamar: *Cursum consumavit*....

Estábamos sentados cerca de la ventana, dice el Santo. A nuestra vista se extendía un jardín, más allá el mar y sobre la ribera los marineros que descansaban de sus faenas de la navegación. Estábamos solos mi madre y yo y conversábamos dulcemente.

Olvidando el pasado y sumergidos en la meditación del porvenir, pensábamos en lo que sería esa vida inmortal de los santos que ni el ojo, ni el oído ni aun el corazón del hombre puede percibir, y pedíamos á Dios nos descubriera, al menos, algún rayo de esa imperecedera beatitud. Elevándonos poco á poco de las dulzuras de la vida de los hombres piadosos á la vida de los bienaventurados, nuestros pensamientos llegaron á esas alturas donde descende la luz sobre la tierra, y subíamos aún para alcanzar al centro de la eterna felicidad y de la incomparable sabiduría.

Mientras que nosotros hablábamos así, el alma abierta al soplo de Dios, sentíamos que nuestros corazones se llenaban de una dulzura inefable. Dios los había tocado con un rayo de su beatitud. Suspirábamos entonces de felicidad, y el alma aún llena de las primicias de la alegría celeste, estallamos en estas palabras, vanos sonidos, ay! que nacían y morían sobre nuestros labios, miserable eco dado al hombre para expresar el Verbo eterno de Dios! Silencio, decíamos, pues, silencio á los ruidos de la carne, á las imágenes de la tierra y del agua! silencio

á los cielos, silencio al alma mismas, la pensamiento de la vida, á los sueños de la noche y á las ilusiones del dia! que toda lengua se calle, que todo signo se borre, que todo lo que es del tiempo y del minato se desvanezca! Para qué el grito perpetuo que este Universo arroja á la gloria del Criador? es Dios, es el Eterno quien nos ha creado! Nó, yo no quiero sino oir la voz de Dios; que Él habla, solo, en el silencio universal, no con la lengua perecedera de la carne, ó la voz armoniosa de los ángeles, ó el ruido de los vientos, ó el emblema de los símbolos divinos; es á Él solo á quien quiero oir y á su voz nuestras almas se elevarán y nuestros pensamientos irán á confundirse en la eternidad de la sabiduría divina.

Inefables momentos de éxtasis durante los cuales desaparecían las visiones subalternas de los hombres y el alma se perdía en la alegría de una inmensa y única idea! Maravillosos instantes de luz y de inteligencia que Dios concede á nuestros suspiros! Brillante y santa imágen de la eterna bienaventuranza, porque es en verdad reposar allí en la gloria del Señor. Pero cuán corto es este reposo, oh Dios mio! hasta el dia que querais hacerlo eterno!

Trasportad la escena que precede á Ostia, á orillas del mar, en la última jornada de Santa Mónica de subida hácia Dios, contemplad por un momento el diálogo inmortal entre la madre, casi transfigurada por sus merecimientos y purificada por los dolores físicos, bañada en el éxtasis, y el hijo que aún debe permanecer sobre la tierra en servicio de la causa de la Iglesia, pero que siente romperse la fibra más tierna de su corazón. . . .y tendréis el cuadro de Scheffer.

Hay una antigua tradición sobre la muerte de Santa Mónica que consignamos al pasar. En sus últimos instantes estrechaba sobre su corazón con vehemente amor el signo de nuestra redención, y se quejaba al soberano Dios de la dolorosa privación á que la reducían sus dolencias físicas de no poder recibir el viático del gran viaje. . . . y repentinamente, á horas avanzadas de la noche, se le aparece su ángel de guarda, bajo la figura de un hermoso niño y desaparece luego llevándose aquella alma devorada por el sacro amor. Dejó caer entonces la cabeza sobre la almohada, cerró dulcemente los ojos y pasó sin transición á la vida eterna con la serenidad majestuosa con que se extingue el día de verano entre las sombras de la noche.

VI.

Lo que resta de la vida de San Agustín es su grande obra meritoria de cristiano, que describirémos en globo, para no alargar más este estudio.

Después de la muerte de Santa Mónica, el *Doctor de la gracia* se dirigió á Roma para continuar allí sus grandes estudios. Allí escribió *Las costumbres de la Iglesia y las grandezas del alma*.

En seguida hizo donación general de su fortuna á los pobres y regresó á su patria, en com-

pañía de sus amigos fieles. Al cabo de algún tiempo fué ordenado sacerdote, á pesar de su desconfianza y timidez; pero el pueblo le hizo esta exigencia, á instigaciones de Valerio el obispo de Hipona, á quien ayudó eficazmente en su ministerio por muchos años.

En 395 fué elegido sucesor de dicho Obispo y redoblaron sus tareas. Predicaba con mucho éxito; combatía á los *donatistas*, á los *maniqueos*, á los *pelagianos* y á todas las sectas imbuídas en el error en aquel siglo, con un brío y con un tino admirables: asistía á concilios en los que ejercía una poderosa influencia; creaba seminarios é instituciones monásticas de gran vitalidad y aliviaba la suerte de los pobres á la medida de todos sus recursos.

Su vida íntima era pura y llena de abnegación. Su celo multiplicaba su genio, su piedad aumentaba su penitencia.

Su vida pública, su vida de ministro del Altísimo, de reformador de la disciplina, de tutor de los débiles, de consejero de los poderosos, de pacificador entre las sectas, sobrepasa en méritos á su vida privada.

Murió á los 75 años de edad, estando sitiada Hipona por los vándalos, y despues de haber agotado durante tres meses de sitio todos los tesoros de ternura, de valor, de abnegación que había en su corazón por su grey. Su último deseo cumpli-

do fué morir antes de ver la ciudad en poder de los sitiadores.

Su obra maestra es *La ciudad de Dios*. También son muy importantes *Los tratados sobre la gracia y el libre albedrío*, *Los soliloquios*, sus *Retractaciones* en que combate los escritos irreligiosos de su primera juventud, *Comentarios sobre los salmos*, *Trescientos sesenta y tres sermones*, *Cartas*, &c.

San Agustín nos enseña la filosofía del cristianismo como la concibe su feliz ingenio, experimentado largo tiempo por el noviciado del error y por el trabajo de la duda, y la civilización cristiana, del siglo IV de la Iglesia, como se propagó en Africa por la ciencia y la virtud de los obispos y la austera penitencia de los solitarios.

San Agustín ha dejado una huella luminosa en la historia de la humanidad y á ese respecto su vida es digna de un estudio detenido.

Medellín, 28 de setiembre de 1875.



IX

EL FINAL DE UN PROCESO

A mi distinguido amigo F. de P. Muñoz.

I

Lo que voy á referir ocurrió en el año de 1860. Concluía yo mis estudios de Derecho á tiempo que principiaba la larga y funesta guerra de los tres años, que dejó exangüe y aniquilada la República. El huracán de las pasiones desencadenadas batía sus olas desde las frías mesetas de Pasto, hasta las ardientes arenas del Atlántico; voces extrañas, salidas del abismo, se repetían en ondas sonoras por los ámbitos del país, y todos pronosticaban largos días de luto y de exterminio para la Patria.

Y sinembargo, yo lo veía todo de color de rosa, porque vislumbraba el mundo tras el mágico prisma del entusiasmo juvenil; á mi vista se desarrollaban largas y encantadoras lontananzas y la poesía de mi corazón irradiaba é iluminaba todos los horizontes de la vida! Felices días! gratos

recuerdos de fugaces horas de ventura, aún volveis á mi memoria en horas de duelo y de amargura!

El mundo me pertenecía; entraba en él con paso seguro y con la mirada serena, henchido de esperanzas y me arrojaba lleno de alegría hácia un risueño porvenir. Me parecía que con una frente limpia, que con un corazón sin odios, que con voluntad enérgica y una conducta digna se me allanarían todas las dificultades del camino, y me serían accesibles todas las eminencias. Creía entonces en la sociedad y giraba sobre el porvenir! La fe, suave perfume de la vida y misterioso adorno de la juventud, llenaba por completo mi corazón.

Corria el año de 1860.

Un amigo de colegio, Ricardo, que había emprendido su vuelo primero que yo, me encontró en esos días de vacilación cuando no había tomado aún mi rumbo, y me invitó con instancia lo acompañara por un mes al pueblo de su residencia.

Acepté, seguro de causar un positivo placer á Ricardo, y para cerrar con esas vacaciones la serie de mis días sin cuidados ni afanes de ninguna especie.

Ricardo era y es uno de mis mejores amigos. De carácter levantado, de naturaleza ardiente é impresionable, y al mismo tiempo sufrido, se re-

signó fácilmente á llevar una vida sencilla en un pueblo de reducida sociedad. Se hizo comerciante en pequeño, como su padre, y á fuerza de laboriosidad, de honradez y economía se ha creado una fortuna regular que goza con la dulce serenidad de los caracteres bien puestos.

Hoy día su corazón es joven como en los felices días de colegio, y los años y las revoluciones se han deslizado por encima de él, como el agua sobre el mármol, sin dejar señal alguna.

Accepté su oferta con agradecimiento y lo seguí. Me halagaba la idea de vivir un mes libre de todo cuidado y en el más *dolce far niente* del espíritu. Quería, por otra parte, recoger mis impresiones de viaje y hacer algún estudio de esa población bajo todos sus aspectos, por si en ocasiones más propicias pudiera extenderlo á otras localidades del Estado.

Partimos en un lunes, lo recuerdo como si fuera hoy. ¿Quién ha olvidado la primera excursión lejos del hogar paterno?

Ricardo me profesaba un cariño entrañable, le seducían probablemente mi candidez y bonhomía y cierta delicadeza de sentimientos que él llamaba mi virginidad de corazón.

Gastamos el día en el viaje. Un hermoso día de verano en que todo era perfume, brillo y esplendor, uno de esos días en que la naturaleza

unísona con nuestros corazones canta un idilio suave y melodioso al Supremo Creador del mundo y de los espacios.

Llegamos al pueblo á tiempo que los últimos rayos del astro rey se desvanecían en el horizonte; poco á poco se borraron los esplendores y los tintes leonados de oro rutilante, cambiándose por los pálidos colores de la plata, y la noche, suave, tranquila, serena, invadió el horizonte tiñéndolo todo con reflejos de perla como la luz láctea de los ópalos.

Durante el camino, Ricardo me hizo una extensa relación acerca de las personas que debía tratar y me inició en las costumbres de la sociedad que debía cultivar.

II

El pueblo de *** queda en una pequeña falda, muellemente reclinada á orillas de un riachuelo; es eminentemente agrícola y el panorama que presentan sus sembrados y casitas de campo es en extremo agradable; la vida circula allí con la exuberancia característica de los países tropicales.

Innecesario será decir que quedé encantado al aspecto del pueblo y que tan luégo como conocí las costumbres sencillas y hospitalarias de sus habitantes y así que gocé la dulce paz que

allí reinaba, le guardé un afecto tierno que los años y la ausencia no han debilitado en manera alguna.

Todo lo visité, y contra mi carácter trabé relaciones con todos los amigos de Ricardo. He tenido después ocasión de observar en algunas personas de mi conocimiento y en mi propia persona el cambio de carácter que se nota en el medellinense cuando sale de la atmósfera del Valle.

Entre mis nuevos amigos había uno que me llamaba la atención por más de un motivo; se llamaba Felipe y pertenecía á la mejor sociedad del pueblo. Era un rico campesino del tipo primitivo, franco, generoso, sumamente activo y emprendedor; no descansaba en sus faenas, pero estaba pronto á cualquiera empresa de utilidad general, á toda fiesta de amigos y á toda acción caritativa y noble; la condescendencia era el fondo y el marco de su carácter.

Me trató con cariño y yo le devolví los mismos sentimientos apoyado en mi corazón que nunca me ha engañado; pronto fuimos amigos. La honradez y la lealtad brillaban en su semblante y era imposible tratarlo sin que se le amase; era una de esas naturalezas buenas que tienen una atmósfera nociva al mal.

Acercándose la época de mi regreso, quiso Felipe (diré mejor, don Felipe, porque era hom-

bre de edad y á quien era preciso tratar con respeto) quiso don Felipe procurarme una agradable sorpresa preparando, para festejarme, una cacería de venado que me era completamente desconocida.

Él hizo todos los preparativos del caso con la actividad y delicadeza propias de su carácter.

Para que la fiesta fuera completa se dispuso que iríamos á dormir á la "Boca del monte" y que amaneceríamos á dos pasos del teatro de la cacería. En el lenguaje de los vigorosos hombres de acción que desconocen la vida muelle de las grandes ciudades los pasos se traducen por leguas y aun así, dos pasos son algo más de dos leguas.

Se hizo la lista de los invitados, se recogieron los mejores perros de caza de tres leguas á la redonda, se envió una abundante provisión de víveres á la casita que se halla en la "Boca del monte," y, lunes á las cuatro de la tarde, 6 de Agosto de 1860, emprendimos la marcha hacia el punto convenido.

Era una tarde serena y tranquila, tarde de verano, según la expresión vulgar, poblada de armonías y llena de suaves resplandores que iluminaba deliciosamente el pueblecito. Las nubes pasaban por encima de mi cabeza, diáfanas, ligeras, libres en el cielo puro con el ala abierta desafiando el soplo de la tempestad que no se

veía en lontananza. Nuestra alegría irradiaba, era llegado para nosotros el turno de esas horas bendecidas en que las preocupaciones y los cuidados se eclipsan y la vida pasa por encima, suavemente, sin hacernos sentir su pesadumbre. Estos instantes son raros y Dios los concede para hacernos soportables los demás.

Era mi primera cacería de venado!

Hay recuerdos, hay impresiones que nunca se borrarán de la memoria, porque están grabados con el agua fuerte de los más inefables aromamientos.

Los ladridos de los perros, la tumultuosa alegría de los cazadores, la belleza del paisaje y la suave serenidad de la tarde me llenaban de alegría.

Llegamos á la entrada de la noche á la casita en que debíamos dormir. Los primeros momentos fueron consagrados por completo á los arreglos de instalación, pero puesta cada cosa en su lugar, recogidos los perros en la corraleja y preparados los lechos, nos reunimos alrededor de la lumbre en la expectativa de una cena succulenta, y á gozar de la suave intimidad de la charla general.

De las diez ó doce personas que formábamos el cenáculo, Ricardo era el tenor de la conversación, don Felipe era también muy locuaz, pero no tenía la gracia y la originalidad de aquél.

Un cuñado de don Felipe á quien llamaré Carlos, porque debo callar su nombre verdadero, se había retirado á descansar porque estaba fatigado. Era el único que no participaba de la alegría general, y si había concurrido á la cacería lo había hecho por pura condescendencia: no era aficionado á esas fiestas.

Su esposa, hermana de don Felipe, era una señora de altísima importancia, de trato afable y fino y de delicados sentimientos: agradaba al primer trato y al segundo seducía; era una de esas mujeres de las cuales no puede uno menos de decir á la vez, al contemplarlas: rostro y alma encantadores.

Debió ser muy bella en su primera juventud; todavía conservaba cierta delicadeza de tez, blanca, trasparente y fina que podía compararse á la de la camelia blanca. Pero el encanto de su rostro residía en sus grandes ojos rasgados, de corte oriental que le daban una distinción notabilísima, y al mismo tiempo no sé qué picante originalidad. Esos dos grandes ojos de un azul tan limpio, tan profundo y tan luminoso hacían pensar en dos zafiros animados y vivientes. El timbre de su voz tenía la inmaterial pureza de las vibraciones del cristal, y resonaba como la nota ideal de la armónica; debió haber inspirado una de esas pasiones violentas que no se encienden sino en las almas abrasadas al quemante sol de los trópicos.

III

Pero vuelvo á mi narración.

Hablamos largamente y de mil diversas cosas, hasta que la cena apetitosa puso fin á la primera locuacidad.

Terminada aquella se atizó de nuevo el fuego, porque olvidaba decir que estábamos en tierra fría, y se estrechó más el círculo de la velada.

La conversación tomó entonces otro giro; álguien hizo alusión á una historia misteriosa que era la crónica del pueblo á la sazón, y no se necesitó más para que se aceptara ese rumbo del espíritu.

El alma humana necesita de lo sobrenatural y está siempre en pos de maravillas y misterios. Lamartine ha dicho: los misterios son las sombras que proyecta el infinito sobre el espíritu humano, prueban el infinito pero no lo explican.

Cada uno fué obligado á referir un suceso propio ó ajeno que saliera de los límites de lo común. Ricardo habló de las mesas danzantes y refirió la historia de Rusi; yo relaté una historia de aparecidos después de la acción de Itagüí, que había oído contar en la infancia y que había sido para mí el *Animus meminisse horret*, y concluí con la historia real y dramática que revela el

proceso de Bernardino Giraldo, que á mi juicio merece figurar entre las causas célebres del mundo.

Don Felipe había estado meditabundo desde que la conversación había tomado ese nuevo giro, y apremiado que fué para que narrara algún suceso misterioso de su conocimiento, se excusó con mucho empeño, pero mayor fué el nuestro en instarlo para que hablase, y al fin lo hizo, no sin un grande esfuerzo de voluntad.

“Tal vez no debería hablar, nos dijo; pero no puedo hacerme sordo á vuestras súplicas, y alguna cosa interior, que no puedo explicar, me hace salir, en este momento, de mi reserva habitual.

“Lo que voy á referir es un suceso trágico que me es enteramente personal, y que tal vez no llamará vuestra atención, pero á mí me preocupa hondamente porque ha decidido de mi suerte.

“Tomaremos las cosas desde atrás.

“Mi hermana Elvira se educó en Medellín: mi padre que enviudó muy joven, se consagró casi exclusivamente á la educación de su hija única, retrato fiel de su esposa, y hallándome rebelde á la carrera literaria, me consagró á otras faenas en armonía con su pequeño capital.

“Elvira recibió la mejor educación posible para una mujer, allá por los años de 1843 y 1844 cuando no había en Medellín colegios de señoritas. Unas señoras muy respetables le enseñaron todo lo que era posible se enseñara en esa época.

“Todavía era muy joven Elvira, era casi niña cuando regresó al pueblo terminada su educación. Ya comprendereis cual sería su situación de ánimo al encontrarse de repente en una ciudad incipiente que casi no conocía y que no podía suministrarle el más ligero pasatiempo ni el más leve goce del espíritu.

“Antonio Fernández Guerra que era uno de los hombres más notables del pueblo, se enamoró de ella y le fué fácil obtener su mano. Nosotros éramos relativamente pobres, y él muy rico, y aunque era hombre de alguna edad, su vida arreglada, la pureza de sus costumbres y sus hábitos sociales lo habían conservado mucho; era además, justo es decirlo, el mejor partido que podía presentarse á Elvira.

“Ésta, trasplantada á un pueblo sin sociedad, poco conocedora del mundo, que apenas había entrevisto en sus ensueños de niña, dió su mano á don Antonio sin entusiasmo, pero sin repugnancia. Además, mi padre enfermó y murió por esa época, y fué su última voluntad la de que se efectuase ese enlace que nos li-

braría de la miseria y del abandono, creándonos al mismo tiempo la mejor posición social que él llegara á desearnos.

“Estaba Elvira en los 16 años, y á su edad, en las condiciones normales de la existencia, las mujeres educadas lejos de las grandes sociedades y en la ternura inmensa y absoluta de un padre no tienen voluntad propia, abdican de ella en aquel de quien son el único pensamiento y la más incesante de las preocupaciones.

“Pasado el año de la muerte de mi padre se verificó el matrimonio.

“Antonio era un hombre completo por la naturaleza primitiva de sus sentimientos; tal vez me ciegue el afecto que le profesé y que le profesó aún en mi memoria, pero me parece que pocos como él, reunían en más alto grado tan ricas y delicadas facultades.

No tenía más que un defecto para Elvira, y era su aversión irresistible por la capital de la provincia y por el lujo.

“Sin embargo, como era condescendiente hasta lo sumo, compró una casa en Medellín para que mi hermana la habitara por temporadas, sin que él tuviera otra ingerencia que la de acompañarla en sus viajes de ida y de regreso.

“Como yo era el único representante de la familia, tenía que acompañar á mi hermana en Medellín, y para que mi permanencia allí fuera

de utilidad, me hizo entrar al colegio provincial como estudiante externo.

“Elvira gozaba de la mejor sociedad y sus relaciones eran irreprochables, justo es decirlo.

“Por este tiempo era una mujer hermosa, en la plenitud de su desarrollo, y que unía á las gracias del cuerpo las del espíritu que cultivaba día por día con incesante afán.

“Entre los caballeros que visitaban á mi hermana había uno que le profesaba un afecto más vivo y más ardiente que el que era permitido á la amistad. No me fué difícil conocerlo, y aunque mi juicio no estaba aún formado, comprendía intuitivamente que podía haber allí un peligro para Elvira. El pagaba mi repulsión intuitiva con un afectado cariño, en que no se veía sino el reflejo de un amor ardiente.

“Elvira por su parte, debo decirlo para que me comprendáis bien, hallaba un secreto encanto en el trato de Espinosa, (yá comprenderás, discreto lector, que no fué ese el apellido de la narración), mas ella conociendo al fin el abismo que se abría á sus pies, le escribió una carta en que le exigía terminantemente, en nombre de su esposo, y haciendo apelación á los más nobles sentimientos, desechara semejante afecto que no podía ser yá sino un crimen. “Todo lo debo á mi esposo, le decía, honor, consideraciones y fortu-

na, y sería incapaz de serle desleal por ningún motivo”.

“Por ella misma supe todo esto, en esa época, y puedo decir en su favor que se reprochaba amargamente haber sido tan incauta para verse comprometida á recibir una carta ardientemente apasionada, que iluminó *a giorno* el abismo que se abría á sus pies.

“Espinosa, que era oriundo de Bogotá, y que había hecho buenos estudios, siendo naturalmente peligroso por la magia de su conversación ática, redobló sus seducciones, pero Elvira fué inexorable, y para castigar su propia imprudencia hizo vender la casa de la capital, y regresó al pueblo en donde vivía su marido, decidida irrevocablemente á no separarse en lo sucesivo de su lado.

“Yo había tomado alguna afición al estudio, y acepté la proposición de mi cuñado, de ir á Bogotá, á estudiar en el colegio de San Bartolomé.

“Bien merecía el que yo me detuviera al hablar de mi nueva vida de colegial bartolo, pero la rapidez y lo penoso del relato, me arrastran á su conclusión.

“Seis meses hacía que estaba en Bogotá, y apenas me iba acomodando á las costumbres de aquella gran ciudad, cuando recibí un día, con permiso del superior, la visita de un paisano.

“Era Espinosa que, regresando de Medellín, había corrido á saludarme y á acompañarme en mi duelo: traía la noticia del asesinato ó de la muerte involuntaria de mi cuñado y protector. Espinosa no sabía los detalles del suceso, Antonio había aparecido muerto en una cacería de venados á la que era muy aficionado.

“El correo subsiguiente me llevó la confirmación de esa cruel y dolorosa noticia, pero tampoco me dió los detalles del suceso.

“Juzgad de mi pesar y de mi dolor; amaba entrañablemente á mi cuñado, y me sorprendía tan fatal noticia en medio de un mundo indiferente. No pude quedarme en Bogotá, arreglé viaje inmediatamente, y sin acabar de derramar las primeras lágrimas de mi pena, emprendí la marcha hácia mi pueblo.

“Tardé 15 días en llegar; hacía más de un mes que la catástrofe había tenido lugar. El duelo era general en el pueblo y habían sido ineficaces todos los esfuerzos de la justicia para conocer al culpable: porque allí había habido un atroz é infame delito; mi cuñado había muerto asesinado; cerca de él estaba la escopeta cargada, y una bala de fusil le había roto el cráneo.

“El hecho criminoso tuvo lugar en la montaña de los Paisús á donde iremos mañana á correr el venado; en este desierto sólo había el ran-

cho de un montaraz que había desaparecido, tal vez por otro crimen correlativo.

“Mi cuñado no tenía enemigos y la justicia humana cejó en el procedimiento.”

IV

Don Felipe se detuvo; un vivo pesar se manifestaba en su semblante.

Al cabo de un rato de sombrío silencio me atreví á preguntarle por la suerte de Espinosa.

“Es actualmente mi cuñado, me dijo: el mismo que nos acompaña á esta cacería.

“Terminado el año de duelo, regresó Espinosa de Bogotá y se unió en matrimonio con Elvira. Había continuado amándola, y su conducta digna y severa había hablado en su favor; yo mismo, que profesé un afecto ardiente á la víctima sacrificada, no hallé razón plausible para oponerme al casamiento de mi hermana.

“Ellos se establecieron en Medellín y han llevado una vida tranquila y feliz; de tiempo en tiempo vienen á recorrer las montañas y heredades que tienen acá y que deben á la herencia de Antonio.”

Un largo silencio se siguió entonces, y siendo yá tarde resolvimos ir á descansar para estar prontos á la madrugada.

La velada había terminado.

Talvez sería yo el más impresionable y el más impresionado de todos, porque sentía una penosa y triste preocupación, y me fué preciso abandonar el lecho para ir á despejar la cabeza ante la majestuosa serenidad de la noche.

El paisaje era sorprendente. En el momento en que escribo estas líneas he cerrado los ojos y he vuelto á verlo. Hay bellezas de la naturaleza que se graban indeleblemente en nuestra memoria por la fuerza de la impresión recibida; en un momento dado aparecen con sus vívidos colores, como el cuadro que se conserva en una pieza oscura y se saca á la luz del sol.

Era una noche de los trópicos, con todas sus estrellas y su caos tenebroso de bosques y de montañas lejanas; á distancias enormes se elevaban ruidos confusos; los vientos engolfados en las gargantas de la montaña, los árboles y los torrentes y ese murmullo sordo, constante, sonoro, que recorre todas las gamas musicales conocidas; todo infundía en el alma un recogimiento misterioso.

La luna suspendida en la mitad del cielo, como un globo de alabastro, esparcía sus tranquilos rayos dando tonos y sombras misteriosas á los árboles del bosque más cercano. El firmamento, tachonado de constelaciones de estrellas, parecía un gran lirio azul cargado de las perlas de rocío;

suaves emanaciones traía el aire, al mismo tiempo que subían de la tierra al cielo los rumores de las noches estrelladas.

La suave serenidad de la noche me calmó completamente. Rara vez deja de tener influencia en la juventud el espectáculo de la naturaleza en las horas solemnes de las noches de verano.

Las primeras luces del crepúsculo y los primeros cantos de las aves nos pusieron en pie.

El día se anunciaba hermoso, y la partida de caza sería espléndida. Las sombrías preocupaciones habían desaparecido y la alegría comunicativa se mostraba en todos los semblantes.

Pronto estuvo todo arreglado, y después de un desayuno que tomó las proporciones de un almuerzo, nos pusimos en marcha. ¡Cómo me latía el corazón! Examinaba á cada instante mi escopeta, y me prometía hacer primores con ella.

Entramos al monte, húmedo aún con las cristalinas gotas de rocío, y á cada momento nos deteníamos extasiados ante la exuberancia de la vegetación y la belleza de aquellos árboles corpulentos.

Se cruzaban los animales, y se convino al fin en que haríamos cacería de ellos por estar lejos aún el paraje en que se debía levantar el venado: fué una concesión á mi juvenil ardor. Una águila, nadando en pleno azul, ebria de luz y de libertad dejó caer entonces una de sus plumas. La vi

revolotear en mil giros caprichosos y la perseguí como un trofeo. Fijéla en mi sombrero y por muchos años la conservé como uno de mis gratos recuerdos.

Caminamos largo trecho, y cambiamos completamente de horizonte para llegar al sitio convenido; allí se hizo la distribución general de los puestos, y se repartieron las últimas advertencias: los perros seguían yá la pista.

Largo rato estuvimos en expectativa; mas al fin el grito *sui generis* de los perros nos anunció que el venado era perseguido eficazmente y que traía nuestra dirección; la fiebre de la impaciencia quemaba la sangre de todos nosotros, el desasosiego era general.

¿Cómo pintar el vértigo de esas impresiones? ¿Cómo medir las pulsaciones del corazón? Solamente el que se haya encontrado en una situación semejante puede comprenderme.

El venado pasó volando, y cinco tiros se hicieron oír; con el último un grito desgarrador cruzó los aires; uno de los nuestros caía herido..... caía muerto.

Figuraos el estupor general; era el hermano político de don Felipe.

¿Quién le había hecho fuego? ¿Cuál de nosotros había tenido la inmensa desgracia de causar ese involuntario homicidio? Qué fatalidad perseguía, pues, á esa honorable familia?

En un momento estuvimos al lado del cadáver, y alguno tuvo la previsión de recoger todas las escopetas y de descargar las que no lo habían sido, para que ignoráramos absolutamente el autor inocente de esa desgracia: yo tuve la satisfacción de conocer rápidamente que la escopeta mía estaba con la carga; al pasar el venado velozmente me había paralizado la emoción; no había atinado á hacerle fuego.

Se improvisó una cama de varas, se cubrió el cadáver con dos ruanas y nos dirigimos á la primera casita de los alrededores, mientras que otros volaban á llevar la noticia al pueblo.

Todo había cambiado entre nosotros, el terror y el dolor nos dominaban por completo, y comprimíamos en vano nuestros sollozos: don Felipe estaba desesperado.

Llegamos á un mal rancho en el cual vivía un anciano á quien pedimos hospitalidad. Depositamos el cadáver en la única pieza del rancho y al descubrirlo dió un grito de horror el anciano.

—¡ Santo Dios, el asesino de don Antonio Fernández! exclamó.

El espanto fué general. Don Felipe retrocedió dos pasos, y su cara trastornada tomó una de esas expresiones que no revelan ningún pensamiento conocido. Trató de hablar, pero su pensamiento no halló ninguna palabra, y su boca

no pudo hacer oír más que un suspiro inarticulado.

El anciano confesó llorando que había presenciado, por casualidad, el asesinato de don Antonio, ejecutado por Espinosa, y que éste por medio de dádivas y amenazas, lo había llevado á Bogotá, lo había establecido en una hacienda de la sabana, para hacer desaparecer el único testigo del crimen; pero que borrado éste de la memoria de los hombres, se había venido á morir en las montañas de Paisús.

Ricardo me llevó suavemente hacia un rincón de la pieza y me dijo en voz baja:

Ese es el final del proceso. Cuando la justicia humana se eclipsa, resplandece la de Dios.

Algún tiempo después vi en Medellín á Elvira.

Innecesario será decir que ella no conoció el crimen de Espinosa sino después de su muerte trágica.

Aun era bella, pero para los que saben leer en los geroglíficos del rostro humano, esa belleza tenía un carácter extraño, cierta rigidez que

era indicio seguro de una gran conmoción interior.

Era indiferente á todo y marchaba en el mundo como un espectro en un desierto.

UNIVERSIDAD
EAFIT®



Sala de Patrimonio Documental

X

LA SEMANA SANTA

I

EL tiempo, como una línea infinita, recorre implacable las etapas de la vida: ni retrocede, ni se detiene. Dios le marcó su curso.

El hombre apegado á lo finito de sus medios de acción ha querido hacer de esa línea recta una curva reentrante, y ha clasificado en semanas, en meses, en años, y en siglos el tiempo que es independiente de su fuerza creadora.

En esa circunferencia inmensa señala los días de sus grandes recuerdos y constituye los aniversarios que forman el culto del pasado.

Ha tocado su turno á la gran semana conmemorativa del sacrificio del Hombre-Dios. Ha sido preciso hacer alto en medio de los sordos rui-

dos de la vida, dejar á un lado los quehaceres puramente mundanales y concretar el pensamiento á los augustos misterios de la redención de la especie humana.

La Iglesia, las costumbres del suelo natal y las necesidades especiales del corazón me han llevado á los recuerdos inmortales del pasado, y como el buzo que desciende al fondo de los mares en solicitud de la perla preciosa, he vuelto á la superficie trayendo rico tesoro de recuerdos, de enseñanzas y de halagadoras promesas.

II

Sin duda el acontecimiento más maravilloso y de mayor trascendencia que registra la Historia es la Redención del género humano por el sacrificio del Hijo de Dios. Como en la creación del mundo una voz, la misma que sacó los seres de la nada, debió hacerse oír, para volver á la vida el gran cadáver pútrido del mundo de Tiberio.

¡Fenómeno sorprendente, admirable, el que ofreció el mundo en esa época! Del seno de la más vasta corrupción se desprendió la más pura y la más santa de las doctrinas, y luégo, como por encanto, se extendió por los cuatro vientos del mundo en alas del amor y de la caridad.

Diez y ocho siglos han pasado después del cumplimiento del profundo misterio de la Redención, y año por año, en Europa, en América, en el fondo del Asia, en todas partes, los católicos consagran una semana á las ceremonias simbólicas que recuerdan las circunstancias del sacrificio cruento de Jesucristo; durante ese tiempo los creyentes, los hijos del Salvador, los que fueron redimidos en el Calvario purifican sus almas, acompañan á la iglesia en su duelo, templan de nuevo su espíritu en la hornaza del amor divino, y se preparan con mejores armas y descansadas fuerzas para los rudos combates de la vida.

Desde el punto de vista de la religión, nada hay más interesante y provechoso que esa concentración del espíritu hacia los grandes misterios de la Semana de Pasión. Es imposible que el alma no vea claramente cuál es su verdadero destino en el mundo y su gloriosa esperanza en la eternidad; es imposible que no ame, con amor ardiente, las grandes virtudes de la humildad, la paciencia, la constancia, la resignación, la caridad. . . . puestas de relieve en esa figura más grande que el mundo y que sin embargo cupo en el tosco madero levantado en el Calvario.

Desde el punto de vista de la estética nada hay más poético, más bello y más conmovedor que las severas y sombrías oraciones desprendidas de los labios de Jeremías y de David; que las

lúgubres ceremonias, imagen de terribles hechos que los himnos de queja, de dolor que van y vienen en una melopea solemnemente triste; que la evocación de hechos aterradores que hacen palpar el corazón en oscilaciones infinitas!

III

La Iglesia, como la viuda atribulada ha convidado á sus hijos para que en el aniversario de la muerte de su esposo rodeen su sepulcro, dejen allí el tributo de sus lágrimas y esparzan el perfume de sus oraciones.

El alegre bullicio del mundo ha terminado por un momento, los vicios se han ocultado en sus más recónditas guaridas, las pasiones han dado tregua á sus víctimas, los fieles han llenado los templos, y una nube de tristeza ha hecho sombra en todos los corazones.

Si la vida de los grandes hombres es la herencia de la humanidad; si las estatuas, los mausoleos, los monumentos se levantan en todas partes en memoria de hechos gloriosos; si el bronce, el mármol, el oro, y el libro consagran un recuerdo perenne á los benefactores de la humanidad: ¿qué debemos hacer en honor del Dios que se hizo hombre para morir en desagravio de todos nuestros errores y de todas nuestras iniquidades?

Jesucristo no fué el libertador de un pueblo, fué el libertador de la humanidad entera; no nos libró de una pena mundana, nos libró de una pena infinita. Toda nuestra vida, hora por hora, toda nuestra sangre, gota por gota, serían leve tributo en satisfacción de la deuda infinita.

Mas prescindiendo del carácter divino de Jesucristo, ni los incrédulos más reacios, ni los herejes más desalmados, ni los impíos más empeñados han podido negar que el Hijo de María fué el más grande de los héroes, el más sabio de los filósofos y el más benemérito de los bienhechores de la humanidad.

Su grandeza brilla al través de la historia como brilla el sol tras el manto raído de las nubes. El que lo contemple de frente quedará deslumbrado, el que niegue su existencia negará su propio sér.

IV

Medellín ha celebrado con la pompa y solemnidad necesarias las tiernas y terribles ceremonias de la Santa Semana. Todavía más, con la unción y decoro que comporta el piadoso aniversario de los sufrimientos supremos del Hombre-Dios.

Desde la semana de los Dolores los colegios católicos dieron una muestra cabal de su cultura

y religiosidad en ejercicios piadosos y en el cumplimiento de los preceptos de la Iglesia. La sociedad en general hizo acto de presencia ante los sagrados altares, y muchas almas buscaron el consuelo que sólo puede hallarse al pie de ellos. A ese respecto debe hacerse notar que el jueves santo era tan extraordinario el concurso de los fieles en la sagrada mesa, que las iglesias rebosaban de gentes piadosas, y el manjar divino se repartió sin descanso desde las primeras horas del día, hasta el momento en que se verificaron los oficios.

Cabe aquí preguntar: ¿Ha adelantado terreno el filosofismo? — no digo la filosofía. El ateísmo, la impiedad, el libre pensamiento que vinieron con la luz, ¿han penetrado en alguna conciencia, han iluminado los serenos horizontes del espíritu en la masa general de esta población? ¿El racionalismo que se ha propinado á la juventud ha dado sus frutos con la abundancia anunciada? Mucho lo dudo, y al contrario me es permitido creer, valiéndome de otra imagen, que las creencias se han depurado, como el hierro hecho ascuas deja al golpe del martillo la escoria y toma la forma y la consistencia necesarias.

Me es permitido creer, como creo, que la única doctrina que puede salvar á esta pobre tierra, trabajada por tantas desgracias, á esta pobre patria tan rica en leyes, en reformas, en teorías políticas y tan desdichada en resultados

prácticos, tan agotada por el desorden y la corrupción, la única doctrina que puede salvarla es la del Crucificado, es la ley del amor, la doctrina generosa, la armonía descendida del cielo, y que es siempre la fuente de inspiración de los ánimos levantados y de los humildes y mansos de corazón.

V

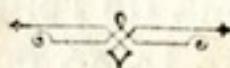
De estas consideraciones generales sobre la gran semana debería descender á la narración detallada de lo que la crónica debe recoger en sus páginas, como una muestra del buen sentido práctico y como una halagadora promesa para el porvenir.

Mas sin espacio para los pormenores me limito á consignar aquí que hubo orden y compostura en las procesiones, que algunas de éstas se mejoraron con nuevas y buenas efigies, que la juventud hizo gala de religiosidad, que el lujo en las mujeres no tomó las proporciones épicas de otros tiempos, que los desórdenes que provocaban los incrédulos no fueron notados, que los cánticos en algunas iglesias y los sermones en otras fueron muy interesantes y que en especialidad la pompa y la majestuosa solemnidad de la última procesión del viernes santo no

dejaron nada que desear á los espíritus más exigentes. El concurso, el severo recogimiento de los ánimos, el final de la grande epopeya, exhibido como en relieve, el aparato majestuoso que despliega la Iglesia por medio de sus representantes y en fin el sentimiento unísono que hacía latir todos los corazones, todo, todo hasta la grandiosa y suave serenidad de una tarde de verano llenaba las corazones y hacía desbordar en ellos los más tiernos sentimientos.

Acaso el crítico sistemático pudiera recordar algunos imperfecciones de detalle, algunas negligencias inexplicables y tal cual añejo procedimiento, pero todo eso desaparece ante el sentimiento de la ideal belleza, ante el consuelo que trae al espíritu la conciencia pública tan bien dirigida. Todo eso desaparece como el grano de polvo en el rayo del sol esplendoroso.

Medellín, 9 de Abril de 1882.



XI

DEMETRIO VIANA

LA PRENSA.—EL PERIODISTA.

I

CLAUDIO Frollo revisaba un día el primer libro que salió de las prensas de Guttemberg, y contemplaba con esa mirada vaga del soñador, la majestuosa Catedral de Nuestra Señora de París que tenía en frente, luego cerrando el libro y mirando de hito en hito la obra de piedra y la obra de papel exclamó sentenciosamente: *Esto matará á aquéllo*. Es decir, la escritura nueva dará en tierra con la escritura antigua; la imprenta, lenguaje universal, reemplazará á la arquitectura, lenguaje simbólico y grandioso.

Y ciertamente, por muchos años, por muchos siglos seguidos, la humanidad había resumido en los grandes monumentos la historia de una civilización, la caída de una raza, el punto culminante de una evolución; mas á datar desde el descubrimiento de la imprenta reemplazó el mármol, el bronce, el edificio, con la hoja de papel ennegrecida por los tipos y puesta en circulación en el orbe entero.

Así, pues, el pensamiento de Frollo, ó si quereis mejor, de Víctor Hugo, contiene una verdad relativa. La arquitectura que expresaba en un lenguaje colosal la voz del hombre, no ha desaparecido, pero hasta cierto punto ha sido reemplazada por la prensa que es la voz de la humanidad repercutida hasta el infinito.

El libro vino á colaborar en la tarea del monumento desde el siglo XV y más tarde el periódico ha venido á auxiliar al libro repercutiendo en ecos inmensos la palabra impresa. Hay en ello un progreso en el sentido de la dilatación y ese progreso responde á la labor fecunda del siglo XIX en las letras, en las ciencias y en las artes.

El hombre que ve al través de los siglos la progresión decreciente del término de sus días se siente aterrado por la idea del tiempo que huye veloz hacia la eternidad y auxiliado por el vapor, por la imprenta, por el telégrafo, por el

ferrocarril, por la fotografía y por el teléfono centuplica los elementos de su existencia y reduce á su máximo de concentración las fuerzas vitales de que dispone.

El periódico auxilia al libro y en ocasiones lo reemplaza ventajosamente. Vive con la vida febril de la civilización, todo lo ve, todo lo oye, todo lo comunica; ya da las noticias que conmueven al mundo, ya discute todas las cuestiones que agitan la sociedad, ya refiere los menudos sucesos de la cosa pública, ya consigna los acontecimientos particulares, ya pregona los nuevos descubrimientos, avisa lo que se compra, lo que se vende, lo que se desea, lo que se teme, recoge las migajas de la historia y almacena en un desorden inmenso, hechos, dichos, reflexiones, conversaciones y todos los ruidos de una sociedad que pronto ha de desaparecer y que quiere dejar anotado hasta el mínimo sacudimiento de su espíritu.

El periódico es esencialmente arma de combate en el tiempo presente.

Los buenos libros son sin duda utilísimos pero no pueden estar en las manos de todos, acercarse á todas las inteligencias ni penetrar en todos los santuarios. El libro lo lee el hombre letrado, lo compra el hombre pudiente y lo conserva el hombre estudioso; el periódico entra á todas partes, es la lectura favorita del hombre

político, del magistrado, del artesano, de la mujer, del niño, del anciano; cuesta poco, no exige tiempo, ni reflexiones, ni conocimientos, y extiende su influencia hasta la más recóndita aldea, hasta la choza más miserable, hasta la inteligencia más humilde.

El periodismo es un gran poder, uno de los mayores poderes del presente siglo.

El periódico es la palabra universal, condensada, recogida y esparcida por millones de voces, es la misma humanidad reflejada día por día, hora por hora en el espejo inmenso de sus propios hechos; es la palabra instantánea que ha venido á responder á las exigencias de una civilización cuya fuerza creadora ha sido centuplicada por los milagros de la ciencia.

Se comprende, por lo mismo, que no hay una labor más fecunda, ni más interesante ni más delicada que la del periodista y para llenarla convenientemente deben reunirse en una misma persona la laboriosidad para estudiarlo todo, la sagacidad para comprenderlo pronto, el tino para dar cuenta únicamente de lo que convenga sea del dominio público, el buen criterio para hacer las deducciones lógicas de los acontecimientos, el valor civil para afrontar mil peligros y contrariedades y la palabra fácil, abundante, llena de vida, de colorido que toque cada corazón, que subyugue cada espíritu y deje resonancia en el sen-

timiento público como la nota musical que vibra y se repercute en ondas sonoras.

La obra del periodista es casi toda de improvisación, y así, su talento debe ser flexible y su pluma siempre nueva y lista para todo; con ella en la mano debe estar atento á los mil ruidos de la sociedad para recoger lo que merezca ser recogido, para dar una opinión siempre moderada sobre los hechos y abrir así el registro de las ideas que han de formar la opinión pública.

No trabaja lentamente, no depura sus escritos, no escoge los temas que deba tratar y al momento preciso—el cajista es inexorable—debe dar su opinión concreta, segura, sobre hechos que aún no se han desarrollado suficientemente y no le queda ni aun el recurso de volver atrás.

Una voz imperiosa le grita siempre al oído “á otra cosa”, y es fuerza obedecer. Como el Judío errante no tiene el derecho para armar su tienda en la vera del camino ni para fijar en ninguna parte su domicilio, no puede exclamar como el Inca fundador del Cuzco, “quedémonos aquí.”

Los sucesos diarios son el tema necesario y constante de su labor, el que se quede un poco atrás, ó el que se envuelva en divagaciones interminables ó repetidas pierde, su auditorio.

El tiempo, que es una de las condiciones

principales para la concisión, la belleza y la corrección, no se le concede al periodista, ó se le concede raras veces, y así es posible que su obra no tenga la madurez de pensamiento, la corrección del lenguaje y la brillantez del estilo necesarias, pero habrá en ella la palabra oportuna, la palabra precisa, la palabra que calme la sociedad ó que la agite ó que la sacuda terriblemente.

El periodista debe estar dotado de la poderosa facultad de vibración, de tal manera que el país sienta ó se conmueva, y esa emoción retumbe en el corazón del que lleva la palabra en la prensa. Debe considerar como propias las alegrías, las tristezas; las dudas de la sociedad; debe vivir en una atmósfera de agitaciones, de torbellinos, de esperanzas, de locas alegrías, de duelos, de combates sin tregua, y la musa de la política, que es su inspiración, debe ser para él lo que era el dios atormentador que soplabá vientos de tempestad sobre la frente de las antiguas sibilas.

Desgraciadamente la tenaz lucha de la improvisación, la continua gimnástica del espíritu, la fermentación de tantas y tan variadas ideas y la tirante tensión por la cosa pública gastan las fuerzas del periodista y lo agotan en temprana edad.

Los resortes del espíritu y del cuerpo se gastan fácilmente: la abundancia de oxígeno du-

plica las fuerzas vitales, pero las consume pronto.

Cosa fácil, al parecer, es escribir un artículo. Muchos escritores lo aseguran y dan la prueba de ello, pero hay otros que redactan una página con facilidad porque la han pensado, la han meditado horas y horas al través de diversas ocupaciones. César dice en alguna parte: "bajo mi tienda, en lo más crudo de la guerra yo he tenido tiempo para pensar mucho en otras cosas."

Otros escriben con dificultad, ensayan la frase, vuelven sobre una idea, pulen el estilo y traman con ingenio diversos hilos de una imaginación tardía.

Un artículo es una obra pequeña que tiene su principio, su medio y su fin, como todo trabajo de arte, y que requiere una condensación de fuerzas sobre cada una de sus partes para que conserven una estructura natural y cierto vigor que revele la vida interior. Para sentar una tesis general ha habido necesidad de traer á la mente muchos hechos particulares, para hacer una cita histórica, con oportunidad, se han recogido muchos datos de que no se hace mérito, y para concentrar el foco de visión, se han reunido muchos rayos dispersos de luz. (1)

(1) No es fácil siempre concebir un plan con fuerza y abundancia, distribuirlo con lucidez y con método, llenarlo con un estilo á la vez rico y exacto.—(Rondelet),

El que lee distraidamente no nota todo eso, y no es ciertamente una de las menores penas del periodista ver su trabajo descuidadamente leído, ligeramente apreciado y olvidado prontamente; en cambio, las ideas que él ha arrojado al consumo público vienen á ser el tenor de la conversación, y cada uno las emite como propias, sin que una voz se levante para reclamar ó hacer notar su legítimo origen.

La labor del periodista es ingrata, pero atrae á las imaginaciones juveniles y deslumbra y engaña aun á los habituados á la miraje social. Nunca, jamás olvidaré mis impresiones al ver mis primeros escritos anónimos campeando en una gran publicación política, con el tono, con la voz, con el aire de toda una comunidad, de todo un gran partido y llevando su resonancia, su influencia á lejanos lugares; conocía mi pequeñez, mi insuficiencia y por lo mismo me sorprendió oír el eco de mi voz; mi soplo débil había pasado al través de la prensa como por entre los tubos de metal de un instrumento monstruo y resonaba con un timbre vigoroso que no era el mío.

La labor del periodista es ingrata y exige demasiada atención en los países donde la imprenta tiene su conveniente desarrollo, pero tiene también sus días de gala, sus horas de grata fruición.

Tras de amargos sinsabores lucen halagadoras esperanzas y los vívidos resplandores de la gloria. Gloria de un día, es verdad, pero que satisface las exigencias locas de la ambición.

La impresión que produce un artículo se borra con el siguiente; el ruido que hace la prensa en un momento dado es atronador pero se desvanece como todo ruido, y apenas quedan como ecos lejanos de una naturaleza particular.

El periodismo es encanto y peligro á la vez, impone á los que se respetan deberes que tienen su gravedad y en ocasiones su grandeza; crea hábitos de cierta clase en los que han servido en él por mucho tiempo, aunque sea bajo el velo de anónimo.

Necesitan el auditorio inmenso, la resonancia, las luchas y hasta las embravecidas olas de las pasiones agitadas, y todo, hasta el fogón de la maledicencia pública donde quedan las refutaciones más puras reducidas á ceniza ó en problemas para la Historia.

El periodista ejerce influencia en ocasiones sobre los hechos contemporáneos, especialmente en Sud-América donde los jefes de los gobiernos y de los partidos han tenido una pluma en la mano desde Santander hasta Núñez, desde Márquez hasta Ospina, desde Portales hasta Santamaría, desde Mitre hasta Roca, desde Flórez has-

ta García Moreno, desde Vargas hasta Guzmán Blanco; pero es raro que el periodista deje huella y sobreviva á los sucesos contemporáneos, pues se ha entregado del todo á la labor diaria y no ha podido resumir en obras de vida durable todo su pensamiento.

La posteridad no lo recuerda sino por su tarea en general y deja enterrados en las grandes colecciones de periódicos, que nadie revisa, los artículos que causaron profunda agitación.

Y si no decidme cuáles fueron los artículos que dieron entre nosotros renombre á Alejandro Vélez, á Rufino Cuervo, á Florentino González, á Manuel Murillo, á J. Eusebio Caro: dos ó tres ó cuatro que viven reburujando los osarios de la prensa podrán decirlo, pero la generalidad ni sabe ni se atreve á saber donde se encuentran tales producciones. Semejante al artista que deslumbra una sociedad, con su voz, con su gesto, con su mirada y no deja huella tras de sí, el periodista lleva á la tumba el secreto de su fama.

Yá lo he dicho, la obra personal del periodista es esencialmente efímera; nace y muere y vuelve á nacer como el fénix, ó si quereis en otra forma se encumbra como la ola, desaparece y es reemplazada por otra y otra, hasta que la mano de la muerte detiene el movimiento.

Y observo de paso que el mérito de las buenas producciones no consiste tanto en dar

una fisonomía especial á su autor, cuanto en hacer calar ciertas ideas en el fondo común de la sociedad, hasta el punto en que éste las considere como propias, como emanadas de su sér, inspiradas por ella misma. El público, dice Saint-Marc Girardin, es un eco que pretende hablar primero.

¡Cuánto talento es preciso para dar un valor permanente á lo que por su naturaleza es pasajero! Cuánto calor de sentimiento requieren las páginas que han de agitar en un mismo sentido las grandes parcialidades políticas! ¡Qué vigor de espíritu, qué de flexibilidad ha de gastarse en obras que tienen la duración del insecto del Hypanis!

II

Se comprende bien que las anteriores reflexiones se refieren á épocas diversas y consideraran el asunto en tesis general.

Sin embargo, preciso ha sido hablar de la prensa, del periodismo y del periodista cuando se ha puesto como epígrafe de un artículo el nombre del Sr. Demetrio Viana.

Deberes, ilusiones, trabajos, amarguras, goces y penalidades del periodista, todo eso el lector debe aplicarlo al Sr. Viana, uno de los me-

jores representantes de la prensa en Antioquia.

La circunstancia de haber puesto tierra en medio, el Sr. Viana, abre nuestros labios para el elogio y me pone la pluma en la mano para hacerle justicia, á pesar de que me recuso en mi doble carácter de insuficiente como juez y de parcial como amigo, y compañero de labor en alguna época.

Los antioqueños somos puritanos exagerados en materia de elogios y de actos de justicia; no nos atrevemos á reconocer el mérito en nuestros compañeros, y al contrario oponemos si no fuerza activa, la de inercia á todo lo que redunde en provecho ó en gloria de nuestros compatriotas. Nos da vergüenza elogiar á los nuestros y los dejamos solos en la lucha contra la vida. El dulce y desgraciado Epifanio Mejía no fué admitido como poeta entre nosotros sino cuando volvieron como en eco sus trovas deliciosas, acompañadas del aplauso del pueblo colombiano.

Mi excelente amigo el Sr. Viana ha ido á radicarse á Bogotá y mediante á esa circunstancia puedo romper con nuestras costumbres tradicionales.

La prensa en Antioquia no ha tenido el vuelo necesario por haber carecido por muchos años de imprentas de importancia, más sin embargo ha

figurado en línea avanzada en el periodismo colombiano. Desde 1814 hasta hoy se han publicado constantemente periódicos y en ocasiones los órganos de publicidad del Estado han tenido resonancia en el país.

Tiempo y oportunidad tendré de estudiar á los que han figurado en primera línea en esa labor, como al popular y brillante escritor Dr. C. A. E., al nunca bien sentido Arcesio Escobar, al erudito Sr J. Martínez P. y otros más. Me concreto hoy al Sr. Viana, tanto por la razón apuntada cuanto porque sé que él ha de dar á la estampa, muy pronto, una colección selecta de sus producciones literarias y es justo que al transmitir tan grata noticia me apresure á felicitarlo y á felicitar á Antioquia por tal suceso. La gloria de los hijos es la gloria de la madre, las coronas que ellos conquistan son sus diademas, así como las penas y las amarguras que ellos sufren vienen á herir, de rechazo, su amante corazón.

El Sr. Viana nació en Marinilla el 12 de diciembre de 1827; pertenece á esa raza de héroes que han regado el país con su sangre patriota desde el Cabuyal hasta Garrapata y desde el Santuario hasta Carolina.

Se educó en el Colegio de dicha ciudad, pero por motivos que se adivinan fácilmente, no pudo obtener una instrucción completa. En mu-

chas materias, y auxiliado por una gran fuerza de voluntad y su distinguido talento, ha sido su propio maestro.

Desde 1850 principió á escribir en los periódicos políticos y oficiales, especialmente en "El Liberal", "Nuestra Opinión", "La Estrella de Occidente", y más tarde estuvo siempre al frente de las mejores publicaciones, ora como Redactor principal, ora como Colaborador constante. Cito á la ligera: "La Situación", "La Miscelánea de Antioquia", "El Álbum Mercantil", "El Estado", "Antioquia", "El Occidente", "La Restauración", "El Herald", "La Sociedad", "La Unión", "El Ruiz", "El Noticioso", "Las Novedades", "La Justicia", &c. &c.

También ha escrito en publicaciones literarias como "El Oasis", "El Condor", "El Álbum", "La Revista", "Antioquia Literaria", "Ecos del Ruiz" y otras de Bogotá.

La parte importante de sus trabajos es, en mi concepto, la política, pues abarca mayor tiempo y á ella consagró la suma de sus facultades y de sus recursos, sirviendo siempre á su partido y á la Patria con entusiasmo, con decisión y desinterés. Casi no ha habido cuestión importante en el país que no haya pasado por su pluma, y á la cual no haya prestado su contingente de luz y de discusión.

En especialidad los asuntos constitucionales y

los de hacienda le han sugerido largos y profundos estudios, ventajosamente conocidos en el país.

El Sr. Viana ha escrito mucho, día por día, olvidando el artículo de la víspera para pensar en el del día siguiente, y no pocas veces improvisando frente á las cajas para prestar oportuno servicio en la prensa, según las necesidades de la situación.

La literatura no ha sido su principal labor en el periodismo, yá lo he dicho. Como un descanso á su espíritu, como una distracción en sus tareas diarias y para amenizar las publicaciones políticas en las cuales trabajaba, daba rienda suelta á su imaginación y dejaba caer una á una esas joyas que hoy forman rico tesoro en las letras antioqueñas.

Jamás llegó á creer que algunos de esos estudios pudieran reunirse alguna vez en volúmenes y adquirir alguna unidad, siquiera en razón del pensamiento moral que en todos domina, pero algunos amigos, el editor de "Antioquia Literaria" entre ellos, le han instado para que publique cuanto antes los más notables, yá que es difícil entre nosotros conservar largo tiempo lo que ha salido en las hojas políticas.

La literatura ha sido su tarea en segunda línea; la política ha absorbido los mejores años de

su vida, pero de él se puede decir lo que de Prevost-Paradol, que jamás escribía en política sin pensar en la literatura, y nunca en la literatura sin ser arrastrado por la política.

Sin pensarlo he hecho con esta citación la única y benévola crítica que me merecen sus escritos literarios. Muchos de éstos tienen las cualidades y responden á las exigencias exclusivas del periodismo político.

Desarrollaré mejor esta idea.

El Sr. Viana podría recoger muchos de sus artículos de política general, de hacienda, de economía política, de historia de los partidos, &c., &c pero es evidente que sacados de su época, sin los antecedentes, sin sus contrarios, sin la atmósfera política, sin ese conjunto que forma la historia diaria, tales artículos no serían bien comprendidos ni bien apreciados.

Ay! es un honor grande para un artículo de política, aunque sea escrito por un Ospina, un Caro, ó un Pérez hacer los gastos de una conversación de un día, de una semana y talvez de dos. Pasado ese tiempo, nuevos artículos hacen desaparecer la impresión producida y al fin y al cabo no queda huella de la producción que se creyó inmortal. Pocos se acuerdan hoy del prospecto de "La Civilización", de la carta á "La República" ó de la "Lucha electoral".

El artículo de periódico tiene su día, su hora, tiene su atmósfera. Los sucesos políticos, las esperanzas de reformas, de cambios, ciertas alusiones veladas relativas á hechos de limitada resonancia, ciertos giros adecuados á las locuciones familiares, mil pequeños nada's dan el tono, la importancia al artículo; y por lo tanto desconocidos aquéllos lo principal no luce cual debiera.

Además, las exigencias de la política no constan en ningún Código, pero son tiránicas y absorventes. Ya debe el periodista, por conveniencias de partido, usar de reticencias, recalcar sobre ciertos hechos, dejar otros en la sombra; ya debe pasear al lector de aquí para allá en largos ó ligeros artículos de fondo, sin dejar conocer su pensamiento, sin ahondar ningún asunto; ya debe repetir cargos y volver sobre ciertas ideas con insistencia, y todo para producir efectos determinados, para derrotar la ansiedad pública, en momentos de evoluciones políticas que no todos comprenden ni saben apreciar.

Todo eso, pues, que no tiene otro guía que el talento, que la habilidad no puede ser notado en un ligero artículo de periódico visto al través del tiempo. Aquello que inflamó muchos espíritus, lo que hizo sonreír la malignidad velada, lo que conmovió las masas, lo que se leyó por entre el claro de las líneas, aparece más tarde, merced á la

acción deletérea de los años, frío, helado, desteñido, desprovisto de gracia, de delicadeza, ha perdido el perfume de la actualidad y como la rama seca que arrojó el árbol no conserva sino líneas muertas, filamentos confusos y hojas incoloras y tostadas por el viento.

El Sr. Viana ha sido, en mi concepto, maestro en el arte práctico del periodismo, tal como lo he señalado; dueño siempre del tacto político, consultando oportunamente las necesidades del partido militante al cual ha servido, sus estudios han sido de actualidad. Releídos hoy, talvez parezcan largos, repetidos, vagos, sin plan determinado, y llevando todos los rumbos del espíritu. No aparecerán así al que conozca á fondo la historia de ellos y su atmósfera política. En todo caso el historiador de Antioquia que consulte los documentos relativos á la época moderna hará un grande y provechoso uso de ellos.

Yá se ve, por lo dicho, que ciertas cualidades del escritor político no pueden ser aceptables, en parte, en el escritor literario y es esta la observación que hago amistosamente á algunas de las piezas que han de formar el volumen. Hay en ellas, tal vez, diluición de ideas y repeticiones que si sirven á las masas son innecesarias para muchos lectores. El mismo Sr. Viana me

decía muchas veces citando á Bolívar: "soy largo porque no tengo tiempo para condensar".

La moderación ha sido una cualidad notable del Sr. Viana como hombre y como polemista. El ha permanecido siempre firme y contenido en la réplica ó en el ataque, sin que la diatriba ó el insulto afearan su semblante ó mancharan su pluma; como el escultor griego jamás ha prescindido de la serenidad del rostro, aun en la expresión de las emociones violentas.

Para la polémica ardorosa no ha tenido lo que Horacio llamaba el triple bronce; al contrario ha poseído lo que Shakspeare ha llamado la leche de la bondad humana.

Por lo que hace á los artículos literarios el lector notará en ellos corrección de lenguaje, claridad de ideas, suavidad de estilo, fraseología fecunda y sonora y profunda moralidad, amén de mucha variedad, de riqueza de imaginación y ese finísimo tinte de ironía que es uno de los encantos que solicitan los hombres de letras en las obras literarias.

En mi triple carácter de aficionado á la literatura, de apasionado servidor de las letras antioqueñas y como amigo y compañero de labor del Sr. Viana deseo ardientemente que él realice el proyecto enunciado, de publicar sus obras y que el público premie, agotando la edi-

ción, el estudio, el talento, la consagración y el patriotismo.

Medellín, 11 de mayo de 1882.

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Sala de Patrimonio Documental

XII

UNA FIESTA CRISTIANA

EL 5 de este mes tuvo lugar en el Colegio de la Presentación, que dirigen en esta ciudad las Hermanas de la caridad, una tierna y sencilla fiesta cristiana que ha dejado gratos recuerdos en muchos corazones.

Voy á describirla rápidamente, para que quede esta página como un signo de satisfacción al margen de los sucesos del día, que de continuo me arrancan palabras de amarga pena y de hondo desaliento.

Por qué no decirlo? Hay ocasiones en que el pesimismo se apodera de mi espíritu y veo entonces á la sociedad marchando en un plano inclinado hacia abismos sin fondo. Ay! no se rehace fácilmente la fe colectiva, popular, de

ricos y pobres, de niños y ancianos que en otros tiempos se mezclaba á todos los detalles de la vida pública y circulaba en el aire con el perfume de las flores, con el canto de los pájaros, con el soplo de la brisa y con las alegrías de una naturaleza tropical!

Hay una asociación cristiana denominada "Hijas de María", enriquecida con muchas indulgencias concedidas por varios Pontífices á favor de las personas piadosas que en ella ingresen.

Quince niñas de las clases superiores del Colegio, las más consagradas al estudio, aquellas en las cuales el pensamiento comienza á madurar sin haber perdido la graciosa expansión de la segunda infancia, como esos arbustos que en un mismo ramo ostentan flores y frutos, quince niñas conocedoras de los institutos y prerogativas de la cofradía solicitaron, *motu proprio*, de la Madre superiora la gracia de pertenecer á la asociación, y la obtuvieron después de haber cumplido religiosamente con las prácticas á que están sujetas las aspirantas, y después de haber llenado, uno á uno, los requisitos que prescriben las constituciones.

La ceremonia tuvo lugar en la capilla del Establecimiento ante un reducido número de señoras y caballeros. Por un favor señalado, y como estímulo y premio á las futuras hermanas de María, se permitió á los padres de ellas concurrir á la ceremonia. Era una fiesta del hogar, una fiesta íntima, una fiesta de colegio embellecida con todas las gracias y pompas que sabe dar á esos actos nuestra santa religión.

Principió á las seis. Las niñas que iban á constituir la sociedad, las primeras fundadoras de una institución que ha de dar al Estado hijas tiernas, madres virtuosas, incomparables maestras y verdaderos ángeles del hogar, entraron á la iglesia á la cabeza de la comunidad en un orden y compostura admirables, estaban elegantemente vestidas de blanco, con coronas, largos velos y hachones; seguían á las blancas palomas las niñas que entraban á la penumbra de la institución, bajo el carácter de aspirantas y cerraba la marcha el cuerpo de niñas del Establecimiento hábilmente conducidas por las superiores.

¿Habrá por ventura una cosa más encantadora en la vida que la virtud, la belleza y la niñez? Esa triple é inmortal corona ceñía las sienes de aquella juventud. ¡Almas sencillas, puras, frescas, encantadoras como una flor que acaba de abrirse al primer rayo del sol y suelta al aura sus primeros perfumes virginales!

Niñas felices! tienen el derecho de serlo, son como las abejas, no conocen sino el aroma de las flores y la miel que extraen de su jugo, en el siempre amado hogar paterno. Un día llegará en que la vida muestre para ellas otra faz. Que tengan entonces el talismán que las cubra para pasar por entre zarzas y entre espinas sin dejar tocar su blanca vestidura.

Se dió principio al acto con el santo sacrificio de la misa, siguió luego la comunión de las niñas y por intervalos voces puras, cristalinas, cantaban unísonas el *Ave maris stella*.

Después el Pbro. José María Gómez Angel, cura de la ciudad, explicó los fines de la asociación en un improvisado é interesante discurso; en él puso de manifiesto el objeto de la institución que no es otro que el de honrar á María Santísima en el misterio de su inmaculada Concepción, y de una manera especial comprometerse á hacer esfuerzos por practicar la virtud y en particular cuidado la pureza, la humildad, la obediencia y la caridad.

No una sino muchas veces, hizo comprender á las niñas, saliendo al camino contra los gratuitos enemigos del Colegio, que ellas no se ligaban

ni podían ligarse con voto alguno, y á este respecto dijo, con su acostumbrada franqueza, que no se pensaba ni remotamente en hacerlas hermanas de la caridad, ni monjas del Carmen, pues rechazaba todo proselitismo; lo que se quería era formar para esta sociedad desgraciada verdaderas matronas que la regeneraran, que fueran el ornamento del hogar; y apenas se las quería introducir al conocimiento de una asociación fraternal donde pudieran más tarde ocurrir por un consejo, por una oración, por una palabra cariñosa, por una lágrima de tierna compasión, en aquel establecimiento que conservaría para ellas la calurosa ala maternal y el siempre mullido y suave nido de su primera juventud.

El asunto como por la mano fué llevando al orador á regiones inmensas, y bien se veía que oleadas de ternura y de cristiana alegría subían de su corazón á sus ojos y se traducían en palabras de una sencillez y poesía encantadoras. Que se me permita este elogio, á pesar del lazo estrecho de la sangre y de la amistad que á él me une.

Siguióse al discurso la ceremonia principal de la fiesta, las niñas en un canto de sencilla, pero fresca melodía exhalaban su ardiente deseo de ser hijas de María y renovaron sus promesas, las que individualizaron despues al recibir las insignias de la cofradía.

Más de un padre, más de una madre vertían entonces lágrimas de ternura. Cada sér humano, cual mas, cual menos tiene en este mundo sus horas de dolor y de prueba, pero las tiene de triunfo y de alegría. Ese momento fué, pues, la hora bendita de aquellos que vertían lágrimas, en indemnización de largas horas de insomnio, de tristeza, de desaliento y de sacrificio.

Mientras que todo esto sucedia el recuerdo de una balada que he leído ó que he soñado, venia pertinazmente á mi memoria. Una niña vino al mundo, era un dechado de pureza, de hermosura y de humildad, sin embargo su hermosura no era completa, algo deforme habia en sus hombros que desdecia del conjunto de sus perfecciones. La niña se hizo mujer, y al traves de pruebas supremas, subia cada dia en la escala de la santidad y así llegó un momento en que cumplida su tarea la mujer dejó caer la cubierta que le hacia deformes los hombros, como la mariposa su crisálida, y extendió sus alas y subió al cielo: era un ángel que había venido al mundo y acababa de cumplir su misión.

Al ver la ternura, la delicadeza y el tino de las Hermanas que manejaban más de 200 niñas

con la mavor facilidad, al ver la unción sagrada y la aureola de mística alegría que irradiaba de sus semblantes, las seguí muchas veces con la vista para descubrir en ellas, en sus hombros el estuche que guardaba sus alas.

Medellín, 8 de junio de 1881.

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

XIII

RAFAEL

A mi estimado amigo Marceliano Velez.

I

Lo que voy á referir pasaba en Bogotá el 13 de agosto de 1850.

Las once de la noche habían sonado yá en el reloj de la iglesia de San Francisco, y no se oía ruido alguno en una de las últimas calles trasversales de San Diego; una de esas que no tienen nombre ó que nadie lo recuerda, porque, con excepción de los que tienen que vivir en unas miserables casuchas que hay regadas por ahí, nadie se aventura á pasar por esas cloacas de miseria y lodo.

Una llovizna tenue y penetrante caía de una atmósfera nebulosa, y un vientecillo helado, que venía del Norte, trataba de asomarse tímida-

mente á los hoteles y á las casas de buena apariencia y entraba con llaneza á una de las miserables casuchas de que he dado cuenta. Allí soplabá, con su boca de hielo, sobre los miembros entumecidos de una mujer que estaba en vela.

He dicho que estaba en vela, y hubiera explicado mejor mi pensamiento asegurando que era insensible á los rigores de la estación, porque su espíritu estaba lejos de su cuerpo y recorría mundos desconocidos en alas del dolor.

Esa mujer se llamaba Luisa Sandoval y Méndez.

Era alta, delgada, de una blancura opaca con tintes amarillos, debidos á largos sufrimientos físicos y morales; debió ser bella en otro tiempo y aun conservaba unos ojos límpidos, aterciopelados, que brillaban, por intervalos, como luces de Bengala; bien es verdad que lucían, las más veces, al través de lágrimas, y que la angustia modelaba frecuentemente sobre su rostro la imagen del dolor. Al ver su figura casta y doliente, un artista hubiera recordado inmediatamente los lienzos de Perugini ó las estatuas de Donatelo.

¿ En qué pensaba esa mujer, sola, abandonada en ese hogar sin luz, desprovista casi por completo de los recursos que hacen llevadera la vida durante las largas horas del invierno?

Pensaba en los mejores días de su juventud, cuando sin ser rica había disfrutado de alguna comodidad en casa de sus padres.

¡ Ay, ella hubiera podido recitar con el Dante aquella estrofa desgarradora:

“...Nessum maggior dolore
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria....?”

Recordaba haber llevado una vida suave y sin cuidados, dulcemente arrullada en el blando nido que el ala maternal cobijara; traía á la memoria los días de suprema dicha, cuando se verificó su unión indisoluble con el hombre á quien había amado, y á quien había hecho feliz; pensaba en los reveses de la fortuna que tan inopinadamente cambian una existencia, y que la obligaron á subir grada por grada la escala del sufrimiento, y bajar de la pobreza á la escasez y de allí á la miseria; veía con los ojos del alma, y ese era su mayor dolor, á su hija, la tierna Rosa, crecer en medio de la miseria, y del pesar, como una flor abandonada á todas las intemperies y á todos los rigores de la tormenta.

Revolvía en fin su imaginación, como un kaleidoscopio y aparecían y desaparecían alternativamente esos mil y mil sucesos de la vida que no tienen importancia en los días felices, pero

que en los días de infortunio toman proporciones extrañas y forman esas figuras sin tipo conocido, que el sol de los recuerdos alumbra y abrillanta.

Un fuerte acceso de tos, porque sufría del pecho, la volvió á la vida real. Dirigió una mirada de angustia á los muebles viejos del chiribitil, que los últimos chisporroteos de la vela tornaban en espectros de media noche. Puso entonces oído atento á lo que pasaba en la calle.

El reloj dió poco después las doce, y con la última campanada se oyeron pasos en la calle.

El es, se dijo. Porqué habrá tardado tanto? Desde muy temprano salió á buscar dinero y si no lo ha hallado, ha debido venir á avisármelo y á acompañarme en estas largas horas de pesar. Pero no viene solo, alguien lo acompaña; porque se oyen dos voces.

Un hombre entró luego, y cerró suavemente la puerta tras sí.

Era Carlos Rubiano Peralta, el marido de Luisa.

Mientras él sacude diligentemente las gotas de fina lluvia que han empapado su viejo levitón, diré dos palabras para hacerlo conocer.

Tendría de 36 á 38 años; era pequeño, de fisonomía animada; una larga inculta barba cubría sus mejillas y en sus dulces ojos se leían la re

signación, la tristeza y la vida febril del pensamiento.

Se había casado con Luisa, hacía siete años, poseyendo entonces una pequeña fortuna que le dejara su padre al morir, y un destino regularmente dotado que ejerciera durante las administraciones de Herrán y de Mosquera. Con el triunfo del partido liberal, en marzo de 1849, Carlos perdió su empleo, y como acaece con frecuencia á los que han tenido la desgracia de vivir de destinos públicos, no supo qué hacer durante mucho tiempo.

Perdido el rumbo de su vida, casi roto ese resorte del alma llamado voluntad, fué agotando uno á uno todos sus recursos, perdiendo los mas de ellos en ensayos infructuosos. Como sucede casi siempre al empleado público, ese árabe errante de la vida, Carlos había dejado deslizar los días dulcemente, sin pensar en el porvenir, sin atesorar recursos, creyendo eternas su salud y su fortuna.

Había gozado de su sueldo como si fuera su renta, gastando alegremente, mes por mes hasta el último centavo correspondiente, y disfrutando de las mil superfluidades que sólo son permitidas á las personas muy acomodadas. Había vivido en casa arrendada, pero tenía buenos muebles, tenía libros, era suscriptor nato de todos los periód-

dicos y contribuyente en toda empresa de utilidad pública.

En los días de escasez tomó una casa de pobre apariencia, vendió mucha parte de sus muebles, salió de sus libros como pudo, negoció con los confiteros sus colecciones de periódicos, pero todo fué desapareciendo rápidamente. Sus recursos, laboriosamente conseguidos, iban á ese pozo fondo, llamado consumo improductivo— necesidades de la existencia.

Sus amigos se habían alejado de él uno á uno, á medida que la miseria fué haciéndose sentir más y más; habían muerto sus parientes más cercanos, y era bastante orgulloso para no hacer pública su miseria.

Para colmo de desdicha perdió hasta el último recurso en algunos negocios que quiso emprender, sin tener las aptitudes y experiencia necesarias. No encontró entonces otra vía de trabajo que las letras, y quiso buscar con su pluma, si no una fortuna, al menos un pan para su esposa y para su hija. ¡Ay, no sabía el desgraciado que en Colombia la literatura es el único oficio improductivo, pues ni Vergara y Vergara, de inolvidable memoria, halló algunas monedas debajo de su almohada, en su última hora de agonía, como producto de sus admirables trabajos literarios.

—Aun no te has acostado, Luisa? dijo él en tono de dulce reconvención á su esposa; y es velando hasta esta hora como piensas mejorar de salud?

—Y qué querías que hiciera, contestó Luisa con molancólica ternura; estaba tan inquieta por tu tardanza, me asaltaban ideas tan horribles, y ha pesado con tanta fuerza sobre mis hombros la soledad, que he temido ahogarme en esa cama y he preferido quedar en vela. Mas al fin, yá estás aquí.

—Pero hace frío en esta pieza; yá que no podemos esterarla y cubrirla convenientemente, enciende fuego, ó ilumínala bien.

—La última vela acaba de morir y el carbón se ha agotado.

—Ah! es verdad, paciencia. Hace frío, no lo dudo, pero por fortuna el corazón del hombre no depende del termómetro.

—Así concluyes siempre, Carlos, y vamos de mal en peor y de peor á pésimo.

—No tal, querida Luisa. Aguárdate un momento, voy á encender una vela: he traído eso y otras cosas. Yá verás.

Encendió en efecto la vela y enseñó la cesta

en que traía unos panes, un queso y una botella de vino.

—Al fin, exclamó con alegría Luisa, al fin compraron tus artículos ó conseguiste alguna protección entre tus antiguos amigos y compañeros de labor, yá que no entre tus copartidarios.

—Nada de eso, hija mía, respondió Carlos meneando de una manera significativa la cabeza. No hay quien dé cuatro reales por un poema, aunque sea la Iliada, y mis amigos huyen de mí siempre. Tengo en la actualidad el mal más contagioso conocido, la miseria. Pero no tengas cuidado, la suerte ha cambiado un tanto.

Luisa le hizo un gesto que podría traducirse por un interrogante.

—Siéntate, hablemos en calma. No quiero que tengas un desengaño más, así es que principio por decirte que continuamos, en lo general, de mendigos como esta mañana.

—Y mi pobre hija, suspiró Luisa, cómo es posible que crezca en la miseria. Hoy casi se ha sostenido con los auxilios que un buen vecino me ha suministrado. ¡Qué dolor, oírla llorar de hambre y no poderla socorrer de una manera conveniente!

—Aun me queda la Imitación de Cristo, el

libro más precioso salido de la mano de los hombres, mañana lo empeñaré.

Y luego Carlos refirió á su esposa esa odisea cotidiana que han recorrido casi todos los literatos, y que para muy pocos ha terminado en la gloria y en la fortuna.

—Una esperanza tengo, sin embargo. En la imprenta de “El Día” han prometido darme una pequeña plaza de corrector de pruebas, si el correo de las provincias trae mañana buenas noticias para la empresa. Intertanto un abogado de nota necesitaba presentar mañana un alegato de conclusión, y lo he copiado durante ocho horas seguidas con un esmero digno de mejor causa y de mejor retribución. Después de haber llenado con mis patitas de mosca no sé cuántos pliegos de papel sellado, he corrido al primer hotel abierto, para proveerme de esta pieza en un acto, que se llama almuerzo comida y cena.

Y mostraba las provisiones.

—Pero esa botella. . . . para qué ese gasto; el pan hubiera bastado para mí, el vino es bebida de lujo para nosotros; hemos perdido el hábito de tomarlo.

—Pierde cuidado que hay allí quien lo beba hasta la última gota si tú no quieres probarlo. Y señalaba la puerta de la casa.

—Quién?

—Ah! esa es otra historia que iba olvidando; es la odisea del muchacho (todavía no había inventado Víctor Hugo á Gabroche). Figúrate que hace poco, después de haber salido de casa del abogado, con algunos cuartos que me alegraban el corazón, antes de ir á reducirlos á fiambre, paso al atrio de la Catedral y oigo en la puerta principal de la iglesia un dúo de contralto y barítono; un niño y un hombre discutían sobre el derecho de prelación al umbral de la puerta; esa era la cama disputada. Figúrate, Luisa, qué miseria y qué desconsuelo! Por de contado que el niño había ocupado primero el punto, pero el otro era más fuerte, y como en todas partes la fuerza prima al derecho, la cuestión estaba al resolverse cuando yo llegué. Oí los alegtos y me llamaron la atención la voz y la dicción del menor; no era un niño vulgar. Lo interrogué largamente. Adivina quién es.

—No se me ocurre quien pueda ser.

—El hijito único del capitán Orellano.

—¿Aquel militar que estuvo con nosotros en Anapoima cuando fuimos á mudar temperamento?

—El mismo. ¿Te acuerdas cómo idolatraba ese niño, única herencia de una esposa que todavía lloraba? Pues bien, el Gobierno mandó para Cartagena al Capitán con su compañía, y él re-

comendó el niño á algunas amigas á quienes dejó los recursos suficientes. Poco después murió el pobre señor Orellano y el huérfano fué arrojado, sin piedad, á la calle, como un desperdicio de la sociedad. El te contará después como ha vivido, ó más bien como no ha muerto. Lo cierto es que me partió el corazón verlo sufrir así; resolví traerlo á nuestra casa, en donde no le disputarán su lecho de hielo: le ofrecí la mitad de mi capa como San Martín; pero ¡ay! mi capa no es tan rica como la de aquel santo generoso.

—Está allí? preguntó Luisa señalando la puerta.

—Sí, allí está, aguardando de tus labios una palabra de piedad. Tu eres tan buena, Luisa, que no dudo le recibirás como á un hijo.

—Gracias, amigo mío, porque has juzgado bien, dijo Luisa, abrazando con entusiasmo á su esposo. Lo recibiré en mis brazos como á un hijo. Sólo siento que nuestra pobreza sea tan extremada que no nos permita hacerle un positivo beneficio; tal vez condenamos á ese pobre niño á una vida de miseria.

—Por hoy no hay cuidado, vida mía; por lo que hace á mañana pensaremos.

Luégo abriendo la puerta, dijo:

Entra, Rafael. Madama Luisa te recibe en su palacio y quedas inscrito, desde hoy, en el li-

bro de la familia. Sé bueno, juicioso y prudente, que yo te haré un hombre sabio y sufrido. Ya irás conociendo los hábitos de la casa; mientras tanto cenemos.

El niño que había oído toda la conversación de los esposos, entró inmediatamente. Una lágrima de ternura ó de reconocimiento surcaba sus mejillas.

—Algún día seré hombre, dijo, y pagaré a ustedes el servicio que hoy prestan al huérfano y al desvalido.

La Providencia recompensó la noble acción que dejó referida.

Los dueños de la imprenta de "El Día" dieron á Carlos la pequeña colocación que le habían ofrecido. Con lo que ganaba podía sustentar apenas su familia; pero ya era mucho, era la vida después de los tormentos del hambre.

Su aplicación, su buena voluntad y su inteligencia fueron bien pronto reconocidas y mejor remuneradas, á pesar de que en esa época no eran bien productivas las empresas periodísticas. De corrector de pruebas pasó á otras funciones de mayor importancia. Escribió al principio las menudas noticias de la miscelánea ó del *Omnium* y más tarde llegó á redactar algunos artículos de

fondo, ó editoriales, como se titulaban en esa época.

Se notaba en sus escritos esa moderación y rectitud de lenguaje, esa elevación de ideas y temple de carácter que si no convencen atraen y conquistan simpatías, y dan el tono sério á una publicación periódica.

Como la fortuna no viene sola, consiguió en esa época algunos discípulos, y empleó las horas que le sobraban en la imprenta en dar lecciones en las casas.

Con el aumento del sueldo pudo Carlos conseguir una habitación mejor, y amueblada con alguna decencia. La niña volvió á cobrar su lozanía con las nuevas comodidades físicas, y hasta Luisa sintió mejora notable en su salud; las dolencias físicas fueron desapareciendo á medida que acababan las dolencias morales, y las rosas de sus mejillas fueron recuperando el color purpurino de los días felices.

No conservó de sus días de miseria sino un recuerdo, que, de tiempo en tiempo, teñía su faz de una dulce melancolía y que hacía más bondadoso, si cabe, su noble corazón.

Carlos había hecho tabla rasa de sus días de miseria, á lo menos ocultaba cuidadosamente su pasado de angustias. Los hombres olvidan fácilmente los días de infortunio. Las agitaciones de la vida, la variedad constante de impresiones en

el roce social, la diversidad de ocupaciones, el cambio permanente de aspiraciones y sueños, que forman la moneda menuda de la ambición, vienen á ser en cierto modo una variación de clima para el alma.

No sucede lo mismo respecto de las mujeres, porque, circunscritas á la circunferencia del hogar, giran siempre al rededor de las mismas ideas, no están sujetas á constantes impresiones y viven en el pasado con tal de que éste haya sacudido fuertemente su organización moral. La vida íntima, la vida del corazón en la esfera del hogar se ha hecho para ellas.

Rafael y Rosa crecían á la sombra de esa felicidad tranquila como dos ramas del mismo árbol, nutriéndose de la misma sávia y respirando el mismo aire balsámico de la ternura de la madre, y la bondad y de la dulzura de carácter de su padre.

Ya se conocía desde entonces que el niño, que tenía conciencia de su orfandad, sería paciente, sufrido, capaz de grandes acciones y de nobles sacrificios; la niña, que no había conocido el infortunio, porque no se había dado cuenta de él, por su tierna edad, crecía mimada y caprichosa y se desarrollaba en ella, poco á poco, el orgullo insensato, origen de tantas y tan terribles desgracias en la vida.

Ya estudiaré después, con más detenimiento,

esos dos caracteres, cuyo contraste constituye el fondo de esta historia.

En el mes de Julio de 1851 hubo movimientos revolucionarios en el país, organizados en Bogotá por el bando político que en "La Civilización", "El Día", "El Filotémico" y en otras hojas, combatía al Gobierno que debía su origen á los acontecimientos del 7 de Marzo.

La empresa de "El Día" sufrió todas las consecuencias del furor de las democráticas y del Gobierno, y tuvo que suspender indefinidamente sus trabajos, porque la imprenta fué cerrada por orden del Poder Ejecutivo.

Carlos perdió su pequeña colocación y por algunos días estuvo detenido en la cárcel pública con los más ardientes socios de la sociedad filotémica".

La revolución fué sufocada á los pocos meses, y Carlos, vuelto á su libertad, continuó su laboriosa vida, exenta ya de las preocupaciones de la política.

Luisa, por su parte, recuperada la salud, se acordó que en su juventud había recibido una educación regular y pidió al trabajo, si no los goces, al menos la satisfacción de ayudar á su esposo en el sostenimiento del hogar.

En el año de 1852 entró Rafael á una casa de educación, y al siguiente pudo recibir Rosa las primeras lecciones, y desde entonces el hogar to-

mó un aspecto triste, porque los niños pasaban días enteros en sus colegios, y Carlos y Luisa se multiplicaban en sus faenas para responder á los nuevos compromisos contraídos. El hogar estaba triste, los niños, como pájaros yá con alas, habían abandonado el nido y ahora golpeaban las rejas de una jaula y aprendían tonadas desconocidas. ¡Cómo echaban de menos, entonces, la frondosidad del árbol, la blandura y suavidad del nido y la bienhechora calidez del ala maternal!

Sin embargo, se veían juntos algunas noches y los días de fiesta, y la casa tomaba entonces otro aspecto. Carlos completaba la educación de los niños pasando una alegre revista á sus estudios de la semana y dando esos finos é insinuantes retoques, cuyo temple conocen únicamente los padres cariñosos é ilustrados que se interesan vivamente por la educación de sus hijos.

Luisa siempre tenía para los niños una flor, un juguete, una pieza de vestido, un grabado, un libro, algún tierno cariño como prenda de sus trabajos y de sus adelantos.

Ellos se trataban y se querían como hermanos, Rosa con la viveza irreflexiva de la niñez y Rafael con esa melancólica suavidad del que ha conocido muy temprano la desgracia y ha sentido sobre sus débiles carnes la fría y acerada garrá de la miseria. Dulce amor fraternal; delicioso

afecto nacido en el seno de la familia; flor fragante, pero efímera á veces, que cae del árbol de nuestra juventud, desde que el viento de las pasiones lo ha sacudido, pero que deja el perfume eterno de la blanca flor de la inocencia!

Algunos años pasaron sin llevar variación notable en el seno de esta familia, salvo la muy celebrada y muy plausible de haber recobrado Carlos su empleo durante la administración Mallarino, y conseguido otro de más importancia en la administración siguiente.

Rosa crecía en belleza y Rafael en ciencia y en virtudes. La niña iba á ser pronto jóven, el botón se entreabría ya suavemente y presentaba aglomeradas las hojas aterciopeladas que habían de soltar después al aura todo su perfume. Era viva, alegre, y se le notaba en sus modales cierta petulancia como la del pájaro que siente crecer sus alas.

Rafael había estudiado en los mejores colegios de Bogotá con un suceso notable; su esmerada aplicación, su buen carácter y claro talento lo habían hecho apreciar de sus maestros y le abrían grandes y serenos horizontes á su vida.

Las malas ideas que como miasmas deletéreos recorrían los colegios y enfermaban la juventud, no pudieron atacar la vigorosa organiza-

ción moral de Rafael. Conservaba relaciones afectuosas con sus camaradas, pero esquivaba las relaciones estrechas, ora porque en su vida había un pensamiento fijo que le servía de estrella polar, ora porque los recuerdos indelebles de sus días de desgracia teñían su faz de una melancolía agreste que no pedía ni admitía consuelos, y ora, quizá, porque veía bien claros los peligros que había á su alrededor.

Entre tanto los más negros nubarrones cubrían el horizonte de la patria, y de uno á otro extremo del país se oía el toque á rebato de la guerra civil de 1860.

Los acontecimientos se atropellaron y la sociedad cambió de aspecto. Carlos, que había hecho su carrera en los empleos públicos y que había arrojado varias veces su nombre en el horno ardiente de las revoluciones, se vió obligado por delicadeza y por su propia honra á seguir en el ejército constitucional que intentaba atajar el torrente despeñado de la revolución que salió del Cauca. En La Plata esa torrente rompió un dique de importancia y hubiera sido detenido en Subachoque si por circunstancias que no debo tocar aquí se hubiera dado otro giro á la defensa.

En los momentos en que estaba indecisa la victoria, en aquella jornada memorable, Carlos caía herido de muerte.

En el armisticio que se siguió fué recogido y

trasladado á un hospital ambulante en donde se le suministraron los primeros socorros.

A la noticia de esa catástrofe, Luisa reunió á la ligera algunos recursos y con Rafael y Rosa se trasladó al campamento á cuidar á su marido; mas la Providencia no le concedió ese último consuelo, pues al siguiente día de la llegada de los suyos, Carlos rindió su último aliento bendiciendo á sus hijos y reposando su cabeza sobre el corazón de su esposa. Conservó hasta última hora su sonrisa habitual y toda la ternura de su corazón se expandió sobre su rostro al dar el adios postrero á su familia.

Pintar el estupor de ésta, que de un momento á otro se encontró lejos de Bogotá bajo el peso de tan inmensa desgracia, sería tarea penosa é innecesaria. Escribo á la ligera una narración que apenas toca los hechos culminantes de los sucesos.

Por otra parte ¿qué palabras pueden expresar fielmente esas mudas y sombrías desesperaciones, á esos locos arrebatos, los desfallecimientos súbitos y las horrorosas agonías?

Pronto regresaron á Bogotá. Luisa cayó en una apatía profunda: las dolencias físicas de otros tiempos reaparecieron con el nuevo pesar, y minaron fácilmente esa débil existencia.

Su amor hácia Carlos, aunque no había tenido la efervescencia de las locas pasiones, había

sido tan profundo que, muerto él, veía ya cerrados para siempre los horizontes de su vida. Bastaba verla un momento para comprender que se había roto una pieza en su interior; un resorte que imprimía un movimiento de vida al pensamiento; una fibra delicada del corazón.

Y sin embargo, su dolor era tranquilo y resignado. En el exceso mismo del infortunio hay un lugar para la resignación serena, como hay en el fondo del abismo un terreno blando para amortiguar el golpe de la caída.

Su dolor era resignado, hemos dicho, y á la verdad ni una sola palabra de queja á la Providencia había exhalado la pobre criatura. Como ciertos pájaros inofensivos que cuando son heridos de muerte por el cazador no exhalan un solo grito y se arrastran á morir calladamente en el lugar más solitario del bosque, así ella conocía que se apagaba poco á poco la luz de su existencia, y veía venir la muerte sin temor.

—El dolor, decía ella á Rafael y á Rosa, es la única verdad irrefutable que hay en este mundo.

Tres meses despues, Luisa moría de languidez en los brazos de su hija. Rafael, á la cabecera de su cama leía, derramando abundantes lágrimas, las últimas oraciones del cristiano y hacía á su madre adoptiva la promesa sagrada de velar por Rosa.

La moribunda miró por última vez el cielo con un valor desconocido en ella: su mirada era brillante; hubiérase dicho que se iba hácia el alma de su alma.

Pocos minutos después cerró sus ojos para siempre.

Era ya de noche y la luna flotaba en el azul del cielo como un globo de alabastro en la limpieza trasparente del aire; por la ventana abierta entraban brisas olorosas; las estrellas sin número, esparcidas como polvo de oro sobre el terciopelo del zafir, proyectaban en el espacio luces temblorosas.

Era la hora propicia para que una alma pura volara al seno del Eterno.

Rafael tenía en esa época diez y seis años cumplidos.

Era un joven sencillo, estudioso, afable y reservado; había recibido una educación superior á sus recursos, y á su posición social; había cultivado en el Colegio buenas relaciones de amistad, y sin embargo sus mejores amigos no conocían por completo su corazón. Ya hemos dicho que había algo de misterioso y reservado en su conducta.

La historia de su vida explicaba su carácter: el presente nace del pasado. Había conocido des-

de temprano su situación social y alcanzaba á vislumbrar las tenebrosidades del porvenir al través del manto raído de las ilusiones de su juventud. Era huérfano, desvalido y pesaba sobre él una inmensa deuda de gratitud. Así, esa manera de ser le creaba una especie de aislamiento de corazón, aun en medio de las efusiones generosas de la juventud y de la fácil expansión de la confraternidad de estudios.

Su fisonomía era distinguida, aunque no era hermosa. Su espaciosa frente y su mirada triste daban cierto aire de gravedad á su persona que contrastaba con la suave delicadeza de su juventud.

Rosa tendría trece años y era una niña encantadora. Se había dejado conducir dulcemente por el sendero de la vida, y ésta no tenía para ella sino risas, perfumes, bellezas y armonías.

La muerte de sus padres la había llenado de estupor, y no sabía á que rumbo dirigir sus pensamientos: sin graduación alguna recorrió la escala del dolor y se hallaba sobrecogida de espanto y de aturdimiento al día siguiente de la última catástrofe.

Por lo que hace á Rafael, éste aprendió en una larga velada de agonía la delicada situación de su vida y se trazó un plan de conducta que no varió jamás. Había sido recogido generosamente

en su niñez y ahora debía principiar á pagar la inmensa deuda de gratitud que pesaba sobre él.

Su situación y el infortunio le hicieron hombre en veinticuatro horas, sin haber conocido las transiciones peligrosas y á veces saludables de la juventud.

Hizo un examen escrupuloso de los recursos con que contaba y formó un sencillo método de vida que sometió á la consideración de su hermana adoptiva.

Carlos, como verdadero hombre de letras, como empleado público raizal bogotano, había sido poco económico, y contando demasiado con el porvenir agotó sus recursos en la educación de sus hijos; así fué que con motivo de su muerte y de la larga enfermedad de su esposa se gastaron las últimas economías, y la miseria presentó de nuevo su faz lívida en el hogar de los dos huérfanos.

Rafael había hecho estudios especiales de la literatura y de la música, pero no era aún suficientemente ilustrado á ese respecto, para hacer una carrera brillante y lucrativa. Un amigo de colegio vino á prestarle entonces un servicio de importancia; Pedro Luciano Vargas, que pertenecía á una familia distinguida y de grande influjo, consiguió para Rafael una plaza de dependiente en una rica casa de comercio y le prometió un gran número de discípulos para la época en

que fuera profesor de música. Los antiguos amigos de Carlos le consiguieron además una colocación en una imprenta, de trabajo eventual aunque poco remunerado, para que pudiera consagrarle las horas de descanso en el almacén.

Rosa no pudo continuar sus estudios en el colegio, pero Rafael se propuso darle lecciones todas las noches y completar él á su vez los suyos, empleando para esa doble tarea las horas de las veladas, únicas de que podía disponer.

Se vió reducido á tomar en arrendamiento una casa de pobre apariencia y buscó para compañera de Rosa una señora hija de un prócer de la Independencia que vejetaba tristemente en el abandono y en la escasez, y subsistía pobrememente de una pensión alimenticia que los agiotistas y los Gobiernos reducían día por día á una suma casi insignificante.

—Rosa, decía un día Rafael, nuestra vida no es trabajosa al presente, pero tal vez algún día será escabroso el sendero que debemos recorrer, y necesitamos adquirir recursos para esa época: recursos de corazón más bien que de fortuna.

—No conozco la vida, hermano mio, le contestó ella, y tengo, en tí la suficiente confianza para dejarme conducir por tu generosa amistad.

Ella fué la primera que sonrió en el reducido hogar. El dolor consiguiente á la pérdida de sus padres duró en ella poco tiempo en cuanto á la

erudeza de sus manifestaciones: tal vez porque la naturaleza no permite que el dolor sea causa permanente de la situación moral durante la juventud, ya que cada brisa que pasa se lleva en sus alas un poco de la tristeza del corazón, seca el rocío de los ojos y deja que la organización humana recupere sus derechos y ese anhelo de esperanza y bienestar que constituyen su carácter.

—No te parece Rafael le dijo una mañana, que debemos continuar el estudio de la música? Tal vez será ese, algún día, un gran recurso en nuestra vida. Cuando tenga diez y siete años podré dar lecciones á las jóvenes y á las niñas de la alta sociedad, que no quieran solicitar profesores de otro sexo.

—Mientras yo pueda trabajar, le respondió él, no permitiré que la hija de mis bienhechores conozca las rudas faenas del que tiene que ganar el pan de cada día.

Sin embargo, accedió á la solicitud de Rosa y tomó en alquiler un piano para que ella continuara sus estudios musicales.

Rafael escribía algo para los periódicos literarios que publicaba la imprenta en la cual trabajaba. Sus artículos eran las más veces satíricos, de alegre zumba: cualquiera hubiera pensado al leerlos que el redactor de ellos sería algún hombre de espíritu ligero, jovial y dado al *vaudeville* de la vida, y sin embargo era todo lo contrario!

¡Qué de contradicciones no ofrece á ese respecto la vida literaria! ¡Cuántos poetas han escrito sus más sentidas elegías en los horas de paz y de contento: han derramado lágrimas ficticias sobre la copa desbordada del placer, con la misma facilidad con que las plañideras llevan el duelo en los funerales egipcios.

Otros, á la inversa, han improvisado sus letrillas al borde de una tumba y mojado con sus lágrimas las alegrías ficticias que describen con su pluma. Cervantes escribió páginas de risa inagotable, en un oscuro calabozo y entre los tormentos de la miseria y del olvido!

Pedro L. Várgas, el amigo de que ya hemos hablado, era el único que de tiempo en tiempo visitaba á los dos huérfanos; hallaba un secreto encanto en cultivar con ellos relaciones de amistad; tomaba parte en los estudios serios del joven y estimulaba los ensayos artísticos de Rosa.

El también era aficionado á la música y estaba en actitud de poder suministrar á su amiga todas las obras clásicas de Beethoven, Haydn, Mozart, Dusseck, Field, Mendelssohn y Weber. Con el estudio de esos grandes maestros pudo ella adquirir un gusto severo, una ejecución brillante y un estilo gracioso y original.

Así pasaron rápidamente cuatro años.

Rosa era ya una joven en la plenitud de su desarrollo; tenía algo de la Musa, de la Ninfa y de la Gracia: su talle era de una esbeltez aérea, sus cabellos blondos y sedosos tenían reflejos encantadores y todo un lujo de vegetación tropical; sus ojos de una limpidez serena reflejaban un azul sin nubes; su boca de niña no se abría sino para sonreír; su voz evocaba el recuerdo de las más exquisitas creaciones del tipo virginal soñado por los poetas, ó animado en el lienzo ó en el mármol por los artistas que han consagrado su genio al culto de la belleza; su piel era tan fina que se podían ver en ella como refractadas todas sus emociones; un solo pensamiento bastaba para que se abriese una maceta de rosas en su rostro, pero esos rubores furtivos que se apagaban pronto hacían más encantadora su palidez de camelia.

Amaba los placeres y suspiraba en secreto por las fiestas del gran mundo; el lujo tenía para ella mil voces armoniosas y seductoras que le venían de lejanos horizontes. La necesidad de gozar, es decir, el egoísmo bajo sus formas más absolutas se había apoderado de ella y consumía sus fuerzas disecando las más puras fuentes de su sér moral.

Vargas era para ella el misterioso mensajero de esas voces desconocidas. Ya he dicho que pertenecía á una familia distinguida, y aunque no

hacía ostentación de sus recursos, dejaba adivinar en su porte, en sus maneras, en sus gustos y en sus palabras ese no sé qué adquirido en el roce continuo de las gentes del gran mundo.

Rosa adelantaba en los estudios de una manera notable; pero, justo es decirlo, aprovechaba más con las lecciones de Pedro Luciano. Rafael era muy grave y tal vez demasiado serio; y la joven alegre siempre como un pájaro y ligera como la brisa, se recogía tímidamente en la explosión de sus sentimientos ante la actitud severa, aunque afable, de su hermano adoptivo.

De tiempo en tiempo hacían algunos paseos al Salto de Tequendama, á Funza, á Cipaquirá ó á Nemocon para sacudir el polvo de su vida sedentaria, y Rafael, á pesar de que amaba con gratitud á su amigo, veía con pena que éste derramaba el oro para satisfacer los menores caprichos de la jóven.

De qué naturaleza era la simpatía que Rafael profesaba á Rosa? El no lo sabía ni había querido estudiar á fondo esa cuestión en su propio corazón.

Un día, sin embargo, la verdad se le reveló en su faz más completa. Vargas enseñaba á Rosa la hermosa aria de la *Sonámbula* "*Come per me sereno*" y después el delicioso andante "*La man mi posa*", y la joven cantaba con tal ternura, con un sentimiento tan apasionado esa

música encantadora, y al mismo tiempo envolvía á Vargas en una mirada tan cariñosa, tan brillante, tan luminosa, tan llena de dulzura, y éste la miraba tan enternecido, que el pobre Rafael comprendió que él amaba apasionadamente á Rosa, porque las garras del monstruo que se llama *celos* en el lenguaje de la pasión y del infierno desgarraron su corazón.

Ella tenía una voz de reducida extensión, un poco débil quizá, pero era de un timbre encantador: la naturaleza le había dado el sentimiento y su maestro el gusto; ella cantaba para él; así, toda su alma pasó á su voz, y poco á poco la emoción poderosa la dominó y las últimas notas acabaron en sollozos.

Después Pedro Luciano entonó ese aire del segundo acto *il suo lamento... il pui triste de mortali...* con esa facultad de vibración poética que inspira la música del bello pájaro del paraíso, llamado Bellini, el cual derramó en *Sonámbula* el aroma más puro de su genio laborioso. El acento solo del ritornelo en emociones dió á conocer á Rafael que Vargas también amaba á Rosa.

Luégo que Rafael y Rosa quedaron solos, aquél pretextó graves ocupaciones y se despidió de la joven. Encerrado despues en la soledad de su cuarto hizo un estudio completo de sus sentimientos y al mismo tiempo de su situación ante

la sociedad y ante la hija de sus bienhechores. Vió que ya no era posible seguir con el sistema de vida que llevaban y conoció los peligros á que exponía á Rosa en esa dulce intimidad con Vargas.

No era posible que éste se casara con Rosa en atención á que ella era de modesto linaje y muy pobre, y la familia de Pedro Luciano gozaba de gran posición social, de buena fortuna y soñaba un rico enlace para él. Los vecinos, por otra parte, empezaban á encontrar extraño que los dos huérfanos que se hallaban en la edad de las pasiones vivieran como hermanos. Algunas miradas maliciosas, algunas sonrisas equívocas, y no pocas palabras indiscretas de esos vecinos le hicieron comprender hasta dónde llegaba la malignidad y la calumnía y cuál era el peligro que amenazaba á Rosa.

Así, pues, con esa impericia del que no ha conocido el mundo, y al mismo tiempo con esa rectitud del que es guiado por los más nobles sentimientos, resolvió explorar el corazón de Rosa y ofrecerle su mano como un apoyo para los peligros de la vida. Refundía así en el deber la más noble y ardiente de sus aspiraciones.

Al día siguiente, sin embargo, no se halló con fuerzas para entrar en explicaciones; las palabras se helaban en sus labios antes de ser proferidas y no hallaba momento oportuno para ma-

nifestar á Rosa todo lo que sentía su corazón. Hacia el mediodía se sintió indispuerto y profundamente preocupado, por lo cual resolvió retirarse del almacén antes de la hora acostumbrada.

¿Cuál no sería su sorpresa al hallar, en su casa á Pedro Luciano, que leía en dulce intimidad, una novela de Mery en compañía de Rosa?

La frente de Rafael se nubló, pero no dijo una sola palabra. Vargas se despidió prontamente y los dos jóvenes conversaron muy poco el resto del día.

—¿No le parece á usted, Rosa, que debemos cambiar en algo nuestro sistema de vida? dijo Rafael al fin de la velada.

—No te comprendo, Rafael ni me explico el cambio de tratamiento.

—Es que, permitame usted que se lo diga, la sociedad suele á veces ser muy injusta y muy exigente.

—Y bien, ¿qué exige de nosotros, qué injusticias ha cometido que no he llegado á notarlas? Rafael no supo que contestar.

Otro día le pareció á éste que la señora que acompañaba á Rosa estaba en inteligencia secreta con Vargas, pues sorprendió un cambio de miradas, entre ellos, de mucha significación.

Al mismo tiempo sorprendió á Rosa leyendo una carta, la que guardó inmediatamente llena

de rubor y confusión. Los celos le hicieron comprender á Rafael que la carta era de Pedro Luciano.

—Qué leías con tanto entusiasmo, amiga mía? le preguntó.

—Leía. . . . leía. . . . unos versos que debo poner en música; será mi primer ensayo de solfeo.

—Y quién ha hecho los versos?

—Ah! ese es un secreto que pronto te haré conocer.

Y luego con esa maña y delicadeza propia de las jóvenes, le hizo comprender que le preparaba una sorpresa para el día de su cumpleaños.

—¡Mujeres, mujeres! murmuró Rafael, todas vosotras teneis, aún una gota de leche de vuestra madre Eva!

Rafael amaba á Rosa con esa pasión ardiente y al mismo tiempo tímida del hombre que ama por primera vez, sin haber dejado evaporar ni secar la fresca y perfumada flor de la inocencia en los altares del vicio fácil y elegante. Su amor no era el capricho de un día, no era la fantasía de una hora, ni el relámpago apasionado de un momento; era un sentimiento sério y profundo que se había formado lentamente en él con todas las gracias de su espíritu y la ternura de su corazón.

Rosa no había adivinado esa pasión ó la había mirado con alguna indiferencia; la mujer á

quien domina el amor es como el brahma de la India que avanza rectamente hácia la estatua del ídolo, pisando sin compasión á los devotos que yacen prosternados en oración.

Para colmo de infortunio, Rafael pudo comprender entonces, por el estudio esmerado que hizo de Pedro Luciano, que éste no era ya el noble corazón que había conocido en el colegio, y tuvo noticias de que hacía algún tiempo llevaba una vida licenciosa y disipada.

El peligro, era pues, inminente.

—Rosa, le dijo el mismo día que supo lo que antecede, he prometido á Luisa Sandoval, cuando se trasfiguraba de mujer en ángel, velar sin descanso por su hija, y creo haber sido fiel á la fé jurada. Hoy día, sin embargo, te amenazan peligros extraños cuya gravedad no comprendes. El hermano, el amigo y tal vez el padre no serían fuertes ante la tormenta que viene llegando; se necesita el brazo del esposo como un apoyo más seguro. Rosa, te ofrezco mi vida. . . . Quieres unir perdurablemente tu suerte á la mía. . . . quieres? y no concluyó la frase porque lo ahogaba la emoción.

Rosa sorprendida en extremo no supo que contestar y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

Pasada la primera explosión, Rafael comprendió claramente hasta dónde llegaba la inmensidad de su desgracia.

—Perdon, Rosa, tal vez te he ofendido. . . .
le dijo.

—Oh no! se apresuró á contestar ella, déjame pensar. Me sorprende lo que me dices.

Por la noche llegó Pedro Luciano y como Rosa no estuviera en el salón, aprovechó Rafael la oportunidad para hacerle comprender la delicada situación de los tres; y le exigió el sacrificio de las relaciones íntimas para con la joven.

Pedro Luciano que veía venir la tormenta hacía algún tiempo y estaba preparado, contestó:

—Rafael, amo á tu hermana adoptiva y creo ser amado por ella, y como tú eres el único representante de su familia, te pido su mano respetuosamente.

Aquél no esperaba esa solución, por lo que sintió que le faltaba la tierra; mas como el espartano herido que hizo esfuerzos sobrehumanos para morir sobre su broquel, conservó su semblante impasible, y contestó:

—Me harías esa pregunta ante Rosa?

A la sazón entraba ésta y por toda contestación, Pedro Luciano reiteró su solicitud.

Rafael se dirigió entonces hácia ella y le dijo:

—Hermana mia, serías feliz uniendo tu suerte á la de Vargas?

Rosa se dobló como la flor que azota el viento y sintió que la sangre estallaba en reflejos de púrpura en todo su semblante.

—Me permitirás amarle? le dijo en voz baja.

—He jurado ante la tumba entreabierta de tu madre hacer tu felicidad. Si amas á Pedro Luciano, si él es digno de tí, si su familia no se opone abiertamente á su enlace, convengo en él.

—Mañana vendrá á ratificar mi proposición mi tío Luis, en nombre de mi padre que está ausente, dijo Vargas.

—Creo que sí le amo, murmuró Rosa á media voz.

—Entonces, dijo Rafael con voz firme y solemne, como único representante en este mundo de la familia de Rosa Rubiano, doy mi consentimiento para que aceptes por esposo á Pedro Luciano Vargas. . . . Un rubor furtivo había pasado sobre su rostro en el momento de hablar: pero esa llama ligera de sangre se apagó pronto y su fisonomía recobró su palidez. Había habido una lucha en su corazón y en su espíritu que había durado pocos segundos. La victoria lo dejó maltratado para siempre como quedó Jacob después de la lucha con el ángel.

Hay dolores sombríos, misteriosos y profundos que no se refractan en la fisonomía, merced á una voluntad enérgica y poderosa que pocas

naturalezas saben conquistar: el dolor de Rafael pertenecía á esa clase.

Al día siguiente de los sucesos referidos se dirigió al almacén tranquilo y sereno como siempre, hubiera sido difícil descubrir en su semblante la huella de una noche de insomnio y el signo de la desgracia más cumplida.

Había amado y amaba á Rosa con un amor tanto más profundo cuanto más callado, tanto más intenso cuanto más pura había sido su juventud: su amor era la explosión de esa delicada flor del alma que debe abrirse siquiera una sola vez al sol de la vida, y esparcir al aura la riqueza de sus perfumes.

Había sufrido en silencio la horrible pasión de los celos y había apagado cuidadosamente todas las voces tempestuosas de su corazón. Desde temprano había conocido y tratado íntimamente á esa maga de fatal augurio llamada *la desgracia*, y se había hecho al temple del infortunio: así como la palmera del desierto que apenas nace en una roca solitaria expone su débil tallo á los embates del *simoun*.

Al regresar á su casa halló una esquila de Vargas en que le hacía saber que su tío no podía ir en esos días á desempeñar la comisión que se le había encomendado, por haber tenido que hacer de improviso un viaje á Zipaquirá; invitaba á Rafael y á Rosa á la representación de la *Tra-*

viata que se cantaba esa noche en el teatro por la compañía que dirigía el señor Bellini; y además enviaba un regalo suntuoso á su prometida esposa.

Era ésta tan feliz, irradiaba tan esplendorosamente su alegría, que Rafel no quiso ni consultar su propio corazón y contestó á Vargas aceptando la invitación.

Ya hemos dicho que los dos huérfanos tenían talento musical, pero la escasez de recursos les había obligado á cultivarle en una esfera reducida, Rafael especialmente, consagraba poco tiempo al estudio del piano, á que era más aficionado. Por primera vez después de la muerte de Carlos asistían á la ópera.

La señorita Bellini que tendía sus alas por primera vez en la región del arte, cantaba esa noche la *Traviata* con el mayor lucimiento; su voz pura, ágil y precisa y de notable extensión fué justamente apreciada y en repetidas ocasiones fué calurosamente aplaudida, con especialidad en el delicioso *non sapete qual affeto* del segundo acto, y en el encantador duo del tercero,

*Di corsi affane,
Compenso abrai,*

que ella sollozaba tiernamente.

Rosa era feliz, daba libre expansión á su amor bajo la sombra de su hermano y se embria-

gaba con el esplendoroso espectáculo que tenía á su vista. La voluptuosa música de Verdi embargaba sus potencias y el lujo que se ostentaba en todas partes tenía para ella un lenguaje misterioso y desconocido.

Rafel mismo se entregó maniatado á ese tirano de los sentidos que reinaba allí despóticamente y absorto oía melodías no soñadas, pareciéndole por momentos ver á Rosa caída como *Traviata*, dando al cielo su último canto de cisne, en el *Parigi ó cara*.

De regreso en su casa, lleno aún de inefables emociones de la música italiana se sentó al piano y un prelude de armonía triste y dulce se desprendió del teclado de marfil. Pedro Luciano y Rosa que conversaban en voz baja no pudieron menos de prestar completa atención y un sentimiento extraño se apoderó de ellos á su vez. Una melodía ligera y aérea se siguió al prelude, la melodía dibujaba en arabescos el *Come per me sereno* de la *Sonámbula*, luégo se siguieron variaciones delicadas que expresaban los medios tintes del sentimiento: era ya una tempestad de notas quemadoras que indicaban una fiebre latente, ó ya una dulce tristísima cantinela que gemía en implacable soledad; toda la escala de sentimientos, todos los tintes cromáticos de la alegría á la más profunda tristeza tenían allí su voz, tenían su eco en aquella melopea extraña. Parecía

que el alma del improvisador hubiera pasado al frío teclado del piano.

¿Qué había dicho esa alma apasionado y no comprendida? Nadie podrá saberlo, porque el eco no guardó ni una sola nota de esas inefables armonías y los jóvenes se separaron calladamente. Rosa estaba, como la ninfa Biblis, deshecha en lágrimas.

La noche era diáfana, trasparente, los mil ruidos de Bogotá estaban ya dormidos y las estrellas sin número, como diamantes sobre el terciopelo azul del cielo, proyectaban en el espacio luces temblorosas.

La casa de comercio en cual trabajaba Rafael tuvo noticia pocos días después, por el telégrafo de Honda, que uno de los vapores de la Compañía Unida de la navegación del Magdalena había tenido una avería en las *Vueltas de la Madre Dios* y se había visto precisado á descargar en una playa desierta. Cien bultos de mercancías venían allí para la casa de comercio citada y fué preciso que una persona diligente y entendida se dirigiera al punto en que habían quedado los bultos para ponerlos en seguridad y hacer abrir con las formalidades legales los que estuvieran averiados. Rafael fué designado al efecto y se puso en marcha inmediatamente, de-

jando sin embargo las órdenes en su casa para que todo marchara bien, durante sus pocos días de ausencia.

Quince días duró ésta, al cabo de los cuales regresó preocupado penosamente, por no haber recibido carta alguna de Rosa.

Al llegar á su casa de habitación la encontró cerrada, y un vecino le entregó las llaves y una carta que recibió con sobresalto; un temblor de origen desconocido contrajo su epidermis; reconoció la letra de Rosa y una ligera palidez, relámpago vívido de un fatal presentimiento, cubrió su faz.

La carta estaba concebida con estos términos:

Rafael, hermano de mi alma, adios!

Me alejo, tal vez para siempre, de esta ciudad, después de haber labrado tu infortunio y el mio propio.

Voy á hacerte sufrir horriblemente: Pedro Luciano me ha engañado de una manera infame, ha abusado de mi inocencia y de mis preocupaciones; ha hecho de mí su querida y me lleva para lejanas tierras, á legitimar nuestra union, ya que no le es fácil obtener aquí el consentimiento de sus padres.

He puesto el pié en el fatal despeñadero y me iré al abismo. Pedro Luciano no es el hombre que yo había soñado, no era él quien ha de hacer mi felicidad; en este momento cruel en que derramo todas las lágrimas de mis ojos conozco que no le amo á él, que amo á otro; pero debo seguirle para que me dé una reparación al pié del altar.

Tu sacrificio ha sido estéril; ahora comprendo cuán noble, cuán generoso has sido; el orgullo me ha perdido, no me dejó ver claro en el fondo de mi corazón: tú debías ser el noble compañero de vida, y al rehusar tu mano he echado á rodar al fondo de un precipicio todos los tesoros de ternura y de felicidad que Dios me tenía reservados.

Te dejo todos los recuerdos de mi pura infancia y de mi inocente vida de joven; si alguna vez los contemplas, piensa que perdida en el silencio y en la soledad, presa de crueles amarguras, hay en alguna parte una pobre alma que se esparce en lágrimas y en oraciones por tí, y que pide al cielo te conceda la dicha que mereces y que ella no ha alcanzado sobre la tierra.

Adios!

ROSA.

¿Cómo pintar el estupor que se apoderó de Rafael al concluir la lectura de esta carta fatal? Cómo describir su sombría desesperación? Cómo hablar de las ardientes lágrimas que se agolparon á sus ojos y de las roncas é inarticuladas voces que profirió su pecho!

Era vencido sin luchar, su sacrificio había sido estéril ¡que sarcasmo de la suerte!

Tomó noticia del viaje de los fugitivos y salió en sus alcances: habían tomado el rumbo del Norte, se dirigían hácia el Socorro. Tal vez hasta Cúcuta. Recorrió la parte septentrional del Estado de Santander sin hallar noticias positivas de su paradero: en Pamplona supo al fin que ha-

bían pasado la frontera y se habían dirigido á Maracaibo en donde se establecerían. Vargas tenía allí un pariente rico que podía protegerlo.

Se dirigió para allá y al fin le fué dado hallar á Vargas, lo encontró en un casino y lo insultó públicamente obligándolo á que lo desafiase.

Rafael tan tímido, tan religioso, tenía ahora un corazón lleno de odio y conocía que su piel de hombre civilizado había caído quedándole la de salvaje; había momentos en que le parecía que sus uñas se convertían en garras y hubiera estrangulado despiadadamente á Vargas si él hubiera estado entonces á su alcance.

Rosa supo al día siguiente lo que había ocurrido y se dirigió inmediatamente al lugar del combate para impedirlo, pero llegó á tiempo que Rafael caía en tierra herido por una bala: se precipitó á recogerlo, pero la naturaleza se declaró vencida y Rosa cayó desmayada. En ese estado fué trasladada á un carruaje y después á un buque se dió á la vela hácia Panamá.

Rafael fué recogido caritativamente por uno de sus testigos y curado milagrosamente, regresó algún tiempo después á Bogotá, agobiado bajo la inmensa pesadumbre de una tristeza eterna.

Fué en esa época cuando se consagró á la literatura, amplificando sus estudios y ensayando trabajos de largo aliento; evaporaba en cierto

modo sus dolores al suave calor del sentimiento literario. El trabajo que es una necesidad para el literato en los tiempos normales, viene á ser un consuelo en los días de infortunio. Todos los dolores ocultos, todas las tristezas profundas y las lágrimas recogidas necesitan expansión por una ley eterna de la naturaleza: deben animar una estatua como la de Pigmalion.

El público aplaude al génio, pero ignora las más veces que éste ha dejado en su obra una parte, la más pura, de su propio corazón. ¡Sí, el talento es una planta amarga que no crece si no es regada por el sudor y se hace grande y fuerte al viento de los sentimientos humanos!

Pasaron dos años.

Rafael volvió á la corriente de su vida ordinaria. Aparentemente la tranquilidad más completa reinaba en su alma, pero el que hubiera sabido leer en los geroglíficos del rostro humano, hubiera notado en el de Rafael dolores mudos y sombríos,—hondas amarguras.

Un día trabajaba un estudio histórico que después se hizo célebre, y absorto en su tarea no notó que alguien tocaba la puerta en repetidas ocasiones; oyó al fin que lo llamaban débilmente y al dirigirse hácia la persona que lo solicitaba,

vió que una mujer vestida de luto y cubierta con un velo le tendió las manos tímidamente.

—Rosa! exclamó Rafael, pues la había reconocido.

Esta alzó el velo, dejó ver su faz llorosa é inclinándose de rodillas.

—Perdóname Rafael, le dijo, con una voz dulce como un suspiro y débil como la respiración de un niño.

—Levántate, hermana mia, y dime que has llorado de arrepentimiento y serás perdonada.

—Gracias, Rafael, bien te había juzgado cuando resolví venir á ocultar mi vergüenza y mi dolor en tu corazón.

—Y Vargas.

—Várgas murió en la guerra de Cuba; me abandonó siguiendo la expedición de voluntarios que fueron á tomar armas en defensa de la revolución, y, según se supo, fué aprehendido por los españoles y pasado por las armas. Ya no eramos felices, pero tenía y tengo aún, un hijo que reclamaba un nombre que él me prometía constantemente darle al pié de los altares. Con su muerte se ha desvanecido para siempre esa esperanza. Habiendo vivido sola y aislada algún tiempo, entregada al pesar y á la vergüenza he resuelto venir á pedirte hospitalidad, ya que no me es dado acabar con mi existencia.

—Y has hecho bien, Rosa: toda mi fortuna es para tí.

Vamos ahora mismo á buscar otra habitación en un barrio opuesto en donde podamos de nuevo llevar la vida de hermanos de otro tiempo, tú sin rubor, yo sin pesar.

—Y mi hijo?.....

—Ah! es verdad, olvidaba tu hijo.... y luego, tomando de súbito una resolución dolorosa, porque había ya un abismo entre ellos y no era ya Rosa la mujer que había soñado su corazón..... olvidaba tu hijo, le replicó; pues bien, tu hijo necesita un nombre....yo le daré el mio.



Sala de Patrimonio Documental

XIV

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO

DISCURSO PRONUNCIADO EN UNA SESIÓN SOLEMNE
DE LA SOCIEDAD CATÓLICA DE MEDELLÍN.

Señores:

CUANDO se estableció la Sociedad Católica de Medellín, y se dió principio á la formación de las demas sociedades católicas del Estado, se preguntaban algunos con extrañeza: ¿Cuál es el verdadero objeto de esas asociaciones? A quién combatirán que no esté ya vencido y humillado? ¿Qué verdades demostrarán que no hayan sido aceptadas de antemano? ¿Qué remedios aplicarán al mal de la impiedad que no sufre este cuerpo social?

Y decían y repetían con aire de triunfo: ¿No somos todos católicos en Antioquia? ¿No es una

superfetación llamar esas juntas reducidas, *sociedades católicas*, siendo imposible de hecho, que se denominen *sociedades protestantes*, *sociedades mahometanas* &c.^a?

A juzgar por la epidermis de las cosas, y sin conocer medianamente las instituciones que sirven de base á las sociedades católicas, se pudo dar la razón á los que hacían aquellas interrogaciones: todavía no hay en Antioquia enemigos declarados del catolicismo; los libres pensadores que han aprendido á ser despreocupados en las tabernas y en los garitos, se mueven aun en la oscuridad y en el silencio, y esparcen á Bentham y á Renan con el sigilo pavoroso del que sabe está cometiendo una acción infame y desleal.

Sin embargo, el descaro de la prensa irreligiosa del liberalismo europeo y del radicalismo bogotano, y la indolencia y la poca severidad que gastan sus tímidos adversarios en creencias religiosas y fervorosos partidarios en creencias políticas, presagian días de luto para el catolicismo en el Estado de Antioquia. De la tolerancia se baja á la indiferencia, de allí á la curiosidad y de la curiosidad á la simpatía. Puede llegar el día en que las poblaciones pierdan sus creencias religiosas, merced á la indolencia de los que pudieran salvarlo de ese peligro.

Las malas doctrinas que tienen á su servicio las pasiones sin freno, se propagan rápidamente,

y aquellas vienen á paso redoblado del extranjero y del centro de la República. Las sociedades católicas serían utilísimas, aunque no fueran más que á título de centinelas contra el enemigo que viene hácia nosotros. Las ideas que ellos propagan son, á ese respecto, el contraveneno de la corrupción.

Sobre ese punto pudiera decir muchas cosas de importancia, y con sobra de documentos; pero quiero llevar por hoy el asunto á otro terreno.

Por mucho que duela al patriotismo hay que confesar que la corrupción de las costumbres progresa en Antioquia; no sé en que proporción con la de los demas Estados de la Unión, porque me son desconocidos éstos, pero el mal avanza, la ola sube, sube y sube....

Hay que tener el valor de la verdad como el ilustrado Presidente de la Sociedad Católica de Jericó; hay que confesar con él que adelantamos muy poco en la práctica de la virtud y que se ha apoderado de nosotros la más injustificable indolencia.

Por qué no decirlo? El mal está en nosotros mismos, está en las Sociedades católicas, está en el pueblo antioqueño en general. Antes de defendernos del enemigo exterior hay que atacar al que está en la plaza. Se sabe que de la corrupción de las costumbres, que es un hecho palpi-

tante se pasa á la corrupción de las ideas : y la corrupción de las ideas es la perversión oculta, es la indiferencia, es la herejía, es la impiedad!

Sin renegar, pues, de nuestras creencias, nuestros actos de relajación y de abandono nos irán llevando de escalón en escalón á los abismos de la perversión y nos pondrán en contacto con los hombres de erradas convicciones.

Pasaron ya los tiempos, que apenas conocemos por tradición, en que la sencillez de las costumbres y la buena fe en los hábitos sociales eran el sello distintivo del carácter antioqueño ; cuando la palabra empeñada equivalía á un juramento, cuando la temperancia no era siquiera una virtud, porque no se conocían los ebrios ; cuando en fin, la fe y la piedad levantaban catedrales y erigían monumentos rápidamente, y con más exiguos recursos de los que existen actualmente.

La civilización ha venido barriendo ciertas preocupaciones y ciertos hábitos envejecidos, y ha abierto grandes y esplendorosos horizontes; pero muchos se han dejado engañar por la miraje de la razón orgullosa y débil, y andan por senderos extraviados, en pos de mentidas lontananzas.

No me corresponde estudiar ese cambio de faz social: me limito á señalarlo y á estudiarlo rápidamente, en sus aplicaciones actuales.

Somos católicos sin fervor, sin entusiasmo por las verdaderas prácticas religiosas. Nuestra conducta, á ese respecto, tiene alguna cosa de ondeante y vaga que se acomoda á todos los caprichos del espíritu; es un gas que se exhala y se escapa; es una sombra que huye; es un reflejo que se desvanece. Nos agradan las pompas religiosas, nos seduce el aparato que habla á la vista, hallamos en el eco de nuestras impresiones la poesía de nuestro propio corazón. La voz majestuosa del órgano que llena las catedrales; el incienso que perfuma los altares; los millares de luces que deslumbran nuestra vista; el eco rumoroso y prolongado de las multitudes que claman al Dios de las alturas. . . . todo eso nos conmueve dulcemente, nos hace doblar la cerviz y creemos en el fervor de nuestro acomodaticio catolicismo.

Pero que todo eso que nos delumbra y nos seduce haya desaparecido con la última ráfaga del perfume, con la postrera nota vibradora de la armonía, con la desvanecida luz que combata las tinieblas del santuario, y nos hallarémos de nuevo en la sociedad, evenenándola con nuestros odios, extraviándola con nuestras pasiones, y prontos siempre á sacrificar nuestras ideas religiosas ante el altar de todos los intereses personales. Que venga un rudo revés de fortuna, que acaezca una catástrofe de corazón, que llegue la

tempestad con todos sus horrores y vereis desaparecer como el polvo, como leve arista que arrastra el viento, ese fervor religioso de un día, esa humildad de una hora y ese arrobamiento de un minuto.

La Religión ocupa en nuestra sociedad, y hablo de una manera genérica y refiriéndonos á lo que, á falta de otro nombre más propio llamaré la parte culta de ella, la Religión, ocupa casi siempre el segundo lugar en su manera de ser: muchas preocupaciones, otras luchas incesantes y otro afán de diverso carácter, llenan el primer término.

La Religión es un instrumento para los políticos, una lira para los poetas, un símbolo para los filósofos, una manera de vivir que no sienta mal á los hombres honrados de todos los partidos; se disfraza la ley casta y severa del cristianismo con una faz de amor y de placeres profanos; se corrigen, se quitan las asperezas sociales á esos preceptos inmutables que han vencido á los filósofos, desarmado á los reyes y salvado á los pueblos, y se arreglan de una manera acomodada á las necesidades y preocupaciones del siglo.

Lo digo claramente: no son una misma cosa reconocer y sentir la necesidad de una creencia, y creer y obrar como si no se creyera.

Hemos llegado á los tiempos en que todo se traduce por palabras deslumbradoras que no se cambian por acciones de igual naturaleza: la imaginación va por un lado y el corazón por el otro; la fe está en los labios y la incredulidad en el interior.

Tal vez habrá exageración en ese cuadro, é injusticia por el tono general que le ha dado; pero he creído deber exponer con franqueza mi pensamiento.

¿Cuál será el remedio para tales dolencias? Ser creyentes convencidos y fervorosos, y ser consecuentes con nuestras creencias. Amoldar nuestros actos á las grandes y magníficas enseñanzas del Catolicismo. Todas las aspiraciones de nuestro sér tendrán su coronación en el severo pero fácil cumplimiento del deber: la paz del alma, la marcha normal de la sociedad y la más cumplida felicidad en el dulce hogar doméstico.

Y volviendo á las sociedades católicas debo aconsejar á todos los hombres honrados de todos los partidos se inscriban en ellas.

Tienen por objeto la moralización de las costumbres, la regeneración del pueblo, la propagación de las luces y el arreglado ejercicio de la caridad.

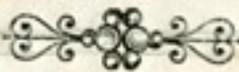
No pedimos al creyente sino que crea, al hombre caritativo que dé la limosna, al médico que cure las dolencias físicas, al prudente que

corte las querellas domésticas, el sabio que propague las buenas enseñanzas, al necesitado que extienda las manos al Padre espiritual, y á todos el cumplimiento preciso de su deber, en la marcha de la sociedad antioqueña al través de los abismos del siglo XIX.

Ese es el misterio de nuestra asociación. Hacer el bien es nuestra divisa; y ser hombres honrados es nuestra bandera.

He dicho.

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]



Sala de Patrimonio Documental

XV

AMELIA Y LAURA

A D....

LA vida tiene en todas partes sus dramas más ó menos conmovedores, y hay existencias apacibles que han tenido más de un elemento de un curioso problema moral, y en las cuales se percibe aún el eco de un largo y doloroso drama doméstico.

Medellín carece aún de cierto barniz de civilización que algunos echan de menos y que yo no le deseo.

Estaré equivocado? Me cegará el ardiente amor que tengo á la ciudad que me vió nacer, y en donde he pasado los largos y serenos días de mi prolongada juventud.

El tiempo dirá si hay error de mi parte.

Había á principios del año de 1851, en el colegio de Santa Teresa de Jesús de esta ciudad, dos bellísimas jóvenes que designaré con los nombres de Amelia y Laura.

Quién no las recuerda aún? Eran dos rosas abiertas al aura de la vida y que esparcían á su rededor todos los perfumes de la virtud, de la belleza y de la juventud.

Laura era alta, delgada, blanca y rubia como una hija de Albión. Ninguna comparación podrá servirme para manifestar hasta donde era pura su blancura y trasparente su tez de blonda; en ciertos momentos se hubiera creído que ella desafiaba las últimas nieves caidas sobre las cimas de los Andes, en el momento en que la primera luz del alba las colora con un ligero matiz de rosa. Sus ojos tenían el color y la limpidez de un cielo sereno.

Amelia no era tan bella pero más seductora; su estatura era regular, su color era trigueño, tipo americano, sus ojos eran negros y ardientes y la húmeda mirada que de ellos se desprendía incendiaba los corazones, como los reflejos de las lunas de Arquímedes abrasaban los bajeles de Marcelo, en el sitio de Siracusa; su boca adorable, en que jugueteaba constantemente una sonrisa; era pequeña, y en sus extremos se dibujaban dos hoyuelos picarescos. Su viva imaginación se traslucía por sus ademanes, sus palabras

y sus sonrisas; y ese constante movimiento de su sér hacía pensar en la fulgurante agitación de la llama en una atmósfera sacudida y saturada de gaces inflamables.

Amelia y Laura eran dos galanas flores que el cierzo de abril no había ajado ni marchitado; eran dos blancas palomas que revoloteaban sobre el sendero de la vida alegres y risueñas, llenas de esperanzas y anidando en sus corazones todos los encantos y los ensueños de la vida en la alborada de la juventud.

No conocían el mundo sino por lo que habían leído en las novelas y entrevisto en sus ensueños. Sus conversaciones íntimas eran espirituales y románticas: hablaban del amor con esos vagas estremecimientos de las santas alegrías desconocidas, y muchas veces se ruborizaban al comunicarse sus ensueños del porvenir.

La revolución de julio de ese año dió en tierra con el colegio y todas las alumnas se desbandaron á refugiarse en sus hogares. Amelia y Laura se separaron porque la familia de esta, desafecta á la revolución, fué á pasar la temporada en una casa de campo.

Restablecida luégo la paz, merced al triunfo del 10 de setiembre, el padre de Amelia que había sufrido en sus intereses con motivo de la revolución, y que estaba disgustado con la sociedad de Medellín, resolvió fijar su residencia en

Bogotá y al efecto vendió sus propiedades, realizó todas sus mercancías, pues era comerciante, y se trasladó con sus lares y penates á la ciudad de los alcázares.

Grande y sincero fué el dolor que experimentaron las dos amigas al decirse adiós.

—Querida Laura! decía Amelia, conozco que me arrancan un pedazo de corazón separándome de tí. ¡Tan feliz y tan bella como me era la vida me será de hoy en adelante amarga y triste, pues tu recuerdo va á hacer una espina que me atormentará mientras dure la separación. . . . y ella será tal vez eterna!

—Tu papá, le contestaba Laura, me ha asegurado que el porvenir de su familia lo impele á abandonar á Medellín, por eso yo me había prometido acallar mi dolor y dejarte partir sin quejarme. . . . ¡pero me es imposible!

Y amargas lágrimas derramaban sus ojos.

—Tengamos valor, le decía la otra sollozando; algo de mi sér se quedará contigo, pues conozco que llevaré del tuyo como un perfume, ó un algo de tu espíritu trasfundido en el mío y que mantendrá inalterable el recuerdo de los bellos días de mi infancia que tú has alumbrado con el sol de tu amistad.

Y así continuaron por largo rato en lamentaciones y promesas de eterna amistad. Las lá-

grimas, esa emoción puramente física cuyo secreto poseen las mujeres, corrieron en abundancia.

II

Los pesares de la juventud son como las tristezas de la naturaleza; tras una noche de tempestad y lluvia luce un sol ardiente, y la tierra sonríe por todos sus poros al gran lumínar del día.

Así, después de esa profunda tristeza que cubrió la faz de Amelia al separarse de esta ciudad donde había nacido y crecido á la virtud y á la hermosura, donde quedaban sus parientes y amigos, en especialidad Laura, sus recuerdos de niña y sus sueños de joven; después de esa profunda tristeza al llegar á Bogotá y al respirar otra atmósfera social, y al embriagarse con los perfumes de la refinada civilización de esa capital, sintió que su sér se estremecía de alegría y que á su vida se abrían grandes y hermosos horizontes. Las rosas de sus mejillas se tiñeron otra vez de púrpura, y su mirada, velada antes por el dolor, brilló de nuevo con un fuego fosfórico más intenso.

Su primer recuerdo fué para Laura á quien escribió una larga carta llena de ternura; le describió minuciosamente su viaje, le pintó su emoción al descubrir el Monserrate sobre la verde

extensión de la llanura, y, por último le refirió la benévola acogida que dispensó á su familia la culta sociedad de Bogotá.

Laura contestó esta carta con el mayor placer, el mismo día que la recibió, y desde entonces se estableció entre ellas una correspondencia activa á interesante.

Amelia, con la vivacidad de su carácter, pasaba revista á las costumbres de Bogotá y á los mil incidentes de su nueva vida; hablaba de sus sueños y de sus aspiraciones, de sus afectos y de sus esperanzas. La vida era para ella una continua sucesión de placeres y goces que le fueron desconocidos en esta tierra: bailes, paseos, conciertos, fiestas, lujo, esplendor y cortesanía.

Laura, por su parte, recogida como la adormidera de los campos, guardaba y conservaba para sí sus sueños é ilusiones, y daba pinceladas sombrías sobre nuestras costumbres patriarcales.

III

En el mes de Julio de 1853, Amelia escribió á Laura una larga carta narrándole minuciosamente sus atareos de mujer á la moda, y sus triunfos en las fiestas que, en conmemoración de la independencia nacional, se celebraron en ese año.

Hé aquí la parte principal de esa carta:

“...Estarás cansada yá, amiga mía, con las descripciones que te he hecho y en las que he llegado hasta la nimiedad, en asuntos que te son desconocidos. Perdóname tal relación, y piensa que muchas veces estriba en esas pequeñas bagatelas el porvenir halagüeño y feliz ó desgraciado de la mujer.

“Además, me he estendido en esos asuntos para dar tiempo á mi zozobra que se va serenando, pues debo hablarte de un asunto que me interesa en gran manera: voy á hacerte una confesión. Hago un esfuerzo y temblando de alegría y de vergüenza escribo estas palabras: *amo y soy amada, y voy á unirme en matrimonio con el caro objeto de mis sueños.*

“Olvida todo lo que te he dicho en mis anteriores cartas sobre Carlos, Leopoldo y Antonio J.; en realidad yo no los he amado. La sed insaciable de amar que había en mí me ha hecho revolotear, como mariposa, sobre ellos; pero no he dejado en sus corazones el polvo de oro de mis alas. O si quieres otra imagen, el amor, afecto universal que hay en todos nosotros, ha sido en mí como un líquido transparente que derramado sucesivamente en muchos vasos ha tomado la forma, el reflejo y el color de todos *aparentemente*. O bien, mi alma se había estremecido á los primeros rayos del amor como la campiña á

las primeras claridades del alba: no era aún el sol, pero era la luz!

“No tengas mala opinión de mí; aquí se acostumbra libar de flor en flor el néctar de la mentira; todas amamos aquí por costumbre, así como vosotras, también: por costumbre, rezais muchas novenas y os entregais de continuo á las duras faenas domésticas.

“Mi prometido se llama Enrique***. No me ha abandonado con sus miradas durante las fiestas, y me ha cortejado más asiduamente que mis otros admiradores.

“A una mayor distancia se ha conservado de centinela un interesante joven, Federico***; creo que me ama, pero es tímido y reservado, y todas sus acciones llevan el sello de la más pura delicadeza. Si he de decirte todo mi pensamiento, no me disgustaría tener dos vidas y dos séres: uno y una para Federico.

“No te rías por mi ambición; perdóname, teniendo en cuenta que todo lo veo hoy color de rosa, pues se han firmado los tratados de paz y alianza. La inexpugnable Amelia se ha rendido como San Quintín; pero ha dictado sus leyes al vencedor.

“Abre una novela de un autor francés, Soulié, Mery, Sandeau, Achard ú otro así, y lee una descripción de un *lion* enamorado, y ese será Enrique, salvo lo acabado del tipo del *cachaco*

bogotano. Es un turista afamado; ha estado en París, en Roma, en Jerusalem, en Peking, y no sé por qué inconvenientes del Irtich no llegó á Tobolsk; baila como Cællarius, canta como Mario, toca el piano como Guarín, monta un caballo como un jockey de pura raza y maneja la espada como Grisier; habla el francés como Théophile Gautier, el inglés, como Robert Peel, el italiano como Manzoni y el español como Julio Arboleda.

“Me ama, según creo, con una pasión *cotopáxica* y juro á pié juntillas que llegaré con el tiempo á formar en fila con la Heloisa, la Leonor y la Beatriz de la fama.

“Su conversación es amena y llena de *sprit*.

“En los últimos bailes que tuvimos para cerrar las fiestas, hubo entre nosotros unas entrevistas ó *tête à tête* como dicen los franceses, que me serán de grata y perenne recordación; no te alarmes por tales conversaciones tan íntimas en un gran salón, aquí eso es permitido, y de lo contrario se destruirá el prestigio de los bailes bogotanos. Si las personas que se aman no se hablaran libremente en un baile, ¿qué sería entonces de esa civilización tan decantada y tan brillante?

“Quisiera trascribir en el papel algo de lo que dijimos en esas dulcísimas entrevistas; pero conozco que soy incapaz de hacerlo, porque la palabra escrita es fría y amanerada como una

gota de tinta y dos renglones paralelos. El *sprit* que irradiaba de su espíritu, los perfumes, la armonía y la danza, con especialidad el valse, ¡el valse! esa endiablada poesía del cuerpo, ese ritmo del movimiento armonioso que con sobra de razón maldecía Werther, todo, todo me había animado en tan alto grado, que según creo todas mis potencias, mis sentimientos y mis pasiones se habían elevado un tono ó por lo menos un semitono de lo natural en mí.

“Había más flores esparcidas en mi alma que las que adornaban el salón en ramilletes, y de seguro que si yo hubiera podido cerrar un momento los ojos y concentrarme en mí misma, habría oído cantar todos los ruiseñores de la primavera en mi corazón....

“Cuando en esa noche feliz me hizo la declaración de amor y súplica ferviente de que le entregara mi corazón y mi mano, nos encontrábamos cerca de una ventana donde alzábamos á ver el cielo, y todo era para mí tan grande y solemne en ese momento, que conservaré, mientras viva los menores detalles de la escena que á mis ojos se desarrollaba, tanto en el exterior como en el interior del salón y en mí misma: el baile era suntuoso y elegante, todas las bellezas de Bogotá brillaban en los salones, el buen humor y la más exquisita afabilidad reinaban allí; la noche era trasparente y silenciosa, pequeñas nubes, co-

mo restos de un ejército desbandado, recorrían el firmamento, la luna en plenilunio, se balanceaba como un globo de alabastro en la limpidez del aire, y las estrellas brillaban en el firmamento como un reguero de diamantes en un sudario de terciopelo azul....

".... Terminó esta carta porque soy muy feliz y no puedo expresarte lo que siento; algo me comprenderás si te digo que todo lo que soñábamos despiertas en nuestras horas de dulce vagar en el Colegio, lo he gozado y adquirido ahora, siendo superior la realidad al sueño.

"Si vinieras á esta tierra de promisión serías tan feliz como yo. Antioquia es un país frío, clásico y eminentemente prosáico: sólo tiene de bueno su oro, para gozarlo aquí.

"¡Sería muy feliz si asistieras á mi casamiento que tendrá lugar dentro de tres semanas! pero, por desgracia, las mujeres no gozamos del beneficio de libre locomoción.

"Tuya como siempre,

AMELIA."

A la misma época en que se realizaban los sueños de Amelia, veía acercarse Laura los mismos sucesos para ella; pero bajo otros auspicios y otras esperanzas.

Mucho dolor y despecho comprimido revelaban estas pocas líneas que le dirigiera á su amiga:

“Mi adorada Amelia:

“Yo también pudiera decir *ægría somnia!* pero la suerte me ha sido adversa.

“También voy yo á contraer sagrados vínculos; pero mis sueños de felicidad y ardiente amor se han desvanecido.

“En cambio tú eres muy feliz, y yo lo soy contigo por ello; hasta aquí ha irradiado tu dicha, pues he sentido de rechazo en mi corazón los vuelcos de alegría del tuyo.

“¡Sé siempre feliz, y feliz dos veces, por tí y por mí.

“Si no fuera porque creo que cumplo con un santo deber filial al obedecer á mi padre y al buscar un apoyo para mi vejez, te diría que sufro al dar mi vida y mi corazón á quien no conozco á fondo.

Abrevio esta carta que me va siendo más dolorosa mientras más avanzo en ella. Voy á casarme con Ernesto***, joven de buena familia que ha solicitado mi mano por medio de su padre, y sin haber solicitado primero mi corazón. Casi no lo conocía antes del pacto del matrimonio celebrado hace pocos días, entre las dos familias. Recuerdo apenas haberlo visto algunas veces al salir de la iglesia.

“Aquí como no hay relaciones sociales, no se estudian los pretendientes. No llamo estudios las observaciones en visitas de novios, pues es

sabido que cada una de las partes quiere deslumbrar á la otra y no pone al descubierto sino sus buenas prendas, y el estudio de los esposos es ya tardío las más veces; particularmente en esta tierra en que se sabe de antemano que el marido no busca sino una administradora del hogar, una ama de llaves elevada á la categoría de madre de sus hijos.

“Mi padre me ha alegado como buenos argumentos que Ernesto es un joven de porvenir, pues se ha asociado á su padre y tienen un buen almacén de mercancías, y que sería muy mal visto el que yo rechazara las nobles aspiraciones de ese joven.

“Recibe pues un tierno abrazo que te doy desde aquí, y enjuga una quemante lágrima que derramo sobre la tumba de mis sueños de colegio.

“Adiós.

LAURA.”

IV

Dejo pasar en blanco en esta relación seis años.

Poco se escribieron las dos amigas después de verificados sus enlaces matrimoniales, y llegaron por último á suspender la correspondencia.

Las faenas de familia y mil circunstancias más, fáciles de comprender, dieron lugar á esa suspensión.

Nada conmueve y cambia á la mujer en estos países como el matrimonio. He conocido señoritas adornadas de relevantes dotes artísticas, que al día siguiente de sus bodas han dicho un eterno adiós á su lira ó á sus pinceles, sin razón plausible para ello; han creído cumplir con un deber imperioso inherente al matrimonio; han hecho un balance general de sus cuentas corrientes en materias de gustos, afectos y hábitos, y han abierto nuevos libros bajo un nuevo plan.

En cuanto á mi dos heroínas puedo añadir á lo dicho, que obró en esa interrupción epistolar la consideración de que ya no les sería fácil reanudar sus relaciones personalmente, y que entraron á girar en órbitas muy distintas.

El 5 de Julio de 1859 escribió Laura á Amelia lo siguiente:

Mi buena Amelia:

“Seis años hace que no nos escribimos.

“Nuestra nueva vida, nuestras nuevas costumbres han cavado un ancho foso en nuestras relaciones, pero no en nuestros corazones. Como en los primeros tiempos de mi infancia, mi cora-

zón salta de alegría al recuerdo de tu nombre, y hay en él, en este corazón, abismos insondables de ternura y de cariño para tí.

“Amelia, soy feliz! La paz, la calma y la dicha se han cernido sobre mi cabeza, y se han albergado en mi corazón.

“¡Cuánto debíste asustarte con el tono de una de mis últimas cartas! Yo te decía en ella, inconsideradamente y no atendiendo sino á los humos novelescos que me embriagaban, que mi vida se presentaba triste y sombría, y que el classicismo había abierto una tumba para mi amor espiritual y romántico.

“Felizmente me equivocaba: Ernesto Antonio posee un noble y leal corazón; me ama más y más cada día como se acostumbra en este hermoso suelo; nunca me ha dado el menor motivo de queja, y está pronto siempre á satisfacer mis menores caprichos. Tenemos tres hijos, dos varones y una niña; son mi único afán y mi mayor embeleso. Luisa la mayor es un angelito en gracia y hermosura, le pusimos ese nombre para perpetuar el de la noble y santa mujer que me dió el sér y que perdí en la infancia.

“Si vieras á mi Luisa vestida de ninfa en las procesiones religiosas; si la vieras en sus inocentes juegos y en sus mimos cuidados con sus otros hermanitos; si la oyeras conversar, y la vieras florecer día por día á la belleza y á la virtud!

Y si me vieras, al declinar el día, enseñarle nuestras dulcísimas y santas oraciones; si vieras á mi Ernesto recogido en el hogar acariciando sus hijos y á la madre de ellos!

“La alegría y la paz reinan en nuestra morada, todas mis santas aspiraciones están cumplidas, mi corazón se desborda en agradecimientos al Sér Supremo que oye diariamente mis oraciones y las acoge benigno. Ernesto trabaja constantemente y está adquiriendo una fortuna que nos pondrá al abrigo de la necesidad.

“Mis otros dos hijos llevan los nombres de sus abuelos: Carlos y Alfredo.

“Pero todo esto que te refiero te será bien conocido en tu propio hogar.

“Te repito en conclusión, las palabras de un gran poeta: “Feliz aquella cuyo corazón se apoya incauta en otro corazón, y halla goces infinitos en unión tan inefable, tanto en el ocaso de la vida, como en la flor balsámica fogosa....”

“Adiós, recibe tres besos de mis hijos y un abrazo de tu Laura.

“Ernesto te saluda cariñosamente.

LAURA.”

La respuesta no se hizo esperar, fué la siguiente:

Amelia á Laura.

“Bogotá, 24 de julio de 1859.

“Gracias á tu carta del 5 de este mes, puedo escribirte esta. Me daba pena hacerte conocer mi suerte desgraciada.

“Sí, soy muy desgraciada; el porvenir bello y lisonjero que había entrevisto se ha desvanecido como débil humo. Las flores que perfumaban mi camino ya no existen, el viento de la desgracia las dispersó y se marchitaron en el fango.

“Enrique no me ama ya. . . . ¡Ha violado sus juramentos! . . . ha destrozado mi corazón y me ha sumido en la desgracia!

“Voy á daros dos pinceladas sobre mi pasado.

“El primer año de mi matrimonio fué hermoso y brillante, el Chantilly de Matilde; era entonces Enrique el hombre espiritual, enamorado y romántico que había soñado; no se apartaba un momento de mí, y me devolvía con usura mis caricias. Al año siguiente, su amor se fué enfriando; nunca he llorado tanto como en esa época; poco después su tibieza se convirtió en frialdad, y por último, no tuvo para mí sino palabras amargas ó de horrorosa indiferencia. Me han dicho que ha cortejado toda clase de mujeres y que no sale de las fondas y de los garitos; toda nuestra fortuna la ha ido consumiendo en las casas de Crevecoeur y Carrasquilla, y para mayor desgracia el hijo de mis entrañas, mi pequeño Rafael, ha muerto á los dos años de edad.

“¿Qué contraste entre nosotros, y qué notable diferencia entre Medellín y Bogotá! Yo creí que iba á ser la mujer más feliz del mundo, tú creíste lo contrario para tí: ambas nos equivocamos.

“Bogotá brinda el amor y la felicidad, todos los placeres se encuentran en ella; pero si lo son para los solteros, son funestos para los casados. Medellín es fría y clásica, pero en cambio el matrimonio es en ella una felicidad, y es bien sabido que ese es nuestro porvenir, la única ambición y gloria de nuestro sexo.

“Olvidaba decirte que Federico continuó amándome mucho tiempo, hasta que por último desapareció: creo que viaja actualmente por la Europa. Pude más tarde comparar á Federico con Enrique; era éste más brillante, pero aquél más juicioso y sólido. ¡Tal vez hubiera sido feliz uniéndome á él, pero yo amaba á Enrique, y tú sabes que la mujer á quien domina el amor es como el sacerdote de oriente que se avanza recatadamente hácia la estatua del ídolo, pisando sin compasión á los devotos que yacen prosternados en oración.

“¿Me creerás que uno de los motivos de mi mayor pesar es que aún amo á Enrique? A Enrique que me odia! á Enrique que me ha abandonado! á Enrique que me hace sufrir! El amor es como la túnica de Deyanira, incendia y desgarrar los corazones que se envuelven en él.

“¡Adiós! Devuelvo con usura los besos á tus hijos y el abrazo á tí. Cuando tengas otra hija pónle mi nombre y deséale mi corazón, pero no mi suerte.

“Otra vez adiós!

AMELIA.”

VI

Aquí finaliza esta relación.

Por lo que hace á Amelia puedo decir que consume sus días en el llanto y en el desamparo. Enrique partió para el Perú en el año de 1865, á tomar parte en las guerras intestinas que están asolando ese hermoso pais.

En cuanto á Laura, apreciabilísima señora de cuyos labios he recogido esta relación, nada puedo añadir sobre su felicidad doméstica, que es más completa día por día. Se cuentan las catástrofes y las peripecias de una vida sacudida por la desgracia, se escriben volúmenes *in folio* sobre los amores contrariados, pero sobre la felicidad apacible y eminentemente cristiana, como la de Laura, no se puede escribir más de una página.

Vale más que la brillantez y el esplendor en el mundo, el severo cumplimiento del deber!



XVI

SAN JERONIMO

I

DEJANDO á un lado varias consideraciones, y examinando únicamente desde el punto de vista literario las vidas de los Santos de la Iglesia, hallo en ellas secretos encantos y atractivos poderosos que hablan á la vez al espíritu y al corazón.

Los santos son héroes en la verdadera acepción de la palabra. Su heroísmo no tiene por teatro un campo de batalla, una ciudad sitiada, las barricadas de un motín ó una tribuna levantada sobre las olas embravecidas de una Asamblea irresponsable, sino la propia conciencia en su más recóndito santuario, pero en ella se libran combates tan terribles y tan fecundos como los que deciden de la suerte de los pueblos.

Lo tomáis á paradoja?

¿No os parece interesante el trabajo sin tregua de una alma que lucha por llegar al ideal de la perfección cristiana?

Pensad un momento en la doble naturaleza del hombre; fijaos en ese eterno batallar del espíritu y de la carne, en ese desafío perpetuo entre el Arimanes y el Ormuzd de la teogonía persa.

¿Hay algo más interesante que la inmola-
ción de sí mismo, que el anonadamiento paula-
tino y constante de todo lo que brilla, de todo
lo que seduce, de todo lo que fascina al mundo
y no corresponde á la severa virtud de la hu-
mildad?

Hay algo más difícil que esa prescindencia
constante de los deseos, de las cualidades, de las
aspiraciones y de las necesidades del espíritu y
del corazón; y la continua fusión de todo ello en
un amor demasiado ideal y que no corresponde
al tipo que la naturaleza humana se ha forjado?

Pensad en la transformación progresiva del
carácter, suavizando para ello las asperezas que
se aman como si fueran grandes cualidades; pa-
rad atención en el sacrificio incesante de lo que
en el hombre es el hombre; ved la inmola-
ción de los grandes afectos que ocupan á la niñez con el
presentimiento, á la juventud con su realización
y á la ancianidad con el recuerdo; tened en cuen-
ta todas las ataduras de la carne que hay que

soltar una á una, sin herir en lo mínimo la más delgada fibra y sin dejar asomar á los párpados las gotas que revelan la tempestad del corazón.

No se puede negar: escabrosa es la senda de la perfección cristiana; llena de espinas y tropiezos la escala de la espiral inmensa que hay que subir, grada por grada, hasta llegar á la cima de la santidad. Como en la ruta del calvario, hay que dejar las huellas de sangre del martirio, gota á gota, y en una interminable lucha con la carne.

La gracia de Dios que jamás falta cuando se pide con afán, y la oración, ese incienso que revive constantemente la brasa del corazón, sostienen al viajero de la vida hasta llegar á conseguir el premio de tantas luchas, de tantos sinsabores y de tantos dolores ocultos.

La vida de los santos que exhibe, de consiguiente, esas luchas misteriosas y terribles, es sobrado interesante para que me detenga en probarlo, los hagiógrafos distinguidos de que está llena la literatura religiosa, lo han demostrado mil y mil veces, y me basta simplemente llamar la atención á sus palabras.

La vida de San Jerónimo es una prueba de ello, y quisiera hacerlo patente desarrollando en un vasto cuadro los variados sucesos que contiene y las provechosas enseñanzas que de ellos se desprenden. Pero esa tarea exige un libro que

no puedo escribir y que los lectores no aceptarían, por no romper con el sistema de erudición homeopática que los periódicos han creado. Vivimos en un siglo que marcha á vapor; las faenas de la vida demasiado absorbentes en Antioquia, apenas nos dejan el tiempo necesario para buscar, rápidamente, en la prensa periódica, los estudios compendiados.

El periódico no es aún para nosotros la entrega del libro; es la hoja volante que dice al pasar lo que pudiera ser, la conversación de un rato; terminado éste no podemos reanudarla al momento dado, porque como el trapense decimos: "Suena hora. . . ya pasó."

Un grabado muy popular entre nosotros representa á San Jerónimo en una cueva disputada á las fieras, flaco, macilento, medio cubierto por un tosco vestido, escribiendo con una mano convulsa, páginas que han de llevar el sello de su naturaleza ardiente; acompañado por un leon del desierto y oyendo siempre sobre su cabeza la trompeta del juicio final.

Ese grabado es el resumen de los conocimientos biográficos que por la enseñanza objetiva hemos podido adquirir acerca del Padre de la Iglesia.

Voy á ensanchar esos conocimientos.

II

San Jerónimo nació en Stridon, ciudad de la Iliria, en los confines de la Dalmacia y de la Panonia, en el año de 346 de la era cristiana. Su país natal conservaba aún cierto tinte semibárbaro de su naturaleza primitiva y San Jerónimo no pudo desprenderse jamás de ciertos movimientos irreflexivos de réplica vivaz que atribuía á la sangre ardiente de su raza.

Sus padres eran ricos y desde temprano lo pusieron bajo la dirección de hábiles maestros que le inculcaron las primeras nociones de las ciencias y de las letras, y le infundieron un amor apasionado por ellas.

Muy joven aún se dirigió á Roma, que era en esa época la hoguera inmensa que alternativamente iluminaba al mundo ó le abrasaba, y allí continuó con afán sus extensos estudios bajo la dirección de muy notables profesores. Danti, el famoso gramático, y Victoriano, el retórico eminente eran los más distinguidos entre ellos.

Pronto fué Jerónimo un filólogo de importancia y un maestro consumado en la elocuencia. Sin embargo, á pesar de su celo por la ciencia y á pesar del entusiasmo que le inspiraban los recuerdos palpitantes de los mártires de la Iglesia no pudo escapar á las pasiones, cuyo recuerdo, como el manto de Neso, lo abrasaba aun en el desierto.

Roma, he dicho yá, era el centro del mundo civilizado, pero hay tiempos en los cuales los disolventes están en el aire y lo atacan todo. Roma, que veía venir una de sus grandes catástrofes se hallaba en una circunstancia semejante. Jerónimo, muy joven, lleno de grandes esperanzas y rodeado de una ardiente juventud, se contaminó con el mal del siglo y por muchos años dió mala y descuidada dirección á sus estudios y á sus pasiones.

Sin embargo, en medio de esa vida, que él llamó después desarreglada, había momentos en que volvía á sus primeros sentimientos religiosos; resonaban aún en su corazón ciertas fibras misteriosas de la fe, porque la fe no muere; como la poesía, encuentra siempre en donde echar sus raíces y renace siempre de sus cenizas como el fénix de la fábula.

Como no había recibido el bautismo no podía asistir á las asambleas religiosas de los cristianos, pero se dirigía con frecuencia á las catacumbas con varios amigos, compañeros de sus estudios, de sus placeres y de sus aspiraciones, y después de recorrer en silencio la necrópolis de los mártires, poseido de un santo celo dejaba desbordar su corazón en nobilísimos acentos.

Su alma, naturalmente grave, no se atemorizaba por los presentimientos de duelo y de amargura que le inspiraban los osarios, y lleno de

melancolía murmuraba muchas veces con el poeta de Mantua:

Luctus ubique, pavor et plurima mortis imago.

Sus amigos le hablaban con entusiasmo de los viajes que habían hecho; de los hombres eminentes que habían conocido; de los peligros y contratiempos que habían pasado; de los placeres y satisfacciones que habían sufrido; de las mil bellezas de la naturaleza que habían hallado por doquier, y de los conocimientos especiales adquiridos en las comparación de las diversas costumbres y de los caracteres encontrados. Eso bastó para que ardiese en deseos de hacer iguales correrías, y pronto emprendió su primer viaje al Norte del continente.

Recorrió las Galias en compañía de Bonoso, amigo fiel desde su infancia, y se detuvo especialmente en Tréveris; en donde ensanchó notablemente el círculo de sus investigaciones científicas. En todas partes en donde se detenía y hallaba obras raras y eminentes las copiaba, en sus horas de ocio, consiguiendo al fin para su gasto una biblioteca de libros manuscritos, preciado tesoro que lo acompañó en sus largas y continuas peregrinaciones.

En Tréveris resolvió definitivamente servir á Dios sin reserva, para ser en realidad cristiano.

III

A su regreso á Roma, recibió el bautismo bajo el pontificado de Liberio, pero no permaneció allí largo tiempo. Se dirigió á Aquileya para disfrutar del trato del Obispo Valeriano, uno de los más santos y más sabios Prelados de aquel siglo. San Jerónimo ha hecho, en algunas de sus cartas, una descripción animada é interesante de la vida tranquila que gozó en aquella época, en compañía de Eusebio, Jovin, Niceas, Crisógono y otros hombres distinguidos, que formaban en cierto modo la corte del eminente Obispo.

No permaneció mucho tiempo en Aquileya. Una tempestad repentina lo separó, en el año 372, de sus amigos y compañeros de estudios. No se conoce la naturaleza de esa tempestad.

¿Fué una viva pasión, ó fué una persecución cruel é injusta del Gobierno á quien había criticado amargamente, por algunos de sus actos oficiales? Nada se sabe de cierto á ese respecto. El habla en una carta á Rufino de la repentina tormenta que lo decidió dirigirse hácia el Oriente, sin dar otra explicación sobre el asunto.

Recorrió en seguida como *turista*, como hombre de letras y como observador profundo la Tracia, la Bitinia, la Galacia, la Capadocia y llegó á las fronteras de la Cicilia en solicitud del Santo ermitaño Teodosio.

A su vista se inflamó en deseos de llevar una vida semejante, y resolvió entregarse á los ejercicios del ascetismo y de la contemplación. Sin embargo, se demoró en Antioquía para seguir las lecciones de Apolinario de Laodicea sobre las Santas Escrituras. Este seguía aún la senda de la verdad; fué más tarde cuando cayó entre los malhechores de su siglo y fué condenado por herejía, por haber inventado una teoría sobre el alma de Jesucristo, que no fué aceptada por la Iglesia.

De Antioquía pasó á Maronia á visitar al santo ermitaño Malchus, cuya vida refirió más tarde en sus bocetos biográficos que han quedado como modelos del género, por la precisión de los hechos, la elocuencia, la lógica, la sana razón y el ardor persuasivo y sobre todo por el estilo tan en armonía con el objeto: puro, luminoso, penetrante, rápido, incisivo y con esa transparencia que muestra en la literatura la preponderancia del alma sobre el cuerpo, la unción que las verdades religiosas comunican á todo lo que tocan y ese vago perfume semejante á los inefables olores del incienso, que se respiran en las viejas catedrales. Si lo tomáis á exageración leed las vidas de San Pablo el ermitaño, de San Hilarion y de San Malchus en la colección de las obras del Santo escritor.

En fin, en el año de 374 entró al desierto.

Su naturaleza ardiente y apasionada halló lo que buscaba: el silencio de Dios, léjos del vano ruido de los hombres; los serenos horizontes; el aire que venía de lejanas tierras, impregnado de los olores que respiraba libremente; las decoraciones inmensas en el gran teatro de la naturaleza, que no se necesitaban ni de la presencia del hombre ni de sus pasiones para ser animadas; las fiestas de luz y de alegría que se dan el sol y la tierra incesantemente; el trabajo misterioso y desconocido de las plantas y de los insectos que nacen, viven y se reproducen lejos del hombre, su enemigo ó su señor, y por último el silencio constante del espíritu y del corazón, para consagrar sus grandes facultades á los severos estudios religiosos. Todo lo hallaba en las grandes soledades de Chalcidia y de allí sacó ricos tesoros de verdad y de ciencia que esparció después á puñados, en los combates con los hombres, cuando volvió al mundo civilizado.

Sin embargo, no fué al desierto sino á practicar la más rigurosa penitencia y á privarse voluntariamente de los recursos que la misma naturaleza le brindara.

Tuvo por habitación, él tan rico y tan ostentoso ante las damas romanas, una cueva practicada en una roca solitaria y disputada á las fieras del desierto; su vestido era un saco raído que dejaba ver las carnes secas, enjutas, tosta-

das por el sol; sus alimentos eran algunas raíces, y de día y de noche, en medio de las maceraciones y de las lágrimas, oraba y trabajaba. No conoció el descanso del espíritu ni el del cuerpo; dotado de una triple fuerza vital, sólo halló la fatiga y el reposo, á la vez, en la cabecera de su lecho de muerte.

A pesar de esa vida de inmolación y de penitencia, tenía tentaciones horribles que le hacían sufrir de una manera atroz. Los recuerdos de las delicias gozadas en Roma venían en tropel á su imaginación y tenía que redoblar entonces sus oraciones, sus lágrimas y sus maceraciones para poder vencer las últimas rebeliones de la carne.

El pinta con una elocuencia tan apasionada y tan casta esas luchas, que no puedo menos de prestarle sus palabras:

“Cuántas veces en el desierto, en estas soledades abrasadas por el sol, creía contemplar las delicias de Roma! Estando solo, colmada mi alma de amargura, falto de carnes y de fuerzas, cubierto con un tosco saco, con la cara tostada como la de un Etíope, gemía y lloraba todo el día: y si á pesar mío me sorprendía el sueño, caía mi cuerpo en la desnuda tierra.”

“Sin embargo, yo que por temor del infierno me había condenado á esta prisión habitada por tigres, sentía transportada mi imaginación

entre las diversiones de las jóvenes romanas. Enflaquecido mi rostro por los ayunos ardía mi cuerpo en deseos, y en mis helados miembros, en la carne muerta ántes de tiempo, estallaba el incendio de las pasiones. Entonces, privado de socorros me postraba á los piés de Cristo, bañándolos con mis lágrimas, y más de una vez pasé el día y la noche toda, maltratando mi pecho hasta que Dios volvía la paz á mi alma. Infundíame espanto áun el retiro de mi celda, pareciéndome que era cómplice de mis pensamientos.”

“Irritado contra mí mismo, me internaba en el desierto, y donde encontraba un valle más escondido, una roca más escarpada, allí me postraba en oración. Frecuentemente (Dios me es testigo) después de derramar muchas lágrimas, y de tener mis miradas fijas por mucho tiempo en el cielo, me veía transportado entre los coros de los ángeles, y triunfante exclamaba: *Nosotros nos elevamos á tí atraídos por el incienso de tu plegaria.* (Cantú, II, p. 380.)

IV

No muy lejos de su humilde guarida había un monje del desierto, de origen judío, y que conocía admirablemente el hebreo. San Jerónimo emprendió con él el estudio de esa lengua difícil para los que no habían nacido en la tierra de Da-

vid, y después de vencer mil y mil dificultades, aterrado al principio por las malezas del idioma hebraico, consiguió al fin hacer de ellas un zarzal ardiente, más allá del cual descubrió un cielo nuevo, un horizonte inmenso y todos los esplendores de una poesía superior á la de Virgilio ó á la de Homero.

Tantas privaciones, tantas vigiliass, tan obstinado estudio y la rigurosa vida de penitencia que llevaba, doblegaron al fin su cuerpo y fué afligido por una cruel enfermedad.

Salvado de ella milagrosamente y conociendo que estaba destinado á entrar en lucha con los enemigos de la Iglesia, que salían de su mismo seno, volvió al mundo, provisto de las armas templadas en la hornaza de la oración y del estudio.

San Jerónimo se dirigió á Antioquía en el año de 379, y allí á pesar de la resistencia que su humildad imponía al patriarca Paulino, fué ordenado sacerdote bajo la condición de que no se había de ligar con determinado ministerio, y de que no cambiaría el género de vida monástica que había escogido para volver al desierto á acabar allí sus días.

Elevado al sacerdocio, fué si cabe, más fervoroso, más humilde y dió mayor realce á sus eximias virtudes.

El amor de la soledad, hermoseado, como él

decía, por las flores de Cristo, apartado de la ahumada prisión de las ciudades, le hizo volver á Belem en donde pasó tres años entregado á la meditación, y al estudio de las Santas Escrituras. Después partió para Constantinopla para oír al célebre Gregorio de Nacianceno: allí se ocupó especialmente de la lengua y de la literatura griegas y publicó algunas de sus obras, pero no dió de mano á sus grandes estudios sobre los textos sagrados, empapado siempre en la poesía sublime de que su alma tenía una necesidad inextinguible.

El Papa Dámaso reunió en Roma un Concilio para arreglar los debates originados por la elección de Froilano para Obispo de Antioquía. Los Prelados de Oriente ocurrieron al llamamiento del Pontífice, y San Jerónimo acompañó á Paulino y á Epifanio como teólogo.

Desde el momento en que llegó á la gran ciudad llamó la atención pública nuestro Santo por sus virtudes, su ciencia, y su manera original de expresarse, realzado por sus extensos conocimientos literarios; por algún tiempo él fué el héroe, la curiosidad y el centro hácia el cual convergían todas las miradas. Las muchedumbres deseaban á porfía gozar de la vista de aquel ángel del desierto y suspiraban por oír sus palabras de salud; todos se disputaban el honor de ser sus discípulos en la vida espiritual y sus notas vivientes á la Biblia pasaban por oráculos,

por ser el maestro entre los maestros de la crítica literaria y religiosa.

El Papa lo colmó de grandes distinciones y le confirió el encargo de Secretario privado, estimulándolo al mismo tiempo para llevar á cabo los grandes trabajos que había emprendido para hacer una traducción latina, completa y definitiva, de los libros sagrados. Obra que al fin realizó y que ha sido sobre manera útil á la Iglesia.

Las matronas romanas, de alto mérito y llenas de virtudes, tuvieron una predilección especial por San Jerónimo.

Representaos la profunda impresión que debió producir el sacerdote dálmata sobre mujeres de una imaginación viva y cultivada. Una curiosidad natural y respetuosa las atraía hácia aquel hombre que petrificado en el desierto para las pasiones, había estado sujeto á ellas en esa misma ciudad conociendo todas sus debilidades y tormentas tempestuosas. El volvía depurado por trece años de pruebas, de estudios, de viajes y rodeado del prestigio de las regiones misteriosas en que su alma había vivido en un comercio familiar con Dios. Su delicada complexión, ejemplo viviente de su recia penitencia, su tez tostada por el sol del desierto, sus ojos quemados por las vigiliass y por las arenas, pero cuyos párpados bajos dejaban atravesar por intervalos los relámpagos de la inspiración, su vestido y el

acento de su voz: todo le prestaba un encanto singular.

Las Albinas, las Marcelas, las Marcelinas, las Paulas, las Aselas, las Letas, las Fabíolas, las Felicitas, las Eustoquias y otras de altísimo mérito, de que hace mención la Historia, escogieron á San Jerónimo por su padre espiritual y maestro y le confirieron el encargo delicado de director de sus almas.

Él se resistió al principio, pero al fin no le fué dable desoir las súplicas afectuosas de las almas que anhelaban por el conocimiento exacto de la verdad religiosa, y que querían apoyarse en la suya para subir los escalones del cielo.

Después de muchas instancias fijó su morada en casa de Marcela y allí pasaba las horas que podía quitar á los negocios de la Iglesia y á los deberes del mundo formando una sociedad escogida y como decía él “una Iglesia doméstica”.

El les explicaba las Sagradas Escrituras, dirigía sus lecturas, y mantenía por su palabra y por sus escritos encendido perpetuamente el fuego del entusiasmo y de la piedad. Casi todas sabían el griego y no pocas se consagraron al estudio del hebreo, para conseguir mejores frutos en sus estudios religiosos.

Renunciaron á las pompas y las vanidades humanas y dedicaron cuantiosos intereses al so-

corro de los necesitados. El fuego de la caridad, encendido en todos los corazones, formó una hoguera inmensa que alumbró á la ciudad eterna, en esos días precursores del gran cataclismo de la invasión bárbara.

Entre tanto, las doctrinas de San Jerónimo, su energía y la revolución que él efectuaba en el hogar doméstico traían mal avenidas y disgustados á muchos esposos, y á no pocos padres de familia y aun á algunos sacerdotes, víctimas de sus hirientes amonestaciones. Ello fué que de improviso se le suscitaron mil dificultades que pusieron á prueba sus virtudes relevantes.

La maledicencia hincó su diente venenoso en la vida purísima del Santo, y del uno al otro extremo de la ciudad y á comarcas lejanas se dirigieron sordos rumores que hubieran aterrado un ánimo menos esforzado y valeroso que el suyo.

¿Por ventura juzgais que él, tan humilde y tan benévolo se ocupó en aplacar con dulzura y paciencia á sus enemigos? Pensais, sin duda, que él pensó en sincerarse ante los hombres de bien y de desvanecer las calumnias forjadas para perderlo?

Nó! El leon del desierto se yergue: en lugar de cubrirse con un escudo ataca con violencia; no hace oraciones como el orador romano, *pro Paula et Marcella*, sino que fulmina requisito-

rias, lanza sátiras, aguza los más violentos epigramas, quita la máscara á sus enemigos, flagela sin piedad á los hipócritas y á los afeminados y pone en conmoción á la gran ciudad con sus escritos, en que derrama á la vez, con profusión, la magia del estilo, la gracia, la llama y el rigor.

Leed algunas de sus epístolas en esa época, y fijaos en la naturaleza de ese lenguaje desconocido hasta entonces, y poco usado después por los padres de la Iglesia. Notad el calor, el sentimiento, la garra leonina y después decidme si no estais leyendo un artículo de fondo de Veuillot, una página de combate del Lamennais de la primera época, ó alguna de las *Guépes* de un Alfonso Karr cristiano.

Y cosa digna de celebrarse: la verdad, el valor y el ingenio, triple auréola del santo escritor, acaban por hacer triunfar la inocencia, y despecho de alianza temible formada por la envidia, la malevolencia y la hipocresía.

V

Jamás como en esta época, se exhibió San Jerónimo tan independiente, tan original, tan orgulloso ante las grandezas humanas, y tan enérgico en sus resoluciones. Fué un censor rígido de la adulación y de la mentira, flageló con su ruda elocuencia la vanidad de las grandezas.

de este mundo, el lujo y ostentación de las fiestas, la relajación de los caracteres y el apego desmedido á las riquezas; se inclinó reverente ante todas las virtudes que se mostraron á su paso y atacó con altivez todos los vicios y todas las costumbres desarregladas que pudo conocer.

Un libro sería apenas suficiente para exhibir con todos sus detalles y sus resultados la lucha de un solo hombre contra una sociedad. Sobre manera interesante es tal espectáculo, atendida la civilización romana y la marcha de la Iglesia en ese siglo de grandes acontecimientos; mas yo que hago un estudio rápido, apenas puedo, de paso, hacer unas ligeras observaciones, sin entrar á los detalles que darían interés al asunto.

Fabíola, descendiente del gran Fabio, consagró grandes riquezas á la fundación de los primeros hospitales públicos que se levantaron en Roma, ofreciéndose ella misma al servicio de los pobres y de los enfermos, para mostrar al mundo una virtud que la civilización pagana no llegó á conocer jamás.

Paula, Eustoquia y otras se entregaron á la meditación y al estudio y fundaron á la vez casas de piedad que fueron el seguro asilo de la inocencia y el nido de las más excelsas virtudes. Su nombre ha pasado al través de la Historia conservando siempre un suave y místico perfume.

La muerte del gran Pontífice, protector del sacerdote dálmata, y el disgusto que se había apoderado de él por la lucha sostenida, influyeron en su ánimo para decir un adiós eterno á la gran ciudad. Se embarcó para Palestina después de haber recibido las más afectuosas y tiernas demostraciones de la parte más culta de Roma.

De paso se detuvo en Chipre, para gozar de la hospitalidad de Epifanio, vuelto de Italia hacía largo tiempo; también se dirigió á Antioquía para estar algún tiempo con Paulino. Al fin llegó á Jerusalem, que llamó en adelante su patria, y buscó en Belén el refugio que ansiaba su alma.

Sin embargo, antes de establecer allí definitivamente el monasterio en el cual debía encerrarse se dirigió al Egipto, la tierra de la ciencia y de la soledad, para hallar en ella nuevos datos para los trabajos de exégesis que tenía emprendidos. Visitó la Tebaida, la ciudad de Alejandro el Grande, recorrió los desiertos de Nítria y vino después á oír al sabio ciego Dídimo, ortodojo por entonces.

De regreso á Belén encontró allí un gran número de damas romanas que habían venido en pos de él y que fundaron monasterios y casas de beneficencia bajo su dirección.

Los años y las dolencias físicas no permitieron ya á San Jerónimo hacer nuevas excursiones, aunque lo deseaba, para ensanchar el cír-

culo extenso de sus relaciones y de sus conocimientos. Una de sus ardientes aspiraciones en sus últimos años fué la de tratar personalmente á San Agustín, el Obispo de Hipona, que hacía ruido en el mundo por sus virtudes y sus profundos conocimientos en las ciencias eclesiásticas. Se escribían sin embargo con frecuencia, y la correspondencia que de ellos ha quedado demuestra la mútua y séria estimación que se profesaban los dos grandes doctores de la Iglesia.

Por lo que hace á San Jerónimo no había reposo ni para su espíritu, ni para su cuerpo. Escribía sin descanso, mil renglones por día, según Cantú; interpretaba los libros sagrados; casi no hay pasaje de ellos que no haya sido discutido por él; contestaba un número copiosísimo de cartas que de todos los puntos del globo le llegaban, pues estaba en relación directa con los más distinguidos teólogos, filósofos y retóricos de su tiempo; resolvía consultas á millares; dirigía monasterios y todavía hallaba tiempo para orar, para meditar y para hacer una ruda penitencia.

¡Qué energía de varón! ¡Qué elasticidad de espíritu! ¡Qué actividad tan prodigiosa! ¡Qué carácter tan elevado! Nada se ocultaba á su penetración profunda; su ciencia era inmensa. Teología, Elocuencia, Filosofía, Poesía, Historia,

Sagradas escrituras, Tradición, Ritos, Derecho, cinco lenguas vivas. . . . todo lo poseía á fondo.

Entre tanto, grandes acontecimientos se sucedían en apartadas regiones. Las barreras del imperio de Occidente eran destruidas; Italia caía en poder de los bárbaros; Roma se entregaba á los soldados de Alarico y por contragolpe Judea sufría duros contratiempos. Día por día llegaban á Belén fugitivos romanos que no hallaban otro refugio que los monasterios de San Jerónimo. Nuevas tareas se imponen entonces, ante las nuevas desgracias que ven sus ojos, y sin embargo tiene aún tiempo para escribir bajo la impresión de tantos cataclismos, á la luz lejana de los fuegos destructores encendidos en Occidente, estudios críticos sobre duelos semejantes del pueblo escogido.

Desgracias de otro género atribulan su alma; mueren uno á uno todos sus amigos y las santas mujeres que lo abandonaron todo por seguir su inspiración; una guerra cruda estalla entre las sectas que se forman en Oriente; los monasterios son arrasados. Su vista se oscurece, sus piernas flaquean y apenas puede moverse de su lecho con una cuerda fija en la bóveda. Sin embargo y á pesar de tener más de 80 años conserva la plenitud de sus facultades mentales, dicta sus escritos, consuela á los unos, enseña á los otros y la muerte lo halla de pié como el centinela que rinde su vida con el arma al brazo.

En resúmen : San Jerónimo fué un grande orador, un escritor elocuente y un apóstol incansable. Su existencia se unió con hilos visibles é invisibles á millares de existencias contemporáneas. Ejerció una poderosa influencia sobre su época por el ejemplo, la predicación, la correspondencia, el consejo, la caridad y las más relevantes virtudes.

Medellín, 29 de mayo de 1876.

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

XVII

UN TIRO DE PISTOLA

Lo que voy á referir ocurrió allá por los años de 1853 ó 1854.

Juan, Ricardo, Carlos y yo eramos en esa época amigos íntimos, compañeros inseparables.

En los estudios, en los recreos, en las aulas, en los paseos, en todas partes estábamos juntos y aun nos habíamos retirado un poco del comercio con los demas condiscípulos.

Puede decirse que representábamos, en una escala mayor á Pythias y á Damon, á Oréstes y á Pílates, las figuras más simpáticas y puras de la historia mitológica.

Diré dos palabras sobre los caracteres distintivos de mis tres amigos. De mí no diré nada porque no puedo verme de perfil ni del lado de afuera.

Juan era el más juicioso de todos; reservado y prudente hasta lo sumo, nos servía admirablemente de contrapeso; ocultaba su reserva tras una bonhomía muy delicada y agradable.

Ricardo era alegre y juguetón como un niño, epigramático y decididor como el Fígaro de Beaumarchais; usaba términos rimbombantes, y tomaba á lo sério los papeles de las novelas que leía; usaba un lenguaje *nebuloso*, y nosotros por vengarnos de sus epigramas le achacábamos el haber formado para el gasto diario un diccionario de los vocablos extraños que usara en ese tiempo el señor Ricardo de la Parra.

Carlos era tierno como un niño y de una suavidad de carácter enteramente femenina; tomaba las cosas por el lado sério y era impresionable hasta tal punto que era mártir de los epigramas de Ricardo; era el más joven de los cuatro y lo amábamos todos con esa delicada ternura con que se ama á un niño.

Yo por mi parte sentía por él uno de esos afectos extraños que tienen toda la efervescencia de un primer amor y los mágicos encantos de una amistad que no se detiene en los umbrales de la tumba.

Para conmemorar no sé que acontecimiento, resolvimos tener una cena en casa de Carlos, que era el Montecristo de la compañía.

Esa cena, aunque modesta, fué servida con un gusto exquisito y nosotros le hicimos todos los honores debidos con ese buen humor y ese apetito insaciable de los estudiantes.

Bueno será decir que para gozar por completo de la fiesta no habíamos admitido á ningún extraño en ella, y que nos habíamos encerrado en una pieza recóndita en donde podíamos hacer bulla sin remordimiento ni inquietudes.

Hacíamos una algazara superior á nuestros recursos *laringísticos*.

Aprovechando un momento de silencio, yo me puse de pié y con la copa en la mano exclamé:

—Señores, vaya un brindis.

—Sí, pardiez, un brindis.

Olvidaba decir que queríamos pasar por románticos y no usábamos sino interjecciones francesas.

—Brindo por Baco el único dios razonable del paganismo.

—Hurrah! exclamaron todos apurando la copa.

—Me siento inspirado, dijo Ricardo, venga una trípode, la de Delfos, la de Olimpia ó la de Dodona, cualquiera; y se subió sobre un taburete, conservando á duras penas el equilibrio.

—Silencio, para que Ricardo traduzca sus profecías á su lenguaje *hindrogénico*, grité yo.

El silencio se hizo, y no fué difícil porque yo era el que hacía más bulla, y dí el ejemplo del recogimiento.

—Oid al oráculo, pero dadme primero más brandy. . . . Sabeis lo que es brandy? Escuchad: quiero hacer su genealogía.

Un día el *Brandy* y la *Juventud* se encontraron en el palacio del corazón (ubicado en el desierto de la vida) en un gran baile que los siglos daban á su padre el *Tiempo*. Se vieron y se amaron. Su amor fué su enlace. De ese enlace nacieron dos hermosos niños: la Esperanza y el Entusiasmo. Era en el tiempo de los andróginos de que habla Platon, en que todos tenían dos sexos.

Esperanza era una niña de ojos azules como el cielo y significativos como la mirada de dos almas que acaban de comprenderse: su cutis era blanco como el alba y tierno como un pétalo. Entusiasmo tenía ojos ardientes como la pasión y agilidad como los huracanes. La ley de Moisés no había sido escrita y no se había prohibido la unión de los hermanos. Esperanza y Entusiasmo se enlazaron y de su enlace nació el Porvenir, resumen y compendio de todos sus antecesores. Ya lo veis. El Brandy es uno de los progenitores del Porvenir, es el amante de la Juventud.

Servidme más brandy, amigos míos, y tú Baco si me amas dame un vaso en qué ahogarme. ¡Viva el liquidismo!

—Pero has perdido la cabeza Ricardo, dijo Carlos. Deliras ó te chanceas. No ibas á hablar-nos de profecías?

—Ah! es verdad, voy al asunto, pero ántes permitidme que os declare solemnemente que pertenezco á la secta de los liquidistas y que abrazo esta religión con orgullo y entusiasmo. No es, pues, el Brandy el progenitor del Porvenir?

Lo prefiero á la cerveza, al champaña y á todos los licores espumantes. La espuma es pura pérdida, se compone de burbujas de aire recubiertas por películas de licor tan delgadas que son insípidas como el aire que contienen. La espuma ha perdido la virtud trasmutadora. La espuma es al líquido lo que la escoria al metal precioso, lo que las fanfarronadas al valor, lo que el charlatanismo al talento!

¡Cuántas felicidades podrían componerse con toda la espuma que los labios han despreciado! Nobilísima parte del licor que reposais majestuosamente en el fondo del vaso, yo pido en vuestro nombre un libelo de repudio contra vuestra degeneración hueca. La espuma es la impotencia..... todo está dicho.

Estais convencidos ahora? ¡Qué podreis responder á mis argumentaciones?

Dijérase tal vez que el sueño y la fatiga son también los descendientes del Brandy como lo

asegura Averroes, el sabio morisco. Debo hacer notar que Averroes vivía en los tiempos del más tenebroso oscurantismo. La palingenesia.....

—Voto á cribas! exclamé yo, no más lucubraciones. Que hable Juan que no hace más que beber y reír.

—Sí, que hable dijo Cárlos.

Ricardo por su parte se había sentado, ó más bien se había dejado caer: gruesas gotas de sudor corrían por su frente. Como la ninfa Biblis de Mr. Ducis estaba literalmente derretido en agua.

—Bien, hablaré una vez por todas, dijo Juan, poniéndose de pié. Dicen los fisiologistas que los licores embriagantes llevan á su máximo de tensión las cualidades y los defectos de cada uno. Yo soy sóbrio de ideas y parco de palabras, y ahora reconozco que esa sobriedad y esa parsimonia, se han elevado á la cuarta potencia—al mutismo. El superlativo de *poco* es *nada*. Me callo, pues, pero reiré por todos.

—A mí me toca dijo Carlos reclamando el silencio, y echando para atrás el cabello que le circundaba la frente. Amigos míos, bebamos champaña y gocemos hasta más no poder esta felicidad nueva y desconocida para nosotros; sí, bebamos, el champaña es la vara mágica de las mil y una noches que trasforma la vida de pesares en horas de placeres, que riega y esparce

perfumes y sonrisas en nuestro camino, que cambia nuestras cabañas por palacios y nuestros harapos en regias vestiduras; arrojemos todo pesar y digamos con franqueza y osadía lo que superabunda en el corazón; todo, nuestros amores y nuestros ensueños, nuestras perfidias y nuestras deslealtades.

—Bueno, bravo, dijimos en coro.

—Dá tú el ejemplo, dije yo.

—Y bien señores, continuó Carlos, yo daré el ejemplo, pero bebamos porque lo que tengo que decir me causa miedo.

Todos bebimos, correspondiendo á la invitación de Carlos y celebrando su aire trágico.

El continuó.

—Yo tenía un amigo, un amor y una alma honrada, y todo lo he perdido. Yo idolatraba á una mujer, yo la amaba con amor intenso, con el amor primero, y ella me correspondía. Tenía un amigo, luz de mis ojos y espejo de mi alma, que era mi confidente y que endulzaba mi vida con la más noble afección del corazón humano. La mujer se llamaba Elena, el amigo está presente.

Todas las miradas se dirigieron hácia mí y yo no supe decir nada; verdad es que no entendía una palabra de lo que pasaba en Carlos.

Este continuó.

—Ese delirio de amor duró muy poco tiempo, porque la mujer me desechó por calumnias é in-

trigas del *amigo*, y pronunció esta palabra con un tono amargo é irónico.

—¿Cómo? dije yo que creí no haber oído bien.

—Más brandy, dijo Ricardo; mi cabeza es un tonel que ha perdido la llave; ya he dicho que sudaba á mares. Dadme brandy, el tonel tiene horror al vacío.

Se le sirvió una copa que apuró de un solo trago.

—Ahora sí, dijo con satisfacción, que siga Carlos con sus *lucubraciones*.

Decía yo, continuó éste, que el amigo fué un infame. . . .

—Qué dices le interrumpí. . . . esas chanzas son muy pesadas.

La partida llevaba ya un giro sério según era de ver el silencio y la actitud de los compañeros.

—No son chanzas ni recriminaciones, estoy haciendo una confesión, estoy arrancándome una saeta que me trae de algún tiempo acá, traspasado el corazón. Déjame decir una vez por todas lo que hay en mi alma, y después mátame siquieres, porque en mí ya no hay sino hastío.

Era tan de todo punto incomprensible lo que decía Carlos, y era este un lance tan del todo nuevo para mí, que no supe qué decir ni qué pensar.

El continuó.

—Esa mujer me olvidó; ese amigo era ya mi enemigo latente. Quedaba, pues hecho pedazos mi corazón. Lo oculté todo porque en el fondo ó en el fango de mi alma se rebullían agitadísimas ideas de venganza. Pues bien, me aconsejé con ellas y formé un plan infame. Ese plan lo he ejecutado quedando hoy lleno de orgullo y satisfacción criminal. El amigo, y me dirigió una mirada de hiena, amaba á una mujer tanto como yo amaba á Elena; por medio de mil calumnias y atrocidades logré desprestigiar al *amigo*; más aún, logré deshonar su primer amor.

—Qué dices, miserable, ahullé yo, apretando mi cabeza, temiendo que se me escapase la razón.

—Tú habías sido un infame, un traidor, gritó Carlos tratando de aturdirse con las recriminaciones. Tú habías sido...

Pero yo no lo dejé concluir, ebrio de furor le lancé mi copa llena aún de champaña, él me dió una bofetada y yo saqué mi pistola. . . . un tiro sonó y Carlos cayó bañado en sangre.

La puerta se abrió entonces con estrépito y. . . . yo desperté.

Me había dormido leyendo la báquica escena del carnaval del Judio Errante.

Al otro día abracé con más ternura á mis amigos á quienes referí lo que había soñado. Reimos entónces hasta derramar lágrimas. Ninguno de nosotros conocía aún el amor; y el champagne y el brandy eran un mito para el decidor Ricardo.

UNIVERSIDAD
EAFFIT[®]

Sala de Patrimonio Documental

XVIII

UNIVERSIDAD

FAAFIT

I
LA afición á la lectura de novelas se ha propagado extraordinariamente entre nosotros, en estos últimos años.

La novela es el libro que lee el joven de la elevada clase social, y el que devora el artesano en sus escasas horas de descanso; la novela está sobre el escritorio del hombre serio, en el perfumado retrete de la dama, en el rincón del pupitre del estudiante y en la oficina del empleado público.

No lo puedo ocultar: todos leemos novelas.

Unos buscan en ellas enseñanzas científicas ó históricas, otros la manera de sentir y de decir

bien: táles van en pos de las emociones, cuáles piden únicamente las bellezas del estilo; algunos quieren conocer á fondo las costumbres de otras sociedades, los paisajes de otra naturaleza, y no pocos buscamos ligeras enseñanzas, descanso para el espíritu contraído á rudas tareas y la distracción de hondas penalidades.

Se vive tan poco la vida buena entre nosotros, estamos tan acostumbrados á concentrar en nosotros mismos nuestras impresiones, que nada tiene de extraño que cada cuál se forme su sociedad imaginaria y anhele por la vida agitada del espíritu, merced á las grandes emociones que nos procuran las bellas letras.

Tomo la sociedad como se me presenta y las costumbres como son en realidad. Digo, pues, claramente: la novela se ha apoderado del hogar. Los libros, los periódicos, las revistas, las publicaciones ilustradas, las hojas de modas se han introducido cautelosamente á nuestras moradas trayendo consigo el enemigo temido, y los centinelas que velaban de continuo se han rendido á discreción: las matronas, las madres austeras y solícitas también leen novelas!

Las mujeres son en lo general las heroínas de la novela y las que procuran la popularidad de ella: Eso es natural. El hombre ocupado de continuo en los trabajos de la vida, evapora, por decirlo así, casi todas sus impresiones en la afa-

rosa agitación que lo preocupa; la novela lo saca por momentos de su pensamiento fijo, lo lleva á otros horizontes, pero no le deja tiempo para acostumbrarse á ellos.

No sucede así con las mujeres, y en especial con las mujeres de Antioquia. Estas viven de continuo en el hogar, no encuentran allí grandes preocupaciones, ni mucho que las distraiga. El ocio, su enemigo terrible, las entrega maniatadas al poder absorbente de la lectura. Su imaginación tropical, su sensibilidad exquisita, su naturaleza impresionable, hallan en ella alimento demasiado abundante y demasiado fuerte para su espíritu. El resultado pernicioso es indeclinable.

La novela no es precisamente el fruto prohibido, pero tampoco es el fruto permitido. Es algo de intermediario entre la realidad cuyas exigencias y deberes trata de suprimir, y las quimeras y los sueños vagos que pervierten no pocas veces las imaginaciones débiles. Desgraciada la mujer que busca en ella sus aspiraciones y modelos; desgraciada la que mide las tristes y prosaicas realidades de la vida con la vara mágica del idealismo. Todo será desengaño; todo se traducirá por tristeza sin causa determinante. Roto el gran resorte de la vida, todo acabará por el hastío.

Agréguese á esto la curiosidad tan natural en las hijas de Eva, el deseo de conocer á fondo

mundos nuevos, pasiones que la religión no les permite estudiar, y misterios entrevistos penosamente desde el fondo del hogar. De aquí se puede concluir lógicamente que la novela, y especialmente la novela francesa, tiene para las mujeres el sabor ácido de la fruta prohibida.

Ya lo he dicho, pero lo repito: la novela ha entrado al hogar: ese es un hecho consumado y no se puede pensar siquiera en hacer propaganda contra ella. Se trata ó debe tratarse al presente de poner remedio á los males que puede causar, y de hacer conocer los buenos y los malos libros para evitar en lo posible los peligros enunciados.

El hombre lleva á la casa el periódico que representa su parcialidad política: lee con gusto los artículos de fondo, y se solaza con las noticias sueltas, las crónicas tanto más celebradas cuanto más saturadas están del ají picante del personalismo; queda para la mujer el folletín; ni el uno ni la otra salen de la ancha línea que separa las secciones del periódico.

El hombre no lee de las publicaciones ilustradas sino lo que hace relación con los sucesos de actualidad; la lectura amena, las novelas, es decir, el fondo de resistencia de la Revista, queda para la familia.

Debería hacerse, por consiguiente, un estudio constante sobre las novelas que circulan en-

tre nosotros, y se prestaría un positivo servicio á la sociedad en llamar la atención sobre la moralidad ó inmoralidad de las que están en vía de publicación en los periódicos y revistas más importantes. Convenzámonos de esta verdad: no hay libro que no tenga importancia; no hay letra impresa que no se grabe en algún corazón; no hay idea que sea estéril en el mundo.

Los padres de familia no hacen el estudio que he indicado, y en lo general no están en aptitud de hacerlo. Las más de las veces celebran que el periódico tenga folletín, que les ahorra el gasto de comprar libros para la familia.

Pocos son los que caen en la cuenta de que el gasto de libros para el hogar es ineludible; son solícitos para rodear de comodidades á sus familias; no ahorran ningún gasto, especialmente si la vanidad queda satisfecha; pero al tratar de obras de lectura cierran los oídos, y dejan á sus esposas, á sus hijas, á sus hermanas en la tarea de conseguir libros por vía de préstamo.

El ahorro se consigue, los libros se obtienen pero las más de las veces la moralidad sufre en ello.

Que se me permita un desahogo íntimo.

De continuo los desheredados hijos de la fortuna tenemos que constituírnos en proveedores de libros para las clases acomodadas. Personas á quienes no debo ni un saludo me ocupan so-

pretexto de que tengo buen gusto, y hostigado, importunado, salgo como primero puedo del compromiso dando libros que, si están buenos en mis manos, por ser de cierta naturaleza mi constitución moral, no pueden ser adecuados al fin para el cual los entrego.

Mis libros en español, los libros de amena literatura, andan de mano en mano, pasan de retrete á retrete, y bajarán seguramente hasta las cocinas, pues vuelven á mi poder, si es que vuelven, despedazados y de una fisonomía inconocible. Han sido leídos, releídos, devorados.

No puedo negarlo; hay libros completamente inofensivos para los que conocemos el mundo y las pasiones, pero son nocivos para una juventud no preparada á recibir impresiones demasiado realistas. ¡Cuántos dramas domésticos, apenas entrevistos por la sociedad, deberán su existencia á lecturas perniciosas!

Reflexiónese un momento, ¿cuál será el efecto de una lectura de los *Misterios de París*, *El Assommoir*, *Nana*, *La señorita Giraud mi mujer*, *Mme. Fanny Mademoiselle de Maupin*?

Juan Jacobo Rousseau, que conocía el corazón humano, y más peligroso, en mi concepto, que Voltaire, escribía en la primera página de la Nueva Eloisa: "Si una joven lee dos líneas de este libro, está perdida." ¿Y por qué decía esto el filósofo ginebrino? Porque él comprendía que la lectura de su obra encendería en la cabeza y

en el corazón de una joven una fiebre generadora de grandes y terribles estragos.

Lo que Rousseau decía de su libro podría yo repetirlo á propósito de muchas novelas de Dumas, de Sue, de Jorge Sand, de Fernández y González que circulan de mano en mano en esta ciudad.

El orden de ideas desconocidas y los sentimientos nuevos que hacen nacer, la exaltación que procuran, la exhibición de pasiones desordenadas que son el tema obligado de dichas composiciones; esos transportes frenéticos, esos excesos ignorados, esos mundos de vicios que revelan, esas emociones violentas, esas impresiones corrosivas que desarrollan una sensibilidad febril en el alma, son causas eficientes de muchos trastornos de carácter íntimo en el hogar.

Milton, el gran poeta inglés, pinta con un admirable lujo de detalles el estado interior de la madre del género humano cuando el enemigo entró al Edén, salvando las murallas del jardín.

Ella no ha visto aún al Arcángel caído; no ha oído aún voz armoniosamente pérfida, y por lo mismo no ha cedido á sus sugerencias; y sin embargo adivina su presencia; yá está turbada. Su sueño, de ordinario tan suave y tan profundo, se ve agitado por voces y visiones extrañas. Ve otro mundo diferente al que habita, adivina, presente otras emociones y desea, ansía una vida diferente de la en que vive.

La verde sombra del Edén le parece ya menos suave; los frutos deliciosos perdieron para ella su antes regalado y exquisito sabor; las aguas murmuradoras no tienen ya música, y las canoras aves no sueltan al aura sino notas discordantes. El cielo es ya menos azul y el aire menos diáfano y sereno. Nada ha cambiado á su alrededor y todo le parece mudado, porque ella misma siéntese otra; son vanos los esfuerzos que hace para volver á la piel de su integridad.

Se aleja de Adán y le propone que sigan rutas distintas. Se separa de aquel que constituye su fuerza para ir á sostener los rosales del celeste jardín que están agobiados con el peso de las rosas; ata con un lazo de mirto las flores que inclinan sus corolas, y no cae en la cuenta de que ella misma, la más hermosa de las flores, no tiene su apoyo natural en el momento en que se oye acercarse la tempestad terrible.

Esta escena, que abre los anales de la humanidad, es á la vez una historia y una imagen:

El Edén es aún en nuestros días la dulce y casta vida del hogar doméstico: la pura y encantadora intimidad, en la cual no resuena ningún ruido exterior; la armonía de los sentimientos y de las ideas que hace descender el cielo á la tierra.

Si la novela naturalista entra al hogar, el idilio desaparece porque el enemigo de todo lo

que es bueno, de todo lo que es justo, de todo lo que es casto ha penetrado con su cortejo de ilusiones mentidas, de ideas falsas, de embriagadoras y peligrosas emociones, de sueños corruptores, de imágenes incendiarias.

Eva, porque, ay! Eva es inmortal, siente latir su corazón á su pesar, yá no busca la compañía de Adán, experimenta la necesidad de estar sola; y, lo estará en realidad? Nó, porque con ella están los sentimientos que otro le ha sugerido y las ideas que otro le ha inspirado. Es precisamente porque no está sola por lo que se separa del compañero de su vida.

El enemigo, como dice Milton, está yá en el aire que respira, en la luz que la ilumina, ejerce una influencia señalada sobre sus pensamientos durante el día y sobre sus sueños durante la noche.

II

Quiero estudiar el asunto por sus dos faces, la moral y la literaria. Permítaseme que abandone la primera al tratar de la segunda, que tome otro rumbo mi pensamiento hasta que pueda reunir las observaciones postreras en un paralelismo continuado.

Por fuerza seré breve y dejaré espigas intactas que otros segarán.

La novela es la forma más popular de la literatura contemporánea. Es la relación de aventuras imaginarias prestadas á la vida común; es una historia ficticia, escrita en prosa, en la cual el autor trata de excitar el interés, sea por el desarrollo de las pasiones, sea por la pintura de las costumbres, sea en fin por la singularidad de aventuras puramente imaginarias (*Definición de Bouillet.*)

El dominio de la novela es inmenso, es más vasto aún que el de la Historia, puesto que todo hecho real que ésta suministre puede llegar á ser el objeto de un trabajo de la imaginación, y puede dar lugar á continuaciones innumerables y caprichosas.

No hay género en la literatura á cuyo lado la novela no pueda colocarse tomándole prestados sus medios de acción. Se puede poner, y se ha puesto en novela la epopeya con sus maravillas, la tragedia con sus horrores, el drama con sus emociones, la comedia con su burlona jocosidad, el poema didáctico con sus enseñanzas, el idilio con sus graciosos cuadros, la filosofía con su moral, la religión con sus dogmas, la política con sus pasiones, la ciencia con sus descubrimientos y misterios, y, sobre todo, la historia con todos sus matices, con todos sus desarrollos, desde las menudas anécdotas de la crónica hasta las amplificaciones populares de la leyenda.

La novela elocuente, decía Villemain, en una conferencia, la novela apasionada, la novela moral y virtuosa es el poema épico de las naciones modernas, y Bulwer resumía las anteriores ideas en este pensamiento: *La novela es el atlas inmenso del mundo moral.*

No se me oculta que la Novela no tiene la gran serenidad de la Historia, la poderosa atracción del drama, ni contiene la síntesis de los grandes hechos de la epopeya; pero gracias á su flexibilidad se dirige á todas las clases sociales y se familiariza con ellas hasta el punto de no saberse al fin si las copia ó les sirve de modelo.

Se presta perfectamente á la pintura de las costumbres, al análisis de las pasiones, á la representación palpitante de los hechos históricos y á la difusión de las más intrincadas cuestiones morales y económicas.

La Novela dedicada al análisis de las pasiones humanas asciende hoy día á las más altas cimas de la filosofía, de la moral y de la poesía. Ha consagrado á este estudio paciente tanta finura, tanta imparcialidad, ha expuesto con tanto valor los males que nos devoran y que cada uno, como el gladiador romano, quiere ocultar; ha puesto con tanto relieve el egoísmo y la impotencia, que nadie puede poner en duda su penetración. Obligada á seguir las huellas de los sentimientos más fugaces y más delicados, ha

débito apelar y ha apelado á todos los recursos de la lengua. Ella trata naturalmente como suyas las cuestiones más difíciles, abarca con una sola mirada las revoluciones del hogar y las ambiciones hipócritas, se amolda á todas las situaciones y no economiza ninguna forma de pensamiento. Es la tribuna, es la conferencia, es la conversación íntima, es la predicación, es la enseñanza, es la correspondencia epistolar, es la voz universal de la sociedad con todos sus elementos, con todos sus gritos discordantes, con sus pasiones, con sus sentimientos, con sus ilusiones.

La Novela acepta todos los géneros literarios y es la tela de resistencia en que se ensayan todos los sistemas inventados por los retóricos. Ha tomado en nuestros días en la literatura el mismo puesto que tuvo la sonata en música hace sesenta años. Todos los maestros hicieron sonatas y los discípulos no se quedaron atrás. La Novela, pues, ha tenido su *Mozart*, su *Beethoven*, su *Haydn*, su *Dusseck*, su *Mendelson*, que lograron apoderarse del secreto de arrojar en un cuadro de convención obras inmortales. Después han venido los artistas de segundo, de tercero, de último orden que se han arrojado sobre la sonata literaria como sobre una presa fácil.

Surge de aquí ese diluvio de novelas que vomita diariamente la prensa de todos los países

y que parece inagotable como el ingenio humano.

Hay novelas de todas las clases y de todos los matices. Novelas de intrigas y de aventuras, novelas de amor, de capa y espada, de historia, de viajes, de arte, de fantasía, de filosofía, de religión, de fisiología, de enseñanza, de educación. Las hay para toda clase de público y para todas las regiones de la sociedad. Hay la novela popular, la del gran mundo, la del medio mundo—término enteramente parisiense; hay novelas de salón, de retrete, de alcoba, de taller, de claustro, de sacristía. Se pone en novela la vida propia y la de los demás; las ideas que se profesan y las que profesan otros. Por la novela se sostienen tesis, se las combate; se enseña, se vulgariza la ciencia; se causa escándalo; se conmueve; se calma; se derrumba, se reedifica la sociedad. Se libran batallas con las novelas: ejemplos: *Sibila*, *Mlle. de la Quintinie*; *Ella* y *El*, *El* y *Ella*. Se tratan á fondo todas las cuestiones que agitan la sociedad.

La Novela es lírica, esencialmente poética en Chateaubriand y Lamartine; es filosófica y social en Cervantes y Jorge Sand; es épica en Felón y Goethe; es histórica en Walter Scott y Augusto Maquet; es descriptiva en Fenimore Cooper y Balzac; estudia las costumbres en Lesage y Fernán Caballero; entra al hogar domés-

tico con Dickens y Madama Craven; da rienda á la más fogosa imaginación en Hoffman y en Edgard Poe, y recoge multitud de conocimientos científicos en Berthoud y en Julio Verne; es el recuerdo palpitante de una vida nómada en Luis Enault y en Mayne Reid, tiene por base asuntos patrióticos en Ereckman Chatrian y Pérez Galdós, ó se ocupa en enmarañados asuntos judiciales como en Gaboriau.

Cabe perfectamente en el género epistolar como *Clarisa Harlowe*; en páginas de diario como *Arturo*; en diálogo dramático como *Los Mosqueteros*; en narraciones largas pero exactas, robustas, matizadas de oportunas reflexiones, como el *Quijote*; acepta el autor y al público en medio de los personajes para que hagan el oficio del coro en drama antiguo, y en fin, admite diversidad de estilo y variedad en entonaciones.

Es un molde en que se vacía hasta llenarlo; la sociedad con sus vicios, sus virtudes, sus aspiraciones, sus esperanzas, sus gritos de odio ó de amor y el sinnúmero de pasiones que agitan al mando de arriba á abajo en una profusión inmensa. Es, en una palabra, vasta como la imaginación y movable como la sociedad, y escapa á toda definición, á toda regla, á toda traba.

Por desgracia se ha abusado de ella extraordinariamente en este siglo; se la ha saturado hasta la precipitación, de ideas materialistas, impías,

disociadoras, desvergonzadas y libertinas; ha servido de clarín, de bandera, de tribuna á todas las malas pasiones; ha removido la sociedad hasta el fondo deletéreo; ha alumbrado *á giorno* los antros más pavorosos del mundo, y en fin, ha causado tantos males, que no es inexplicable la aversión y el horror que le profesan grandes filósofos y profundos pensadores.

Mas, no puede revocarse á duda, que ella invade hoy por completo el hogar, puesto que como he dicho yá, la propagan los libros, las revistas, los periódicos, todos los órganos de la publicidad; la hoja seria, la frívola, la que trata de noticias, la que discute las cuestiones políticas de actualidad, la que recoge los ruidos de los salones ó las caprichosas invenciones de la moda.

La Novela habla en el tono de la conversación, refiere los hechos vulgares, fotografía el mundo visible y el invisible, se mueve con todos los personajes, y como en un espejo, va exhibiendo la sociedad y la invita á que se recree en todos sus halagos. Se sigue de aquí naturalmente que su importancia es grande, y se comprende que hay necesidad de convertirla á la buena causa, procurando la difusión de las buenas piezas en las clases más necesitadas, allí donde ha sido mayor el daño que ella misma ha causado. Hay que buscar el secreto á la lanza de Aquiles, hay que arrancarle el veneno á la víbora y dejarla

que se arrastre por el mundo como un lagarto inofensivo. Esa ha sido la idea generadora de *Fabiola*, de *Triganate* y de *Florángela*.

No cabe duda, por muy inclinados que seamos al optimismo, es grande y terrible la lucha que han abierto en el mundo social las lecturas perniciosas; grande y despiadada es la lucha del siglo contra la familia; palpitante es el antagonismo del espíritu mundano y del espíritu doméstico; numerosos, frecuentes y violentos son los ataques dirigidos á la santidad del hogar por las leyes, por las costumbres y por la prensa que grita *luz* y la pide como Goethe que no quería morir en medio de las tinieblas. Además, debe tenerse en cuenta que las pasiones están al servicio de las malas ideas y por tal motivo éstas hacen fácil carrera en el mundo, salvan todas las murallas, se infiltran en todos los corazones y causan profundos estragos. Las ideas buenas son lentas en producirse porque son de un carácter poco belicoso y no vuelan en alas de la imaginación. Por fortuna la Iglesia está de pié y hace frente al desborde de todas las pasiones; su brazo poderoso sostendrá al hogar y mantendrá inalterables los principios eternos de la justicia, de la moral y del derecho.

III

Podría hacerse un estudio interesante sobre la Novela en el presente siglo, mirada por todas

sus faces. Cada época, cada forma social exhibirían su sombra reflejada en las obras de imaginación. Ya se mostraría épica en los *Mártires*, fatalista en *Werther*, suave en *Mariana*, socialista en los *Misterios de París*, seria y serena como el deber en *Fabiola*, disociadora en *Lelia*, tierna en *Clemencia*, realista en *Madama Bovary*, llena de buen sentido en *Sibila*, y desvergonzada é impúdica en *Naná*. Pero ese estudio sería demasiado extenso, especialmente si para hacerlo interesante se desarrollara en trabajos críticos sobre cada autor y sobre las obras que forman su carácter típico.

Acaso pudiera observarse que los autores que cito no pertenecen al país en que escribo, y que las obras que pudiera criticar yá han hecho su camino en el mundo. Es verdad, pero también es de notarse que todo lo que posee Colombia sobre novelas es apenas un ensayo incompleto y muy reducido, que aún no ha formado ni pretendido formar escuela.

Los Pizarros de Felipe Pérez, *María* de Jorge Isaacs, *El Doctor Temis* de Angel Gaitán, *Martín Flórez* de Samper, *Manuela* de Eugenio Diaz, *Olivos y aceitunos* de Vergara y Vergara, *Teresa* de doña Soledad Acosta de Samper, *Travesuras de un tunante* de Rozo, *Don Alvaro* de Caicedo Rojas, *El siglo XIX* de Madieto, *Los embozados* de Torres Torrente, y otras pocas no

han tenido la resonancia suficiente, ni han caído en las masas para agitarlas é imprimir determinación á los espíritus. Su estudio no sería de una utilidad práctica por la faz por la cual miro el asunto.

Los libros que han ejercido influencia en nuestra sociedad han venido del viejo mundo, particularmente de la Francia que ha sabido siempre cautivar la atención de la humanidad, llevando en sus manos una antorcha con la que ilumina y enciende alternativamente á las viejas y á las nuevas sociedades. Algunos libros ingleses principian á hacerse populares, y la moderna literatura española se abre hoy ancho camino merced á Fernández y González, á Pedro Antonio de Alarcón, Trueba, Selgas, Escrich, María del Pilar Sinués de Marco, Juan Valera, Fernán Caballero, Pérez Galdós, Pereda, Tarrago y Mateos y otros más.

Claro es, pues, que debe dirigirse el estudio á la literatura ultramarina, y que entre las obras que marquen ó caractericen las especies se debe hacer tabla rasa de las que sean desconocidas de la generalidad de las personas á quienes va dirigido este trabajo.

Me ocuparé, pues, de la novela francesa, de la inglesa y de la española. Será este un viaje de turista, sin método, sin plan. Me detendré donde vea anchos horizontes, y pasará caprichosamen-

te de Jorge Sand á Octavio Feuillet, de Carlos Dickens á Fenimore Cooper, de Cervantes á Manzoni, de Balzac á Luis Enault, de Cherbuliez á Ohnet, de Dumas á Fernán Caballero.

El cuadro es muy vasto, y no sé hasta dónde podré abarcarlo; dependerá esto de la benevolencia de los que me sigan.

Una duda se me ocurre. Hechas con la más candorosa sencillez todas las sanas reflexiones que me sugieran el estudio y los recuerdos de largas lecturas ¿serán provechosos estos ensayos? Las novelas que año por año arrojan sobre América las empresas del Correo de Ultramar, de la Moda Elegante, de la Ilustración Hispano-americana y la casa editorial de Bouret, y las que introducen con poco criterio los antioqueños, hijos de la clase acomodada, que hacen su viaje obligado á Europa, las pocas que expende el comercio incipiente de libros y los folletines de largo aliento de los periódicos que nos envían de Bogotá, ¿dejarían de ser leídas por lo que yo diga en contra de ellas?

Ay! no me forjo ilusión alguna á este respecto; estoy trabajando un artículo de revista de esos que no se leen, pues son demasiado serios para el consumo inmediato de la lectura rápida del periódico. Fuera de eso, Julio Janín observa con malicia que al día siguiente de la publicación de *Madame Maupín*, de *Madame Bovary*, de

Fanny, del *Negocio Clemenceau*, del *Maldito* y de otras novelas de este jaez, de la escuela realista en que se hace burla del matrimonio, se alegan circunstancias atenuantes á favor del adulterio: al día siguiente de ponerse á la venta en las librerías de Calmann Levy, Charpentier ó Dentú esos pequeños volúmenes amarillos, verdes y azules que caían inmediatamente bajo la férula de la crítica sana, se hallaban al mismo tiempo en los más recónditos retretes de las damas, y eran devorados con la extraña voluptuosidad que sin duda debió sentir nuestra madre Eva al morder la fruta prohibida.

Viene ahora á mi memoria una imagen que he leído en Laserre ó en Ernesto Hello, y que explica bien mi pensamiento.

Un día, en los últimos tiempos del primer imperio, y cuando el sol de Austerlitz brillaba yá en el ocaso de la Francia gloriosa, había fiesta de recepción en el palacio de las Tullerías.

Se comprende bien cuáles serían el lujo y el brillo puestos de manifiesto en los grandes salones.

Aquí los hermosos cuadros de Claudio Lorena y de Poussin, allí los de Velásquez y de Murillo traídos por el Mariscal Sebastiani de España, en otra parte las estatuas recogidas por el primer cónsul en su invasión á la Italia, por doquiera tapices de los Gobelinos, medallones de

David un mundo revuelto de Mariscales, de grandes dignatarios, de embajadores y de mujeres distinguidas que ostentaban su lujo y su belleza.

Entre todo el mundo elegante que allí bullía descollaba naturalmente la figura, ya un poco entristecida del César, que hacía temblar aún la Europa, de Gibraltar á la ciudad de los hielos del Norte.

Sobre un extenso tapiz, ricamente adornado, estaba recostado indolentemente el hijo único de aquel Prometeo de los tiempos modernos que debía morir atado en la roca de Santa Helena. Mujeres hermosas luciendo diamantes y rubíes, sentadas sobre nubes de encajes, trataban de distraer al niño á quien llamaban el Rey de Roma.

Este se mostraba triste, descontento, é indiferente á lo que allí pasaba; parecía atormentado por alguna dolencia de carácter no definido; tal vez presentía las largas soledades de Schembrun!

El Emperador se le acercó.

—Qué tienes, hijo mío? le dijo.

—No sé, estoy fastidiado con todo eso; y mostraba con un gesto los cuadros, las estatuas, las obras maestras que llenaban los salones.

—Todo eso es el Arte, observó Napoleón.

—Me fatiga el ruido, me importunan esas conversaciones de batallas, no puedo compren-

der lo que tratan tantas personas que se pasean, y señalaba á Ney, á Murat, á Talleyrand, á Cambaceres, á Luciano.

—Todo eso es el Genio, la Gloria, la Fortuna.

—Esto me hastía, continuó el implacable niño señalando las damas de María Luisa y el mundo femenino que allí lucía.

—Esto es la Belleza, la Elegancia, el Lujo, dijo el Emperador con amargura. . . . ¿Qué es, pues, lo que deseas, qué podrá llenar tu ambición?

El niño se levantó, se dirigió á una ventana que estaba cerca y desde la cual se veía abajo el contraste de unos pilluelos, casi en harapos, jugando con el lodo en la calle.

—Yo quiero revolcarme con ellos! dijo señalándolos. *Hoc erat in votis.*

..... Del mismo modo ¡cuántos escritores y lectores olvidan el bello ideal de la vida, rechazan la exhibición de cuadros de pureza y de dignidad, y se solazan con las relaciones nauseabundas de combates en los figones de París, de excursiones en las alcantarillas como las que refiere Víctor Hugo, los lupanares de la Fille Elise y mil cosas más que bajan al hombre del nivel de su dignidad y no responden á los eternos tipos de la Gloria, del Deber, de la Belleza ó de la Virtud que tenemos en nuestros corazones, como signos inequívocos de nuestra redención.

IV

Varias son las condiciones indispensables de una buena novela, desde el punto de vista literario, y son los principales: verdad en los caracteres que se trazan; observaciones justas y delicadas, descripciones precisas que sirvan de marco al cuadro que se pinta, y sobre todo, que la relación sea vivaz y rápida.

Debe contener la idea filosófica en la relación, sin salirse de su cuadro; debe disimular la doctrina en el movimiento de los personajes; debe dar vida é interés al desarrollo de los caracteres, sin detrimento de la idea generadora; debe fundar y continuar á un mismo tiempo la enseñanza, el movimiento, el diálogo y las descripciones, y en fin su estilo como el ropaje de la estatua griega, debe dar mayor realce á la forma y puede así llegar á todas las direcciones del espíritu humano, satisfacer sus aspiraciones y mantener viva la emoción que es la cuerda universal que hacen vibrar los poetas, los oradores, los novelistas y los autores dramáticos.

En otros términos, toda novela debe constar de tres elementos principales: los caracteres, el diálogo y la acción. Caracteres bien definidos, puestos en relieve por los sucesos sin que el autor los explique ó los haga notar. Dumas es admirable á este respecto. Después de haber introducido al conocimiento perfecto del lector uno

de sus personajes, es imposible no reconocerlo aunque tenga careta. Los Mosqueteros tienen sus rasgos distintivos, y en una situación dada es fácil de comprender, de adivinar lo que harán, lo que dirán D' Artagnan, Athos, Portos y Aramis. Chicot es siempre fino, burlón, penetrante, desinteresado; conocida es la bonhomía de Pitou, trahisunto fiel de la primera juventud de Dumas, y es imposible olvidar la gallardía de Bussy d' Anglas.

El diálogo ha de ser animado, rápido y debe dibujar los caracteres. En otra época el novelista se contentaba con analizar; con leer en cierto modo en el alma de sus personajes y explicar hasta sus menores palabras; como en el coro del drama antiguo se interponía constantemente entre el personaje y el lector para dar cuenta del movimiento general del libro. Hoy día, desde Walter Scott, cada personaje se exhibe por su cuenta y en el diálogo se descubren los hechos y los pensamientos mas recónditos, dejándose muchas veces al lector que adivine lo que no está escrito en el libro.

Puede decirse que la novela es un drama; la descripción hace las veces de las decoraciones, la relación indica el movimiento escénico, pero son los diálogos los que componen el fondo mismo y el tejido de la obra.

Por lo que hace al espíritu de la novela, á su idea dominante, es evidente á todas luces que

ante todo debe respetar las buenas costumbres, que debe proponerse un fin laudable. Esa es ó debe ser la condición primera en el género literario: no puede escribir bien por ningún respecto quien está saturado de ideas dissociadoras é inmorales. La licencia es corrosiva, la depravación es disolvente, la negación destruye y no edifica, el desarreglo de las ideas y de las costumbres no puede producir sino el desorden y la ruina. Así, á priori, se puede asegurar que ninguna novela de Voltaire, ó de Rousseau, ó de Diderot, ó de Pigault Lebrún, es buena. Jorge Sand, gran novelista por lo que respecta al arte, vivió siempre en lucha abierta con las buenas costumbres, y muy joven rompió los lazos de un matrimonio que consideraba como yugo odioso, y al mismo tiempo que llevaba una vida relajada escribió novelas que no pueden ser peores por las ideas dissociadoras que contienen.

Aparentemente la Novela es un género fácil porque no requiere el gran caudal de ideas propias y de erudición que exige la Historia; ni el delicadísimo cincelaje del Poema, ni el conocimiento acabado del corazón humano y de los recursos escénicos del Drama. Pero todo eso y más grandes recursos de estilo caben en el golfo inmenso de la novela.

Hay más: para el que quiera guardar, al escribirla, toda su seguridad de conciencia y que-

dar satisfecho por no haber ejecutado una acción mala, se le presentan obstáculos y dificultades de no poca gravedad. Según Pontmartín, si pinta demasiado bella la vida, suficientemente noble el corazón humano, muy vivo el fuego de los sentimientos y de los caracteres, inefables las dulzuras de la pasión compartida, exalta por ello las imaginaciones y las almas, las trasporta á un mundo quimérico, yá acariciado y entrevisto en el secreto de los sueños, y cuando vuelven de allí al mundo real, no pueden ni sostener las luchas ni practicar los deberes que comporta la vida; han perdido el gusto de lo positivo y de lo verdadero y se sienten hastiados por esa dosis de amargura que se mezcla acá abajo á todos los afectos y aun á todas las alegrías.

Si al contrario la Novela se complace en reproducir, en fotografiar las miserias, las indignidades, las torpezas de una sociedad pervertida, muestra la vida en lo que tiene de más cruel, de más odioso, de más aterrador ó de un aspecto deforme, deja un gran abatimiento en el ánimo, nos desarma en el combate por el bien, es un mundo donde todo es mal, y deja como un sedimento de disolución en los grandes caracteres.

De esos extremos viciosos puede pasarse á un justo medio real, positivo, sin exageración y al mismo tiempo revestido de los encantos que la imaginación y el decoro saben combinar.

XIX

UN PASEO POR LAS RIFAS

* * El artículo que va á leerse, á continuación, fué publicado, anónimo, en *El Heraldó*, y tuvo por objeto únicamente llamar la atención del público y de la policía sobre las rifas que á la sazón se verificaban, y en las cuales se cometían, en lo general, muchos abusos.

El artículo produjo su efecto. La sanción social cayó sobre tales rifas, y la policía las suprimió. El artículo fué pues, una buena acción, y con ese carácter lo recojo en este volúmen. * *

Sala de Patrimonio Documental

VEINTE años hace que soy abogado de los Tribunales de la República, y veintiseis que estoy unido en matrimonio con una de las mujeres más virtuosas de Medellín; de estas premisas deducirá el lector que soy hombre de experiencia, de escasa fortuna y de numerosa familia; y á fe que no se equivocará.

Como la abogacía produce ahora muy poco por haberse aumentado el número de abogados

y disminuido el de negocios de importancia, y como por otra parte día por día es más cara la vida en esta ciudad, resolví hace poco tiempo consagrarme á un oficio más lucrativo, y escogí el del comercio.

Consulté el punto con algunos comerciantes y todos á una me aconsejaron que desistiera de la empresa, y me hicieron una descripción horripilante del mal estado del oficio.

Uno de ellos, sin embargo, me dijo que si yo me resolvía á entrar de lleno en una nueva especulación podría hacer alguna cosa de provecho.

Supliquéle se explicara, y él lo hizo en estos términos:

“Hay ahora un método exquisito para vender pronto y á un precio subido todas las mercancías y aquellos objetos de poco valor que aquí llamamos *huesos*; y es el de las rifas, que el vulgo ha dado en llamar *micas*. Pues, señor, se escogen algunos efectos de poco valor y de deshecho, en su mayor parte, como aritos de vidrio, prendedores de cobre, cintas, jabones, lápices, botones de camisa y navajas alemanas, y se agregan diez ó doce objetos de valor, como relojes, monedas de oro y trajes, y con todo eso se forma la rifa.”

“Supongamos que el valor de tales objetos sea el de \$ 800; se dice que han sido avaluados en 1,600, y como ninguno ha de ir á rec-

tificar las operaciones, se tiene desde el principio duplicado el capital. A esos \$ 1,600 se agregan 400 que representan, aunque en escala muy aumentada, los gastos de instalación, derechos fiscales, alquiler de tienda y trabajo personal.”

“Los dos mil pesos representarán cinco mil boletas de á cuatro reales, y se hace la división conveniente para que una cuarta, quinta, ó sexta parte de dichas boletas represente los premios; las demas son boletas blancas. Luego se fijan anuncios, se hace una invitación á los revendedores de la plaza, se hace tocar el tambor de guerra y se abre campaña contra los papamoscas de esta ciudad, que somos muchos.”

“Se procura, *de algún modo*, que á las primeras boletas salga un premio de importancia que acredite la rifa, y que los otros de igual naturaleza *se asienten* hasta el fin. ¿Qué halago tendría una rifa si los grandes premios salieran pronto?

“Si la conciencia del dueño de la rifa es elástica (y hay algunas de legítimo caucho), se puede renovar de tiempo en tiempo la provisión de boletas blancas.

“Así, al cabo de diez ó doce días, se ha terminado la primera rifa, y con un caudal de experiencia se principia la segunda.

“Por lo demás, es muy puesto en razón que el empresario de la rifa compre á menosprecio

los objetos de algún valor que ganen las personas que no los necesiten. Qué haría un leñador con un reloj de sobremesa? Para qué serviría á un revendedor de maíz un tintero de campana?"

Luego se desató el amigo en murmuraciones que no prohió porque creo que aún hay aquí sanción moral que abrumaría con su peso á los estafadores de que él hablaba.

Y me sostengo en que hay sanción moral, porque están palpitantes los ejemplos que exhiben las quiebras fraudulentas. *Perdurable* es la cuarentena que la buena sociedad impone al que se *quiebra y no se raja*.

Pero sea de ello lo que fuere, á mí no me pareció decente ni legal el negocio, cual se me presentaba.

—Desisto de la empresa de hacerme comerciante, le dije.

—Piensas bien, me contestó. Por otra parte, el negocio como ha sido muy lucrativo será explotado hasta que venga por los suelos. Todo el que consiga acreditar un negocio cuenta con una concurrencia abrumadora: tenemos muy malos hábitos á ese respecto.

Yo he dicho que soy casado y con agregar que mi esposa y mis cinco hijas oyeron hablar

mucho del asunto de las rifas y aun vieron algunos premios que los papanatas que los consiguen tienen gusto en exhibir, se comprenderá sin esfuerzo que se hicieron partidarias de ellas con esa locura y entusiasmo de nuestra raza *moro-índica*.

Principió entonces una lucha desesperada de opiniones y de intereses en mi hogar.

—Presentación, dije á mi esposa, la economía política y el buen sentido reprueban esas especulaciones. Mira lo que escriben á ese respecto Chevalier, Say, Bastiat, Stuart Mill y Baudrillard, mis autores favoritos.

—Esas son generalidades, me contestó ella: las rifas actuales no tienen tipo en las fantasías de los sabios: á fe que fulano, zutano, mengano (y no le alcanzaron dedos para la lista) no se tomaron la pena de estudiar la ciencia cuando arriesgaron unas pocas monedas por objetos de lujo que han conseguido

—Verdad es, le repliqué; pero en esas rifas se sabe quiénes ganan y no quiénes pierden; aquellos están en una minoría que los hace muy visibles; y los otros se guardan bien de publicar su bonhomía (y aquí usé un sustantivo más expresivo). Sucede en esto como con los avisos de Holloway: se dice en ellos qué enfermedades cura esa panacea, pero no habla de las que procura, que son en número mayor. Son muchos los llamados, pero pocos los escogidos.

—Tú puedes ser de los últimos, insistió mi esposa. Si yo estuviera en tu lugar arriesgaría unos veinte ó treinta pesos con esperanzas de recoger algunas joyas para las muchachas, algunos muebles para la casa, y en fin, objetos de valor para tu gasto personal.

Debo confesar mi pecado; resistí muy débilmente, y al fin me dejé vencer.

Tomé entonces cuarenta pesos que un cliente me había pagado en esos días, y acompañado de una criada que Presentación se empeñó en que llevara, fui á probar fortuna á cada una de las rifas.

Llegué á una de mucho nombre, y el dueño de ella me conoció mi estrella, puesto que hizo apartar la bandada de ociosos que concurren allí para pescar alguna cosa, y me brindó con la mirada un puesto honorífico.

Pedí diez boletas. . . . y resultaron blancas;.... pedí otras diez y, no sé cómo explicarlo, también resultaron blancas. Avergonzado y al mismo tiempo con cierto despecho cuya naturaleza me era hasta entonces desconocida, pedí otras cinco, y entre estas salió una con un número. Lo leí con cierta palpitación agradable. . . . 315. . . .

Un naipe! me dijeron del interior; y lo pusieron en mis manos.

Lo tomé con algún rubor. ¡Tal vez sería esa la primera ocasión que llegaba á mis manos semejante *alhaja!*

Vaya, no está malo me dije, cuesta un condor; siquiera llevaré á mi casa un elemento de moralidad.

Pasé á otra tienda.

Allí todas las boletas eran premiadas; pero qué premios, Dios mio!

Pedí cuarenta boletas y previne á la criada arreglara el canasto. Saqué números del dos mil al ocho mil. Los del segundo millar tenían todos por premio un par de aritos de vidrio amarillo gutagamba; los del tercer millar eran premiados con un lápiz de papel; los del cuarto con un prendedor de cobre; los del quinto con un dedal de id.; los del sexto, con cuatro cigarros sin olor y sin sabor; y los del sétimo con una docena de cintas mareadas.

Sudé de vergüenza al ver que echaban tanta basura al canasto.

Pasé á otra.

Allí había joyas en profusión: todo parecía oro.

Pedí varias boletas sucesivamente, y después de haber sacado muchas blancas, hallé una premiada con un pendiente muy hermoso.

Al fin, exclamé para mis adentros; la suerte es propicia para mí.

El rifador que hacía dos días no despegaba sino boletas blancas, respiró con el premio mio é

hizo un alto, y con voz enfática y rostro radiante dijo: "Ese pendiente Collins vale doce fuertes, según el avalúo, el que mostró á los más cercanos".

Un amigo mío, persona muy avisada, me sopló al oído estas palabras: "Collins y cobre son sinónimos, venda el pendiente por cualquier cosa, al mismo rifador."

Dije entonces á éste:—Le cedó el pendiente por la mitad de su valor.

El interpelado se rascó la cabeza y moduló una excusa en tono menor. Por fin dijo haciendo un esfuerzo heróico: doy por él dos pesos, en boletas.

Acepté y----- salieron blancas.

No quise insistir más en esa rifa y pasé á otra.

Allí había *chécheres*, perfumería, objetos de botica, vinos y encurtidos.

Pedí varias boletas y obtuve por premios, un dedal de cobre, una botellita microscópica que decía contener una agua de olor, un frasco con encurtidos deshechos y unas cápsulas de Matico.

Un tunante me sopló al oído: diga que le cambien el frasco de encurtido por boletas blancas, que estas al menos no le producirán dolores de estómago. Dicho y hecho, me cambiaron el frasco por papeletas que resultaron blancas.

Por lo que hace á las cápsulas, como yo no conocía ese medicamento pedí explicaciones á unos pepitos que me cercaban, y por la facilidad con que me espetaron una teoría terapéutica comprendí que eran personas de experiencia en el asunto y les cedí mi premio por cualquier cosa.

A mí no me servía, mientras que para ellos podía ser de suma utilidad.

Pasé á otra rifa.

Allí no había sino paraguas antediluvianos, pañuelos rabo de gallo, botines de la moda del año.... (no recuerdo la fecha en que don Gregorio fué introductor), &.

Allí saqué un sombrero de *pelo* color gris: exquisito para un disfraz.

—Algún día ha de haber fiestas en la Candelaria, me dije por único consuelo.

Pasé á otra rifa. Dí allí los cuatro pesos que me restaban y en cambio me gratificaron con ocho tambores de hilo, una docena de broches y $\frac{8}{8000}$ de un caballo y de una yegua.

Como alcancé á comprender que se rifarán esos animales dentro de unos cuatro ó cinco años que se hayan colocado todas las boletas y hayan llegado á ser ciudadanos ó mayores de edad los supradichos animales, ofrecí mis derechos perdiendo un ochenta por ciento y no hallé postor.

Sudando á mares y en un estado de irritación nerviosa incalculable regresé á mi casa.

Imposible sería pintar la ansiedad con que se me aguardaba.

Hice sacar los productos de la rifa y dije á mi esposa y á mis hijas.

Veán ustedes esta exposición y la factura.

Una baraja que vale 10 cs. costó... \$ 10 00

Diez pares de aritos

vidrio	20 "	"	1 00
--------------	------	---	------

Dos id. quebrados...	00 "	"	0 20
----------------------	------	---	------

Cintas, dedales, broches, tambores de hilo, sombrero de <i>pelo</i> , &....	35 "	"	28 80
---	------	---	-------

Total.....	65 cs.		\$ 40 00
------------	--------	--	----------

Aterrada quedó mi familia, mas yo que había recuperado poco á poco mi buen humor, principié á hacer la distribución de *chécheres*.

Dí á las muchachas los aritos de vidrio (no eran de vidrio, eran de espuma de vidrio, con soplarlos.....con verlos se quebraban); Rafaelita fué la propietaria de los prendedores de cobre, y en nombre de sus muñecas los regateó porque estaban apachurrados; Presentación llevó los tambores de hilo y los broches, y la criada los dedales y las cintas. Para mí el sombrero de *pelo*.

Un amigo que presenciaba la escena, me dijo con tono serio.

—Ha salido bien librado en la empresa y precisamente ha ganado usted al perder la ilusión de las rifas. Supóngase por un momento que la suerte le hubiera sido propicia; habría sacado cucharas de madera labrada, tarjeteros ú otros objetos de lujo que no necesita, pero que le costarían dinero que le hace falta, y en cambio de esa ganancia de tan poca importancia abriría usted esa puerta al lujo, y suministraría un respiradero á la violenta pasión del juego. Lo felicito pues, por haber escapado de ese peligro.

Reconocí la verdad de esas observaciones y á mi vez eché otro párrafo de moral á la familia sobre la fosa entreabierta de mis cuarenta pesos.

Al día siguiente, que era viernes (día de San Zacarías), no amanecieron en casa sino dos fuertes. Con el uno marchó la cocinera á comprar las materias primeras para el almuerzo, y habiendo vuelto azorada y affligida por haberlo perdido en la plaza, marchó la *dentrodera* con el otro; pero como el cuervo del arca, no regresó.

Sospechando la causa de ambos sucesos, puse en confesión á la cocinera que nos tenía gran cariño y ella deshecha en lágrimas, como la ninfa Biblis, me dijo que con otras cocineras había ido á probar suerte en una rifa, como lo ha-

cían casi todas las mañanas, y que sin pensarlo se había engolosinado y perdido todo el peso.

Supe entónces, escandalizado, que muchos sirvientes é hijos de familia caen día por día en la tentación de robar alguna cosa para probar fortuna en las rifas.

Me propuse en consecuencia hacerlo saber á la policía y llamar la atención de ésta y del respectivo empleado de hacienda á las nuevas doctrinas consignadas en la ley 213. Está en sus manos cortar de raíz los abusos que diariamente cometen los dueños de las rifas enunciadas.

La nueva industria se propaga en estos momentos por todo el Estado, y con un poco de prudencia y vigilancia por parte de las autoridades, se puede hacer mucho bien á los hombres de buena fe. Ojalá que la historia de mis cuarenta pesos salve á algunos de las redes que les han tendido los que no quieren vivir yá sino del engaño y de la impostura.

Por lo que hace á mí, puedo asegurar con entera certidumbre que, Dios mediante, no volveré á las rifas.

Medellín, 4 de Diciembre de 1871.



XX

SANTA TERESA DE JESUS

Voy á ocuparme de una de las más grandes glorias literarias de la España, y de uno de los más bellos caracteres de la historia.

Voy á hablar de Santa Teresa de Jesús, y principiaré por confesar sinceramente que sus obras literarias me eran desconocidas hasta hace poco tiempo, y que si tenía por ella una vivísima simpatía—hablando el lenguaje del mundo—debíase á que conocía algo de su vida, á que había aprendido á recitar desde las bancas del Colegio dos ó tres de sus producciones literarias, y á que me sorprendía intuitivamente el talento que revelaba la fundadora de las más poderosas y vitales constituciones monásticas que han conocido los siglos.

Mi aversión inmotivada é injustificable por la clásica literatura española, me había retraído de hacer un estudio, aunque fuera rápido, de las obras literarias de la Santa, y si al fin lo hice se debe á que, por una feliz casualidad, cayeron en mis manos algunos volúmenes de la traducción al francés de Bouix; y con el pasaporte del idioma de Bossuet y de Pascal pude saborear las bellezas que encierran los trabajos literarios de la Santa é inimitable escritora española que, desde el fondo del monasterio de Ávila, dirigió magistralmente gran número de conventos españoles. Comprendí entonces que sí merecían la lectura del original, obras que pasaban al través de los idiomas conservando un perfume grato y exquisito, y que producían en este siglo, tan poco espiritualista, tan inefables arrobamientos.

Sin embargo, también debo confesarlo, me sorprendió un poco el lenguaje de la Santa, y tuve que hacerme alguna violencia para continuar la lectura emprendida en varias ocasiones. Más tarde, cuando conocí mejor su vida, me fué fácil hallar la clave de su lenguaje, y la naturaleza íntima de sus producciones literarias.

Algo semejante me había ocurrido en otro tiempo con la lectura del precioso libro llamado *La imitación de Cristo*. Había querido leerlo en medio de los rumores del mundo, y cuando mi

corazón unísono con los suaves arrobamientos de la primavera de la vida cantaba los dulces ensueños y los mágicos delirios de la juventud. La primera impresión me fué desagradable; mi espíritu se rebeló contra la dureza del yugo, pero poco á poco se fué doblegando, hasta hallar el sentido íntimo de esas frases tan sencillas y tan sublimes. Reconocí al fin el soplo divino que recorre y anima ese libro desde la primera hasta la última de sus páginas.

La bienaventurada Teresa de Jesús, honra y gloria de las esposas de Cristo, nació en 1515 en Avila, de una familia noble y rica.

Desde temprano se manifestó en ella el fervor religioso que fué su aureola en el mundo. Todavía sin comprender la grandeza de los sacrificios humanos en holocausto de la excelsitud de la fe, se lanzó al país de los Moros, con su hermano Lorenzo de Cepeda, para encontrar el martirio que había de convertir en mariposa de los cielos el gusano de la tierra. Esos niños sublimes fueron recogidos y devueltos al hogar paterno, pero entonces quisieron hacerse anacoretas para hallar en la soledad el corazón de Dios, lejos de los vanos rumores del mundo en que vivían. ¡Locuras encantadoras, heroísmo sencillo y sublime de una infancia que buscaba precozmen-

te la acción, cambiando las rosas por los laureles, y la muelle vida por los largos é inagotables martirios del cuerpo en la lucha con el espíritu!

Sin embargo, esa niña tuvo al entrar en la edad de la juventud gusto por las vanidades y esplendores del mundo, y más tarde se acusaba ella de esos defectos, casi impersonales, con una amargura y un pesar que sólo pueden surgir de las grandes faltas y de los más dolorosos remordimientos. Ella decía con el poeta: *Delicta juventutis mea ne memineras, Domine!*

Al fin esa niña encantadora, inocentemente coqueta, feliz cuando agradaba y que se inclinaba á las conversaciones frívolas, como la flor se inclina á las sollicitaciones del viento ó de la brisa, renunció al mundo y á sus pompas, y llegó á ser una esposa de Cristo ardientemente casta y tiernamente austera; una carmelita incomparable que concentró todo su ardor en la reforma de su Orden, hasta darle un tono de severidad y de grandeza que aún conserva y que será perdurable, porque lleva el sello de lo que es eternamente grande y poderosamente bueno.

Mi pluma tropieza aquí con una grave cuestión que debo tratar rápidamente.

¿Para qué sirven los conventos?

Ya oigo los insultos, las calumnias, y las blasfemias que vomitan los libres pensadores al hablar de esas casas de oración en que se ve resplandecer uno de los más bellos diamantes de la corona de Cristo, el alma de Santa Teresa de Jesús.

¿Por qué, dicen los que han aprendido á ser creyentes en *Los Miserables* de Victor Hugo, por qué en este mundo tan bien ordenado, obra de un Sér omnipotente que no tiene otros límites que su propia sabiduría, y no sigue otras aspiraciones que las de su propia bondad, en donde para cada necesidad hay su satisfacción y para cada deseo su realidad, se desvían algunos de sus hijos, á contrarestar las leyes admirables de la naturaleza, formando el vacío á su alrededor y dejando pasar su días en los tormentos y en la desolación?

¡Cómo se conoce el lenguaje falaz y estéril de la carne, y cómo olvidan la pequeñez de la vida y la eternidad que ha da seguir!

Esta vida nos enseña que hay otra y nos forma para ella; y no es completa y no tiene una explicación razonable sino con relación á la futura. Por sus placeres como por sus penas, por sus derechos como por sus deberes nos desprende de ella misma, haciéndonos conocer su insuficiencia y elevándonos hasta Dios que es la última palabra del enigma.

La vida religiosa se deriva de aquellas palabras dichas por Jesús á Marta, cuando ésta se quejaba de María, porque no le ayudaba en sus faenas domésticas, por estar absorta en la contemplación de Dios: "María ha elegido la mejor parte y no le será quitada." Esa palabra del Salvador, fecunda y explícita ha sido la verdadera fuente de las instituciones religiosas.

Hay almas que experimentan la necesidad de apartarse de los cuidados del mundo y de las agitaciones de la vida material, para librarse de las tempestades de su propio corazón y escuchar en su interior esa voz del Cristo que hablaba á María. La decadencia y la corrupción de la naturaleza humana, exigen las naturalezas místicas que han de conservar intacto el sello de la grandeza de ese habitante desterrado del paraiso, pero que puede volver á él por la purificación y la fuerza de la gracia. El mundo necesita, en el desborde creciente del materialismo, de esos oasis en que la oración se eleva incesantemente hácia Dios y en que las virtudes florecen como en su propio verjel, para presentar á la sociedad el ideal de la perfección cristiana. En fin, la sociedad humana, tan grande y tan pequeña á la vez, necesita del refuerzo de esos batallones sagrados que la auxilian en sus desfallecimientos, la sostienen en sus peligros y la defienden contra la influencia del materialismo, porque si las creencias espirituales

se debilitan y caen, la sociedad se deshará en pedazos como el cadáver á quien ha abandonado el alma y la putrefacción ha descompuesto.

Vuelvo á Santa Teresa.

Ella no fué propiamente hablando una literata; su genio es de un carácter distinto. Su grandeza es la santidad, y es por eso por lo que hay que buscar el punto de vista desde el cual deben estudiarse sus obras tan precisas y severas.

La oración, esa unión con Dios, esa bálsamo que vivifica, esa luz que alumbraba, hizo á Teresa de Jesús una Santa, y esa santidad irradió sobre su carácter, su talento, su vigor corporal y su lenguaje, y llenó de inefables luces y de tonos admirables todo lo que de ella nos ha quedado.

Vuelvo á decirlo, atendiendo á lo que resulta de sus escritos y por lo que enseña su historia peregrina, ella no fué una literata, en el sentido riguroso de la palabra, y si la posteridad le ha dado este título es por que, demasiado infatuada con el genio, quiere hacer suyas, es decir, páginas del mundo, las que fueron escritas al resplandor del más ardiente, del más puro de los amores.

Sus principales obras son: *El discurso ó relación de su vida*, *El camino de la perfección*,

El libro de las fundaciones, El castillo interior ó las moradas, Los conceptos de amor de Dios, Poesías y Cartas.

De éstas, la más inspirada es, sin duda, la de las *moradas*; se ve por el tono del estilo, por la claridad de sus ideas y por su elegante sencillez de colorido que fué escrita en un continuo arrobamiento. No se ve en esas páginas encantadoras ningún esfuerzo de inteligencia, y al contrario la pluma no podía seguir el vuelo rápido del pensamiento que fluía de esa mano esplendorosa. Ese libro fué inspirado; no tienen otra explicación la luz y el fuego que reflejan é irradian esas páginas.

Sus cartas tienen tal vez más personalidad y más gracias que sus otras obras, y es imposible no ver en cada frase, en cada palabra á esa esposa de Cristo que ha subido durante cuarenta años, cada día una grada, la escala de la perfección cristiana.

Su lenguaje es á veces demasiado sencillo, muy rarificado para el espesor de nuestro espíritu, permítaseme la expresión. La sencillez perjudica aquí, en cierto modo, al genio, como un aire demasiado puro, recargado de oxígeno sería nocivo á la salud.

A mi modo de ver su estilo tiene tres faces distintas según que hable de Dios, del hombre ó de la naturaleza; cuando habla de Dios es una

aspiración y un suspiro inmortal; cuando habla de la especie humana no olvida su extrema miseria ni su extrema grandeza, no la adula ni la humilla, le habla con esa verdad amorosa que enseña sin herir; y cuando habla de la naturaleza quiere reconstituir ó hacer revivir la antigua armonía que debió existir antes del pecado original entre el hombre y los demás seres de la creación.

Cuando habla de Dios, el fuego místico que la consume es blanco como la nieve, en fuerza de su concentración, y será por eso, quizá, por lo que algunos espíritus superficiales hallan sin coloración y sin fulgores esa llama divinizada que ha perdido el escarlata de la llama humana. ¿Quién distingue la luz de una lámpara en pleno día, cuando su gota de claridad se ahoga en el océano de los rayos solares?

Y sin embargo esa mujer admirable, que sorprendió al mismo Voltaire, por sus grandes talentos, su vigorosa maestría en el Gobierno y su purísima vida, había nacido y desarrolládose sin grandes capacidades, y formádose en el tipo más común de una monja carmelita; pero apoyada en la oración, como en una columna milagrosa, se elevó á una grande altura y se sostuvo como el águila serena, descubriendo siempre grandes y luminosos horizontes en el cielo del misticismo.

Su cuerpo, que se retorció bajo la presión de las más crueles enfermedades, se plegó á la acción de la anestesia moral debida á la oración, habiendo llegado á vivir sesenta y siete años con la existencia más completa y más fecunda, fundando, visitando y dirigiendo treinta conventos y desplegando una firmeza, una ciencia de los obstáculos y un buen sentido que pocos gobernantes han llegado á poseer en grado tan excelso.

Esa mujer eminente por la santidad de su vida, la autoridad de su palabra, el fulgor de su talento, la integridad de su fe y la energía de su carácter, se trasfiguró en ángel, rindiendo su existencia en 1582, en el convento de Alba, después del más inefable y del más prolongado de sus éxtasis.

Medellín, 2 de Agosto de 1872.

Sala de Patrimonio Documental



XXI

LA POESIA

EL que haya seguido con algún interés el movimiento de la literatura colombiana en la época presente, habrá notado con tristeza, que á medida que se van extendiendo y generalizando los conocimientos literarios, ha ido perdiendo su riqueza y su originalidad la literatura nacional. La mucha luz ha perjudicado al colorido, y el aumento de la superficie ha venido en detrimento de la profundidad.

Será esa una ley indeclinable del progreso? Habremos llegado al más alto grado de civilización literaria y estaremos en la via de la descensión opuesta? Se habrá extraviado en su ruta la civilización en Colombia?

No, evidentemente no. La riqueza literaria es inmensa, y los siglos se suceden á los siglos

sin que se agote, ni se merme el riquísimo venere que la humanidad explota diariamente, y cuyo metal amonedan los sabios en beneficio de la posteridad.

Evidentemente no; porque la literatura obedece á una ley general del desarrollo armónico de las nacionalidades: y es un hecho tangible que en las ciencias, como en las artes, como en la práctica de las instituciones libres y generosas somos un pueblo enteramente nuevo, y necesitamos largos años de paz para el completo desarrollo de nuestras fuerzas vitales.

Evidentemente no; porque nuestra literatura, dimanada de la española é ingertada en la francesa, apenas ha principiado á adquirir su sello propio y original; y la literatura de un pueblo siendo el espejo de sus costumbres, de sus creencias y de su manera de ser y de vivir, debe contar por días los años de su existencia y por períodos los siglos de su desarrollo.

Evidentemente no; porque salvo el afrancesamiento, y con él cierto virus materialista, la literatura colombiana sigue el rumbo preciso que la ha de llevar á sus altos y magníficos destinos.

Y sin embargo de todo eso, que es exacto hasta la altura de la evidencia axiomática, no se puede menos de notar la postración del sentimiento literario en Colombia.

Es crecido, es sorprendente el número de publicaciones literarias que se dan á la luz actualmente en la República; cada Estado tiene tres ó cuatro periódicos literarios, fuera del crecidísimo número de los que asumen á la vez el carácter de políticos y de los que han dado en llamarse filosóficos y religiosos. Pues á ese respecto es de consignarse aquí que siendo la literatura una cosa baladí para algunos espíritus juveniles, hastiados por su desarrollo prematuro, se han lanzado á la arena periodística á *estudiar* (y no digo la palabra que expresa la idea precisa), á *estudiar* las grandes cuestiones religiosas y sociales que han preocupado á la humanidad, y á explicar, por intuición, los grandes secretos de la vida y de la muerte. Registrad el periodismo colombiano de otros tiempos, leed con detención lo más exagerado de la prensa irreligiosa, y decidme si hallais alguna cosa tan atrevida, tan vergonzosa y tan orgullosamente estúpida como los periódicos racionalistas de la actualidad.

En una época, no muy lejana de nosotros, el periodismo literario estaba concentrado en la capital de la República en una ó dos publicaciones, que eran dirigidas y servidas por José Joaquín Ortiz, José María Vergara y Vergara, José Manuel Marroquín, José Caycedo Rojas, José María Samper, José María Quijano Otero, Ricardo Carrasquilla, Rafael Pombo y otros literatos de esa

talla. En ese tiempo se estudiaba, se meditaba, se temía dar á luz algún escrito; y hoy, desde las bancas del colegio, con medianos conocimientos de la Retórica, y sin el fondo de ideas que no se obtienen sino por el estudio y la meditación, se redactan los periódicos y se esparcen á todos los vientos de la República cierta fiebre infantil y no sé qué delirios de imaginaciones desarregladas en que se quiere, á fuerza de audacia y dando culto á la forma, cubrir los harapos del espíritu.

Y para que nada falte á ese cuadro triste y desconsolador, se nota cierto silencio obstinado en algunos de los buenos literatos colombianos, y un agotamiento y postración enfermiza en otros que fueron en un tiempo la gloria de la patria. Están heridos de esterilidad.

Hago un esfuerzo generoso para no citar aquí unos dos ó tres nombres propios que ilustrarían completamente mi tesis. ¡No seré yo el que dé el hachazo sobre los árboles corpulentos que en otra época se cubrieron de flores y de frutos, en una primavera y en un otoño continuados, y que hoy sostienen la amarillenta verdura de sus ramos merced á una savia ficticia que corre perezosamente por un tronco casi desecado!

Tal vez sea esa una ley indeclinable de la humanidad, á propósito de ciertos caracteres que pierden su rumbo al llegar á la cúspide gloriosa

de la fama. Dumas acabó por agotarse, y en sus últimos años, después de haber derramado á torrentes el rico licor del más ameno estilo y de la más poderosa fantasía, recogió las últimas gotas diluyéndolas en un líquido que apenas conservaba el color del primitivo.

Víctor Hugo y Michelet, mis grandes admiraciones de otra época, han acabado por fastidiarme y serme completamente antipáticos: lo digo con timidez, pero con franqueza. Sus libros especiosos primero, después paradójales, después absurdos, después dementes hasta el delirio, acababan multiplicando lo fastidioso hasta el cansancio; parten las ideas, las estiran y las laminan hasta la tenuidad de la hoja de oro: y todo con un estilo deslumbrador, lleno de antítesis, en que han querido derramar á torrentes el color, la magia, la llama, el sol. . . . el genio. Leed, si podéis, *El Hombre que ríe*, *Los Trabajadores de la Mar*, *El año terrible*, *El Insecto y la Hechicera* y decidme si soy exagerado en esas opiniones.

Pero vuelvo á la patria.

La decadencia del periodismo literario, en la cual incluyo á *El Album*, por lo que respecta á mi personalidad, es aún más notable en el ramo de la poesía.

Nunca, jamás había estallado en Colombia, como ahora, una explosión tan grande de poetas; nunca, jamás el periodismo había hecho gala de tantos y tan fecundos versificadores nuevos, ni tampoco había llegado el caso de que las publicaciones literarias tuvieran qué clamar en contra de la poesía exuberante. *El Rocío*, que no ha sido muy severo para con los escritores nuevos, decía, hace poco tiempo, que no podía recibir más versos porque tenía de ellos un acopio considerabilísimo. *El Eco Literario*, que principia á publicarse, avisa que ya hay la provisión suficiente de poesías, y *El Album*, que no ha concluido su primer trimestre, no sabe qué hacer con las composiciones poéticas que se le dirigen de todos los puntos del Estado; correo por correo llegan los madrigales, los epigramas, los acrósticos, las odas, las silvas, los romances y las baladas; las quejas, los suspiros, los lamentos, la desesperación, los ditirambos, los desengaños.... corren en olas de tinta, en esos manuscritos, con una abundancia aterradora.

Mas en vano se busca en los versos publicados por la prensa, y en los manuscritos que reposan en el archivo de *El Album*, las notas dulces y armoniosas que sirvan de intérpretes á los grandes sentimientos del corazón; en vano se dirigen nuestras miradas por todos los horizontes literarios de la patria, buscando los bardos que

han de recoger la lira rota de Caro y de Gutiérrez ó la lira muda de Pérez y de Núñez!

No los hallo.

Versos sonoros y cadenciosos encuentro por doquier, pero en vano busco las ideas originales que revelen el estro sublime y misterioso. Los mismos lugares comunes de los poetas llorones conocidos en la República, los mismos versos líricos que han inundado el país, con el simple cambio ahora de la fraseología, y sin acusarlos de plagiarios, apenas he leído una de esas composiciones me parece haberla leído ya veinte, treinta... un gran número de veces.

Hay poetas que cantan por cantar, por hacer ruido, por oír su propia música; vocalizan, prodigan notas graves, notas agudas, cambian de tono á cada instante, vencen dificultades de la Gramática, pero olvidan en todo ello el sentimiento.

Orgullosos por la ductilidad de la lengua, prescinden de las ideas y de los sentimientos, y si deslumbran y ofuscan y aturden á la vez, por la variedad del juego escénico, por el atropellamiento de los recursos retóricos, no dejan en la memoria un solo surco, una huella débil, una traza fugaz.

Con la última estrofa leída se acaba la visión, así como el cohete que sube brotando yer-

bas luminosas, deslumbra un momento y desaparece del todo en la oscuridad del cielo.

La música es indispensable al verso, pero no la música sola, la música con la idea, con el sentimiento, con ese no sé qué íntimo y misterioso que hace latir el corazón, que hace humedecer los ojos, que eleva el espíritu y por un momento nos hace superiores á nuestra propia flaqueza, y nos recuerda que somos hijos expatriados de un mundo más excelso.

Más de una ocasión al leer los poetas de la época presente, porque no puedo prescindir de hacer ese estudio comparativo, más de una vez al admirar su fraseología métrica, su forma escultural, su belleza plástica, he quedado frío ante la idea que entrañan. Ni una sola estrofa que vaya derecho al alma, que haga latir el corazón y brillar en el párpado una lágrima generosa. Así, no he podido prescindir de comparar su habilidad á la de los grandes pianistas de la escuela de Litz: Estos conocen admirablemente el mecanismo del arte, el dedeo no tiene secretos para ellos y hacen caer sobre las teclas de marfil avalanchas de notas, cascadas de sonidos que no dicen nada al corazón; ninguna dificultad los detiene; vigor, rapidez, elasticidad, todo eso abunda en ellos; son dueños y soberanos del teclado, conocen todos sus recursos, hacen gritar, ahullar y gemir el piano bajo sus dedos de acero,

que destilan el fluido nervioso, como la pila de Volta destila el fluido magnético; pero en vano aguardais una suave melodía que vaya derecho al corazón, alguna frase musical que repita en sordina, en vuestro sér, el acento inefable de los dulces arrobamientos. Esto no es para Litz y los demás que escriben variaciones de dificultades insalvables, eso es para Chopin, para Weber y Boethoven. Así tambien muchos de nuestros poetas conocen á fondo los acentos de la métrica, arreglan en figuras artísticas las estrofas, conocen los misterios de las cadencias, han estudiado á fondo el diccionario de la rima y saben templar perfectamente bien la lira, pero sus dedos no han podido pulsar aún las notas que hablan al alma y que despiertan el sentimiento poético que existe en todo sér viviente; ejecutan, volviendo á la comparación musical, trabajosas y trabajadas variaciones sobre un tema gastado y baladí.

Y sin embargo, la poesía no ha muerto, la poesía no puede morir.

Hay épocas más ó menos poéticas, más ó menos inflamadas del amor de lo bello, pero siempre el himno principiado con la civilización continúa al través de los siglos y acabará cuando se extinga la humanidad. Porque es el himno de la criatura que se eleva hácia su Dios; del amor que busca su ideal; es la adoración de lo que es eternamente bello y de lo que es amorosamente

tierno; lo finito y lo infinito; lo que sorprende á la belleza plástica de los sentidos y á la belleza sobrenatural de los espíritus.

La poesía no puede morir, porque para ello sería necesario que el corazón del hombre hubiera cesado de latir, rompiéndose al mismo tiempo una fibra en las entrañas mismas de la humanidad y terminando *ex abrupto* el diálogo inmortal entre el alma y la naturaleza.

La poesía no puede morir, porque es consustancial con la juventud, corresponde á la primavera de la vida, y así como la estación de la naturaleza, aquella purifica el espíritu, abre las ideas á la contemplación de la belleza ideal y el corazón á las dulces supersticiones del sentimiento.

La poesía no sólo mejora nuestro sér moral, sino que duplica ó multiplica las sensaciones y eleva á tonos más altos todo lo que cae bajo su yugo: el sereno es valiente, el valiente es un héroe, el prudente es virtuoso, el virtuoso es un santo, la mujer bella es una diosa: todo se ennoblece en nuestra consideración. El poeta es verdad puede ser un iluso, es optimista. Mejor, porque el pesimismo es esencialmente estéril y degrada los grandes caracteres. Es mejor ver la vida con la lente de las ilusiones y adornada de bellezas que no están sino en la imaginación, que contemplarla por el prisma opaco de las desilusiones, de la decepción y de la amargura.

¿Quién no ha sido poeta á los veinte años? ¿Quién no ha sentido expandirse á la vez su alma y su cuerpo en esa época? ¿y quién no ha gozado las gratas é inefables emociones que despiertan en el sér, la contemplación de las bellezas de la naturaleza, las místicas adoraciones al Creador Supremo, las secretas alegrías de un amor correspondido y los espléndidos panoramas de la gloria?

Todo en la vida tiene sus aspectos poéticos, y para hallarlos no se necesita sino buscar el punto de vista. La poesía es el rayo que viene de arriba, es la magia que nos hace sentir y comprender la belleza estética que toda obra de Dios lleva consigo, el poder misterioso que nos hace vislumbrar la inmensidad del infinito.

Dios ha dado al hombre una cuerda armoniosa que vibra siempre en su sér, durante la primera juventud, á impulso de todos los grandes sentimientos, como vibraban en otra época las arpas eolias, á impulso de los vientos, cuando las ninfas suspendían sus liras sobre las ramas de mirto y de laurel. Dios ha dado al hombre una sed inagotable del ideal que es el emblema de su destino y el sello de la nobleza de su sér. Dios ha encendido la llama de la poesía en el corazón del hombre y ningún soplo humano podrá debilitarla ó apagarla.

La poesía es una necesidad de nuestra naturaleza, en lo que tiene de espiritual. No sólo de

pan vive el hombre dijo Jesucristo; también vive de la palabra de Dios.

Hay en la vida momentos de pena, de duelo, de aflicción, de cansancio y de fastidio; hay horas de angustia y de sufrimientos que exigen ora lenitivos, ora sacudimientos eléctricos que no pueden procurarlos, las más de las veces, sino los hombres dotados de ingenio, los mensajeros de lo alto, los que tienen el don de tocar las fibras más recónditas del corazón.

Los cuidados de la vida material desaparecen por un momento y el hijo expatriado del cielo alza de nuevo la vista hácia las regiones inmensas en donde brilla la mirada de Dios: Job olvida entonces sus llagas, Hugolino su agonía y Camoens su miseria.

Dios hace brotar á los genios inspirados, á los poetas, á los vates de todas las clases sociales y de todas las situaciones de la vida.

Ni la miseria, ni la corrupción, ni el lujo, ni la civilización, ni la barbarie, ni la soledad, ni el tumulto apretado de las grandes poblaciones, ni el ascetismo, ni la despreocupación, pueden ahogar el genio: él brota vigorosamente, rompe las capas que lo cubren y luce en su día, y á su hora, con el fulgor que la situación exige.

De Maratón sale Esquilo, del fondo de la impureza surge Safo, de la Cámara de los Lores descende Byron, del entusiasmo patrio se des-

prende Olmedo, de la calma de los campos viene Virgilio, por entre el ruido de las cadenas de Cuba se oye á Zenea, de la molicie de Roma nace Ovidio, del fondo de un oratorio luce Fray Luis de León, de las lóbregas prisiones, se oye á Péllico, de los bancos de una carpintería salta Hartzbusch, entre el bullicio de las batallas suena el canto de Arboleda y de una buhardilla salen los primeros rumores de las canciones de Beranger.

La poesía no puede morir, no morirá.

La poesía no puede morir: cuando parece que va á apagarse, después de lánguidos desmayos se yergue con nuevos bríos y nuevo entusiasmo, sacude sus viejas vestiduras y luce nuevos y espléndidos ropajes.

Puede tener y tiene sus días de desfallecimiento, sus horas de atonía y sus momentos de rebelión; puede languidecer acaso sobre su ramo, aguardando un rayo de sol ó una gota de rocío; pero no puede morir, porque corresponde á lo que hay de más íntimo y profundo en la naturaleza, porque es la flor balsámica del espíritu humano y porque es en fin el intérprete de lo que no puede perecer jamás.

Y ¿cuál sería el medio oportuno para levantar el sentimiento poético en la República y especialmente en esta sección, que llamaban, en otra época, la Beocia granadina? ¿Cómo se podrá

encarrilar por el buen sendero la poesía lírica que es la única que ensayan nuestros bardos?

Carezco de las dotes necesarias para constituirme consejo y maestro en asunto tan delicado así, me limito como simple aficionado á indicar como remedios generales: el estudio sereno y profundo y la meditación que le es consecuencial:

Nadie se hace poeta es verdad: el estudio convierte al hombre ignorante en abogado, en arquitecto y en médico, pero no le hace poeta si no tiene el sentimiento, la fuente perenne de la inspiración; eso es cierto, pero también lo es que no se puede ser buen poeta sin ser buen escritor, sin saber manejar con propiedad la lengua que habla. José Joaquín Ortiz, el poeta esmerado, pulido, delicado, el maestro de la gaya ciencia que todos conocemos, recoge ahora con sobresalto sus primeros versos que tontamente publicó en una colección—ya rara. De las *Flores marchitas* de Samper, á sus últimos cantos, hay una diferencia enorme.

Un poco más de vuelo en la inspiración; dejar sonar la nota del sentimiento exquisito de lo bello que cada uno posee como un don del cielo; hay que dar pábulo á la pasión verdadera; la contemplación de las bellezas de la naturaleza es fuente inagotable de delicadas sensaciones; la serenidad del hogar; las expansiones del sentimiento patrio; la exaltación del deber, de la dignidad,

del honor; el recuento de las gloriosas hazañas de los que fundaron la patria; el estudio de las verdades filosóficas iluminadas por la fe, al través del velo de las leyendas.

Todo es motivo de sentimiento en la contemplación de la naturaleza; lo que parece ser motivo de contraste es motivo de admiración y de encanto, de sorpresa y entusiasmo: una noche serena llena de murmurios, una borrasca deshecha que haga temblar con sus horrores, el majestuoso declinar del sol, el arroyo que murmura, el pájaro que canta en la enramada, la flor que se abre, el grito de los niños, la voz de Dios en el silencio de la soledad, en todo hay poesía y todo puede ser motivo de la explosión del sentimiento interno.

Vienen después los afectos que constituyen la vida íntima del individuo: en todos hallamos poesía si nos sobreponemos un momento á las groseras consideraciones de la naturaleza egoísta.

Se debe beber en la fuente de la inspiración cristiana; Dios, el amor, la patria, las grandes emociones de la criatura humana: es decir, la oración, el entusiasmo del cielo, el entusiasmo del corazón y el entusiasmo de la tierra; preocuparse constantemente por la idea, aun en perjuicio de la forma: la idea es el alma y por lo mismo no debe ser esclava del consonante que cambia y tortura á veces el pensamiento cuando no se sabe armo-

nizar convenientemente una y otra cosa; y en fin, el culto esmerado de la verdad en todas sus grandes manifestaciones. La verdad en el sentimiento religioso, la verdad en la naturaleza ó en las emociones que ella nos procura, la verdad en los grandes sentimientos del corazón, la verdad en la ciencia, la verdad en la idea y la verdad en la forma.

Medellín, 11 de marzo de 1873.

De *El Album*.

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

XXII

LA POLEMICA RELIGIOSA

(FRAGMENTO DE UN ARTÍCULO PUBLICADO EN
El Herald)

DE todos los medios de que la Iglesia hace uso para propagar la verdad en el mundo, la polémica religiosa no es seguramente ni el primero en graduación ni el más eficaz en sus resultados.

La enseñanza dogmática dada desde lo alto de la cátedra sagrada, el ministerio de los divinos sacramentos, el llamamiento directo á la conciencia turbada de los pecadores, la dulzura de los consuelos inefables derramados gota á gota en las almas que sufren. . . . esos son los grandes y los verdaderos medios por los cuales la fe cristiana hace su camino en el mundo, esos son

los tesoros que solamente la Iglesia sabe prodigar y distribuir. La polémica no representa sino un papel secundario en esa conquista laboriosa de las almas, que es la obra eterna de la Iglesia sobre la faz de la tierra.

Pero si ese papel es de importancia secundaria en el orden de ideas ya manifestadas, no deja de tener su valor intrínseco, incalculable, especialmente en estos países incipientes, trabajados por tantas causas de malestar.

Los laicos, por otra parte, según lo enseña la Iglesia, están llamados con frecuencia á esa lucha. Precisamente porque se hallan en la atmósfera del indiferentismo, porque tienen que defender en el contacto con el mundo su fe, amenazada sin cesar, se cree que ellos pueden ser consultados con ventajas sobre la elección de los argumentos, sobre el temple de las armas, sobre los medios de la propaganda, y porque colocados en la vanguardia como exploradores, pueden dar un aviso oportuno en un momento de peligro; tal vez el grito del ganso en los muros del Capitolio escalados por los galos. . . . ¡tal vez el alerta heroico de Assas al llamar á los hijos de Auvernia y morir sacrificado en Kloster-camp. . . .!

La lucha entre el error y las sanas ideas se renueva siglo por siglo, año por año, día por día. El error toma mil caretas distintas, pero su faz

es siempre la misma; los heresiarcas del siglo XIX son los del siglo 1º, los internacionalistas descienden en línea recta de los enciclopedistas.

El error combatido mil y mil veces por la razón y por la fe renueva ahora sus luchas en Colombia, y si ya ha dejado ver su hosco semblante se debe á la indiferencia y á la apatía de las multitudes cristianas. Nuestros enemigos traducen el silencio por señal de asentimiento, y baten palmas porque les parece que el catolicismo llega ya á su fin.

¡Qué error tan pretencioso!

Ellos se aturden con su propio grito, y se embriagan con el humo de sus mismos incensarios, y no ven, ó no quieren ver el trabajo de la vida interior del catolicismo, de su alma íntima y fecunda que no se traduce al exterior por signos pomposos y brillantes, pero que cubre silenciosamente la tierra con sus obras bienhechoras, que multiplica los ocuros sacrificios, que se instala en el hogar doméstico, que purifica las costumbres, que se extiende á profundidades desconocidas y crea una sociedad regenerada por la fe, la inmolación, la caridad y el deber al lado de los desórdenes y de los rumores de la sociedad exterior.

De tiempo en tiempo, es verdad, algún espíritu soberbio se desprende del catolicismo y cae con ruido prolongado como esos altos ramos del

árbol corpulento á los cuales abandona la savia, que el sol retuesta y que el viento hace caer. Es un Lamennais que con la misma pluma con que escribiera *El ensayo sobre la indiferencia*, traza febril *Las palabras de un creyente*.... Es un abate Jacinto que después de haber predicado sus conferencias en Nuestra Señora, arroja su capuchón ante el escabel del orgullo....!

Al ruido prolongado con que la prensa irreligiosa repite sus gritos de victoria, los incrédulos creen que es el árbol el que yace tendido en su fosa terrenal.

Ellos no ven, ó no quieren, ver en ese momento al árbol que eleva de nuevo sus copas á las nubes, que se cubre de ramos lozanos y de frutos exquisitos y que mantiene su savia vigorosa que lo hará inmortal, porque sus raíces son eternas como eterno es Dios.

Sala de Patrimonio Documental



XXIII

LA NORMA

AL fin ha logrado la rica y progresista Medellín ver establecida, en un agradable aunque reducido é improvisado teatro, una compañía de Opera italiana, que dará funciones frecuentes para recreo y enseñanza de la culta sociedad.

Por tercera ocasión se gozará aquí de una serie de espectáculos civilizados, que desarrollarán poderosamente el gusto por el arte divino, en tantas naturalezas primitivas, pero ricamente dotadas, como posee la ciudad de Medellín. Debemos por ello gratitud y reconocimiento á la Compañía lírica que, superando grandes dificultades y luchando brazo á brazo con la fatalidad armada de la hoz cortante, nos proporciona horas bendecidas de gratas armonías.

Mi decisión, bien conocida, por los estudios musicales, y las reiteradas y amables exigencias

de los directores de este periódico, me ponen la pluma en la mano para escribir la revista de la función dada el 19 de este mes.

Todo ha sido dicho sobre la *Norma!* De todo se ha hablado *in extenso* en este mundo.

El sabio ha resumido esa verdad en una frase inmortal: *nada hay nuevo bajo del sol.*

Pero esa no puede ser razón justificativa de nuestro silencio. El público *dilletanti* de Medellín ha podido, por primera vez, saborear en su conjunto las bellezas de la más dulce, de la más delicada, de la más tierna de las óperas italianas del teatro moderno. Pongo un signo de satisfacción en el margen de la crónica de la ciudad, yá que son tantas las páginas llenas de sinsabores y de penalidades que he registrado en estos últimos tiempos.

Una docena de ideas recorre el mundo de muchos siglos á esta parte. Los fabricantes de artículos de fondo de los periódicos políticos deslían, por la milésima vez, aforismos gastados que encuentran lectores asiduos. ¿Qué es la vida, sino una repetición de los mismos hechos cumplidos, de tiempo inmemorial, por los que nos han precedido en la peregrinación sobre este globo que habitamos? Unos pocos datos sobre la vida del corazón, la expresión más ó menos fiel sobre

el amor, sobre los destinos del hombre, sobre la muerte. . . .son los temas inagotables de los grandes escritores. ¿Qué extraño puede ser, en consecuencia, que en una población como esta, enclavada en el fondo de los Andes, secuestrada del verdadero movimiento de la civilización y que goza por primera vez del placer de admirar á Bellini, exhale por ello su satisfacción, en las pocas notas que forman la gama de la admiración pública?

Feliz y atinado ha sido el estreno de la ópera.

Norma la sacerdotisa druídica, acariciada por un rayo argentino de la luna, con la hoz de oro, coronada con el muérdago sagrado y envuelta al fin en su velo funerario, no era conocida entre nosotros. Algunos duos, bien cantados en conciertos, variaciones ejecutadas en los pianos y fragmentos recogidos por las orquestas, formaban el caudal de sus melodías conocidas hasta ahora. Faltábanle el conjunto dramático, la representación escénica, la vida palpitante, esa trabazón, ese mundo revuelto de sensaciones, de impresiones y de deleites que procuran las representaciones musicales, y en especial las óperas italianas!

¡Por qué no admirar, en la escala de nuestros recursos, la belleza que conserva la humani-

dad y que trasmite de una generación á otra húmedas con lágrimas de pasión y de ternura!

¡Dulce cosa es admirar! cuánto goza el espíritu al sentirse penetrado por un pensamiento superior! ¡Qué placer el servir de vaso al precioso néctar, y ver realizado hasta cierto punto, y habida consideración á un pobrísimo escenario, lo que se ha soñado en largas horas de vagas meditaciones!

Suelto, pues, la vena de la admiración, y que corra como la fuente abundante, yá que la sombra de Bellini ha venido hasta mi, invocada por su obra predilecta.

En tesis general la música envejece pronto y muda de fisonomía con frecuencia, al pasar de generación á generación. Dejad correr por las calles, llevada por la voz de bronce de las bandas militares, algunas ligeras melodías y pronto caerán bajo el dominio de las multitudes y perderán su aroma y su frescura. Hay aires que hicieron las delicias de nuestros antepasados y hoy nos parecen ridículos como sus modas y sus costumbres!

La música no se apoya en la filosofía como suele hacerlo el estro poético; no tiene como la pintura, un punto de comparación perpetua con los fenómenos naturales; es esclava de la moda que pasa, sigue la fantasía y acepta los caprichos de las multitudes inconscientes. Todo eso es cier-

to y podría ilustrarlo con ejemplos de nuestra escasa vida artística, sino tropezara con nombres propios, que ha hecho inviolable la losa funeraria. Y sin embargo, *Norma* que tiene más de cuarenta años de existencia, se conserva inalterable, no ha perdido aún la suave esencia de su perfume, lleva en sí, sin haber dejado evaporar, mil lágrimas de ternura, acentos de pasión y el sello indeleble de su genio, la dulce melancolía!

Las obras maestras tienen el dón de permanecer siempre jóvenes y de brillar en el cielo sereno del arte, como estrellas inestinguibles.

Por la centésima vez—por algo más—he oído la *casta diva*, el *gran duo*, el *cual cor tradisti*, los coros marciales.... y en todos ellos he encontrado nuevas riquezas de detalles, acentos desconocidos, gritos de pasión y una suavidad y una frescura incomparables. Sobre esa participación ha arrojado en vano el tiempo sus años!

LOS PURITANOS, la SONÁMBULA, y la NORMA son las óperas de más importancia de Bellini. Dícese que la primera tiene rica instrumentación, buen movimiento dramático y cierto tejido de consistencia, que la colocan entre las más afamadas composiciones musicales. La segunda posee melodías deliciosas, es un delirio, un canto virgiliano de una delicadeza admirable.... Todo eso es cierto pero *Norma* es la gracia, el hechizo personificados, es la más melodiosa de las obras

de ese bello pájaro del paraíso que recibió sus inspiraciones sobre las costas de Catania, al murmurio del mar sereno de Sicilia y bajo el cielo azul más esplendido de Italia. *Norma* es el ideal del sentimiento humano y en ella derramó Bellini, según se dice, el secreto de uno de esos amores desgraciados que hacen el infortunio de un hombre y la gloria de un genio.

Bellini no ocultó nunca su preferencia por esta obra.

Refiérese que una señora le preguntó un día, estando en París, cuál de sus obras llevaba el sello de la perfección. Tal pregunta, hecha en esa forma, hirió su modestia y no supo que contestar.

La señora reiteró su pregunta en otra forma conveniente.

—Si estuvierais en el mar, con todas vuestras partituras y el buque naufragara.....

—Ah! exclamó Bellini, sin dejar concluir á la hija de Eva, salvaria á Norma únicamente.

Se ha hecho siempre á Bellini, la crítica de ser parco en la armonía y flojo en la instrumentación y de no saber enlazar convenientemente las partes principales de sus obras, dejándolas reducidas al estado fragmentario.

No sé hasta dónde sea exacta la crítica, respecto de las demás obras de Bellini, pero

por lo que hace á *Norma*, y juzgando con el escaso personal de la orquesta actual, no me ha parecido floja la instrumentación, ni muy sobria de colorido la parte menos notable.

Norma es una ópera trágica; despedaza el corazón. Feroces pasiones agitan y conmueven á los protagonistas del drama sangriento, pero aun en medio de las situaciones más desgarradoras, aún en la explosión de iras y venganzas terribles, la casta y tierna musa de Bellini ha hallado notas apasionadas que no descomponen el semblante; sus gritos de horror y de espanto y las amenazas de los feroces druidas tienen acentos de una suavidad incomparable que mitigan los otros sentimientos.

Al oír esa bella página del paraíso se piensa en las vírgenes de Rafael, en los lagos de Suiza, en los cantos de Virgilio, en el rumor de las selvas, en el canto de los pájaros, en la apacible serenidad de las noches estrelladas.....

Y sin embargo *Norma* no fué bien recibida en la noche de su estreno. Fué compuesta para el teatro de la Scala de Milán, y al ser ejecutada allí por la primera vez los milaneses la encontraron muy pobre de orquestación, de recitativos sencillos, de coros poco originales, y de reducido efecto dramático.

Donizetti, que no fué nunca el émulo sino el amigo y el admirador de Bellini, decía á ese

propósito, en carta íntima dirigida al *signore* Nhezzi: “La *Norma* representada anoche en la Scala, no ha sido comprendida, ó al menos se la ha juzgado mal, de una manera intempestiva, y por mi parte yo me sentiría dichoso si la obra fuera mia. Basta el final del primer acto, y la introducción para que cualquiera de nuestros más grandes compositores se sintiese orgulloso de haberla compuesto. El público de Milán se arrepentirá muy pronto de una opinión tan ligera.”

El mismo Bellini refiere á su amigo Francisco Florimo tan lamentable suceso con la más candorosa franqueza. Trascrivo algunas de sus palabras: “En verdad el público ha estado severo. Parecía positivamente reunido para juzgarme y condenarme con precipitación—al menos así lo creo —ha hecho sufrir á mi pobre *Norma* la misma suerte de la druida. No he reconocido á los queridos milaneses, que enantes han acogido con alegría en el rostro, y calor en el corazón *El Pirata*, *La Straniera* y *La Sonámbula*, y sin embargo creí presentarles digna hermana en *Norma*, pero desgraciadamente no ha sucedido así, me he engañado, me he equivocado: mis pronósticos eran falsos y mis esperanzas han sido defraudadas. A pesar de todo os aseguro con el corazón en la mano, que, si la pasión no me ciega, la introducción, la salida, la cavatina, el duo de los dos *donnas*, el trio que sigue, el final del primer acto, el duo y final del segundo, que co-

emienza con el himno de guerra son piezas de música tan agradables para mi (modestia) que lo confieso, me juzgaría dichoso pudiéndolas hacer parecidas en el curso de mi carrera artística. ¡Basta! En las obras teatrales el público es juez supremo. Y sin embargo espero apelar de la sentencia, pronunciada contra mi, y si el público llega á desengañarse habré ganado el pleito y proclamaré entonces á *Norma* la mejor de mis óperas....”

Y en verdad, el público ante quien apeló Bellini, y la posteridad después, revocaron en absoluto el fallo del primer momento, y dieron á *Norma* el título de obra maestra imperecedera.

Refiérese que la Pasta, la eminente cantatriz que debía interpretar á Norma se resistía á cantar la deliciosa cavatina de la *Casta Diva*, le parecía difícil para su registro de soprano y la consideraba como una digresión inútil en el cuerpo de la obra. Esfuerzos grandes costó á Bellini el vencer el capricho de la prima donna y pocos días después toda la Italia corrió á los teatros á oír cantar la magnífica plegaria á la *Casta Diosa*. Todos hallaban en ese fragmento delicioso algo como el suspiro de la noche, cargado de rocío en las grandes soledades, algo así azul, diáfano, argentino, sereno y misterioso como el asomar de la luna tras de las altas montañas coronadas de nubes de blancos encajes, y finísimo tul.

La Casta Diva es inmortal. Como las estrofas de *Lago* de Lamartine, las Vírgenes de Rafael y los diálogos de Romeo y Julieta hará palidecer de emoción, siempre, á los que tengan corazón sensible, y humedecerá los ojos de los que tengan el sentimiento de la verdadera poesía.

Bellini vivió poco, apenas tuvo tiempo de escribir nueve óperas—las nuevas musas—algunas de ellas obras maestras.

Murió en la flor de la edad, en toda la florecencia de su genio.

Sí, murió muy joven, él tuvo siempre el presentimiento de su fin cercano. Henrique Heine refiere que él tenía el dón de hacer palidecer á Bellini, y de hacer pasar una sombra por su espíritu, al recordarle que pronto llegaría á la edad fatal en que han caído los jóvenes genios tronchados por la muerte como la flor en la hora del perfume.

Bellini es una naturaleza virgiliana, tierna, tranquila, azulada como un claro de luna de nuestras noches de diciembre.

El no posee la alegría y el bienestar de la música de Rossini; la energía y austeridad de la de Meyerbeer; el amor ardiente de la de Donizetti, y el acento dramático de la de Verdi, pero en cam-

bio posee la dulzura, la tierna melancolía, la serenidad que derraman el encanto por doquier.

El asunto que sirve de argumento no es precisamente de la cuerda Bellini. El poeta Romani, autor del libreto, desconoció las cualidades del género esencialmente elegíaco del maestro y tejió una fábula que si en parte fué traducida por la música, lleva en lo general el sello de sentimientos de distinta factura á las lúgubres teogonías de los druidas, y á las pasiones salvajes de las sacerdotisas.

Por fortuna, la música prescinde en muchas ocasiones, de la riqueza plástica del verso, y aun del argumento adecuado y lleva con facilidad, sobre sus alas, palabras que no le corresponden perfectamente.

Norma, sacerdotisa de los druidas ama en secreto á Polión, romano invasor de las Galias. Como fruto de esa unión sacrílega, Norma cria dos hijos que ama con la salvaje pasión de la Medea antigua. Polión desconoce el gran corazón y las nobles cualidades de Norma y enciende en Adalgisa, sacerdotisa de Irmensul, otra pasión fuente de innúmeras desgracias.

Polión pretende arrebatarse del altar á Adalgisa, darle su mano y llevarla á Roma, la ciudad

de las siete colinas, la reina y señora del Universo en ese tiempo. Adalgisa, en una melopea desgarradora, lucha en vano con la pasión y trata de resistir á las funestas seducciones del pérfido amante de Norma. Bellini ha desarrollado magistralmente ese combate y el público supo apreciar bien la bellezas que contiene.

Adalgisa hace sus confidencias á Norma, píntale su amor, descríbele sus terrores y le consulta sobre la determinación que debe adoptar. Al nombrar al autor de esa situación terrible, señala á Polión que aparece en ese instante.

Ei! Polión.

Costui, costui, dicesti?

Ben io compressi...?

Así exclama en una melopea sacudida y temblorosa, relámpago vívido de muchas tempestades.

Sigue luego una escena turbulenta en la cual combaten alternativamente todas la pasiones en el pecho de Norma: yá se abate, se resigna, yá cual leona herida ruge, yá pretende dar muerte al infame, á sus hijos, los hijos del pérfido seductor. Al fin acaba por tomar una resolución sombría, determina sacrificarse en las aras de sus crueles dioses y lega sus hijos á la afortunada rival, yá que no se siente con el terrible valor de darles muerte.

Adalgisa siente removerse las fibras más secretas de su corazón y á su vez quiere sacrificarse por su amiga: hay una lucha de abnegación entre las dos mujeres, lo que constituye, á nuestro modo de ver, la parte principal de la ópera; un diálogo inmortal traduce en notas divinas los más nobles sentimientos. Bellini encontró para expresar esa situación, muy dramática, pero poco verosímil, notas de una dulzura, de una delicadeza y de una ternura incomparables.

Las señoritas Albieri y Pocoleri interpretaron fielmente ese pasaje, y pruébalo así, el interés con que el público reclamó el BIS, á lo cual se accedió en parte, pues no se ejecutó por segunda ocasión, sino el ALLEGRO del gran duo, bien que dicho allegro es la coronación, es el punto culminante, el *EXEGI monumentum*, de la participación.

Norma convoca luego á los guerreros de su patria, predica la guerra, la guerra implacable contra el invasor romano, y á tiempo que se repercute en el coro el sentimiento patriótico de la desolada sacerdotisa, presentan á Polión para el sacrificio como traidor y sacrílego.

Norma trata entonces de salvar á Polión, lucha con Oroveso, el implacable sacerdote de los druidas, trata de levantar el abatido espíritu de su antiguo amante, sopla sobre las cenizas frías de un volcan, y perdida toda esperanza se entre-

ga á la implacable venganza de los sacerdotes, haciendo pública la falta que debe expiar en una pira.

Polión reconoce ya tarde las nobles cualidades de la hija de Orovésó y exhala en la misma melodía del CUAL COR TRADISTI, notas de suprema amargura y de infinita tristeza. Norma dice adios á sus hijos, á los gratos sueños de un amor no comprendido, se arrepiente de sus faltas, se desespera por la suerte de sus hijos, llora por la patria esclava y envilecida, goza al arrastrar consigo á su amante y se exalta por el sacrificio, entregándose como víctima expiatoria para ser conducida al sacrificio.

Tantas pasiones encontradas son traducidas en un lenguaje magistral, pero en medio de las más violentas escenas la casta musa de Bellini conserva la delicadeza de expresión y ese tinte melancólico que es el sello distintivo de su genio. Cuando Norma se arrastra á los piés de su padre, el implacable Orovésó, y trata de liberar á Polión del suplicio, la orquesta exhala tiernos gemidos, suspiros de piedad, que contrastan con las amenazas y maldiciones del diálogo, al cual sirven de pedestal, la marcha fúnebre, en lugar de expresar los horrores de un sacrificio feroz, parece ser el acompañamiento de los funerales de una virgen. No de otra manera exhalaría sus ayes de dolor profundo el coro que acom-

pañara á Virginia—la casta prometida de Pablo,— á su última morada, ó el que llevara á Jepté al sacrificio voluntario, ó el que arrojara sobre Ofe- lia su lluvia de flores y de alga.

Al fin el velo negro cae sobre Norma, pero antes de ser arrastrada al suplicio, su belleza y su desgracia dejan en el espíritu el deslumbramiento de una visión pura y soñada en horas de melancólica ternura.

Dígase lo que se quiera y por muchas que sean las censuras que se hagan á Bellini, Norma será siempre una de las más bellas y puras expresiones del genio humano al través de los siglos.

Alfonso Karr refiere en alguna parte, tal vez en sus "avispas" inmortales, que en cierta ocasión pretendió hacer una obra dramática, para seguir las huellas de Emilio Augier, Eugenio Scribe y Dumas hijo. Tomó un cuaderno de papel y principió como los grandes maestros, por la escena primera; hizo entrar en la acción un personaje, pero después no halló pretexto razonable para hacerlo salir, y cortó el nudo gordiano, dando fin á su tentativa dramática.

Guardada la distancia de un asunto á otro, puedo decir que algo semejante me ha ocurrido en esta revista. Me entretuve en considera-

ciones generales; hice entrar en la escena al dulce y melancólico Bellini, y después no hallé pretexto para hacerlo á un lado, y ahora tengo que terminar mi revista, sin haber hablado gran cosa de la representación; sin haber expuesto mi opinión sobre los principales ejecutantes; y sin haber pasado siquiera una mirada curiosa, sobre la magnífica concurrencia que llenaba el teatro DE LOS ITALIANOS.

De *La Revista Industrial* de 30 de Octubre de 1879.

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

XXIV

FERNAN CABALLERO

I

LA España se enorgullece, y con razón, porque ha producido la novela por excelencia; la más completa, la más popular y la más interesante de las que registran los anales literarios del mundo: *El Quijote de la Mancha* por Miguel de Cervantes Saavedra.

Pero al mismo tiempo ese país es de una pobreza suma, en la literatura novelesca, en los siglos XVII, XVIII y al principio del presente. *Fray Gerundio de Campazas*, *El Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache*, *Marcos de Obregón* y otras pocas del mismo género, son las novelas que exhibe en el movimiento literario, progresivo, de la Europa. Cuando en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia y aún en Ru-

sia se ensayan todos los géneros, lucen todos los ingenios á porfía y brotan á millares las ficciones literarias, la España parece aletargada en el movimiento general, se contenta con sus glorias adquiridas ó da otra dirección á las corrientes del espíritu público en el mar sin orillas de las bellas letras.

Por eso *El Quijote* es un Mont Blanc en una llanura inmensa, es la pirámide de Cheops en medio del desierto.

La Francia y la Inglaterra no tienen una novela de carácter universal como la obra maestra de Cervantes, en cambio poseen un sinnúmero de trabajos de gran mérito, en una progresión siempre creciente. *Gil Blas*, *Zadig*, *La Princesa de Cleves*, *El Sobrino de Rameau*, *Belisario*, *Manon Lescaut*, *Pablo y Virginia*, *Corina*, *Los Mártires*, *El Dote de Suzeta*, *Adolfo* y mil más en Francia; *Gulliver*, *Robinson*, *Tom Jones*, *Clarissa Harlowe*, *El Vicario de Wakefield*, *Ivanhoe* y otras muchas en Inglaterra marcan el desarrollo y perfección de la novela.

El paso retrasado en España de este género literario, coincide hasta cierto punto, con el decaimiento de su poder político. De Cervantes á Villaroel se baja como de Carlos V á Fernando VII.

En el presente siglo la novela española estuvo al principio muy abatida, después comenzó á levantarse, hizo ensayos sucesivos que demos-

traban su debilidad, y siguió á paso lento el movimiento literario universal, pero marchaba apoyada en la francesa, así es que más que una gallarda descendiente de Cervantes parecía una enfermiza y degenerada hija de Ducray Duminil ó de Madame Cottin.

Por fortuna en estos cuarenta últimos años ha soltado sus andaderas, ha cobrado vigor, ha buscado en sus propias fuentes la originalidad de otros días y actualmente principia á tener su importancia señalada en el mundo de las letras. Fernán Caballero, Pedro Antonio de Alarcón, Trueba, Valera, Fernández y González, Pereda, Pérez Galdós y otros le han dado una importancia inusitada.

En otros estudios trataré de asignar á cada uno de estos escritores el papel que le corresponde en el renacimiento de la novela española: me ocuparé hoy en hablar, aunque rápidamente de Fernán Caballero.

A este distinguido escritor se le debe el movimiento inicial de la novela de costumbres, fotográfica de los personajes de la vida real, con el marco esplendoroso de la naturaleza y del cielo de España.

Antes de Fernán Caballero las novelas españolas parecían simples traducciones del frances, y los personajes en lugar de usar el vestido original y pintoresco que les era adecuado, se halla-

ban envueltos en telas de otro corte y usaban un lenguaje que no era el propio.

El gusto gongorino y aun la entonación seria y brillante de la literatura española se compadecían poco con la exposición sencilla, clara y natural que exige la verdadera novela realista.

¿Cómo aguardar de escritores culteranos la sencillez del lenguaje, cuando se ha adoptado y generalizado un estilo como el que revelan los fragmentos que á continuación copio?

“La melancolía de este valle no es la melancolía profunda y glacial que se respira en los bosques de Escocia, sino una melancolía que iluminan los rayos furtivos de ese resplandeciente sol de Granada, siempre brillante en el cielo luminoso cuya mirada se enciende en el ardor de la pasión, ó semejante á la sonrisa de la voluptuosidad sobre los labios de la bacante, melancolía en el seno de la cual los amargos recuerdos del desencanto se aduermen bajo las alas irisadas de mil risueñas esperanzas.”

Góngora llamaba á los pájaros: campanas de plumas sonoras que dan la señal del alba al sol, cuando éste sobre su carrosa abandona el pabellón de espuma. Una joven que se lava la cara en una fuente reúne el cristal líquido al cristal de su mejilla, por el bello acueducto de su mano. Las pastoras son rosas vestidas: “La primavera calzada de abril y vestida de mayo ve llegar las rosas vestidas que cantan, rodeadas de guitarras

aladas; á su vez el arroyo hace de su blanca espuma otros tantos oídos como hay de guijarros en su lecho.

Basta, cuando se usa generalmente un lenguaje amanerado, como este, en los libros, está por demás buscar en ellos estudios de caracteres, descripciones naturales, diálogos tomados de su propia fuente, y escenas que sean fotografías de los sucesos comunes de la vida

II

Durante la época de decadencia de que vengo hablando aparecían de tiempo en algunos periódicos de Andalucía novelas frescas, delicadas, llenas de una fina y benévola observación, calcadas maravillosamente sobre las costumbres del pueblo andaluz tan original y de tanto relieve.

Desde luego esas novelas llamaron la atención del público por su mérito real y después por el misterio con que se ocultaba su autor. Firmaba éste Fernán Caballero, nombre de una pequeña población andaluza: comprendíase que era un seudónimo exigido por la ley de imprenta que á la sazón regía. Efectivamente, el escritor que llevó *La Gaviota* á la redacción del *Heraldo* no quiso dar su nombre, pero obligado á usar uno cualquiera abrió al azar un diccionario geográfico y escogió el de *Fernán Caballero* con el cual

quedó bautizado y se hizo conocer en el mundo de las letras.

Nuevas novelas publicadas después en librería pusieron de relieve las cualidades que daban mayor importancia á Fernán Caballero. Notóse que sus descripciones llenas de luz y espléndidas como el cielo del mediodía de España iban á la par con los sentimientos de un catolicismo exaltado y con el estudio incisivo, claro, completo de un país original. Sus leyendas, sus tipos, sus costumbres, sus errores, sus nobles prendas, sus debilidades, sus exageraciones, su lenguaje pintoresco como sus vestidos.... todo, todo se vaciaba en el molde de la novela con sus colores naturales y con su riqueza plástica. La Andalucía y con ella la España se vieron como en un espejo inmenso y de allí provino el mayor encanto que tales obras producían y la boga grande que obtuvo el escritor que abría rutas nuevas en el sendero del arte.

Fernán Caballero era hombre ó mujer? Ese fué el problema que entretuvo largamente al público. El misterio continuaba produciendo mayor incentivo en la curiosidad pública. Los triunfos obtenidos, la boga general, el entusiasmo que despertaba no eran suficientes para quitar la careta al que era llamado ya el primer novelista de España.

Era un hombre decían unos, notábase en algunas páginas fuerza viril, vigor de expresión, y

observaciones mundanas propias de un varón muy estudioso, muy esparcido en la sociedad. El escritor debía haber visto uno á uno los lugares en donde se desarrollaban sus dramas, debía haber tratado uno á uno los mil personajes de sus relaciones; sus tipos eran tomados al natural de las más altas clases sociales y de la hez del pueblo, debió haber alternado en sociedad con Clemencia y debió haber visto en el hospital á Gaviota; debió haber tratado en intimidad al militar abandonado del Gobierno, al fraile desencaustrado que vejetaba en oscura vida, al indiano enriquecido y soberbio, al pescador, al torero, al caudillo político, al joven distinguido, al mendigo y al desheredado hijo del pueblo que huía de la justicia. Sus cuadros tenían tal verdad que era necesario que sus tipos hubieran existido; no podían ser hijos de la imaginación.

Por otra parte había páginas que tenían tales toques de delicadeza y de ternura, había escenas de tal suavidad, que era imposible no ver en ellas la mano de una mujer de un gusto esquisito y de una sensibilidad admirable.

Al fin cesó el misterio y la España supo que el gran novelista Fernán Caballero era la señora Cecilia Bohl de Faber, notable en el círculo de sus relaciones por su belleza, su virtud, por su ilustración y por su modestia.

Y era ésta tan exagerada que nunca quiso dar detalles sobre su vida, ni permitió se ocupa,

ran en escribir su biografía. Después de su muerte recogieron algunos informes los periódicos, se aprovecharon de algunas indiscreciones de los amigos íntimos y de tal cual palabra de sus escritos ó de su correspondencia para conservar su memoria para la posteridad.

Con dificultad recojo yo á mi vez algunos datos dispersos para formar un ligero boceto biográfico. Bien es cierto que Fernán Caballero no necesita biografía. Ella está pintada en sus libros; su alma está retratada en las páginas inmortales que ha dejado para consuelo ó para enseñanza de las generaciones venideras.

III

Juan Bohl de Faber, rico y entendido comerciante alemán establecido en Cádiz y su esposa, una hermosa española llamada Francisca Larrea, fueron los padres de Cecilia. El Sr. Bohl se hizo conocer en las letras españolas por la publicación de dos obras importantes *Floresta de rimas antiguas castellanas* y *Teatro español anterior á Lope de Vega*.

Cecilia nació el 24 de Diciembre de 1796 en una pequeña población cerca del lago de Ginebra. Sus padres venían de Alemania y paseaban por la Suiza cuando la señora de Bohl enfermó de parto. Restablecida la madre en su salud regresó la familia á Cádiz, y la niña se crió entre

servientes franceses y españoles por lo cual aprendió á hablar en ambos idiomas.

Muy niña fué llevada á Alemania en donde adquirió una brillante educación en un Colegio de señoritas. Ya hablaba en perfección tres idiomas hasta el punto de que no se sabia si la niña era francesa, alemana ó española.

Cuando regresó á España tenía catorce años. En su casa no fué feliz, no se supo nunca la razón, pero es lo cierto que ella hablaba con pena profunda de los dos años en que se abrió su belleza al hermoso sol de Andalucía.

A los diez y seis años se unió en matrimonio con el capitán Planelles el cual la llevó consigo á las Antillas españolas. Seis meses tenía apenas de casada cuando murió su marido, joven y arrogante mozo que la hizo desgraciadísima, según decía ella misma al Sr. De la Puente y Apecechea.

Cecilia se encontró sola y abandonada por la repentina muerte de su esposo, y sin recursos, pues sus padres habían perdido ya la riqueza. Por fortuna la Sra. Meléndez, esposa del Capitán general de Cuba, era amiga de su madre, recogió á Cecilia con ternura—la cuidó en una corta pero terrible enfermedad que sufrió y la envió después á España á casa de sus padres.

Dos años después contrajo segundas nupcias, se casó con el Marqués de Arco Hermoso, joven de excelentes prendas y que la hizo feliz. Estas

son sus palabras: "Volví á mi casa como una niña soltera y á los dos años me volví á casar, me uní á quien más he amado en el mundo, y el más digno de serlo, el joven Marqués de Arco Hermoso con el que fuí idealmente feliz. Pero.... enfermó y antes de los trece años de casada falleció como un santo, adorándome y dejándome en su testamento una prueba auténtica, la más lisongera á mi conducta y á mi corazón...."

Una hermana de Cecilia estaba unida en matrimonio con el General Chatry de la Fosse, con ellos recorrió la Inglaterra, la Francia y la Bélgica buscando distracciones á sus penas y salud para su cuerpo minado por graves dolencias.

Regresó á España para tener la inmensa pena de ver morir á su padre. Su situación de fortuna era á la sazón muy mala, su pobreza la obligó tal vez á aceptar un nuevo protector y al efecto se casó por tercera vez, su marido fué D. Antonio Arrón y Aya, muy celebrado miniaturista. Murió éste en 1863.

Residió mucho tiempo en Chiclana, Puerto de Santa María, San Lúcar de Barrameda, Jerez y Sevilla. En sus novelas hace pinturas de estas poblaciones minuciosas y seguramente muy exactas, lo que revela el grande y especial conocimiento que tenía de ellas.

Y así debía de ser porque era una hermana de la Caridad no titulada. En los hospitales, en las iglesias, en las casas de asilos, en los tugu-

rios, en las bohardillas en donde había una buena acción que ejercer, donde había una desgracia que lamentar, donde había una miseria que socorrer—allí estaba ella, y su trato era tan afable, tan sencillo, tan humilde, su lenguaje tan poco rebuscado, y su porte tan modesto que no se alcanzaba á ver tras esa santa mujer la fina observadora de las costumbres, el sagaz y penetrante filósofo, el fisiologista consumado que penetraba hasta los más hondos repliegues del corazón.

La reina de España, Isabel II que llegó á conocer á Fernán Caballero, y que la trató con mucha intimidad, le dispensó singulares favores, hizo alto aprecio de su amistad, le dió por morada un departamento del real alcázar de Sevilla y patrocinó la primera edición completa de sus obras.

Luégo que desapareció el velo del misterio ocurrieron al alcázar muchos nobles viajeros á conocer á la que llamaban en esa época, muy impropriamente como lo explicaré más adelante, la Jorge Sand española.

Washington Irving, D. Eugenio de Ochoa, A. de Latour, La Puente y Apecechea, los duques de Montpensier, y muchos más cultivaron con cariño estrecha amistad con aquella mujer ilustre, dechado de todas las virtudes, estudiosa, instruida, creyente sincera y convencida, caritativa, modesta y amante hasta el exceso de las glorias españolas.

D. Cecilia Bohl no tuvo hijos, como Madame de Girardin, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda y como otras mujeres ilustres gastó la fuerza creadora en dar á luz obras de gran belleza literaria. Los hijos de Fermán Caballero son Clemencia, Elia, Dolores y los demás heroes de sus libros.

La muerte sorprendió á Fernán Caballero en el modesto cuarto que ocupaba en el regio alcázar. Los años, la muerte de los suyos, y la pobreza habían enrarecido poco á poco la atmósfera que la rodeaba. Se extinguió apacible y santamente el 7 de abril de 1877. El lujo de su habitación era el Cristo delante del cual oraba, unas planillas de papel sobre una mesa, un tintero que aun tenía en su negro seno mil páginas brillantes, una sencilla labor de costura y algunos libros. . . . Era cuanto poseía ya!

Sevilla entera concurrió á sus exequias y España guardó luto por su gran novelista.

Sus obras publicadas en España y Alemania tienen estos títulos: *La Gaviota*, *La familia de Alvareda*, *Lágrimas*, *Elia ó la España treinta años ha*, *Clemencia*, *Callar en vida y perdonar en muerte*, *Simón Verde*, *El último consuelo*, *La noche de navidad y el día de reyes*, *Un verano en Bornos*, *Pobre Dolores*, *La Estrella de Vandalia*, *Más honor que honores*, *Lucas García*, *Obrar bien que Dios es Dios*, *Lady Virginia*, *El dolor es una agonía sin muerte*, *Justa y Rufina*,

Más largo es el tiempo que la fortuna, La flor de las ruinas, No transige la conciencia, Los dos amigos, El ex-voto, Un servilón y un liberalito, La hija del sol, Una en otra, Diálogo entre la juventud y la edad madura, Con mal ó con bien á los tuyos te dén, Dicha y suerte, Deudas pagadas, Un episodio de la guerra de Africa, Vulgaridad y nobleza, Matrimonio bien avenido la mujer con el marido, Promesa de un soldado, Las dos gracias, La maldición paterna, La farisea, La corruptora ó la buena maestra, Leonor, Los dos memoriales y Estar demás.

Publicó también una colección de cuentos y poesías populares, y otra de artículos morales y religiosos, y delicadas páginas para los niños.

Estas obras, ó casi todas son muy conocidas en Colombia. La librería Bouret las ha esparcido con profusión en la América latina, y los periódicos llenaron por muchos años sus folletines con los escritos de Fermán Caballero. *La Caridad, El Símbolo, E Tradicionista, La Ilustración, La Alianza, El Mosaico* y otros muchos apelaron ese repertorio y siempre con buen suceso, porque los americanos hallaron tipos españoles perfectamente bien conservados en algunas de nuestras viejas ciudades; ciertas costumbres, leyendas, cuentos, consejas y expresiones vulgares se conservaban perfectamente, y había echado tales raíces que muchas de ellas tenían ya una fisonomía propia. No pocos lectores de

Caballero se sorprendieron al hallar como españoles netos, rasgos que se tomaban por originales de estos países. Hay páginas tan luminosas, y tan claras, que son la fotografía fiel de personas con quienes nos hemos codeado en muchas ocasiones: sin duda nuestros conquistadores y colonizadores trageron todo eso á esta tierra, y aquí echaron raíces, y fructificaron como plantas del país.

UNIVERSIDAD
IV

Aunque Fernán Caballero es reconocido maestro en el estudio de las costumbres, y en la pintura de los países que sirven de marco á sus relaciones tiene, sin embargo, estudios de caracteres muy sostenidos y analisis de una precisión admirable; se complace en hacer finas observaciones sobre el corazón humano, y se entretiene en narraciones en las cuales palpitan los más dulces sentimientos.

Hizo estudios, recogió datos, aprendió el lenguaje del pueblo, atesoró mil bellezas, y como la abeja diligente hizo panal de rica miel para su propio gasto, sin contar con que llegaría un día en que esa miel rompería su blanca cubierta y se desparramaría para contento y regalo de muchas generaciones.

Algunos hacen el cargo á este escritor de pertenecer á la escuela absolutista. De sus obras

se deduce solamente que ama á España con pasión, que echa de menos sus días de grandeza, y que hace votos fervientes porque marche por el carril del orden y del progreso. Es sinceramente católica y progresista. Pertenece á la buena escuela que ha luchado en España, en la prensa con Balmes, en la tribuna con Donoso Cortés, en la poesía con Selgas y en el teatro con Rubí.

Fernán Caballero es uno de los pocos novelistas contemporáneos que hayan respetado siempre la moral. Así debía de ser, cada uno es el producto del medio social en que vive. El escritor de buenas costumbres, de profundas convicciones religiosas, y que hace parte de una sociedad culta y decente no produce obras como *la Fille Elise*, *Nana* y *la Regenta*, produce libros de una delicadeza, de una suavidad tales como *Clemencia*, *Elia*, *Lágrima* y *Un verano en Bornos*.

Cecilia Bohl de A., Madame Dudevant y María Evans son novelistas de primer orden en España, en Francia y en Inglaterra. Las tres no son conocidas sino por sus seudónimos: Fernán Caballero, Jorge Sand y Jorge Eliot.

Durante algún tiempo se le daba á Cecilia el título de Jorge Sand español, como el mejor elogio que pudiera hacerse á su talento, á su fecundidad y á su erudición.

Sin duda ambas son escritoras distinguidas que han marchado en primera fila con los yaro-

nes ilustres de su tiempo, pero la diferencia que hay entre ellas es muy notable.

Jorge Sand es un escritor más varonil, más fecundo, de poderosa imaginación, tiene un profundo sentimiento de la naturaleza y del arte, y posee la lengua con maravillosa propiedad. Por esas cualidades es muy superior á Fernán Caballero.

Este en cambio tiene más delicadeza y más ternura, y conoce repliegues más íntimos del corazón.

Aquel, en consonancia con su vida desarreglada, sostiene las más absurdas y desmoralizadoras ideas, mientras que el otro se deja llevar por la pendiente opuesta: sus propósitos han sido combatir la impiedad, los errores revolucionarios, defender á la Iglesia, y levantar á los humildes y desvalidos, á los desheredados hijos de la sociedad.

No puedo ocultar que Jorge Sand es mil veces superior como novelista y como escritor, pero en la misma proporción está Fernán Caballero por la moralidad y delicadeza de sentimientos.

30 de Abril de 1886.



INDICE

Prólogo	I
La música	1
La duda y la fe.....	19
Los entreactos de Lucía.....	24
Rossini	44
Oyendo llover.....	59
Páginas íntimas.....	97
Wenceslao F. Lince	103
San Agustín.....	107
El final de un proceso.....	133
La semana santa	155
Demetrio Viana.....	163
Una fiesta cristiana.....	183
Rafael.....	190
El sentimiento religioso	235
Amelia y Laura.....	243
San Jerónimo.....	262
Un tiro de pistola.....	285
La novela.....	295
Un paseo por las rifas	321
Santa Teresa de Jesús	333
La poesía.....	343
La polémica religiosa	359
Norma	363
Fernán Caballero.....	379

UNIVERSIDAD

1988

UNIVERSIDAD

EAHIT



Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

FAES®

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT

100057270

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

